

Fanny Simon

# RECABARREN Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE

ESTUDIO INTRODUCTORIO DE  
ALFONSO SALGADO MUÑOZ



Ariadna  
ediciones





# **RECABARREN Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE**

**Fanny Simon**



S. Fanny Simon

Recabarren y el movimiento obrero de Chile

Título original: *Recabarren and the Chilean labor Movement*

Traducción de Nicolás Pérez Ferretti

Santiago de Chile, mayo 2024

Primera edición

ISBN: 978-956-6276-19-7

Gestión editorial: Ariadna Ediciones

<http://ariadnaediciones.cl/>

<https://doi.org/10.26448/ae9789566276197.95>

Portada, diseño y diagramación: Matías Villa Juica.

Obra bajo Licencia Creative Commons



La publicación de este libro contó con la inestimable colaboración de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile.

Ariadna Ediciones postula y/o indexa su producción en Repositorio ANID (solo proyectos con folios FONDECYT u otras agencias de financiamiento chilenas), Book Citation Index (sólo en inglés), ProQuest, OAPEN, ZENODO, HAL Archives Ouvertes, DOAB, Digital Library of the Commons, SSOAR, Open Library (Internet Archive) Catalogue du Système Universitaire de Documentation (SUDOC, Francia); UBL (Universidad de Leipzig).

Impreso en Talleres Gráficos LOM.

# Índice

Nota del editor .....	7
Proemio .....	9
Estudio Introductorio:	
<b>Fanny Simon, la izquierda chilena y el socialismo anticomunista en la Guerra Fría interamericana</b> <i>por Alfonso Salgado</i> .....	11
Reseña biográfica de Fanny Simon .....	16
Fanny Simon en Chile .....	32
Un libro en busca de editorial .....	49
El Recabarren de Simon .....	68

## RECABARREN Y EL MOVIMIENTO OBRERO DE CHILE

Prefacio .....	75
I. Chile durante la infancia y juventud de Recabarren .....	77
II. Los trabajadores comienzan a organizarse .....	95
III. Los trabajadores comienzan a actuar en política .....	121
IV. El Partido Obrero Socialista .....	131
V. La Federación Obrera de Chile .....	147
VI. El año de los “subversivos” .....	165
VII. El comunismo llega a Chile .....	175
VIII. El diputado Recabarren .....	183
IX. El movimiento obrero y la crisis política .....	203
X. El legado de Recabarren .....	213
XI. El movimiento obrero después de Recabarren .....	229
Nota bibliográfica .....	281



## **Nota del Editor**

Las citas textuales entre comillas han sido en su mayoría corroboradas con la fuente en español. Sin embargo, hay algunas en que sólo nos quedamos con la traducción del inglés al español que, en general, se ajustan con exactitud al original de las fuentes chilenas. Para aclarar expresamente las citas de este último caso, hemos utilizado paréntesis de corchetes [ ] para enmarcar los textos citados.



## Proemio

El texto de Fanny Simon, propuesto a varias editoriales chilenas y mexicanas, durante casi dos décadas, nunca fue publicado. El excelente análisis que hace el historiador Alfonso Salgado en el artículo introductorio, viene a darnos pistas de las razones de este texto mitológico, muchas veces citado por especialistas en Recabarren y el movimiento obrero chileno, pero que nunca circuló formalmente bajo la rúbrica de ninguna editorial.

La instalación de la dictadura y la censura que conllevó aparejada, hizo más imposible que este texto se publicara. Posteriormente otras reflexiones centradas en el movimiento obrero y la figura de Recabarren, prescindieron de este texto, quedando en el olvido por más de 40 años. Hoy la Facultad de Humanidades y Ariadna Ediciones, en su mancomunado aporte a los estudios sobre la historia de las izquierdas en Chile, terminan este largo silencio editorial y ponen a disposición del público este texto de gran valor histórico.

El texto de Fanny Simon debe ser leído contextualmente, nos habla de cómo se hacía y pensaba la historia en los años 50, las dimensiones materiales de los proyectos editoriales, tanto como de la historia de Recabarren. En un nuevo aniversario de este líder del movimiento obrero chileno, lo ponemos para la discusión, para el debate y para que nuevas generaciones de historiadores e historiadoras, dispongan de primera fuente un texto que es tanto un estudio monográfico, como una fuente de historia intelectual y del libro. Esperamos con ello contribuir a democratizar el acceso al conocimiento, tanto como a alimentar nuevos debates sobre cómo circula una obra, su performatividad y los dispositivos que la soportan y por cierto, a poner a disposición una obra indispensable para la historia social y política chilena.

Dra. Cristina Moyano.  
Decana Facultad de Humanidades.



## **Fanny Simon, la izquierda chilena y el socialismo anticomunista en la Guerra Fría interamericana**

Alfonso Salgado Muñoz<sup>1</sup>

Este estudio rastrea la trayectoria vital de la profesora, cientista social y activista estadounidense Fanny Simon (1903-1990) y documenta la elaboración y los intentos de publicación de su libro *Recabarren and the Labor Movement of Chile*, que había permanecido inédito hasta la presente traducción y edición. Lo que aquí ofrecemos no es tanto un estudio crítico del texto, aunque algunos párrafos se le dedican a ello, como una reconstrucción de la vida y obra de una autora sumamente interesante, cuyas simpatías políticas e intereses profesionales la llevaron a recorrer buena parte de América Latina, poniendo especial énfasis en los vínculos que tejió durante sus múltiples estadías en Chile.

Simon era, antes que nada, una socialista anticomunista. Su aversión al socialismo de talante soviético era tan fuerte como su esperanza en la posibilidad de construir un socialismo de carácter democrático. Como demuestra nuestro estudio, su dilatada militancia en el Socialist Party of America (SPA) y su interés personal en la evolución de los movimientos obreros de América Latina, región que visitó intermitentemente, la transformaron en una intermediaria importante entre el socialismo estadounidense y la variopinta serie de partidos políticos latinoamericanos que, identificándose con el ideario socialista, batallaban por quitarle espacio al comunismo. Eran mundos diversos, no del todo congruentes, pero interconectados a través de ideas-fuerzas en torno a las bondades del socialismo y los peligros del comunismo, y de activistas itinerantes

---

1 Doctor en Historia (Ph.D. in History, Columbia University, 2016) y actualmente trabaja como Lecturer en el Departamento de Historia de Columbia University. Sus investigaciones versan, por lo general, en torno a la relación entre ideologías políticas e identidades sociales, en Chile y América Latina, a lo largo del siglo XX.

como Simon. A lo largo de sus viajes interactuó con varios de los líderes de izquierda más importantes de la región, como el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, el venezolano Rómulo Betancourt o el chileno Salvador Allende, por nombrar sólo algunos. Su trayectoria vital y los vínculos que tejió demuestran, por un lado, la polisemia de conceptos como “izquierda democrática” o “socialismo democrático” en el continente, y, por otro, las profundas raíces anti-comunistas de dichas categorías<sup>2</sup>.

En lo que respecta a Chile, en particular, nuestro estudio documenta la inserción del Partido Socialista de Chile (PSCh) en las redes interamericanas del socialismo y trae a la luz la relevancia del anticomunismo en dichas redes. La facilidad con la que Simon accedió al círculo dirigencial del PSCh, evidente en sus estadías de 1940 y 1948-49, nos revela un partido que, aunque se definió desde sus orígenes como latinoamericanista, estaba interesado en cultivar vínculos internacionales más allá de América Latina. Simon departió con los principales líderes del PSCh no sólo en instancias formales, sino en una variedad de espacios de sociabilidad informal, que ayudaron a cimentar dichos vínculos. En Chile conoció también a Betancourt y a varios militantes del Partido Aprista Peruano o APRA. El “socialismo” parece haber sido un mote tan laxo como aglutinador, capaz de generar o vigorizar vínculos entre individuos y organizaciones de diferente ideología y orientación. El anticomunismo era fundamental en ello, aun cuando la relación entre el PSCh y el Partido Comunista de Chile (PCCh) fuera más cercana de lo que les hubiese gustado a Simon y los socialistas estadounidenses. El anticomunismo del PSCh es un fantasma latente en 1940, una realidad concreta y omnipresente en 1948-49 y uno de los elementos que permea su correspondencia con los historiadores socialistas Julio César Jobet y Jorge Barría Serón en años posteriores. Dado el énfasis de la historiografía chilena en los anticomunismos socialcristiano y

---

2 Sobre el SPA, véase Jack Ross, *The Socialist Party of America: A Complete History*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2015; y Elizabeth McKillen, “The Socialist Party of America, 1900-1929”, *Oxford Research Encyclopedia of American History*, disponible en: <https://oxfordre.com/americanhistory/view/10.1093/acrefore/9780199329175.001.0001/acrefore-9780199329175-e-413>. A lo largo de este estudio hablaremos del SPA para referirnos a un partido que, dados procesos de quiebre y reunificación, tuvo distintos nombres a lo largo del siglo XX. En términos estrictos, el SPA, fundado en 1901, pasó a denominarse Socialist Party-Social Democratic Federation (SP-SDF) en 1957, cuando se fundió con otro partido socialista—la Social Democratic Federation—que se había desprendido de su tronco matriz a mediados de la década de 1930. En 1972, el SPA/SP-SDF decidió cambiar su nombre a Social Democrats, USA (SDUSA), organización que aún existe. Ciertos sectores disidentes emergieron en la coyuntura 1972-1973, dando origen a otros dos nuevos partidos, pero Simon se mantuvo fiel al SPA/SP-SFA/SDUSA a lo largo de su vida.

conservador, vale la pena subrayar la fuerza del anticomunismo socialista<sup>3</sup>.

Nuestro estudio se enmarca dentro de lo que algunos historiadores han denominado la “Guerra Fría interamericana”, concepto histórico-geográfico que releva la pertinencia y coherencia del hemisferio occidental —como dicen en Estados Unidos— o de América —como decimos en Chile— en tanto que unidad de análisis e invita a desentrañar las dinámicas regionales de la Guerra Fría, dada la relevancia de países como Estados Unidos o Cuba en la promoción del capitalismo y del comunismo en el continente, el rol protagónico de los actores locales en el desarrollo del conflicto y las reticencias de la Unión Soviética por involucrarse más ac-

---

3 Los estudios sobre el PSCh han reconocido y prestado cierta atención a las redes internacionales, especialmente con partidos como el APRA o países como Cuba y Yugoslavia, pero han tendido a obviar los vínculos con el SPA. Algo similar ocurre con el análisis del anticomunismo al interior del PSCh. Varios estudios han reparado en ello, pero tienden a considerarlo un fenómeno puntual, limitado a cierto periodo, ciertos militantes o ciertas discrepancias estratégicas con el PCCh, y no un factor estructural y relevante en la historia del socialismo chileno. De hecho, hasta donde sabemos, no hay ningún estudio detallado al respecto. Entre las obras que abordan algunos de estos aspectos, destacan: Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*, Urbana: University of Illinois Press, 1978; Pablo Garrido, *Clasistas, antimperialistas y revolucionarios: Trayectoria política e intelectual del socialismo chileno contemporáneo. 1932-1973*, Santiago: Ariadna Ediciones, 2021; Mariana Perry, *Exilio y renovación: Transferencia política del socialismo chileno en Europa Occidental, 1973-1988*, Santiago: Ariadna Ediciones, 2020; Mariana Perry, “Challenging Bipolarity: The Socialist International and the ‘Chilean Democratic Cause’ during the Cold War”, *Bulletin of Latin American Research* 42:4, September 2023, pp. 514-525; Pedro Valdés Navarro, *El compromiso internacionalista: El Ejército de Liberación Nacional. Los elenos chilenos, 1966-1971. Formación e identidad*. Santiago: Lom Ediciones, 2018; Olga Ulianova, “Inserción internacional del socialismo chileno 1933-1973”, en Olga Ulianova (ed.), *Redes Políticas y Militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago: Ariadna Ediciones y Universidad de Santiago de Chile, 2009; Claudio Pérez Silva, “Hacia una historia de la izquierda chilena desde una perspectiva transnacional: La vía chilena al socialismo y los procesos políticos latinoamericanos, 1952-1970”, *Izquierdas* 48, Noviembre 2019, pp. 22-43; Joaquín Fernández Abara, “El Partido Socialista Popular chileno: Nacionalismo y marxismo en los albores de la Guerra Fría (1948-1957)”, en Patricio Herrera (ed.), *América y la Guerra Fría transnacional*, Valparaíso: Editorial América en movimiento, 2021; Fabio Moraga Valle, “¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano, 1931-1933”, *Histórica* 33, 2009, pp. 109-156; Juan Manuel Reveco del Villar, “Influencia del APRA en el Partido Socialista de Chile”, en Luis Alva Castro (ed.), *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*, Lima: Instituto Cambio y Desarrollo, 2006; y Agustín Cosovschi, Joaquín Fernández y Marcelo Casals, “Entre Santiago y Belgrado: Redes, amistades y desencuentros entre la Yugoslavia de Tito y los socialistas chilenos en las décadas de 1950 y 1960”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina* 34:1, 2023, pp. 17-42. En lo que respecta al anticomunismo en Chile, las obras más importantes son: Marcelo Casals, *La amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la campaña del terror de 1964*, Santiago: Lom Ediciones, 2016; Carlos Huneeus, *La Guerra Fría Chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*, Santiago: Debate, 2009; y Verónica Valdivia, *Pisagua, 1948. Anticomunismo y militarización política en Chile*, Santiago: Lom Ediciones, 2021.

tivamente en la región<sup>4</sup>. Creemos que es un marco útil para analizar la trayectoria de Simon, especialmente para pensar los orígenes de su texto sobre Recabarren y el movimiento obrero chileno y sus infructuosos intentos porque este viera la luz. Simon visitó también Israel y distintos países de Europa, pero, al menos hasta mediados de la década de 1960, cuando empezó a sentirse atraída por España y a participar más activamente en las redes de la Internacional Socialista, su campo de acción fue principalmente el continente americano. De hecho, en el PSA estuvo en más de una ocasión a cargo de las relaciones con América Latina.

Sus viajes a lo largo de América Latina fueron auspiciados por una variopinta serie de organizaciones, que revelan la pluralidad de actores que, por uno u otro motivo, se involucraron en la Guerra Fría interamericana. México fue el país de América Latina con que más fuertemente se vinculó Simon a lo largo de su vida. Entre 1929 y 1939 visitó dicho país en cuatro ocasiones, y, como veremos más adelante, se radicó a vivir allí entre 1962 y 1965. Si bien en este estudio nos interesamos mucho más por sus vínculos con Chile y por las travesías de su escrito sobre Recabarren y el movimiento obrero chileno, huelga señalar que Simon dejó también entre sus papeles un texto inédito —de la extensión de un libro, aunque incompleto— sobre el movimiento obrero mexicano. Además de México y Chile, Simon visitó, en múltiples oportunidades, Argentina, Brasil, Perú, Uruguay y Venezuela, y, en al menos una ocasión, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá y República Dominicana. De estos países, y dejando de lado México y Chile, a los que ya hemos hecho alusión, Simon se interesó de particular manera por el devenir de Argentina, dada su cercanía ideológica con los socialistas argentinos (con cuya teoría y praxis política se sentía bastante cómoda) y la relevancia del peronismo en la región (movimiento al que siempre fue hostil); Perú, dado el prestigio del APRA allende las fronteras peruanas; y Venezuela, dado el estrecho vínculo que tejió con Betancourt y el rol protagónico que este adquirió en la política latinoamericana. Como otros estadounidenses de izquierda interesados en América Latina, Simon viajó a Cuba tras el triunfo de la Revolución, en mayo de 1960, antes de que Fidel Castro reposicionara a la combativa isla caribeña en la esfera de

---

4 El concepto fue acuñado por Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2011. Para otras interpretaciones influyentes de la Guerra Fría en la región, véase Hal Brands, *Latin America's Cold War*, Cambridge: Harvard University Press, 2012; Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, Chicago: The University of Chicago Press, 2004; y Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México: El Colegio de México, 2018.

los llamados “socialismos reales”, bajo la égida de la Unión Soviética, y estuvo particularmente atenta a la influencia y penetración del comunismo durante dicha visita<sup>5</sup>.

Nuestro análisis se enmarca, por último, dentro de lo que se ha dado en llamar la “Guerra Fría cultural”, campo de estudios que pone el acento en la circulación de agentes y artefactos culturales, y en la imbricación de dichos agentes y artefactos con los intereses geoestratégicos de Estados Unidos, la Unión Soviética, Cuba y otros estados que tomaron parte de este conflicto ideológico. Como bien argumenta Patrick Iber, y como demuestra la trayectoria de Simon, la Guerra Fría cultural latinoamericana se caracterizó por la influencia desmesurada de Estados Unidos en el continente y por la existencia de un clivaje fundamental al interior de la izquierda, que enfrentaba a comunistas y anti-comunistas. El clivaje, que precedía al enfriamiento de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, no hizo sino amplificarse una vez que ambas superpotencias entraron en conflicto, en 1947-48, y que Cuba se acercó al bloque socialista, en 1960-62, dadas las coincidencias en las agendas de actores estatales y no-estatales, y los recursos que aquellos pusieron a disposición de estos. Simon fue uno de aquellos sujetos que utilizó y, a su vez, fue utilizada por el aparato cultural y diplomático del Gobierno de Estados Unidos, tanto de manera indirecta como directa. Su trayectoria refleja una creciente imbricación con dicho aparato, aun cuando nunca abandonó sus ideas socialistas y anti-imperialistas<sup>6</sup>.

Nuestro estudio se basa, principalmente, en la documentación personal de Simon, que se conserva en Tamiment Library and Robert F. Wagner Archives, un archivo que, dicho sea de paso, hunde sus raíces en el mundo del socialismo estadounidense al que ella dedicó su vida. Allí fue donde encontramos, varios años atrás, *Recabarren and the Labor Movement of Chile*. Con motivo de su traducción y publicación, hemos vuelto a inmiscuirnos

---

5 No listamos aquí otros países americanos que Simon visitó en el marco de sus actividades político-profesionales, como Canadá, Jamaica o Trinidad, por no formar parte de América Latina, pero el hecho de que también los haya visitado es revelador, y le da mayor sustento a la idea de una Guerra Fría interamericana.

6 Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge: Harvard University Press, 2015. Sobre la Guerra Fría cultural en América, véase también Germán Albuquerque, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2011; Karina Jannello, “Los intelectuales de la Guerra Fría: Una cartografía latinoamericana (1953-1962)”, *Políticas de la Memoria*, No. 14, 2013-14, pp. 79-101; y Tobias Rupprecht, *Soviet Internationalism after Stalin: Interaction and Exchange between the USSR and Latin America during the Cold War*, Cambridge: Cambridge University Press, 2015.

en los papeles de la autora para construir un retrato más acabado de su vida y de su tiempo, una empresa no tan distinta a la que ella acometió con Luis Emilio Recabarren<sup>7</sup>.

## Reseña biográfica de Fanny Simon

Fanny Simon (formalmente, Sarah Fanny Simon) nació el 4 de octubre de 1903 en Varsovia, en el seno de una numerosa familia judía que emigró a Estados Unidos poco antes de iniciarse la Primera Guerra Mundial. El padre, Kalman Simon, llegó en 1912, tras residir un tiempo en el Reino Unido, y la madre, Josephine Simon (o Greenwald), en 1913, junto a Fanny y el resto de los hijos de la pareja. Los Simon parecen haber vivido primero en Gloversville, en el condado de Fulton, del Estado de Nueva York, antes de radicarse definitivamente en la ciudad de Nueva York. Gloversville era una ciudad pequeña, pero industrial, cuyo nombre refleja la importancia que adquirió la industria de producción de guantes en el desarrollo de la urbe. Los Simon parecen haberse afincado en Nueva York en 1917, viviendo primero en East Harlem, un barrio predominantemente judío. El censo de 1920 los encuentra arrendando un departamento en 54 East 118th Street, en un estrecho brownstone de cuatro pisos, habitado por familias de ascendencia rusa, húngara, austríaca y alemana; en dicho censo, el lugar de nacimiento de los Simon es registrado como “Rusia Polonia” (*Russ. Poland*), dando cuenta de la reciente fracturación del Imperio Ruso —dentro del cual todos los Simon habían nacido— y el surgimiento de la República de Polonia —con la cual comenzaron a identificarse. East Harlem ofrecía condiciones de vida algo superiores al Lower East Side, el principal enclave judío de Nueva York, pero significativamente inferiores a las de Central Harlem, donde tendieron a radicarse judíos de mejor pasar económico. El hecho de que en el pequeño edificio que habitaban los Simon en 1920 vivieran entonces 24 personas nos sugiere que la calidad de vida de sus moradores estaba lejos de ser ideal<sup>8</sup>.

Cuando Fanny transitaba a la adultez, los Simon se mudaron al Bronx. Para el censo de 1930, Kalman, Josephine y tres de sus hijas que

---

7 Tamiment Library and Robert F. Wagner Archives, Fanny Simon Papers, TAM 185 (en adelante, Tamiment Library, FSP, TAM 185).

8 United States of America, Bureau of the Census, *Fourteenth Census of the United States, 1920*, datos en: New York state, New York county, district 1206, sheet 13A, disponible en: <https://www.ancestrylibrary.com>.

aún permanecían solteras, incluyendo a Fanny, se encontraban viviendo en un departamento en 1184 Cromwell Avenue, un portentoso edificio de seis pisos en el barrio de Concourse, en la zona sur del Bronx. Si bien Concourse era bastante más heterogéneo que East Harlem en términos étnicos, en dicho edificio residían mayormente inmigrantes judíos procedentes del Centro y Este de Europa. Las condiciones de los Simon eran algo superiores a las de sus vecinos, pues el precio del arrendamiento en el edificio iba de \$50 a \$105 dólares, este último siendo el precio que pagaban la familia de Fanny y otras tres de las cerca de sesenta familias que residían allí. La familia se radicó en el Bronx de manera más o menos definitiva, al menos los padres —Kalman y Josephine— y las hijas menores. En base a diversas fuentes de información, sabemos que Fanny Simon vivió la mayor parte de su vida adulta en la misma calle, en 1160 Cromwell Avenue; y los censos de 1940 y 1950 registran a la hija menor de la familia, Diana Simon (o Granof), ya casada, viviendo en Jerome Avenue, a unas pocas cuadras de distancia del departamento de sus padres<sup>9</sup>. Un formulario completado por Fanny en julio de 1951 confirma dicha información, y sitúa al resto de sus hermanos en distintos lugares de Nueva York o en otras ciudades de la costa este de Estados Unidos, incluyendo Philadelphia y la ya mencionada Gloversville<sup>10</sup>.

Los Simon pueden considerarse una familia de clase trabajadora o, de estirarse ligeramente la categoría, clase media baja. El padre, Kalman, trabajaba como obrero en la industria de producción de guantes, como lo atestiguan los censos de 1920 y 1930, pero parece haber logrado cierto grado de calificación a lo largo de los años, pues pasó de ser registrado como “operario” (*manufacturer*, en 1920) a “cortador” (*cutter*, en 1930), uno de los oficios mejor remunerados de la industria<sup>11</sup>. Ahora bien, la familia

---

9 United States of America, Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States, 1930*, datos en: New York state, Bronx county, district 0151, sheet 30-B; United States of America, Bureau of the Census, *Sixteenth Census of the United States, 1940*, datos en: New York state, Bronx county, enumeration district 3-242-C, sheet 7A; United States of America, Bureau of the Census, *Population Schedules for the 1950 Census*, datos en: New York state, Bronx county, enumeration district 3-12, sheet 7, y New York state, Bronx county, enumeration district 3-346, sheet 81. Todos los censos referenciados están disponibles en: <https://www.ancestrylibrary.com>.

10 “Application for Federal Employment”, 18 de julio de 1951, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 5.

11 United States of America, Bureau of the Census, *Fourteenth Census of the United States, 1920*, datos en: New York state, New York county, district 1206, sheet 13A; United States of America, Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States, 1930*, datos en: New York state, Bronx county, district 0151, sheet 30-B. Todos los censos referenciados están disponibles en: <https://www.ancestrylibrary.com>.

sufrió también penurias económicas. En un perfil biográfico de Fanny Simon se menciona que, cuando esta era adolescente, el fracaso de una huelga en pro de la sindicalización de los cortadores de guantes le significó al padre la pérdida de su empleo y a la familia una mudanza forzosa<sup>12</sup>. Kalman no fue el único de la familia que se dedicó a la manufactura de guantes. El censo de 1920 indica que varios de los hijos se desempeñaban en el mismo rubro: Halen, de 27 años; Samuel, de 23 años; Joseph, de 21 años; y Elsie, de 20 años. Otras dos hijas trabajan como obreras en otras industrias: Jennie, de 25 años, como modista, y Esther, de 24, como operaria en la industria mecánica. La gran cantidad de miembros de la familia Simon que desempeñaban trabajos de naturaleza fabril puede interpretarse de distintas maneras. Por un lado, confirma la condición de clase trabajadora de los Simon. Por otro, sugiere que la existencia de diversas fuentes de ingresos le permitió a la familia tener un pasar económico algo superior al del resto de las familias de dicha condición, confirmando, en cierto sentido, lo que habíamos dicho respecto a la residencia de los padres en 1184 Cromwell Avenue.

Fanny Simon, que para el censo de 1920 tenía 17 años, fue la primera de los hermanos que fue a la universidad y que logró un trabajo de mayor prestigio social, pues, como veremos, terminó eventualmente trabajando como profesora en una escuela secundaria. Diana, la menor de los hermanos, siguió un camino similar al de Fanny, realizando estudios superiores y ejerciendo algunos años la docencia, aunque eventualmente dejó de trabajar fuera del hogar para dedicarse a la crianza de sus hijos y el cuidado del hogar. Ambas mantuvieron una estrecha relación a lo largo de los años, como se evidencia en la correspondencia que se conserva en Tamiment Library. Creemos que la mejor suerte económica de Fanny y Diana se explica, en parte, porque llegaron a Nueva York a una edad más temprana que el resto de sus hermanos, lo que les permitió adquirir mayor fluidez idiomática y gozar de mayor estabilidad económica en su niñez y adolescencia, a la que probablemente sus hermanos mayores contribuyeron con sus ingresos.

Fanny Simon tuvo acceso a una educación formal de buena calidad. Realizó sus estudios secundarios en Gloversville, entre mediados de 1915 y mediados de 1917, y en Wadleigh High School for Girls, entre mediados de 1917 y mediados de 1919<sup>13</sup>. Fundada en 1897 por el New York City

---

12 United Federation of Teachers, “Fanny Simon”, disponible en: <https://www.uft.org/your-union/our-history/history-makers/fanny-simon>.

13 “Application for Federal Employment”, 18 de julio de 1951, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 5.

Board of Education, Wadleigh fue la primera escuela secundaria pública para mujeres de la ciudad de Nueva York. La escuela operaba, desde 1903, en un moderno edificio ubicado en 215 West 114th Street, en el sur de Central Harlem, es decir, a unos 15-20 minutos caminando de donde vivían los Simon —de acuerdo, al menos, con el censo de 1920. Simon se graduó en 1919 y, acto seguido, entró a Cornell University, una prestigiosa universidad privada en la pequeña ciudad de Ithaca, en el norte del Estado de Nueva York, no muy lejos de la frontera con Canadá. Cornell era entonces una universidad de 5.765 alumnos (1.127 de ellos mujeres) a la que muy pocos jóvenes de extracción trabajadora lograban acceder<sup>14</sup>. Simon logró financiar sus dos primeros años de estudios gracias a que obtuvo una beca al momento de rendir exámenes de admisión, a mediados de 1919; fue uno de veinte candidatos becados aquel año, entre 137 concursantes<sup>15</sup>. Se graduó en 1923, con una Licenciatura en Artes y Ciencias (B.A. o A.B.), adquiriendo cierto grado de conocimiento especializado en las disciplinas de economía, psicología e historia<sup>16</sup>.

Un año después, en el verano boreal de 1924, inició estudios de postgrado en la Facultad de Ciencias Políticas de Columbia University, en la ciudad de Nueva York, especializándose en historia y economía. Pese a su nombre, la facultad agrupaba a una serie de departamentos que tenían relación con las humanidades y las ciencias sociales, impartiendo cursos en historia, economía, gobierno, derecho público, sociología y estadística. Es probable que, por aquellos años, Simon haya vuelto a vivir con sus padres, en el Bronx, y que haya combinado sus estudios de postgrado con trabajos remunerados, aunque su trayectoria laboral en la década de 1920 es difícil de rastrear. Sabemos que tomó cursos en Columbia University de manera más o menos regular entre 1924 y 1927, obteniendo el grado de Master of Arts con una tesis sobre una importante huelga de trabajadores textiles que tuvo lugar en la ciudad de Passaic, en el estado de Nueva Jersey, mientras ella cursaba estudios de postgrado, y que fue liderada principalmen-

---

14 “Cornell University”, en 1922 *Encyclopædia Britannica*, disponible en: [https://en.wikisource.org/wiki/1922\\_Encyclop%C3%A6dia\\_Britannica/Cornell\\_University](https://en.wikisource.org/wiki/1922_Encyclop%C3%A6dia_Britannica/Cornell_University)

15 “Undegraduate Scholarships”, *Cornell Alumni News*, Vol. XXII, No. 6, 30 de octubre de 1919, pp. 64-65. La beca la garantizaba \$200 dólares al año, durante los dos primeros años, su prolongación dependiendo de su buen rendimiento académico. Es probable que haya perdido la calidad de becada con posterioridad. En el anuario publicado en 1923, el año en que se graduó, no se menciona que detentara una beca —a diferencia de algunos otros de los veinte premiados en 1919. *The Nineteen Twenty-Three Cornellian: The Annual of Cornell University and Senior Class Book*, Ithaca, NY: Cornell University, 1923, p. 583.

16 “Application for Federal Employment”, 25 de marzo de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6.

te por miembros del Communist Party of the United States of America (CPUSA)<sup>17</sup>.

Su tesis de maestría, “The Passaic Strike—A Study in Left-Wing Leadership”, que parece haber escrito a lo largo de 1927 y defendido a inicios de 1928, revela muchísima admiración por el PCUSA, tanto así que nos obliga a preguntarnos si por entonces Simon no se habrá sentido atraída por el comunismo. A lo largo de su tesis las palabras “comunismo” (“*Communism*”) e “izquierda” (“*Left Wing*”) son utilizadas casi como sinónimos, el adversario siendo la dirigencia “conservadora” de la American Federation of Labor (AFL), la más poderosa federación sindical estadounidense de aquel entonces—además, obviamente, de los capitalistas y los aparatos de seguridad, que reprimieron duramente a los huelguistas de Passaic. Simon celebra la manera en que William Z. Foster y la dirigencia nacional del PCUSA concentraron sus esfuerzos en los trabajadores textiles de Passaic para visibilizar su política sindical, la cual, en contraposición a los postulados de la AFL, promovía la inmediata sindicalización de los trabajadores no sindicalizados, por mucho que estos fueran inmigrantes o no estuvieran suficientemente calificados, y la agrupación o fusión de todos los trabajadores de una industria en un mismo sindicato, en desmedro de los sindicatos por oficio. Simon compartía plenamente esta política. En la introducción, señala que desde hace un tiempo “todos los radicales inteligentes” de Estados Unidos (“radical” siendo un término que engloba a distintas tradiciones políticas de izquierda) habían llegado a la conclusión de que “las viejas divisiones entre sindicatos de oficio estaban obstaculizando la lucha del trabajo”; y en el último párrafo de la tesis apunta que “la fusión [de los sindicatos] y organización de los [trabajadores] no organizados debe seguir siendo la consigna de la izquierda”. Asimismo, Simon

---

17 Registro de cursos, créditos y notas de Sara Fanny Simon en Columbia University, 14 de febrero de 1933, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6. Al cruzar la información de los cursos mencionados en el registro en cuestión, que están identificados de manera genérica (v.gr. “History S181” o “Economics 121-122”), con información de boletines de la universidad de la época, que identifican los cursos con sus debidos nombres, podemos hacernos una idea más concreta de sus estudios de postgrado. Los cursos de historia que Simon tomó tenían relación, principalmente, con la historia reciente de Estados Unidos (v.gr. “Survey of the History of the United States”, “Political history of the United States since the Civil War”) y Europa (v.gr. “European history since 1870”, “Nationalism and imperialism in the Nineteenth and Twentieth Centuries”). Los cursos de economía, por su parte, abordaban áreas específicas de la economía (v.gr. “Public finance”) o métodos de análisis (v.gr. “The study of economic processes”, “Dynamics of Value and Distribution”). En 1950-51, Simon complementó sus estudios universitarios en historia y economía cursando un programa para perfeccionarse en la escritura periodística, en la también prestigiosa The New School for Social Research.

elogia a los dirigentes de la huelga por haber construido un movimiento poderoso y cohesionado. Su atención se concentra no tanto en el comité de huelga, compuesto de cien “delegados de las plantas”, sino en el “comité ejecutivo, compuesto por diez o doce miembros, en su mayoría oficiales del sindicato y comunistas de otras ciudades... Se los podía encontrar lloviere o nevase, a las seis de la mañana, organizando sus piquetes contra la oposición de la policía”<sup>18</sup>.

No tenemos certeza de la identificación y afiliación política de Simon al momento de escribir su tesis de maestría, aunque hay documentación de naturaleza retrospectiva —y, por ende, no del todo fiable— que señala que por entonces ya reconocía filas en el SPA. Entre sus papeles se conservan cinco tarjetas de membresía del SPA, todas de la década de 1960, en las que se indica como fecha de admisión “1927” (en tres tarjetas) o “1929” (en una tarjeta)<sup>19</sup>. La escasez de documentación de la época entre sus papeles impide confirmar cualquiera de estas fechas de admisión, pero hay información tangencial que nos permite situarla dentro de las esferas del SPA ya en 1929. En septiembre de aquel año, Simon empezó a trabajar en Rand School of Social Science, una escuela dedicada a la educación de los adultos que estaba vinculada al SPA. La escuela, localizada entonces en el barrio de Union Square, en el sur de Manhattan, había sido fundada en 1906 por filántropos de ideas socialistas, con el objeto de ofrecer educación para los trabajadores y de familiarizarlos con los preceptos del sindicalismo y del socialismo, y a lo largo de los años se había transformado en un centro de educación, investigación y difusión del pensamiento socialista de cierto prestigio en Nueva York. Simon trabajó como profesora adjunta de Rand School entre septiembre de 1929 y julio de 1931, realizando clases de inglés y de actualidad para adultos, y parece haber permanecido vinculada a la institución de manera informal al menos hasta mediados de la década de 1930, cuando los conflictos al interior del socialismo llevaron al quiebre partidario y a la parcial desintegración de la escuela, que quedó bajo el control de la Social Democratic Federation (SDF)<sup>20</sup>.

Haya ingresado al SPA en 1927, cuando escribía su tesis de maestría,

---

18 Sara Fanny Simon, “The Passaic Strike—A Study in Left Wing Leadership”, M.A. Thesis, Columbia University, 1928, pp. 1, 33, 98.

19 Las tarjetas se encuentran en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 4.

20 “Application for Federal Employment”, 25 de marzo de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6. Cabe notar que Tamiment Library, donde se conservan los papeles personales de Simon, desciende, de manera más o menos directa, de Rand School. Es probable que la conservación de sus papeles personales en Tamiment Library se deba, en parte, a la reunificación del PSA y el SDF en 1957.

o en 1929, cuando empezó a trabajar en Rand School, lo cierto es que Simon permaneció la mayor parte de su vida activa en política y reconociendo filas dentro del socialismo estadounidense, específicamente del SPA, y que a lo largo de los años desarrolló una poderosa aversión al comunismo. Su mayor referente dentro del socialismo estadounidense era Norman Thomas, candidato presidencial en múltiples ocasiones, con quien tuvo mucha cercanía y a quien incluyó entre sus referencias personales al llenar una solicitud de empleo en marzo de 1961. La principal esfera de actividad política de Simon entre fines de la década de 1920 y comienzos de la de 1960 se dio en las organizaciones gremiales del magisterio, dado su trabajo como profesora, asuntos que analizaremos con más detalle abajo. No obstante, Simon también detentó cargos en la interna partidaria (especialmente, en el comité de asuntos internacionales) y participó en el Post-War World Council, una organización abocada a la promoción de la paz y el anti-imperialismo que lideraba Thomas, y en el Workers' Defense League (WDL), una organización dedicada a la promoción y defensa de los derechos de los trabajadores ligada al socialismo.

Simon abandonó su trabajo en Rand School para radicarse un tiempo en Ciudad de México, entre agosto de 1931 y agosto de 1932, en lo que fue su primera estadía prolongada en América Latina. Su vida allí fue facilitada, en parte, por su trabajo como corresponsal de la Jewish Telegraphic Agency, rol que ejerció febrero y agosto de 1932<sup>21</sup>. Sabemos poco y nada de la religiosidad de Simon, pero su autocomprensión como judía fue otro de los elementos constitutivos y permanentes de su identidad. Lo más probable que, como muchos otros judíos que recalaron en las huestes de la izquierda en el siglo XX, Simon haya tenido una visión secular del mundo y que no haya observado los mandamientos religiosos. Algo de ello se desprende, por ejemplo, de sus apuntes de viaje durante su estadía de investigación en Chile, en 1948-49, en los cuales alude en más de una ocasión a la etnicidad judía de ciertos interlocutores, pero no hace ninguna referencia a la celebración de una fiesta religiosa judía. En un pasaje de dichos apuntes se describió, en una misma frase, como judía y socialista, aunque dando a entender que era preferible mantener ocultos ambos marcadores identitarios con sujetos extraños: “Nunca le he dicho que soy judía ni socialista”, dijo al aludir a un ciudadano inglés avecindado en Chile por el que había empezado a desarrollar sentimientos amorosos<sup>22</sup>.

---

21 “Application for Federal Employment”, 25 de marzo de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6.

22 Diario de viaje, entrada “Tuesday, Jan. 18. Concepción”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34.

En cierto sentido, su identidad como militante de izquierda parece haber opacado, pero jamás anulado, su identidad como judía, identidades que, por lo demás, no se contraponían y que pudieron imbricarse sin demasiada tensión en las esferas del socialismo, al menos en comparación con las del comunismo, que sufrió los estragos del Pacto Ribbentrop-Mólotov en 1939, la “campana anticosmopolita” en 1948 y el supuesto “complot de los médicos” en 1953.

Tras su estadía en Ciudad de México, en 1931-32, Simon retornó a Estados Unidos para dedicarse a la docencia secundaria. Se desempeñó la mayor parte de su vida laboral como profesora de economía e historia en la James Monroe High School, una escuela pública, abierta a alumnos de ambos sexos<sup>23</sup>. Fundada en 1924, sus instalaciones ocupaban una cuadra completa en el sureste del Bronx, y a ella asistían muchísimos niños y adolescentes de la zona: en 1930, la matrícula era de 8.572 alumnos; en 1934, de 11.357; y en 1938, de 10.476. Esto la convertía en una de las escuelas públicas secundarias con más alumnos de Estados Unidos<sup>24</sup>. La matrícula disminuyó significativamente en las décadas siguientes, en el marco de una tendencia nacional a la baja, que se explica por la creación de nuevas escuelas. Para 1946, la cantidad de alumnos de James Monroe había disminuido a 5.771, y en 1952 ya no figuraba entre las escuelas con más de 5.000 matriculados, aunque para entonces sólo cinco escuelas públicas secundarias superaban aquella cifra<sup>25</sup>. Desde su creación hasta inicios de la década de 1960, el alumnado de la James Monroe High School se compuso mayoritariamente de descendientes de inmigrantes judíos del Centro

---

23 Si bien algunas reseñas biográficas la describen como profesora de historia, la mayor parte de la documentación de la época la sitúa como profesora de economía. Es probable que haya comenzado enseñando clases de economía y que haya adquirido eventualmente la responsabilidad de dictar clases de historia y otras materias. En un formulario que rellenó en marzo de 1961, Simon describió sus responsabilidades en los siguientes términos: “Enseñanza de Economía, Geografía Económica, Historia y Gobierno a alumnos de educación secundaria”. “Application for Federal Employment”, 25 de marzo de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6.

24 Emery M. Foster y Russell M. Kelley, “Statistics of Public High Schools, 1929-30”, *Biennial Survey of Education in the United States, 1928-1930*, p. 688; Emery M. Foster y Rosie Marie Smith, “Statistical Summary of Education, 1935-36”, *Biennial Survey of Education in the United States, 1934-1936*, p. 22; Carl A. Jessen y David T. Blose, “Statistics of Public High Schools, 1937-38”, *Biennial Survey of Education in the United States, 1936-1938*, p. 6.

25 Emery M. Foster y David T. Blose, “Statistical Summary of Education, 1945-46”, *Biennial Survey of Education in the United States, 1946-1948*, p. 28; Walter H. Gaumnitz y Mabel C. Rice, “Statistics of Public Secondary Day Schools, 1951-52”, *Biennial Survey of Education in the United States, 1950-1952*, p. 18.

y Este de Europa, como la misma Simon. En 1949, en una entrevista con *The New York Times*, el Director de la escuela festejó el hecho de que “el cuerpo estudiantil de la escuela, que es 80 por ciento judío, eligió a cuatro alumnos no judíos en los puestos más altos del centro de alumnos”<sup>26</sup>.

Simon parece haber empezado a trabajar en la James Monroe High School en 1932, recibiendo un sueldo anual de \$2.100 dólares, y haberse retirado voluntariamente a fines de 1961, cuando ganaba algo más de \$9.100 dólares, lo que la situaba de lleno dentro de la creciente clase media estadounidense<sup>27</sup>. Si tomamos en cuenta que nunca se casó ni tuvo hijos, y que los beneficios laborales y sociales de los profesores neoyorquinos eran significativos, podemos inferir que tuvo un buen pasar económico, más cercano al de una profesional de clase media alta que de clase media baja. Ahora bien, la carga laboral de los profesores de la ciudad de Nueva York era pesada, y Simon no gustaba mucho de enseñarle a adolescentes que, por lo general, mostraban poco interés en aprender. A mediados de la década de 1950 Simon demandó a su empleador (a saber, el New York City Board of Education) porque diariamente impartía clases a más de 190 alumnos, al parecer en 5 módulos distintos, pese a que los reglamentos estatales indicaban que los profesores debían impartir clases a no más de 150 alumnos por día. Simon entabló la demanda a título personal, pero recibió el apoyo de la organización de maestros de la ciudad y logró cierta cobertura pública<sup>28</sup>.

Simon participó activamente en la organización sindical o gremial del magisterio a lo largo de su trayectoria docente, y continuó vinculada

---

26 *The New York Times*, 24 de octubre de 1949, p. 40, “School Memories Gratify Principal: Dr. Hein of James Monroe High in Bronx Cites Case of Recent Student Voting”. El perfil de la escuela cambió abruptamente en años posteriores, con la transformación del sureste del Bronx. Al festejar los 50 años de la escuela, en 1975, el Subdirector de la escuela, recordó: “Cuando llegué aquí hace 15 años, [el alumnado] era 85 por ciento blanco y el 15 por ciento de otro color... La escuela, con 2.700 estudiantes, ahora es 60 por ciento hispana, 38 por ciento negra y 2 por ciento de otra etnicidad”. *The New York Times*, 20 de octubre de 1975, p. 37, “Monroe Classes, ‘25-‘75, Match Crises”.

27 “Application for Federal Employment”, 25 de marzo de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6. Hay cierta discrepancia en las fechas de inicio y término entre la documentación consultada. Textos retrospectivos, de naturaleza biográfica, vinculan a Simon a James Monroe High School desde 1923-25 y dicen que trabajó allí hasta 1962-63. Véase, por ejemplo, Tamiment Library, “Historical/Biographical Note”, disponible en: [http://dlib.nyu.edu/findingaids/html/tamwag/tam\\_185/bioghist.html](http://dlib.nyu.edu/findingaids/html/tamwag/tam_185/bioghist.html); y *The New York Times*, 19 de enero de 1990, p. B8.

28 “Case No. 6212”, 9 de agosto de 1956, en *Department Reports of the State of New York containing the Decisions, Opinions and Rulings of the State Departments, Officers, Boards and Commissions*, Vol. 77, 1957, pp. 70-72. Véase, además, *The New York Times*, 16 de agosto de 1956, p. 27, “Class Size Study by City Ordered”; y *The New York Times*, 8 de septiembre de 1960, p. 31, “Teachers’ Union Looses Appeal to Force City to Cut Class Size”.

al mundo de los profesores después de jubilarse. No se conserva mucha documentación sobre su participación en la década de 1930, pero sabemos que comenzó afiliándose al New York City Teachers Union (también conocido como el “Local 5” de la American Federation of Teachers, o AFT) y que, en algún momento de 1939 o 1940, se incorporó al New York City Teachers Guild (el “Local 2” de la AFT), donde recalaron la mayor parte de los profesores socialistas de Nueva York, tras una serie de conflictos con los comunistas. Simon y otros profesores neoyorquinos de militancia o simpatías socialistas intentaron ganar el control del Local 5 en 1939, pero fueron derrotados por amplio margen por la directiva vigente, liderada por Charles J. Hendley (quien había quebrado con el SPA en 1938) y Bella V. Dodd (quien militaba en el CPUSA)<sup>29</sup>. Los desacuerdos al interior del Local 5 en esos años pueden apreciarse en *The New York Teacher*, órgano oficial del sindicato, a cuyos directores Simon envió más de una carta protestando contra la línea editorial de la revista y el rumbo que estaba tomando la organización. En noviembre de 1938, por ejemplo, envió una misiva criticando ciertos énfasis y omisiones de un reportaje de la revista sobre la última convención de la AFT. En febrero de 1940 envió otra misiva, dando a conocer el punto de vista de los profesores socialistas en torno a una polémica sobre el significado del término “totalitarismo” y las ideologías o grupos que debían incluirse bajo dicha rúbrica. Simon y los socialistas aclararon que ellos trabajaban de manera abierta y democrática, mientras que el “comunismo estalinista” y el “comunismo trotskista” compartían “la filosofía bolchevique de la dictadura del partido”<sup>30</sup>. En una declaración retrospectiva de naturaleza más bien jurídica, en defensa de una profesora socialista que algunos acusaban de simpatías comunistas, Simon declaró que, en el periodo 1935-38, ambas eran miembros de la Liga de Profesores Socialistas, empeñadas “en la lucha contra la dominación comunista del Teachers Union, Local 2 de la American Federation of Teachers”, y apuntó, con cierto orgullo, que, posteriormente, ella misma defendió en una asamblea del Local 5 la postura de que “los comunistas no son aptos [fit] para enseñar en las escuelas públicas”<sup>31</sup>.

29 “The Union Elects”, *The New York Teacher*, Vol. 4, No. 9, June 1939, p. 8.

30 S. Fanny Simon, “The Socialists’ Viewpoint”, *The New York Teacher*, Vol. 5, No. 5, February 1940, p. 24. Véase, además, S. Fanny Simon, “Comment on A. F. of T. Convention”, *The New York Teacher*, Vol. 4, No. 2, November 1938, pp. 20-21. Sobre los conflictos al interior del Local 5, y entre el Local 2 y el Local 5, véase Nicholas Toloudis, “Teacher Unions Conflict in New York City, 1935-1960”, *Labor History*, 56/5, 2015, pp. 566-586; y Marjorie Murphy, *Blackboard Unions: The AFT and the NEA, 1900-1980*, Ithaca: Cornell University Press, 1990.

31 Fanny Simon, declaración sin título ni fecha, en Tamiment Library, FSP, TAM

La mayor parte de la actividad gremial de Simon se dio dentro del marco del Local 2 y de la United Federation of Teachers (UFT), que surgió de una fusión y expansión de dicho sindicato, en 1960. En 1940, Simon fue nombrada miembro de la Junta Directiva del Local 2, cargo en el que parece haber sido reelecta de manera ininterrumpida hasta 1960, al formarse la UFT. A lo largo de sus dos décadas como miembro de la Junta Directiva del Local 2, posición que no era remunerada, Simon trabajó incansablemente reclutando, organizando y movilizándolo a los maestros en su escuela, y coordinando reuniones y actividades con maestros de otras escuelas afiliados al mismo sindicato. Además, a partir de 1955, asistió regularmente a las convenciones anuales de la AFT en representación del Local 2. En marzo de 1961, al poco tiempo de formarse la UFT, el dirigente del nuevo sindicato elogió el compromiso y perseverancia de nuestra biografiada: “Fanny comenzó su actividad en el movimiento sindical de los maestros el día que comenzó a enseñar, por su convicción de que sólo a través del movimiento laboral podemos alcanzar verdadero estatus profesional. . . Ha presenciado un quiebre y dos fusiones [del movimiento], y su devoción no ha flaqueado. Aún trabaja para construir un sindicato de profesores poderoso y unido”<sup>32</sup>.

Simon logró combinar su trabajo y activismo como profesora de escuela secundaria con la investigación y producción científica, aunque con cierta dificultad. Además de la biografía inédita de Recabarren, redactó un libro sobre la historia del movimiento obrero estadounidense, en coautoría con Marjorie B. Clark, que fue publicado por W. W. Norton & Company en 1938; un artículo sobre la historia del anarquismo y el anarcosindicalismo en Sudamérica, que fue publicado en *Hispanic American Historical Review* en 1946; y un puñado de textos de menor extensión sobre asuntos relacionados con la historia, los movimientos sindicales, las relaciones internacionales y la pedagogía<sup>33</sup>. *The Labor Movement in America*, el

---

185, Box 10, Folder 26.

32 Carta de reconocimiento firmada por Charles Cogen (President) y Samuel Hochberg (Deputy Presidente) a nombre de United Federation of Teachers, 4 de marzo de 1961, “Fanny Simon, for long time service to the United Federation of Teachers, AFL-CIO”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6. Este párrafo se basa mayormente en información proveniente de dicha carta y de “Application for Federal Employment”, 25 de marzo de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6.

33 Marjorie B. Clark y S. Fanny Simon, *The Labor Movement in America*, New York: W. W. Norton & Co., 1938; y S. Fanny Simon, “Anarchism and Anarcho-Syndicalism in South America”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 26, No. 1, February 1946, pp. 38-59. Exceptuando cartas al director, reseñas de libros y algunos escritos sobre contingencia política o gremial, acá listamos los textos de menor extensión que hemos podido identificar

libro que Simon escribió a cuatro manos con Clark, es un relato conciso pero informativo de la historia del movimiento obrero en Estados Unidos, desde 1790 hasta 1938, de cerca de 200 páginas, destinado a un público amplio. Si bien las autoras no esconden su afinidad con el movimiento que estudian, su voz es por lo general docta y mesurada, evitando caer en la apología o denuncia partidista. El movimiento obrero es analizado en términos institucionales, la atención centrándose en la trayectoria de la AFL, con alguno que otro excursus sobre los Knights of Labor y la Industrial Workers of the World. Escrito en un momento importante para el mismo movimiento, palpable en el significativo aumento del número trabajadores sindicalizados a raíz de las políticas del *New Deal* de Franklin D. Roosevelt, el libro enfatiza la necesidad de expandir y fortalecer los sindicatos. Su mensaje es de unidad. De hecho, las autoras evitan tomar partido en la acrimoniosa disputa entre la AFL y el recientemente creado Committee for Industrial Organization (CIO), que analizan en el último capítulo, llamando en cambio a los dirigentes de ambas federaciones a trabajar en pos de la reunificación —anhelo que se concretó recién en 1955, con la creación de la AFL-CIO, aunque en un contexto muy distinto<sup>34</sup>.

Tras jubilarse y abandonar la James Monroe High School, Simon se trasladó a Ciudad de México para participar en un seminario organizado por la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), que operaba como la filial regional de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL, o ICFTU en inglés), donde eventualmente terminó trabajando, dadas las buenas relaciones forjadas

---

y consultar para el período en cuestión: Fanny Simon, “Orizaba, the stronghold of the C.R.O.M.,” *Labor Age*, March 1932, pp. 18-19; S. Fanny Simon, “Roosevelt and Latin America,” *Socialist Review*, Vol. 6, No. 12, September-October 1939, pp. 14-16; y S. Fanny Simon, “Teachers Against Illiteracy: How the United States Aids Latin America to Improve its Schools,” *American Teacher Magazine*, Vol. 45, No. 2, December 1960, pp. 9-10 y 22. No listamos textos de naturaleza más bien periodística, varios de los cuales fueron publicados en la prensa socialista estadounidense, especialmente en *The Socialist Call* y *New America*, o en la revista de la Inter-American Association for Democracy and Freedom, *Hemispherica*.

34 Clark y Simon, *The Labor Movement in America*. El libro fue por lo general bien recibido, tanto por la prensa como por la crítica especializada. Véase, por ejemplo, Rose C. Field, “The Story of the Labor Movement in this Country”, en *The New York Times*, 20 de marzo de 1938, p. 99; Frank M. Kleiler, “Labor’s Lesson”, en *The Washington Post*, 4 de abril de 1938, p. X7; R. M. B., “Labor in America”, en *The Christian Science Monitor*, 16 de marzo de 1938, p. 18; Ernest Sutherland Bates, “The Workers’ Struggle”, en *The New York Herald Tribune*, 1 de mayo de 1938, p. H17; y las reseñas publicadas en *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 198, No. 1, July 1938, pp. 232-233; y *The Management Review*, Vol. 27, No. 4, April 1938, p. 140. Para una visión más crítica del libro, véase la reseña de Leslie H. Buckler en *Georgetown Law Journal*, Vol. 27, No. 3, January 1939, pp. 386-389.

en dicho seminario. En Ciudad de México, entre inicios de 1962 e inicios de 1965, Simon ejerció el cargo de Coordinadora de Programas del recientemente creado Instituto Interamericano de Estudios Sindicales (IIES), dedicado a la educación sindical de dirigentes sindicales provenientes de América Latina. La ORIT tenía como objetivo promover el llamado “sindicalismo libre” y disputarle el terreno a los comunistas en América Latina, una misión a la que se sumaron gustosos socialistas como Simon. Si bien la organización surgió como tal en 1951, sus orígenes pueden datarse en 1948-49, al despuntar la Guerra Fría, con la creación de la Confederación Interamericana de Trabajadores y el quiebre entre comunistas y socialistas al interior de la Federación Sindical Mundial (FSM, o WFTU en inglés). Durante la década de 1960 la mayor parte del presupuesto de la ORIT provenía de la CIO-SL y de la AFL-CIO, que por entonces agrupaba bajo su alero a buena parte de los sindicatos estadounidenses y seguía una política internacional de tinte anticomunista. Ahora bien, como se reveló en 1966-67, parte del dinero provenía, en última instancia, de la Central Intelligence Agency (CIA), lo que dañó la credibilidad de la ORIT en los ojos de la izquierda latinoamericana<sup>35</sup>.

En la práctica, Simon estuvo a cargo de la creación y funcionamiento del IIES durante sus primeros cuatro años de vida, siendo responsable de planificar los cursos que ofrecía el instituto, coordinar el trabajo de los profesores y, también, dictar algunos cursos. Los cursos abordaban asuntos relacionados con el liderazgo sindical, las finanzas y administración de los sindicatos, la legislación laboral, las relaciones públicas y la oratoria, entre otros temas. Los cursos tuvieron lugar, en un comienzo, en la sede de la Confederación de Trabajadores de México, en Ciudad de México, y, a partir de 1965, en el flamante campus del IIES, en Cuernavaca, un edificio de tres pisos que incluía salones de clases y alojamiento para cinco profesores y más de cuarenta educandos. Por regla general, tenían una duración de uno o dos meses, la mantención de los educandos corriendo por parte de la ORIT. Ocasionalmente, convenios con otras organizaciones llevaron al desarrollo de cursos en otros países de América Latina e, incluso, de fuera de la región. En octubre y noviembre de 1962, por ejemplo, un convenio con Histadrut, la principal federación de trabajadores israelita, permitió que un grupo de 25 de dirigentes sindicales latinoamericanos que habían cursado uno de los primeros cursos de la ORIT en México visitara Israel por cinco semanas, para seguir perfeccionándose, en compañía

---

35 Carta de Fanny Simon a Charles Cogen (President of the American Federation of Teachers), New York, 6 de marzo de 1967, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 8.

de Simon<sup>36</sup>. Este no fue el único viaje de Simon durante su trabajo en el instituto. En 1963, de hecho, recorrió diversos países de América Latina “con el propósito de intercambiar ideas sobre programas y problemas de educación laboral”<sup>37</sup>.

Tras abandonar el cargo de Coordinadora de Programas de la IIES, a inicios de 1965, Simon se dedicó a la escritura de un manual de la ORIT para futuros profesores de educación sindical, el cual terminó de escribir a finales de 1965 y fue publicado en mayo de 1966. En cerca de 230 páginas, *Teaching Methods and Techniques in Labor Education* condensa el conocimiento teórico y práctico que Simon adquirió durante su trabajo en el IIES, incluyendo capítulos que van desde la planificación de las clases hasta la utilización del pizarrón y de recursos audiovisuales. Partiendo de la premisa que la educación sindical debe enmarcarse dentro de la filosofía de la educación para adultos, el manual desmenuza una serie de métodos y técnicas pedagógicas: clases magistrales, grupos de discusión, talleres, casos de estudio, juegos de roles, interrogatorios, etc. El comunismo es un fantasma que ronda el texto, pero que sólo descubre su rostro y se deja ver de manera esporádica, como, por ejemplo, en el cuarto capítulo, donde se utiliza como modelo práctico de enseñanza el cronograma de un curso de cinco sesiones sobre la ORIT, que identifica a los comunistas como enemigos de la organización en cuestión, subrayando sus técnicas de infiltración y control sindical; o en el segundo apéndice, donde se introduce el sistema de clasificación de la biblioteca del IIES, que lista al comunismo como uno de los once grandes temas en que esta organiza sus materiales de lectura. Como bien ha apuntado Gabriela Scodeller, y como se evidencia en el manual de Simon, la política educacional de la ORIT estaba entonces morigerada la confrontación ideológica y elaborando una propuesta de naturaleza más técnica y focalizada<sup>38</sup>.

Uno de los principales dilemas de activistas transnacionales como Simon y de organizaciones como la ORIT era balancear los múltiples imperativos que imponía la Guerra Fría sin perder por ello autonomía ni

---

36 Embajada de Estados Unidos en Tel Aviv, “Bi-weekly Economic Report”, 26 de octubre de 1962, p. 6, disponible en <https://congressional.proquest.com/histvault?q=003134-008-0169&accountid=10226>.

37 Carta de Arturo Jauregui Hurtado (Secretario General de la ORIT) “a quien concierne”, Ciudad de México, 15 de marzo de 1963, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6.

38 S. Fanny Simon, *Teaching Methods and Techniques in Labor Education (A Manual on How to Teach for the use of the Teacher)*, Ciudad de México, Impresiones Modernas, 1966; Gabriela Scodeller, “Latin American ‘Free-Trade Unionism’ and the Cold War: An Analysis Based on Educational Policies”, *Labor History* 58:3, 2017, pp. 327-349.

legitimidad. El problema radicaba en que gran parte del financiamiento de la ORIT provenía en ese entonces de la AFL-CIO —e, indirectamente, de la CIA— la cual era bastante más conservadora que Simon, dado que representaba a millones de trabajadores estadounidenses, que en su mayoría votaban por el Democratic Party, y no por el SPA. Esto ponía a la ORIT en una situación difícil, ya que la vinculaba muy directamente a Estados Unidos en un contexto continental en que la mayor parte de los movimientos obreros latinoamericanos eran anti-imperialistas y de izquierda. En otras palabras, la ORIT tenía que cuidarse de no ser acusada de “amarilla” y “pro-imperialista” en América Latina, y de no ser acusada de “roja” y “anti-estadounidense” en Estados Unidos. El dilema se evidencia, por ejemplo, en un intercambio de Simon con el Presidente de la AFT en 1967, quien le había escrito alarmado, pues le habían dicho que la ORIT era izquierdista y no seguía la política de la AFL-CIO, a la que pertenecía la AFT. Simon le contestó que le habían informado mal, que de hecho “Jauregui, el secretario general [de la ORIT], ha sido criticado por ser demasiado obsecuente con la AFL-CIO... En lugar de ser de orientación izquierdista, los comunistas y sus compañeros de viaje han acusado a la ORIT de ser una agencia del imperialismo estadounidense”. En la opinión de Simon, tanto el Presidente de la AFT como los comunistas estaban equivocados, pues la ORIT no era “ni izquierdista ni un instrumento del imperialismo estadounidense”<sup>39</sup>.

Tras abandonar su cargo en la ORIT y escribir *Teaching Methods and Techniques in Labor Education*, Simón realizó un largo viaje por Europa, entre enero y noviembre de 1966, antes de retornar definitivamente a Nueva York. A fines de la década de 1960 e inicios de la de 1970 desempeñó una serie de trabajos vinculados a la educación, de manera más bien intermitente. Continuó contribuyendo a la esfera de la educación sindical a través de la escritura de textos de naturaleza pedagógica para el American Institute for

---

39 Carta de Fanny Simon a Charles Cogen (President of the American Federation of Teachers), New York, 6 de marzo de 1967, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 8. Sobre este dilema, véase Patrick J. Iber, “Who Will Impose Democracy?: Sacha Volman and the Contradictions of CIA Support for the Anticomunist Left in Latin America”, *Diplomatic History* 37:5, 2013, pp. 995-1028. Cabe señalar que Simon parece no haber tenido conocimiento del financiamiento de la CIA a las iniciativas interamericanas en las que se involucró el SPA, al menos hasta mediados de 1965, cuando empezaron a tomar fuerza los rumores y realizarse investigaciones al respecto, como se desprende de cartas intercambiadas con Norman Thomas, quien le aseguró: “si, indirectamente, la CIA nos ha dado dinero, fue sin mi conocimiento”. Carta de Norman Thomas a Fanny Simon, New York, 1 de octubre de 1965, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 10; Carta de Fanny Simon a Norman Thomas, Ciudad de México, 26 de septiembre de 1965, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 10.

Free Labor Development, de la AFL-CIO, lo que le reportó algo de dinero extra. Además, se vinculó a Cornell University, donde había realizado sus estudios de pregrado, dictando cursos de extensión cultural y capacitando líderes sindicales —su alma mater era entonces en una institución pionera en el estudio de las relaciones laborales<sup>40</sup>. Sus actividades en el SPA tendieron a aumentar a medida que sus responsabilidades laborales disminuyeron. De hecho, gran parte de la documentación de Simon que se conserva en Tamiment Library dice relación con su militancia en el SPA y su involucramiento en las redes de la Internacional Socialista —especialmente, la International Council of Social Democratic Women o Socialist International Women, a la que representó en las Naciones Unidas— entre fines de la década de 1960 y mediados de la década de 1980. Además, siguió colaborando con el WDL, organización que, como hemos dicho, estaba vinculada al SPA. En la esfera sindical, participó activamente en el Retired Teachers Chapter de la UFT, que agrupaba a profesores jubilados de la ciudad de Nueva York, y en la Coalition of Labor Union Women, una iniciativa de la AFL-CIO que buscaba fomentar la participación sindical entre las mujeres.

Simon falleció el miércoles 17 de enero de 1990 de una rotura apendicular, en el St. Luke's-Roosevelt Hospital Center, que dependía de Cornell University. Se mantuvo políticamente activa e interesada en América Latina hasta el final de sus días. En una agenda de 1989, se apuntan varias reuniones de naturaleza política y sindical, y se registran los gastos de un viaje a Guadalajara, México, que realizó a comienzos de aquel año<sup>41</sup>. Tras su muerte, en enero de 1990, sus restos fueron velados en la sede de la UFT, organización que Simon había contribuido a formar hacía casi tres décadas. En la prensa neoyorquina se publicaron obituarios firmados por la UFT, la AFT, el WDL y sus sobrinos. Bernard Bellusch, uno de sus alumnos en la James Monroe High School en la década de 1930, que se transformó en un historiador respetado en lo que respecta al estudio de la política y el movimiento obrero estadounidense, le dedicó también unas breves líneas de homenaje, recordándola como una profesora que “imbuyó en nosotros conciencia social y preocupación por los menos afortunados”<sup>42</sup>.

---

40 Si bien la gran mayoría de la documentación personal de Simon se conserva en Tamiment Library, algunos de los libros y panfletos que adquirió a lo largo de su vida como estudiosa de la política y los movimientos obreros latinoamericanos están en la biblioteca de Cornell University, en Kheel Center for Labor-Management Documentation and Archives.

41 Agenda personal, 1989, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 17.

42 *The New York Times*, 19 de enero de 1990, p. B8; *The New York Times*, 20 de enero de 1990, p. A31; *The New York Times* (Late Edition, East Coast), 21 de enero de 1990, p.

## Fanny Simon en Chile

Simon estuvo en Chile en 1940, 1948-49 y 1973, e intentó además visitar el país en otras oportunidades, como ocurrió en 1957-58, pero no siempre le fue fácil hacerse del tiempo y conseguirse el dinero para viajar. El interés de Simon en Chile e, indirectamente, en Luis Emilio Recabarren parece datar de mediados de 1940, cuando visitó el país durante algo más de un mes, haciendo muy buenas migas con sus huéspedes chilenos, en el marco de un atareado y largo periplo por Sudamérica, de alrededor de siete meses, que incluyó estadias en Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador y Perú. Por ese entonces, Chile era gobernado por Pedro Aguirre Cerda, quien lideraba una coalición autodenominada Frente Popular, en la que convivían, no sin tensiones, radicales, socialistas, comunistas, democráticos y radical socialistas. Simon llegó a Chile con la misión de representar fraternamente al SPA en el II Congreso Extraordinario del PSCh y, en lo que parece haber sido un objetivo más bien personal, de escribir un estudio sobre los orígenes del socialismo chileno y, en particular, de la revolución del 4 de junio 1932 y la llamada República Socialista, en el marco de un libro sobre el movimiento obrero y la izquierda sudamericana, al que en uno de sus diarios se refiere como “Labor and progressive movements in South America”<sup>43</sup>. Entre sus papeles se conservan borradores de dos capítulos —uno sobre el PSCh y otro sobre el Partido Socialista argentino— de aquel libro, y gracias a sus diarios sabemos que escribió también un tercer capítulo —sobre el APRA— pero, como muchos de sus proyectos, este no vio la luz.

Su entusiasmo a lo largo de su primera estadía en Chile, y los vínculos que tejió con el PSCh, son palpables en sus apuntes de viaje. “Llegué a Chile con grandes esperanzas de ver un movimiento socialista [*S.P. movement*] en ebullición y no he sido defraudada”, dice en la primera de las entradas escritas desde Curicó<sup>44</sup>. A lo largo de sus apuntes desfilan una gran cantidad de socialistas chilenos y un puñado de compañeros de ruta de otros países. Con algunos de ellos la relación fue breve y más bien formal, pero, con otros, la interacción constante generó afectos. Simon trabó amistad con dos dirigentes socialistas de importancia, como lo eran Oscar Schnake (en ese entonces, Ministro de Fomento) y Salvador Allende

---

A29.

43 Diario de vida, entrada “New York, May 11, 1941”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 30.

44 Diario de viaje, entrada “Curicó, Chile, May 22”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 20.

(Ministro de Salud); con algunas figuras de segundo orden dentro del socialismo chileno, como Luis Henríquez Acevedo (secretario de Schnake), Julio César Jobet (una figura ascendente), Luis Hernández Parker (quien se había acercado al PSCh tras ser expulsado del PCCh) y Olga Urtubia Lazo (que se había alejado del PSCh hace unas pocas semanas, siguiendo a los llamados “inconformistas”); y con extranjeros de simpatías socialistas radicados en Chile, entre los que destacan Leonilda Barrancos (una profesora argentina), Magda Portal (la mujer más relevante del APRA peruano) y Rómulo Betancourt (quien poco después fundaría Acción Democrática en su Venezuela natal). Simon se mantuvo en contacto con la mayoría de los sujetos nombrados, y algunos de ellos vuelven a aparecer en apuntes de viajes posteriores<sup>45</sup>.

Simon no fue una observadora pasiva durante su visita a Chile. Sus camaradas socialistas la invitaron a discursar en más de una ocasión, y la entrevistaron reporteros de los periódicos y revistas *Crítica* (del PSCh), *Ercilla* (en la cual trabajaba Seoane y varios otros peruanos que militaban en el APRA) y *Qué Hubo* (vinculada al PCCh). En la sesión inaugural del II Congreso Extraordinario del PSCh, la hicieron sentarse en el podio y decir unas palabras en nombre del SPA, las cuales fueron también transmitidas por radio, lo que la puso nerviosa y la obligó a improvisar, ya que no le habían avisado de antemano. Además de saludar fraternalmente a los socialistas chilenos, en su discurso intentó reafirmar las credenciales anti-capitalistas y anti-imperialistas del SPA, consciente de que su audiencia tenía una visión más bien negativa de los estadounidenses, y aludió a la guerra en Europa, en términos más bien generales, hablando de la necesidad de mantener encendida “la llama del socialismo en este continente”<sup>46</sup>.

La solidez de los vínculos que Simon —e, indirectamente, el SPA—

---

45 De hacer una cartografía más amplia de la red de contactos que Simon forjó durante su primera estadía en Chile, también habría que incluir a varios otros socialistas chilenos, como Julio Barrenechea, Natalio Berman, Alberto Cumplido, María Antonieta Garafulic, Bernardo Ibáñez, Manuel Mandujano, Rolando Merino y Augusto Pinto, y a algunos otros extranjeros de simpatías socialistas radicados en el país, como los peruanos Luis Alberto Sánchez y Manuel Seoane (ambos del APRA), el español Carlos de Baraibar (en ese entonces aún ligado al Partido Socialista Obrero Español, o PSOE) y la ya mencionada Brum. No queda claro si departió también con Américo Ghioldi (dirigente del Partido Socialista de Argentina), quien también había sido invitado al Segundo Congreso Extraordinario del PSCh, y al cual alude Simon en sus apuntes de viaje, indicando que el avión que lo traía de Mendoza a Santiago había tenido problemas para despegar. Diario de viaje, entrada “Curicó, Chile, May 22”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 20.

46 Diario de viaje, entrada “Curicó, Chile, May 26”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 20.

estableció con los socialistas chilenos y sus compañeros de ruta no pueden explicarse sólo en base a sus discursos en actividades partidarias. El establecimiento de vínculos capaces de sobrevivir el paso del tiempo dependió, en buena medida, de su interacción en espacios de sociabilidad informal. De hecho, sus apuntes de viaje traen al tapete la relevancia de la fiesta y la bohemia en la izquierda latinoamericana. Sirvan de muestra algunos ejemplos de su última semana en Santiago. El martes 11 de junio, por la noche, Simon asistió a la fiesta de cumpleaños de Schnake, en casa de Julio Barrenechea, donde había alrededor de quince personas. La fiesta se prolongó hasta pasada las tres de la mañana, y Simon bailó con Schanke y Allende. “Allende me llevó a casa y se puso muy amistoso, poniendo su brazo alrededor de mí. Condujimos durante unos minutos y cuando finalmente llegué a la cama eran más de las cuatro de la mañana”. El jueves 13 cenó con Olga Urtubia, Magda Portal, Rómulo Betancourt y otra mujer de nombre Clarita, en casa de la primera de las mujeres nombradas. La cena se extendió hasta medianoche, y, tras terminar, los invitados decidieron ir a bailar. “Las chicas se pusieron bastante alegres con las bebidas y Rómulo terminó bastante borracho... Rómulo apenas podía mantenerse en pie. No llegué [al hotel] hasta las 4:00 A.M.”. El viernes 14 asistió a una cena en honor de Betancourt, donde discursaron, además del homenajado, Marmaduke Grove por el PSCh, Manuel Seoane por el APRA y el exiliado español Carlos de Baraibar, quien leyó un reportaje del periódico socialista *Vanguardia* de Buenos Aires. Tras la cena, Schnake la invitó a ver la luna, pero, en compañía de varios otros asistentes, fueron primero a la casa de Delia Garafulic y luego al departamento de otro camarada, donde bebieron y conversaron de lo humano y lo divino. “Schnake y yo finalmente estuvimos solos. Manejamos hacia el campo, pero no había luna y la Cordillera no se veía. Se puso bastante cariñoso e insistió en que fuéramos a algún lugar donde pudiéramos estar solos, sin el chofer. No fuimos y finalmente me llevó de vuelta al hotel. Me acosté a las 5:00 A.M.”<sup>47</sup>.

El establecimiento de vínculos hemisféricos entre partidos de denominación o tendencia socialista, y la complicidad que Simon generó con sujetos como Schnake o Allende, no garantizaba coincidencia de perspectivas, y en los apuntes de viaje de nuestra biografiada se dejan entrever desacuerdos importantes en torno al horizonte al que el socialismo debía

---

47 Todas las citas de este párrafo en: Diario de viaje, entrada “Santiago, June 14”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 20; *Crítica* (Santiago), 22 de mayo de 1940, p. 5, “Lo más memorable de la reunión inaugural fue discurso de Grove”. Las referencias a las entrevistas con reporteros de *Ercilla* y *Qué Hubo* en: Diario de viaje, “Curicó, Chile, May 22” y “Santiago, June 14”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 20.

apuntar y de la estrategia que los socialistas debían adoptar. Su asistencia al II Congreso Extraordinario del PSCh, de hecho, terminó confirmando su impresión “de la afinidad del Partido [chileno] con la posición leninista en cuestiones de teoría”, con la que obviamente discrepaba, y en las conversaciones de pasillo, tras dar a conocer sus opiniones sobre el socialismo a más de un interlocutor, un afable Schnake le dijo que “ellos me convencerían de que yo estaba muy equivocada, [y de que mis ideas eran] utópicas e impracticables”<sup>48</sup>. Simon, con su socialismo de métodos pacíficos y horizonte democrático, escéptica de la épica revolucionaria, parece haber sido una *rara avis* en la izquierda latinoamericana con la que interactuó, exceptuando tal vez a los socialistas argentinos. En un ambiente más distendido, durante una cena en un restaurant de Quinta Normal con Schnake, Enríquez, Rolando Merino Reyes y otros socialistas chilenos, los desacuerdos ideológicos volvieron a salir a la palestra. “Pasamos un rato bastante alegre. Solo hacia el final la conversación giró en torno a la teoría socialista y, como de costumbre, Schnake se burló de mi punto de vista democrático, insistiendo en que este es fundamentalmente humanitario y poco práctico. En ese sentido, él, como el resto de los miembros aquí presentes, está profundamente imbuido de los métodos del bolchevismo”<sup>49</sup>.

El momento más evidente de discrepancia y desacuerdo político entre Simon y los socialistas chilenos tuvo lugar en Antofagasta, que visitó a invitación de la poeta uruguaya Brum, quien había organizado una conferencia en defensa de la democracia y el antifascismo, con el objeto de “estimular el apoyo a los Aliados”. Simon fue recibida en la estación de trenes por una delegación del PSCh, gracias a que Schnake se había contactado con el Intendente, que era también socialista. Pero la conferencia había sido organizada por Brum de manera más o menos independiente, sin ponerse de acuerdo con los partidos del Frente Popular, invitando a asistentes y grupos que estaban en desacuerdo con el Gobierno de Aguirre Cerda, lo que dio paso a conflictos con los socialistas y comunistas antofagastinos. En opinión de Simon, Brum se debió haber contactado con los partidos del Frente Popular desde un comienzo, invitándolos a participar. “Por supuesto, los comunistas se habrían opuesto de todos modos; [pero] los socialistas podrían haberse sumado, de haberseles abordado con tacto”. La conferencia, que no logró captar muchos asistentes, terminó en una trifulca, que iniciaron los mismos camaradas socialistas de

---

48 Diario de viaje, entrada “Curicó, Chile, May 26”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 20.

49 Diario de viaje, entrada “Santiago, May 31”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 20.

Simon. “Desgraciadamente, algunos de los socialistas comenzaron a gritar [consignas] contra los organizadores del mitin y vivas al Frente Popular. Salimos cuando entraron los Carabineros”<sup>50</sup>.

Como hemos dicho, los intereses académicos de Simon durante su primera visita a Chile decían relación con la trayectoria del socialismo, no con la del comunismo. Sin embargo, en sus diarios de viajes hay más de una alusión al PCCh, y una referencia concreta a Recabarren. Esta está incluida en la primera entrada que escribió desde La Paz, a donde llegó tras recorrer el norte chileno y visitar las oficinas salitreras de María Elena y Pedro de Valdivia y la mina cuprífera de Chuquicamata. Al reseñar una de sus conversaciones con uno de los empleados de Anaconda Copper y dos camaradas socialistas que la pasearon por la zona (Eduardo Rodríguez y un tal Bravo), Simon apuntó: “Los comunistas controlan prácticamente todos los centros mineros... La influencia de los comunistas en la región, según Rodríguez, se debe principalmente al trabajo de Recabarren, el principal dirigente del movimiento obrero chileno. Recabarren se convirtió en comunista, pero, si ha de creérsele a Rodríguez, nunca dijo ni escribió nada respecto a la Unión Soviética tras viajar allí en 1924. Los comunistas alegan que fue asesinado por la policía. Otros creen que se suicidó”. Estas líneas, plagadas de errores factuales y rumores que la misma profesora e historiadora estadounidense se encargaría después de refutar, son la evidencia más antigua que tenemos del interés de Simon en la figura de Recabarren<sup>51</sup>.

La segunda visita de Simon a Chile, en 1948-49, estuvo dedicada al estudio empírico de la vida y obra de Recabarren. Sus pesquisas se enmarcaban dentro de un proyecto de investigación más ambicioso, que se interesaba tanto por Recabarren en Chile como por Juan B. Justo en Argentina. En un borrador de una solicitud de financiamiento que envió a inicios de 1948 al Social Science Research Council (SSRC), una prestigiosa organización privada dedicada a fomentar la investigación en ciencias sociales en Estados Unidos, Simon resume el propósito de su viaje de investigación en los siguientes términos: “El objetivo principal de mis estudios es obtener una imagen de las fuerzas que han dado forma a los movimientos obrero y socialista de Argentina y Chile. Se propone lograr dicho objetivo a través del estudio de las vidas de Juan B. Justo y Luis E. Recabarren,

---

50 Diario de viaje, entrada “Antofagasta, June 24”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 20.

51 Diario de viaje, entrada “La Paz, June 28, 1940”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 21.

el primero de ellos artífice del socialismo argentino y el segundo padre del sindicalismo chileno”. No sabemos cuándo Simon abandonó la idea de escribir una biografía o estudio sobre Justo, cuya vida encapsulaba “la historia del socialismo argentino”, pero da la impresión de que, desde un comienzo, su interés en Recabarren era mayor, pues su figura le permitía adentrarse de manera más concreta en el movimiento obrero (uno de sus temas predilectos) y en el comunismo (una de sus principales némesis), y explicar “por qué los comunistas han tenido tanta influencia en los sindicatos de Chile”<sup>52</sup>.

La postulación de Simon a los fondos del SSRC fue exitosa, lo que le permitió contar con \$1.000 dólares durante su estadía de investigación en Chile y Argentina<sup>53</sup>. Fue una de 41 favorecidos con una Grant-in-Aid, una subvención para “proyectos realizados por académicos de mediana edad [*mature scholars*] que no tienen acceso a fondos adecuados para la investigación”. Sólo 6 de los 41 becados eran mujeres, y Simon era la única de los becados que trabajaba en una institución de educación secundaria, y no superior<sup>54</sup>. En cierto sentido, la decisión del SSRC de financiar proyectos como el de Simon era el resultado de ciertas transformaciones de dicha organización y de las ciencias sociales estadounidenses, que daban ahora mayor relevancia a lo que vendría en llamarse *area studies*, o estudios regionales, con el objeto de formar investigadores con expertise en diversas zonas del globo. Sujetos como Simon, que manejaban idiomas extranjeros y que tenían un pronunciado interés por ciertas regiones, se beneficiaron de esta reorientación organizacional y contribuyeron al fortalecimiento de esa perspectiva analítica. La transformación de las ciencias sociales se condecía con la mayor apertura e interés de Estados Unidos por el mundo, especialmente por el Tercer Mundo, que no haría sino incrementarse a lo largo de la Guerra Fría, periodo que coincide con el de su transformación en superpotencia con ínfulas de hegemonía mundial<sup>55</sup>. El financiamiento

---

52 Este borrador no lleva título ni fecha, y se encuentra incompleto. Se conservan dos páginas sueltas de dicho borrador en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 33.

53 Carta de Laura Barrett (Secretary of the Committee on Grants-in-Aid, Social Science Research Council) a Fanny Simon, New York, 5 de abril de 1948, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 8; Carta de Pendleton Herring (President of the Social Science Research Council) “a quien concierna”, New York, 8 de julio de 1948, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6.

54 Social Science Research Council, *Annual Report, 1947-1948*, New York: Social Science Research Council, 1949, pp. 34 y 60-63.

55 Sobre estos asuntos, véase Kent Worcester, *Social Science Research Council, 1923-1998*, New York: Social Science Research Council, 2001; Bruce Cummings, “Boundary

de las Grants-in-Aid no era suficiente para un proyecto tan ambicioso y una estadía tan larga como la que deseaba Simon —en una carta enviada a Norman Thomas desde Buenos Aires, Simon se queja de “apenas cubrió el costo del vuelo de ida y vuelta”— por lo que esta tuvo también que recurrir a sus ahorros para financiar su estadía de investigación<sup>56</sup>.

Simon llegó a Santiago el 19 de agosto de 1948 —tras un breve paso por Perú, donde retomó sus contactos con el APRA y le entregó personalmente una carta del SPA a Haya de la Torre— y permaneció en la capital hasta mediados de enero de 1949, cuando emprendió un acontecido viaje por el sur del país, por donde cruzó eventualmente la frontera hacia Argentina a inicios de febrero. Su estadía de investigación coincidió con un abrupto giro a la derecha en Chile y en América Latina en general, en los comienzos de la Guerra Fría. Al momento de arribar Simon al país, el Gobierno de Gabriel González Videla había roto relaciones con los comunistas hacía alrededor de un año, y en el Congreso se estaba por aprobar su controversial Ley de Defensa de la Democracia, que no sólo criminalizaba al PCCh en cuanto organización, sino que también impedía la participación electoral y sindical de aquellos ciudadanos sindicados como comunistas —debilitando, de paso, al movimiento sindical en su conjunto. Unos meses después de arribada a Chile, golpes de Estado derrocaron a las autoridades legítimas de Perú (el 27 de octubre de 1948) y Venezuela (el 24 de noviembre de 1948), poniéndole fin al período de apertura democrática y movilización ciudadana que había abierto la Segunda Guerra Mundial en la región<sup>57</sup>.

Tenemos una idea bastante clara de las actividades de Simon en Chile, pues durante su viaje tomó apuntes bastante detallados, llenando dos cuadernillos completos, y fue también entrevistada por la prensa. Gracias a sus diarios de viaje sabemos que, pese a que tenía una visión extremadamente negativa del comunismo, se formó una mala impresión del Gobierno de González Videla y lamentó la utilización indiscriminada de la Ley

---

Displacement: Area Studies and International Studies during and after the Cold War”, *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, Vol. 29, No. 1, 1997, pp. 6-26; y Paul W. Drake y Lisa Hilbink, “Latin American Studies: Theory and Practice”, en David L. Szanton (ed.), *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines*, Berkeley: University of California Press, 2004, pp. 34-73.

56 Carta de Fanny Simon a Norman Thomas, Buenos Aires, 2 de abril de 1949, en The New York Public Library, Manuscripts and Archives Division, Norman Thomas Papers, Reel 18 (en adelante, NYPL, MAD, NTP).

57 Leslie Bethell e Ian Roxborough, “Latin America between the Second World War and the Cold War: Reflections on the 1945-8 conjuncture”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 20, No. 1, May 1988, pp. 167-189; Huneeus, *La Guerra Fría Chilena*.

de Defensa de la Democracia, por considerarla ineficaz (en la lucha contra el comunismo) y por dificultar el actuar de los sindicatos (sin importar su signo político). Dadas su militancia socialista, su perspectiva hemisférica y sus amistades latinoamericanas, también se interesó por los acontecimientos de Perú y Venezuela: se preocupó de informarse de la situación personal de algunos amigos peruanos, puesto que sus vínculos con el APRA eran estrechos; le escribió una carta al dirigente socialista norteamericano Norman Thomas, “instándolo a que intentara prevenir el reconocimiento del gobierno militar de Venezuela” por parte de Estados Unidos; y le propuso a uno de sus interlocutores chilenos establecer una suerte de “Org[anización] Inter-Americana contra los regímenes militares”<sup>58</sup>.

Durante los cerca de cinco meses que permaneció en Chile, Simon destinó buena parte de su tiempo libre a interiorizarse de la política chilena y, con aún mayor ahínco, del estado del movimiento obrero. Su conocimiento al respecto se nutrió, mayormente, de conversaciones con el agregado laboral de la Embajada de Estados Unidos en Santiago; con dirigentes del PSCh; y con trabajadores y dirigentes sindicales, muchos de ellos también socialistas. En Santiago, Simon frecuentó los locales del PSCh y de la Confederación Chilena de Trabajadores (CTCh) que lideraba el socialista Bernardo Ibáñez (al cual había conocido en 1940), asistió a concentraciones políticas y reuniones sindicales vinculadas al socialismo y visitó a varios dirigentes socialistas en sus casas y en el Congreso. No obstante la prominencia de las redes del PSCh en sus apuntes de viaje, Simon interactuó también con trabajadores y dirigentes sindicales que no tenían vínculos con el socialismo y recorrió el país por su propia cuenta. Su interés en el movimiento obrero y su iniciativa por informarse verazmente se evidencian, por ejemplo, en las detalladas notas que tomó sobre las condiciones de vida de los trabajadores y el funcionamiento de los sindicatos en Sewell (que visitó en diciembre de 1948) y la cuenca carbonífera (que visitó en enero de 1949).

Simon llegó a Chile en un momento difícil para el socialismo. La con-

---

58 Diarios de viajes, entradas “Oct. 10, 1948”, “Oct. 18, 1948” y “Wed. Dec. 1”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folders 23 y 34; y Carta de Fanny Simon a Norman Thomas, Santiago, 1 de diciembre de 1948, en NYPL, MAD, NTP, Reel 18. En cierto sentido, la idea de una organización interamericana contra los regímenes militares —que compartían tanto Simon como otros activistas de la época— tomó forma, en 1950, con la creación de la Inter-American Association for Democracy and Freedom, que empujó y lideró Frances R. Grant. Al respecto, véase David Mark Carletta, “Frances R. Grant’s Pan American Activities, 1929-1949”, Ph.D. Dissertation, Michigan State University, 2009; y Andrew J. Kirkendall, *Hemispheric Alliances: Liberal Democrats and Cold War Latin America*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2022.

tingencia nacional y las divergencias internas habían llevado al quiebre del PSCh en dos grupos o fracciones, que operaban ya prácticamente como organizaciones autónomas: uno liderado por Bernardo Ibáñez y Juan Bautista Rossetti, cuyo marcado anticomunismo los había llevado a apoyar a González Videla y el proyecto de Ley de Defensa de la Democracia, cuadrándose además con Estados Unidos en el contexto de la incipiente Guerra Fría; y el otro por Raúl Ampuero y Eugenio González, que temían que dicho proyecto de ley afectara negativamente al movimiento obrero en su totalidad y que propugnaban una política exterior de mayor independencia<sup>59</sup>. La historiografía ha tildado a la primera fracción de “anticomunista” y a la segunda, ocasionalmente, de “procomunista”, pero de las conversaciones y apuntes de Simon se desprende que ambas compartían un poderoso sustrato anticomunista, al menos en ese entonces. La cuestión de fondo era, más bien, “¿Cómo enfrentar a los comunistas?”, como se lee de los apuntes que Simon tomó de una larga conversación con Eugenio González en septiembre de 1948<sup>60</sup>. La respuesta a dicha cuestión, y las rutas divergentes que tomaron ambos grupos, estaba además condicionada por una serie de intereses en conflicto y ambiciones personales.

Simon se vinculó con ambos grupos o fracciones socialistas de manera directa. Su procedencia extranjera y el manto de investigadora la salvaron de tener que tomar partido por una u otra fracción. En general, de sus diarios de viaje se desprende desazón por el quiebre, puesto que había debilitado al socialismo y llevado a un gran número de militantes a abandonar la militancia activa. Simon logró mantener una relación cordial y fructífera con ambas fracciones, pero sus vínculos con el grupo de Ibáñez y Rossetti fueron algo más fuertes. Esto parece haberse debido no tanto a la línea política del grupo en cuestión, sino al hecho de que su interés por comprender el movimiento obrero chileno la llevaron a relacionar-

---

59 Este fue el más importante de los quiebres del socialismo chileno en la década de 1940, pero no fue el único; en abril de 1940, una fracción de socialistas “inconformistas” formó el Partido Socialista de los Trabajadores; y en julio de 1944, Grove y compañía formaron el Partido Socialista Auténtico. La salida de Grove y sus seguidores fue un golpe particularmente importante para el PSCh, puesto que este había sido su principal caudillo popular desde su fundación. Drake, *Socialism and Populism in Chile*, pp. 243-244, 270-275, 298-300. Como veremos adelante, durante su viaje Simon interactuó con la fracción de Ibáñez y Rossetti y con la de Ampuero y González. Sin embargo, no tuvo mayores vínculos con Grove (a quien había conocido en 1940), exceptuando un breve intercambio de palabras en el salón de té del Senado, que se explica porque Simon estaba acompañada de Allende y otras personas a quienes Grove se acercó a saludar. Diario de viaje, entrada “Tuesday, Dec. 7”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34.

60 Diario de viaje, entrada “Santiago, Sept. 11, 1948”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 23.

se con mayor frecuencia con dirigentes socialistas vinculados a la CTCH que dirigía Ibáñez. Ibáñez y su esposa, Lucy Delgado, son una presencia permanente en sus apuntes de viaje —mucho más que Rossetti, con quien no parece haberse relacionado. Ahora bien, su círculo de relaciones y amistades socialistas incluyó también a Allende y su esposa, Hortensia Bussi, quienes por ese entonces estaban vinculados a la fracción contraria. La transversalidad de sus redes partidarias le permitió interactuar con un heterogéneo grupo de dirigentes y militantes socialistas. Sirva de ejemplo lo ocurrido durante el viaje al sur que emprendió a mediados de enero de 1949. Simon viajó con cartas de introducción destinadas a dirigentes locales radicados en diversos pueblos y ciudades, que habían escrito en su nombre dirigentes nacionales de ambos grupos. En una entrada de sus diarios de viaje escrita desde Temuco, por ejemplo, se quejó de que por segunda vez una dirección que le había dado “el P.S. de Eugenio González” había resultado estar errada, haciéndola perder el poco tiempo del que disponía en la ciudad y desistir de la idea de buscar la dirección “que Ibáñez me dio”<sup>61</sup>.

Los contactos de Simon con el PCCh —en ese entonces, en la clandestinidad— fueron prácticamente nulos. Pero en sus andanzas y pesquisas se topó con más de un simpatizante comunista, y con un puñado de militantes. Sin ir más lejos, sus principales amigos chilenos durante estos meses, la profesora Olga Urtubia (a la que conocía de 1940) y el escritor José Santos González Vera (al que conoció durante este viaje), pueden ser considerados cercanos al PCCh, o al menos así lo entendía Simon<sup>62</sup>.

---

61 Diario de viaje, entrada “Temuco, Jan. 26 - Wed.”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34. Estas cartas de introducción fueron también responsables, aunque fuese de manera indirecta, de la única relación sexual de Simon en Chile durante su viaje (exceptuando unos besos que se dio con el inglés radicado en Chile al que aludimos arriba), la que tuvo lugar en Angelmo, con un hombre varios años menor que ella, vinculado al grupo de Ibáñez. Diario de viaje, entrada “Puerto Varas, Saturday, Febr. 5, 1949”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34.

62 Simon resumió las simpatías políticas de González Vera en los siguientes términos: “González Vera es un viejo anarquista —gentil, idealista, muy amable. Su esposa, me dijo, era comunista. Aunque él no es comunista, cuando vota probablemente vota comunista”. Diario de viaje, entrada “Sept. 2, 1948. Santiago”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 23. De Urtubia, quien había abandonado el PSCh en 1940 para sumarse al Partido Socialista de Trabajadores, varios de cuyos miembros terminaron recalando en el PCCh, Simon apuntó lo siguiente: “Olga tiene poca fe en la habilidad del movimiento soc[ialista] de lograr algo. Parecía estar mucho más impresionada por la manera en que los comunistas hacían las cosas”. Diario de viaje, entrada “Saturday, Jan. 15, 1949”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34. La cercanía de Urtubia Lazo con los comunistas en aquellos años se ve además confirmada por las memorias de Luis Corvalán López, quien apunta que esta les facilitó su departamento para la edición clandestina del

Además, como veremos más adelante, conversó con varios ex-militantes comunistas de la época de Recabarren. Por último, se dio el trabajo de asistir a una demostración política organizada por el Frente Nacional Democrático, en la que participaron militantes comunistas. “Los jóvenes [comunistas] gritaban como si se tratara de una fiesta de fútbol. Lamenté ver tantas almas fervientes que aún creían que Rusia era la tierra de la ‘verdadera’ democracia, como evidentemente pensaban”<sup>63</sup>.

En lo que respecta a su investigación sobre Recabarren, los apuntes de viaje de Simon dan la impresión de que el proyecto estaba aún en sus etapas iniciales al momento de llegar al país, pese a haberlo formulado mientras vivía en Nueva York y haber recibido financiamiento del SSRC. De hecho, aún no había leído *Recabarren*, de Fernando Alegría, la única biografía del fundador del PCCh que por entonces se había escrito, la cual había sido publicada en 1938; conseguírsela fue una de sus primeras tareas<sup>64</sup>. La mayor parte de su tiempo de investigación en Chile lo destinó a la revisión de la prensa de la época, especialmente periódicos de tendencia demócrata, socialista, comunista y anarquista. Estos periódicos los revisó en la Biblioteca Nacional, donde aún se conservan copias de ellos. Simon visitó regularmente dicha biblioteca desde su llegada a Santiago, a fines de agosto de 1948, hasta mediados de enero de 1949, cuando emprendió su viaje al sur. Su ritmo de trabajo era intenso, incluso agotador, porque la cantidad de periódicos que se conservaban en la biblioteca y que anhelaba revisar era mayor de la presupuestada, su velocidad de lectura era menor de la que ella deseaba y las condiciones de trabajo no eran del todo óptimas. “El trabajo es lento e incómodo. La iluminación es mala y tengo que estar de pie para poder leer el diario”<sup>65</sup>. Su método consistía en tomar apuntes manuscritos en hojas de media carilla, entremezclando resúmenes del contenido en inglés con alguna que otra cita textual en español. Entre los papeles de la autora, en Tamiment Library, se conservan cientos de dichas hojas con apuntes.

Simon se concentró primero en los periódicos editados por Recabarren y en aquellos ligados al POS/PCCh, yendo de manera más o me-

---

Canto General de *Pablo Neruda*. Luis Corvalán, *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, Santiago: Lom Ediciones, 1997, p. 55.

63 Diario de viaje, entrada “Tuesday, Dec. 7”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34.

64 Diario de viaje, entrada “Sept. 2, 1948. Santiago”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 23.

65 Diario de viaje, entrada “Sept. 4, 1948. Santiago”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 23.

nos cronológica, desde *El Trabajo* de Tocopilla en adelante. Llegó hasta la muerte de Recabarren, el 19 de diciembre 1924, revisó luego unos pocos años más de la prensa comunista posterior para hacerse una idea de los cambios ocurridos en el PCCh tras el deceso del biografiado, y se sumergió en la prensa anarquista de fines del siglo XIX e inicios del XX<sup>66</sup>. Es muy probable que después haya consultado otros periódicos chilenos, ya sea para rastrear eventos y debates específicos o para hacerse una idea general del Chile de la época, pues, como el lector podrá apreciar, el corpus de periódicos en que se basa el libro es bastante heterogéneo. Visitó con cierta regularidad la Biblioteca Nacional hasta mediados de enero de 1949, cuando se topó con carabineros, agentes de investigaciones y funcionarios públicos que consultaban la prensa comunista por otros motivos (“Hay al menos seis personas del Ministerio del Interior revisando la prensa comunista, especialmente *El Siglo*, en búsqueda de nombres de comunistas”<sup>67</sup>), y aprovechó su posterior viaje al sur del país para consultar colecciones de periódicos locales<sup>68</sup>.

Simon logró acceder a una cantidad no menor de documentos inéditos, algunos de los cuales han sobrevivido el paso del tiempo y otros de los cuales han desaparecido. Entre los primeros, lo más relevante para su investigación fueron las cartas que Recabarren le envió a Carlos Alberto Martínez entre 1912 y 1920, que hoy se conservan en el Archivo Nacional y que han sido digitalizadas por dicho archivo y recientemente editadas en formato libro<sup>69</sup>. Entre los documentos que no han sobrevivido, lo más valioso provino de Teresa Flores, la pareja de Recabarren al momento de su muerte. Gracias a ella, accedió a un diario del mismo Recabarren de varios cientos de páginas, compuesto de recortes de prensa y de apuntes manuscritos del biografiado, relativos a sus primeros años de actividad sindical

---

66 Esta cronología de su trabajo en la Biblioteca Nacional se basa en sus diarios de viaje, pues las carillas con apuntes de investigación que se conservan en Tamiment Library están desordenadas y no permiten hacerse una idea clara del proceso de investigación, en parte porque Simon las utilizó y reordenó para de acuerdo con sus propias necesidades escriturales, y en parte por el proceso de archivamiento posterior.

67 Diario de viaje, entrada “Tuesday, Jan. 11”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34.

68 Sobre esto último, véase, por ejemplo, *El Sur* (Concepción), 24 de enero de 1949, p. 8, “Autora norteamericana visitó ayer nuestro rotativo para revisar las antiguas colecciones de ‘El Sur’”.

69 Jorge Gallardo Pefaur (comp.), *Luis Emilio Recabarren. Correspondencia con Carlos Alberto Martínez, dirigente de la Federación Obrera de Chile*, Santiago: Ediciones LER, 2019. Simon obtuvo las cartas de manos del mismo Martínez, poco antes de abandonar Santiago; ella resumió y transcribió algunos extractos a máquina y después se las devolvió —aunque cuándo, dónde y cómo no es del todo claro.

y política en el norte. Además, de Flores obtuvo un puñado de panfletos inéditos de Recabarren, como fue el caso, por ejemplo, de “Si el socialismo triunfa”, que analiza en su libro con cierta detención<sup>70</sup>. Simon también se puso en contacto y se sirvió de textos inéditos escritos por sujetos de simpatías anarquistas, que habían jugado roles importantes en el movimiento obrero en su juventud y temprana adultez. De Julio E. Valiente, por ejemplo, revisó una copia mecanografiada de un texto titulado “Génesis del socialismo en Chile”, de 13 páginas; y de Alejandro Escobar y Carvallo, un texto mecanografiado, compuesto de alrededor de 150 páginas, al que se refiere indistintamente como “Nacimiento del socialismo en Chile” o “Historia del movimiento obrero socialista en Chile”<sup>71</sup>.

Además de su consulta de material escrito, la idea que Simon se formó de Recabarren y del movimiento obrero chileno de inicios de siglo estuvo mediada por una serie de interacciones y entrevistas con sujetos que conocieron al biografiado o participaron en dicho movimiento. Sin ir más lejos, como ya hemos dicho, uno de sus principales contactos a lo largo de su estadía en Chile fue González Vera, escritor de simpatías anarquistas, quien había interactuado con Recabarren a fines de la década de 1910 e inicios de la de 1920. Simon lo conoció apenas llegada a Santiago, y trabó con él amistad, poniéndola este en contacto con dirigentes obre-

---

70 Simon entró en contacto con Flores gracias a Manuel Hidalgo Plaza y Ramón Sepúlveda Leal, otrora dirigentes comunistas que entonces reconocían filas en el PSCh. Simón la visitó en más de una ocasión, en la casa que esta compartía con su nueva pareja, Tomás Conelli, en Maipú; ambos habían sido activos en el POS/PCCh, pero habían ya abandonado la militancia activa. Flores y Connelli fueron cordiales y acogedores con Simon, mostrándole los papeles y fotografías de Recabarren que aún conservaban, pese a que otros interesados los habían visitado en el pasado y no siempre les habían devuelto lo que ellos habían prestado. “Ambos parecían estar particularmente enojados con Fernando Alegría, quien se había llevado las fotografías más valiosas y nunca las devolvió”. Diario de viaje, entrada “Sept. 4, 1948. Santiago”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 23. Cabe señalar que en Tamiment Library se conserva sólo un texto de puño y letra de Recabarren, un discurso manuscrito de 1902, aunque no está claro si Flores se lo regaló a Simon o si esta lo obtuvo por otra vía.

71 Entre los papeles de Simon en Tamiment Library se conservan apuntes de ambos textos. No sabemos cómo se consiguió el de Valiente, pero el de Escobar y Carvallo se lo envió el mismo autor, con quien entró en contacto gracias a José Santos González Vera. Sobre esto último, véase, Carta de Alejandro Escobar y Carvallo a José Santos González Vera, Antofagasta, 2 de diciembre de 1948, en Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional, disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile, <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-640180.html>; y Carta de Alejandro Escobar y Carvallo a Fanny Simon, Antofagasta, 12 de enero de 1949, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 7, Folder 13. Es probable que algunos extractos del texto de Escobar y Carvallo hayan servido de base para los escritos que este publicó, unos años después, en la revista *Ocidente*, a petición de Julio César Jobet.

ros de antaño. Igualmente, sus redes socialistas le permitieron conversar con Ramón Sepúlveda Leal, Manuel Hidalgo Plaza y el ya mencionado Martínez, quienes habían forjado estrechos vínculos con Recabarren y habían tenido roles importantes en los comienzos del PCCh, recalando posteriormente en el PSCh. Además, Simon conversó, en al menos dos ocasiones, con la ya mencionada Flores y con Tomás Conelli, pareja de esta por aquel entonces, quien también había sido cercano a Recabarren durante las travesías de este por el norte. En las fiestas de Año Nuevo, de 1949, Simon se trasladó a Lolleo para conversar con las hermanas de Recabarren. “Logré claridad sobre ciertas cosas de su temprana juventud, que pensaba habían sido distorsionadas en el libro de Alegría”, anotó en su diario<sup>72</sup>. Allí conoció también al hijo de Luis Víctor Cruz, otro sujeto importante en los primeros años del POS/PCCh, que se había casado con una de las sobrinas de Recabarren.

Si Simon logró hacerse una idea panorámica del movimiento obrero chileno y consultar documentación que se encontraba en manos privadas, esto se debió, en no menor medida, a las redes que había forjado, a su iniciativa y perseverancia y, por qué no decirlo, al azar. El acontecido jueves 25 de noviembre de 1948 es, al respecto, revelador. En vez de ir a revisar periódicos a la Biblioteca Nacional, Simon fue aquel jueves a un almuerzo organizado por la embajada de Estados Unidos en celebración del Día de Acción de Gracias y del décimo aniversario de la fundación del Instituto Chileno-Norteamericano, en parte porque quería conocer el Club de la Unión —donde tuvo lugar el almuerzo— del que tanto había escuchado en sus pesquisas sobre la política chilena de antaño. Durante el almuerzo interactuó con sujetos que ya conocía (el abogado Moisés Poblete Troncoso, el agregado de asuntos laborales de la embajada Mr. Bell, etc.) y con otros que no conocía. Entre estos últimos, la interacción que tuvo consecuencias más relevantes para ella fue la que entabló con un tal Mr. Welton, quien estaba trabajando para la Braden Copper Co., pues a partir de dicho contacto pudo visitar el campamento minero de Sewell unas semanas después<sup>73</sup>.

Al terminar el almuerzo y salir del Club de la Unión se encontró con su amigo, el escritor González Vera, quien había participado en la fundación del Instituto Chileno-Norteamericano. Fueron después a to-

---

72 Diario de viaje, entrada “Friday, Jan 7. 1949”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34.

73 Este párrafo y los dos siguientes se basan en: Diario de viaje, entrada “Nov. 27”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 34. Todas las citas provienen de dicha entrada.

marse un café y conversar. La conversación giró en torno a “una mezcla de alusiones a cuestiones personales y a cuestiones mi trabajo”. Simon lo acompañó después a su oficina, donde siguieron conversando y González Vera redactó “dos cartas a personas que podían serme de ayuda en mi trabajo, individuos que habían tenido un papel importante en el movimiento obrero desde su génesis”. Simon terminó la conversación con González Vera porque había quedado de reunirse con Carlos Alberto Martínez en el Senado. La conversación con Martínez no parece haber sido particularmente informativa (“C.A.M. me dio unos pocos datos sobre la vieja FOCh mientras comíamos”), pero fue la primera de una serie de interacciones con este que la llevarían a obtener la correspondencia entre Martínez y Recabarren a la que hemos hecho alusión arriba; además, le permitió a Simon conocer las instalaciones del Senado, el cual visitaría en otras ocasiones y a través de lo cual seguiría cultivando sus vínculos con Martínez, Allende y otros líderes socialistas.

Al volver a su hogar, Simon decidió telefonar y visitar a su amiga Olga Urtubia, a la cual no había visto hacía varios días. Cuando ambas estaban conversando llegó también a visitar a Urtubia la abogada Elena Caffarena. “Olga le contó de mis intereses y, en el curso de la conversación, ella me dijo que yo debía conversar con gente con la que había trabajado Reca, y mencionó a [Salvador] Barra Woll”, un dirigente comunista importante desde los años de Recabarren, que seguía vinculado al PCCh. Simon estaba interesada en hablar con él, incluso “ansiosa” por hacerlo, pero terminó dañando su relación con Caffarena y perdiendo “una oportunidad de obtener material adicional” cuando se puso a discutir con ella de política contingente. La discusión, que giró en torno a Recabarren, la Unión Soviética y el PCCh, se tornó acalorada, Simon por un lado criticando a los comunistas y Caffarena por el otro defendiéndolos. “Finalmente [Elena] terminó diciéndome que, dados mis puntos de vista, yo no tenía derecho a estudiar a Reca. Una vez más demostré lo infantil y estúpida que soy. No tenía que haber discutido del comunismo mundial con ella. Después de todo, vine aquí para realizar una investigación y no para convencer a Elena de que el comunismo mundial es una amenaza a la paz mundial y a la felicidad humana tan peligrosa como lo fue el nazismo”.

La tercera y última visita de Simon a Chile tuvo lugar casi un cuarto de siglo después, a inicios de 1973. Estuvo en nuestro país entre el 22 de febrero y el 6 de marzo y, tras un paso por Buenos Aires luego, nuevamente entre el 4 y el 10 de abril. Por entonces, hacía varios años que Simon había escrito su libro sobre Recabarren y el movimiento obrero chileno,

sin lograr publicarlo, cuestión que analizaremos en el próximo apartado. Salvador Allende, con quien había departido en varias ocasiones, en Chile, Estados Unidos y otros del continente, era ahora Presidente de la República. La Unidad Popular (UP), con cuyo apoyo gobernaba Allende, era una coalición en la que competían por la primacía el PSCh y el PCCh, lo que no podía sino provocar escepticismo, incluso temor, en una socialista anti-comunista como Simon. Su visita a Chile se dio en el marco de un recorrido por distintos países de Sudamérica, en calidad de corresponsal viajera de la revista socialista *New America*, que contó con el apoyo financiero y logístico de la United States Information Agency (USIA), una agencia gubernamental estadounidense, muy importante en la estrategia diplomática de dicho país durante la Guerra Fría. Simon estuvo en Chile poco tiempo, pero se entrevistó con una gran cantidad de sujetos. Asistió también a una conferencia de prensa de Allende, aunque no logró obtener una entrevista privada con él. Además, visitó poblaciones, presencié marchas a favor y en contra de la UP y recorrió distintos locales de votación durante las elecciones parlamentarias del 4 de marzo. Aparte de hacerse una idea general de la situación del país, los principales intereses de Simon durante este viaje eran, por un lado, entrevistarse con el mayor número posible de mujeres, cuyo creciente rol público y movilización contra la UP era tópico de discusión mundial, y, por otro, entender de primera fuente el fraccionamiento del radicalismo chileno y, en particular, la actitud del Partido Radical, que, al igual que el PSA, estaba afiliado a la Internacional Socialista.

A diferencia de sus viajes anteriores, en esta ocasión Simon conversó con actores de todo el espectro político. En sus apuntes se reseñan más conversaciones con dirigentes de oposición que del oficialismo. De hecho, excluyendo al historiador y militante socialista Jorge Barría Serón, a quien nos referiremos en la próxima sección, Simon sólo parece haber conversado con dos militantes socialistas de importancia durante este viaje, María Elena Carrera y Oscar Waiss, y no por existir entre ellos complicidad o cercanía ideológica, sino porque Carrera estaba encargada de la rama femenina del PSCh y Waiss de *La Nación*. Los apuntes de la conversación entre Simon y Waiss evidencian la distancia sideral entre ambos: “[Waiss] es un marxista-leninista convencido. El Partido Socialista es un partido marxista-leninista. Él no cree que el socialismo pueda lograrse a través de las urnas y la democracia burguesa. Actualmente, la táctica [democrática] es esencial, para no antagonizar a las clases medias”<sup>74</sup>. La parquedad de los vínculos de Simon con los socialistas chilenos y con sus amigos de antaño

---

74 Diario de viaje, entrada “Feb. 26”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 31.

se explican en parte por dicha distancia ideológica y en parte por las redes de la que se sirvió durante su viaje. Sus contactos provinieron de funcionarios de la Embajada de Estados Unidos; de una serie de mujeres que conoció a través de Frances R. Grant, de la Inter-American Association for Democracy and Freedom, la mayor parte de ellas identificadas con los partidos de oposición; de Luis Lavín, uno de sus alumnos en la IIES de la ORIT; y del ya mencionado Barría. Con excepción de este último, ninguno de ellos estaba vinculado al socialismo<sup>75</sup>.

El recorrido de Simon por Sudamérica la llevó a publicar un puñado de artículos en *New America* y la ayudó a repositionarse como una intérprete relevante de la política latinoamericana en las esferas del socialismo estadounidense. En un artículo que publicó sobre Chile, el 31 de mayo de 1973, reseñó los resultados de las elecciones del 4 de marzo, los logros del Gobierno, las críticas de la oposición, las dificultades económicas y, con mayor detención, los conflictos al interior de la UP. Esta última es, en nuestra opinión, la parte más interesante de su análisis. Allí documenta las perspectivas enfrentadas del PSCh y del PCCh en torno al proyecto de construcción del socialismo, subrayando el maximalismo de los primeros y el gradualismo y moderación de los segundos, aunque aclara que la actitud de los comunistas era “un asunto puramente táctico”, pues ambos partidos tenían una visión desdeñosa de la democracia. En su opinión, el conflicto al interior de la UP tenía un correlato a nivel global: los comunistas seguían “la política de coexistencia pacífica de la Unión Soviética, de quien han sido siempre seguidores obsecuentes”, mientras que los socialistas y la extrema izquierda eran “básicamente maoístas”. Simon cerraba su artículo preguntándose si la UP lograría, efectivamente, “la transferencia de todo el poder al trabajador” y, si de suceder aquello, esto significaría que se llegaría al “socialismo democrático”. La respuesta que aventuraba era negativa, en ambos aspectos. Por un lado, creía que, de mantenerse la mala situación económica, la oposición ganaría las próximas elecciones presidenciales. Por otro lado, dudaba de que los socialistas y comunistas chilenos estuviesen sinceramente interesados en el mantenimiento de las formalidades democráticas. En lo que es probablemente el pasaje donde

---

75 Cuestiones coyunturales y cierta dejadez por parte de Simon ayudan también a explicar la parquedad de sus contactos con sus amigos de antaño: obviamente, era muy difícil que lograra conversar en privado con Allende; Julio César Jobet, con quien intentó contactarse, y con quien podría haber coincidido en su pesimismo en torno al proceso revolucionario chileno, estaba en Temuco y bastante enfermo; y hubo un intento más bien débil por parte de Simon de conversar con Luis Hernández Parker, quien se había alejado del PSCh en la década de 1940 pero era un periodista influyente y un observador agudo de la política chilena.

más directamente manifiesta su desazón y distanciamiento del PSCh y de la vía chilena al socialismo, Simon aclara que “el Partido Socialista de Chile, al igual que el Comunista, es un partido marxista-leninista. Hasta ahora ningún partido marxista-leninista, cuando está en el poder, ha establecido un régimen democrático”<sup>76</sup>.

## Un libro en busca de editorial

Simon parece haber terminado de escribir *Recabarren and the Labor Movement of Chile* a inicios o mediados de 1957. El largo plazo transcurrido entre su estadía de investigación y la finalización de la escritura parece haber sido el resultado, por un lado, de la necesidad de complementar el material recopilado en Chile con otras fuentes primarias y secundarias, y, por otro lado, de la dificultad para encontrar el tiempo necesario para la escritura del texto, dado su trabajo en la James Monroe High School. De hecho, sabemos que ya a mediados de 1954 había escrito el primer borrador de ocho de los once capítulos<sup>77</sup>. Es probable que buena parte de la redacción del libro la haya realizado durante los veranos, cuando su trabajo como profesora de escuela secundaria le permitía gozar de algo más de un mes de vacaciones. Pero, dado su incansable activismo político y su interés por conocer el mundo, su prioridad no era siempre la escritura, al menos no la escritura de tintes académicos. Sabemos, por ejemplo, que el verano boreal de 1953 lo pasó recorriendo Europa, en el marco de un viaje en representación del SPA, que la llevó a asistir, entre otras actividades, al III Congreso de la Internacional Socialista, en Suecia, y que el verano boreal de 1955 lo pasó recorriendo Sudamérica, especialmente Brasil, a cargo de un tour para profesores neoyorquinos<sup>78</sup>.

Simon intentó, infructuosamente, publicar su libro, ya fuese en inglés o en español. Para ello, se puso en contacto con amigos, colaboradores y editores en Estados Unidos, Chile y México. Sus esfuerzos por publicarlo

---

76 S. Fanny Simon, “Chilean Road to Socialism is Very Bumpy”, *New America*, Vol. XI, No. 9, 31 de mayo de 1973, pp. 7-8. Véase, además, S. Fanny Simon, “Was Chilean Tragedy Inevitable?”, *New America*, Vol. XI, No. 15, 15 de octubre de 1973, pp. 1 y 7; y S. Fanny Simon, “Women’s Role in the Overthrow of the Allende Government”, borrador de artículo, al parecer no publicado, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 1.

77 Carta de Fanny Simon a Norman Thomas, New York, 1 de julio de 1954, en NYPL, MAD, NTP, Reel 27.

78 “Application for Federal Employment”, 25 de marzo de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6.

fueron mayores en Estados Unidos y Chile que en México, donde parece haberse limitado a un puñado de conversaciones con los encargados del Fondo de Cultura Económica. Mientras que en Estados Unidos se contactó directamente con al menos tres editoriales académicas, sus contactos con editoriales chilenas fueron indirectos, por lo general a través de historiadores que reconocían filas en el PSCh. Estas iniciativas corrieron por carriles paralelos, sin cruzarse, pese a que algunas de ellas fueron simultáneas en el tiempo. Para simplificar, aquí abordaremos primero las iniciativas de Simon en Estados Unidos y, después, sus contactos en Chile y México, sin respetar del todo la cronología de los sucesos.

En lo que respecta a Estados Unidos, Simon exploró primero la posibilidad de publicar su libro en editoriales no académicas, pero, dada la naturaleza de su texto, rápidamente desechó esta idea. En julio de 1954, aún antes de terminar el libro, le envió unos capítulos a Norman Thomas para que los leyera, y aprovechó de preguntarle: “¿Crees tú que Macmillan Company o una editorial similar esté interesada en el texto, o debiese enviárselo directamente a una editorial universitaria?”<sup>79</sup> Thomas leyó los capítulos, conversó con sus agentes literarios y con otros sujetos que tenían conocimiento del mundo editorial —incluyendo su hijo, que trabajaba en la editorial Harper— y le dijo a Simon que lo mejor era que intentara publicarlo con una editorial universitaria especializada en América Latina, porque el interés del “público general” en Estados Unidos respecto a estos temas era “muy bajo”. Mencionó algunas editoriales universitarias que habían publicado cosas sobre México (University of Texas Press, University of New Mexico Press), pero dijo que no conocía personalmente a nadie que trabajara en ellas. Aludió también al pasar a la posibilidad de publicarlo en Puerto Rico, y quedó de conversar al respecto con Luis Muñoz Marín, el Gobernador de la isla, quien tenía buenas relaciones con los socialistas y demócratas estadounidenses<sup>80</sup>. La respuesta de Thomas confirmó la intuición de Simon sobre las escasas perspectivas de publicación de su libro en una editorial no académica, aunque la mente de esta recaló primero en University of North Carolina Press y Rutgers University Press, puesto que habían publicado libros sobre América Latina que ella había leído y que trataban de asuntos tangencialmente relacionados<sup>81</sup>.

---

79 Carta de Fanny Simon a Norman Thomas, New York, 1 de julio de 1954, en NYPL, MAD, NTP, Reel 27.

80 Carta de Norman Thomas a Fanny Simon, New York, 13 de julio de 1954, en NYPL, MAD, NTP, Reel 27.

81 Carta de Fanny Simon a Norman Thomas, New York, 19 de julio de 1954, en NYPL, MAD, NTP, Reel 27. Véase, además, Carta de Norman Thomas a Fanny Simon,

Tras terminar la escritura del libro, a inicios o mediados de 1957, Simon parece habérselo enviado a University of North Carolina Press y University of Florida Press. Eran editoriales de un perfil eminentemente académico, aunque de distinto prestigio y capacidades productivas: la primera, fundada en 1922, puede considerarse una editorial de tamaño mediano y cierto prestigio (publicaba 33 libros al año en 1955, 32 en 1959 y 53 en 1966); y la segunda, fundada en 1945, una editorial pequeña, pero en expansión (publicaba 14 libros al año en 1955, 16 en 1959 y 26 en 1966)<sup>82</sup>. Ambas rechazaron la propuesta de Simon. El 25 de octubre de 1957, el director de University of North Carolina Press le informó que habían tomado la resolución de no ofrecerle un contrato de publicación, pese a que “los evaluadores especialistas nos lo han recomendado en tanto que obra de erudición”. La decisión de la editorial se basaba en que una biografía de Recabarren en Estados Unidos no atraería una gran cantidad de lectores, y por ende no cubriría los costos de producción. “En cuanto editor, he tenido el desagradable trabajo de equilibrar los pros y los contras del mérito académico y la viabilidad financiera”<sup>83</sup>. El 17 de julio de 1958, el director de University of Florida Press le informó a Simon que el consejo editorial había decidido no publicar la biografía, sin dar mayores explicaciones. Adjuntó a su escueta misiva algunos comentarios, pero estos no se conservan entre los papeles de Simon, en Tamiment Library<sup>84</sup>.

En Estados Unidos, la iniciativa de publicación del libro más sostenida en el tiempo, por parte de Simon, fue con Rutgers University Press, una editorial fundada en 1936, de capacidades similares a la de Florida (publicaba 21 libros al año en 1955, 12 en 1959 y 23 en 1966)<sup>85</sup>. Es probable que, aparte de North Carolina, Florida y Rutgers, Simon se haya contactado

---

New York, 20 de julio de 1954, en NYPL, MAD, NTP, Reel 27.

82 Mary Irwin, *American Universities and Colleges, 7th Edition*, Washington, DC: American Council on Education, 1956, p. 64; Mary Irwin, *American Universities and Colleges, 8th Edition*, Washington, DC: American Council on Education, 1960, pp. 51-52; Gene R. Hawes, *To Advance Knowledge: A Handbook on American University Press Publishing*, New York: American University Press Services, Inc., 1967, pp. 39-40. Las editoriales universitarias estadounidenses de mayor prestigio, como las de Chicago (1891), California (1893), Princeton (1905), Harvard (1913) o Yale (1908), publicaban más de cien libros al año en 1966.

83 Carta de Lambert Davis (Director of The University of North Carolina Press) a Fanny Simon, Chapel Hill, 25 de octubre de 1957, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 33.

84 Carta de Lewis F. Heines (Director of University of Florida Press) a Fanny Simon, Gainesville, 17 de julio de 1958, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 33.

85 Irwin, *American Universities and Colleges, 7th Edition*, p. 64; Irwin, *American Universities and Colleges, 8th Edition*, pp. 51-52; Hawes, *To Advance Knowledge*, pp. 39-40.

con otras editoriales estadounidenses, pero la documentación al respecto es parca y de naturaleza tangencial. Entre los papeles de Simon se conservan, por ejemplo, cartas intercambiadas con el político anti-estalinista y académico español Víctor Alba, entonces radicado en Kansas, quien, en respuesta a una consulta de Simon sobre la factibilidad de enviárselo a la editorial de dicha universidad para su publicación, le recomienda que no lo haga, porque no llegará a buen puerto (“La Universidad de Kansas tiene una Press muy modesta, que publica poco y solo cosas de interés para el Mid West o muy literarias”), y que intente en cambio con Praeger Publishing, una editorial comercial radicada en Nueva York, con la que él mismo estaba en proceso de publicar uno de sus trabajos (“Publican mucho sobre América Latina y siempre buscan textos”)<sup>86</sup>. También se conservan un par de cartas de Ben S. Stephansky, que trabajaba como consejero de asuntos sindicales en la oficina de asuntos interamericanos del Departamento de Estado, en una de las cuales se lamenta por no haber podido establecer contacto con editores interesados en el libro y preguntándole a Simon si estaría interesada en que él explorara la posibilidad de publicarlo bajo los auspicios de la USIA<sup>87</sup>.

El primer contacto de Simon con Rutgers University Press parece datar de 1960, siendo más o menos contemporáneo a las gestiones infructuosas de Stephansky. Es probable que Simon se haya decidido a enviar su texto a esta editorial aconsejada por Robert J. Alexander, que trabajaba en el departamento de economía de Rutgers y que había publicado dos libros con dicha editorial; el mismo Stephansky menciona a Alexander en su carta (“Espero que Bob Alexander pueda hacer algo al respecto”<sup>88</sup>). Alexander era un académico prolífico e influyente en el novel campo de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos, que compartía con Simon militancia en el SPA y era tanto o más anticomunista que ella —ambos se carteaban

---

86 Carta de Víctor Alba a Fanny Simon, no se indica lugar, 19 de noviembre [de 1965], en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30; y Carta de Fanny Simon a Víctor Alba, Ciudad de México, 14 de noviembre de 1965, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Folder 10. El dueño de Praeger Publishers, Frederick A. Praeger, era un sujeto importante dentro de las redes del anticomunismo de izquierda en Estados Unidos, que colaboró en algunos proyectos editoriales con la CIA. Iber, *Neither Peaceer Nor Freedom*, p. 108-109.

87 Carta de Ben S. Stephansky (Labor Adviser of Bureau of Inter-American Affairs) a Fanny Simon, Washington, 6 de mayo de 1960, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30; y Carta de Ben S. Stephansky a Fanny Simon, Washington, 24 de febrero de 1960, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 9. No sabemos, sin embargo, dónde realizó gestiones Stephansky, si en Washington, donde trabajaba, o en América Latina, región a la cual estaba abocado.

88 Ibid.

regularmente con Thomas y publicaban artículos periodísticos y de opinión en la prensa partidaria. Al igual que Simon, el principal interés de Alexander radicaba en el estudio de las relaciones laborales y la izquierda latinoamericana. De hecho, las etapas iniciales de su carrera investigativa presentan sorprendentes coincidencias con las de Simon. En el marco de sus estudios doctorales en la Facultad de Ciencias Políticas de Columbia University, Alexander realizó una larga estadía de investigación en Chile en 1946-47, durante la cual entrevistó a decenas de dirigentes sindicales y políticos. Los agradecimientos de su tesis doctoral, “Labor Relations in Chile”, listan, en primer lugar, a Bernardo Ibáñez, secretario general de la CTCh, quien también fue de vital importancia durante la estadía de investigación de Simon en 1948-49<sup>89</sup>.

Entre los papeles de Simon, en Tamiment Library, se conservan tres misivas enviadas por empleados de Rutgers University Press en 1960; lamentablemente, no se conservan las misivas que Simon envió, por lo que el diálogo está trunco. La primera carta, fechada el 14 de junio, le informa que hasta el momento han recibido “una evaluación favorable”, están en proceso de asegurar la participación de un segundo evaluador y esperan eventualmente dar con un tercero, aunque le advierte que el verano boreal está ralentizando los procesos de revisión, pues muchos de los académicos que se especializan en América Latina salen de viaje en estas fechas. La carta le explica, además, que la evaluación favorable ya recibida no debiera darle falsas esperanzas, pues el mérito de la obra no garantiza su publicación. “La verdad es que aquí recibimos más textos que obtienen evaluaciones entusiastas de los que podemos permitirnos publicar. Desde hace diez años que no teníamos tantos compromisos [contractuales de publicación], y cada semana recibimos varios textos publicables adicionales”<sup>90</sup>.

La segunda carta, del 12 de agosto, reitera más o menos lo mismo que la primera, aunque da aún más motivos para desesperanzar a Simon. En esta se le informa que aún no han recibido una segunda evaluación, y que, incluso de acceder a publicar el texto, “transcurriría una cantidad

---

89 Robert J. Alexander, “Labor Relations in Chile”, Ph.D. Dissertation, Columbia University, 1950, p. i. Sobre Alexander, véase Fernanda Perrone, “Biographical Sketch of Robert J. Alexander”, disponible en: <http://www2.scc.rutgers.edu/ead/manuscripts/alexanderf.html>; John D. French, “The Robert J. Alexander Interview Collection”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 84, No. 2, May 2004, pp. 315-326; y John D. French, “Obituary: Robert Jackson Alexander (1918-2010)”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 91, No. 1, February 2011, pp. 163-164.

90 Carta de William Sloane (Director of Rutgers University Press) a Fanny Simon, New Brunswick, 14 de junio de 1960, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 9.

considerable de tiempo antes de que pudiéramos programarlo para publicación”, ya que tienen un “número limitado de lugares en nuestra lista para material latinoamericano” y han agendado ya la publicación de muchos más trabajos de lo habitual en el área. De hecho, la directora ejecutiva de Rutgers, que firma la carta, le sugiere enviar su texto a una editorial más activa en “el campo de estudios latinoamericanos”, como Stanford University Press o University of Texas Press. “En cualquiera de estos lugares, su texto, si es aceptado, se publicaría probablemente en menos tiempo de lo que permitiría nuestro calendario aquí”. Dado los inconvenientes mencionados, la directora ejecutiva termina preguntándole a Simon si desea que le devuelvan el texto que había enviado originalmente a revisión, para que esta pueda ahora enviarlo a otras editoriales<sup>91</sup>.

Simon parece haber respondido de manera afirmativa, pues, unos días después, el 31 de agosto, recibió una tercera carta de Rutgers, firmada también por la directora ejecutiva de la editorial. Esta le informa que le están enviando su texto de vuelta, lamentando que la naturaleza de la lista de publicaciones de la editorial, y la cantidad de libros en proceso de producción en el área de estudios latinoamericanos, “hacen que nos sea imposible aceptar su libro sobre Recabarren”. A dicha carta se adjunta, además, un párrafo comentando el libro, escrito por un evaluador anónimo (“un crítico informado y confiable”, en palabras de la directora ejecutiva), que Simon puede citar en sus futuros contactos con otras editoriales. Reproducimos aquí dicho párrafo en extenso, puesto que nos da una idea de cómo estaba siendo leído y apreciado el libro en aquel entonces: “Lo he leído a fondo en dos ocasiones, y es una discusión muy competente de la época y la vida de quien fuera el principal responsable de organizar el moderno movimiento obrero y el Partido Comunista en Chile. Recabarren es una de las figuras más importantes de la historia de Chile durante la primera mitad del siglo XX. La señorita Simon ha investigado mucho sobre él, y en este estudio presenta los resultados de su investigación de forma muy amena. Ciertamente, Recabarren es alguien sobre quien aquellos que están interesados en asuntos latinoamericanos deben informarse”<sup>92</sup>.

---

91 Carta de Helen Stewart (Executive Director of Rutgers University Press) a Fanny Simon, New Brunswick, 12 de agosto de 1960, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 9. Cabe la pena señalar que Stanford University Press y University of Texas Press eran ligeramente más grandes que Rutgers University Press, pero estaban varios peldaños más abajo que editoriales como Harvard University Press o University of Chicago Press.

92 Carta de Helen Stewart (Executive Director of Rutgers University Press) a Fanny Simon, New Brunswick, 31 de agosto de 1960, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 9.

Simon volvería a contactarse con Rutgers University Press con el objeto de publicar su libro unos años después, tras haber realizado más de un intento infructuoso por traducirlo y publicarlo en Chile —como analizaremos, en detalle, más adelante— y haber explorado la posibilidad de publicarlo con otras editoriales en Estados Unidos —la carta de Víctor Alba citada arriba data de 1965. Simon reinició sus contactos y le envió su libro a Rutgers University Press a mediados o fines de 1967, ya radicada nuevamente en Nueva York, tras su larga estadía en México y un viaje por Europa. Entre sus papeles se conserva una carta de una editora de Rutgers, del 13 de febrero de 1968, en la que esta le informa respecto a los avances: “Hemos recibido dos evaluaciones profesionales de su trabajo, ambas cálidas y ligeramente entusiastas. Estamos ahora en proceso de asegurar una tercera lectura”<sup>93</sup>.

Pese al tenor más o menos esperanzador de la carta citada, la misma editora le envió una segunda carta, el 22 de abril de 1968, informándole que, dada la existencia de comentarios críticos de los evaluadores, había decidido no presentar el proyecto ante el consejo de la editorial, donde se discutían de manera colectiva los diversos proyectos y se tomaban decisiones editoriales; “con tantas reservas sobre el texto, probablemente no habría tenido ninguna chance”, le aclaró. La editora le adjuntó los comentarios de los evaluadores —que analizaremos abajo— y resumió aquellos que consideraba de mayor relevancia en su misma misiva, pidiéndole a Simon su opinión en torno a los comentarios en cuestión, para saber cómo se haría cargo de las críticas que estos planteaban y las modificaciones que demandaban. Además, le sugirió revisar sustancialmente el texto antes siquiera de enviarlo a otro evaluador, para que tuviera mayores chances de ser aceptado por la editorial, añadiendo, a modo de advertencia: “[la realización de] una revisión no debe interpretarse como una promesa de futura publicación, pero no hay ninguna posibilidad de publicarlo si no se le hacen revisiones”. Entendiendo que la autora estaría quizás desesperanzada tras recibir esta carta, le preguntó: “¿Desea realizarle estas revisiones [al texto] o prefiere presentarlo en otro lugar?”<sup>94</sup>

En los párrafos siguientes analizaremos con cierto detalle los comentarios de los evaluadores, que se conservan entre los papeles de Simon, en

---

93 Carta de Marie Grasberger (Manuscripts Editor, Rutgers University Press) a Fanny Simon, New Brunswick, 13 de febrero de 1968, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 33.

94 Carta de Marie Grasberger (Manuscripts Editor, Rutgers University Press) a Fanny Simon, New Brunswick, 22 de abril de 1968, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 7, Folder 29.

Tamiment Library. Las dos evaluaciones son anónimas y, para simplificar, en adelante hablaremos del Evaluador 1 y del Evaluador 2. La principal crítica de los evaluadores —y, por extensión, de la editora— tenía relación con la disparidad entre los primeros nueve o diez capítulos del texto, que documentan la vida de Recabarren, la época en que este vivió y su influjo en el desarrollo del movimiento obrero, y el undécimo (o último) capítulo, que narra lo ocurrido con dicho movimiento tras la muerte del biografiado. En opinión del Evaluador 1, el último capítulo era “anti-climático” e innecesario, y terminaba cansando al lector. La sugerencia de dicho evaluador, que la editora apoyó, era eliminar este último capítulo<sup>95</sup>.

El Evaluador 1 fue el más severo de los dos, y es probable que su evaluación por sí sola haya terminado convenciendo a la editora de no presentar el texto ante el consejo de la editorial. Este evaluador consideraba que el libro era “publicable con ciertas revisiones mayores”. Valoraba, entre otras cosas, la exhaustividad de la investigación de la autora y su comprensión del contexto político e ideológico en que vivió Recabarren. Ahora bien, en su opinión, estaba lejos de ser un texto “intelectualmente brillante”, y su prosa dejaba mucho que desear —esto último, un asunto que remarcó con cierta insidia a lo largo de su evaluación. Además de recomendar la eliminación del último capítulo, sus principales comentarios versaban en torno a la falta de actualización bibliográfica del texto (“Evidentemente, la investigación se completó en 1957, y desde entonces se han publicado muchos libros de gran relevancia sobre este tema”) y al problema de la objetividad o imparcialidad. En su opinión, la autora no era capaz de “mantener la objetividad deseable” a lo largo del texto. Esta crítica era tanto historiográfica como política. “Uno nota —explica el evaluador en sus comentarios— ese antiguo estilo de escritura que hace muchos años tendía a caracterizar el trabajo de los historiadores izquierdistas del movimiento obrero en los Estados Unidos. De cuando en cuando se evidencia una tesis persecutoria, del tipo de los buenos contra los malos, con los líderes sindicales y los trabajadores consistentemente en el lado de los buenos”.<sup>96</sup>

---

95 “Review of S. Fanny Simon, ‘Recabarren and the Labor Movement of Chile’”, c. 1968, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 7, Folder 29.

96 “Review of S. Fanny Simon, ‘Recabarren and the Labor Movement of Chile’”, c. 1968, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 7, Folder 29. En lo que respecta a la falta de actualización bibliográfica del texto, el evaluador lista una decena de libros publicados entre 1955 y 1966, escritos por chilenos (Julio César Jobet, Hernán Ramírez Necochea, Jorge Barría Serón, Gabriel Sanhueza Donoso y Guillermo Kaempffer Villagrán) y extranjeros (Robert J. Alexander, Víctor Alba, James O. Morris y Fredrick B. Pike). Además, lista las *Obras Escogidas* de Luis Emilio Recabarren, que Jobet, Barría y Luis Vitale habían

El asunto de la “objetividad” que trae al tapete el Evaluador 1 nos revela algunas de las dificultades que Simon encontró en sus intentos por publicar el libro en Estados Unidos. Por un lado, la crítica del Evaluador 1, que considera que “la falta de objetividad” del texto “se observa con la suficiente frecuencia como para ser preocupante”, sin duda le resta autoridad al texto y dificulta su publicación, al menos en una editorial universitaria. La objetividad era —y, en cierta medida, sigue siendo— un valor disciplinar importante, que probablemente compartían tanto el evaluador como la autora, aunque lo entendieran de manera diferente. El evaluador no sólo cuestiona la falta de objetividad, sino que la emparenta con una forma de escribir historia ya superada, propia de historiadores izquierdistas de “hace muchos años” atrás, atacando las credenciales profesionales de la autora, que había trabajado la mayor parte de su vida en la educación secundaria y tenido pocas incursiones en el mundo universitario. Si bien no hay nada que aluda directamente al sexo de Simon —el cual, dicho sea de paso, ambos evaluadores conocían, pues durante el proceso de evaluación no se anonimizaba a los autores— no podemos descartar que esto también haya influido, puesto que la historiografía moderna se constituyó, en no menor medida, estableciendo cierta distancia con respecto al amateurismo y la feminidad, y las editoriales académicas estadounidenses publicaban muy pocos libros de historia escritos por mujeres en los años que aquí analizamos, aun cuando había un significativo aumento en el universo de títulos publicados<sup>97</sup>.

Por otro lado, la virulenta denuncia del Evaluador 1 es también de naturaleza política, lo que nos permite sugerir que las ideas políticas de Simon dificultaron la publicación de su libro. El evaluador, que justifica su cuestionamiento de la falta de objetividad de la autora aludiendo a cinco pasajes del texto, entremezcla críticas de tenor académico (“De nuevo no se proporciona evidencia” o “Sarcasmo innecesario”) con otras más evidentemente políticas. Por ejemplo, al cuestionar la asociación que hace Simon entre el concepto de “extranjero indeseable” y “agitador obrero”, en el contexto de su discusión de la Ley de Residencia de 1918, el evaluador no sólo pone en duda la veracidad de la afirmación de la autora, sino también añade que el tono del pasaje “refleja el cuco izquierdista del Estado capitalista como enemigo inexorable de la clase trabajadora”. Es probable que el evaluador haya sido algo más crítico de la izquierda de lo que eran por lo general sus pares, pero su visión era muy propia de la academia es-

---

publicado en 1965.

97 Ibid. Sobre la cuestión de género, véase Bonnie G. Smith, *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2000.

tadounidense de la época. La latinoamericanística estaba experimentando cierta eferescencia, dado el surgimiento de una nueva camada de historiadores progresistas, que desafiaban el consenso reinante y los estrechos vínculos entre las universidades, las fundaciones y el gobierno estadounidense, pero dicho consenso aún tenía la fuerza necesaria para constreñir o limitar la diversidad de opiniones consideradas legítimas, como lo demuestran los años iniciales de la Latin American Studies Association, fundada en 1966. Creemos que el tenor de la obra de Simon, que reflejaba indudable admiración por Recabarren, la situaba bastante más a la izquierda de lo que era habitual, rayando en el límite de lo que era tolerable<sup>98</sup>.

El Evaluador 2 fue bastante menos severo que el Evaluador 1, aunque sus comentarios llenan tres páginas y también se deja entrever cierta exasperación con cuestiones de orden formal. Sus principales interpelaciones apuntan a la brevedad con que se abordan algunos acontecimientos en la vida de Recabarren, en especial, las acusaciones que terminaron privándolo de un escaño en la Cámara de Diputados en 1906 (“Este es un detalle importante en la carrera del organizador de la Federación Chilena del Trabajo”) y su viaje a Rusia en 1922-23 (“Esta fue una parte vital de su carrera. Debería recibir mucha más atención”). Además, su evaluación incluye un par de comentarios interesantes en torno a un dilema conceptual que trasunta la obra de la autora, el de la clase social: en uno de ellos cuestiona que los padres de Recabarren hayan hablado o pensado en términos de “clase” al momento de nacer el biografiado, puesto que el término no era corriente en la época; en el otro, cuestiona que Recabarren perteneciese a la clase obrera, como sugiere el texto en un par de pasajes, estimulando a la autora a distinguir más claramente entre la extracción y la posición social del biografiado<sup>99</sup>.

Simon estaba dispuesta a revisar el texto para amoldarse a las peticiones de los evaluadores y de su editora. Respondió la carta de la editora el 27 de abril, confirmando su disposición a revisar el texto y mantener así abierta la posibilidad de su publicación con Rutgers. Sabemos esto porque otra carta de la editora, del 30 de abril, indica lo siguiente: “Gracias por su carta del 27 de abril, en la que dice que desea revisar y reenviar [*revise and resubmit*] su texto. Nos complace que desee emprender esta tarea y también

---

98 Ibid. Sobre la latinoamericanística estadounidense en esos años, véase Ronald Chilcote, “The Cold War and the Transformation of Latin American Studies in the United States”, *Latin American Perspectives*, Issue 221, Vol. 45, No. 4, July 2018, pp. 6-41.

99 “Comments on manuscript ‘Recabarren and the Labor Movement of Chile’”, c. 1968, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 7, Folder 29.

nos complace que entienda que la revisión no garantiza su publicación”<sup>100</sup>. Es altamente probable que Simon haya invertido tiempo revisando el texto. Entre sus papeles se conservan tres versiones del texto a máquina, una de las cuales incluye infinidad de correcciones a mano. Pero no tenemos registro de que haya dado por finalizada dicha tarea —no hemos dado con una versión a máquina distinta de la que aquí se publica— ni que haya tampoco enviado una nueva versión a la editorial. La carta del 30 de abril es, de hecho, la última comunicación de Rutgers que hemos encontrado entre sus papeles. Asimismo, el hecho de que Simon haya optado por “revisar y reenviar” el texto a la misma editorial sugiere que no se puso en contacto con otras editoriales tras los intercambios reseñados, al menos no inmediatamente. Lo que ocurrió después sigue siendo un misterio, pero es posible que Simon haya desistido eventualmente de publicar la biografía de Recabarren en la que tanto tiempo había trabajado, tras haberlo intentado, infructuosamente, durante más de una década.

En lo que respecta a Chile, los principales intentos de publicación de Simon fueron con las editoriales Universitaria y Prensa Latinoamericana, a través de los historiadores Julio César Jobet y Jorge Barría Serón, ambos militantes del PSCh. Es necesario detenernos en ambos sujetos, ya que los intentos de Simon de publicar su texto en Chile dependieron de su intermediación. Simon había conocido a Jobet durante su primera visita a Chile, en 1940, y conoció a Barría en 1956, durante un viaje de este a Estados Unidos<sup>101</sup>. Jobet recibió de Simon el borrador con la biografía de Recabarren en agosto o septiembre de 1957, para que lo comentara y le hiciera sugerencias. Jobet le escribió, exultante, el 25 de octubre de aquel año, alabando el texto e informándole que lo había compartido con Barría, para ver si era necesario hacerle correcciones, pues él, al leerlo, sólo había notado “algunos escasos errores de detalle”. Barría, quien en adelante se convertiría en uno de los principales interlocutores chilenos de Simon, compartía el juicio positivo de Jobet sobre la obra, y sus sugerencias y rectificaciones —que transcribió Jobet en la misiva citada— apenas ocupan media página<sup>102</sup>. Simon y Barría intercambiaron cartas, artículos, revistas, folletos y libros a partir de entonces, y se juntaron también a conversar

---

100 Carta de Marie Grasberger (Manuscripts Editor, Rutgers University Press) a Fanny Simon, New Brunswick, 30 de abril de 1968, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 33.

101 Carta de Jorge Barría a Fanny Simon, Santiago, 14 de marzo de 1957, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 5, Folder 20.

102 Carta de Julio César Jobet a Fanny Simon, Santiago, 25 de octubre de 1957, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30.

durante la tercera y última estadía de Simon en Chile, en 1973. Además de sus coincidencias investigativas, la cercanía entre ellos se vio reforzada por el hecho de que Barriá también estaba interesado en la educación sindical. De hecho, cuando Simon coordinaba el IIES de la ORIT, Barriá empezó a trabajar “en el Departamento de Relaciones Laborales (INSORA) de la Universidad de Chile como investigador y a cargo de un programa de educación sindical”<sup>103</sup>.

Tanto Jobet como Barriá eran socialistas, lo que obviamente facilitaba los vínculos e intercambios con Simon. Ahora bien, el contexto del socialismo chileno cuando Simon terminó la escritura de su libro, en 1957, era muy distinto al de 1948-49, cuando había realizado su estadía de investigación y visitado por última vez el país. Las dos fracciones socialistas que habían emergido en 1948-49, durante la discusión sobre cómo enfrentar al temido comunismo y qué postura tomar ante la Ley de Defensa de la Democracia, se reunificaron a inicios de julio de 1957, reconociendo domicilio en el Frente de Acción Popular, una coalición en que convivían —no siempre de manera armoniosa— socialistas y comunistas, y que se había forjado en 1956. La aguerrida línea revolucionaria que adoptó el PSCh en esta nueva coyuntura, alejada del reformismo de los años del Frente Popular, lo colocaba incluso a la izquierda del PCCh. La alianza entre comunistas y socialistas sería de larga duración, y los socialistas no harían sino radicalizarse en los años siguientes, inspirados por la Cuba de Fidel Castro. La eventual redefinición del PSCh como una organización “marxista-leninista”, a la que alude Simon en sus conversaciones con Waiss y en su artículo sobre el Gobierno de la UP publicado en *New America*, data del XXII Congreso Ordinario del PSCh, realizado en noviembre de 1967, en Chillán.

La estrechez de los vínculos entre socialistas y comunistas chilenos, y la fascinación de los primeros con Cuba, no podían dejar de preocupar a una socialista como Simon, para quien el socialismo, la democracia y el anticomunismo iban de la mano. La consolaba, al menos, el hecho de que sus interlocutores chilenos miraban la alianza socialista-comunista con escepticismo y, en el caso de Jobet, muchísima aprensión. En una misiva del 29 de julio de 1957, este último le contó, con bastante detalle, sobre la formación del FRAP y el congreso de reunificación del socialismo. En dicho congreso, explicó Jobet, “me correspondió representar la tendencia democrática del socialismo”, buscando que el PSCh no se subordinara a los designios del PCCh y, en el plano internacional, que esgrimiera una

---

103 Carta de Jorge Barriá a Fanny Simon, Santiago, 25 de enero de 1964, en Tament Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 10.

postura nacional y soberana, “de ataque a los bloques y de solidaridad con el movimiento socialista mundial”, realizando para ello un “fuerte ataque al totalitarismo soviético y su correspondiente imperialismo anexionista. Mi posición —continuaba Jobet— fue derrotada en lo internacional y fui constantemente atacado por la prensa comunista”. Pese a ello, Jobet le explicó que fue elegido miembro del Comité Ejecutivo del PSCh unificado, desde donde buscaría “conseguir una rectificación de su línea en forma democrática”, junto a dirigentes de ideas similares, como Raúl Ampuero<sup>104</sup>. Cabe señalar que la opinión personal de Jobet en torno a la Guerra Fría no coincidía exactamente con la agresiva neutralidad que promovía al interior del partido, estando sus simpatías personales mucho más cerca de Estados Unidos que de la Unión Soviética. En una misiva del 12 de diciembre de 1957, comentando con Simon el acontecer estadounidense, señaló: “EE.UU. es el baluarte para que siga subsistiendo un régimen democrático, a través del cual, únicamente, podemos llegar al socialismo. El sistema soviético, tiránico y antihumano, es enemigo del socialismo”<sup>105</sup>.

Barría compartía las ideas políticas de Jobet, aunque su anti-comunismo era menos estridente. Tras su muerte, en 1983, uno de sus camaradas lo describió como “un socialista democrático, patriótico y bolivariano. En consecuencia, adverso a toda tentación totalitaria, contrario a cualquier colonijaje”<sup>106</sup>. La visión de Barría en torno a los sucesos de 1956-57 era similar a la de Jobet, es decir, festejaba el proceso de reunificación del PSCh pero lamentaba la alianza con los comunistas (“otro factor que desorienta [al elector obrero]”), de la que responsabilizaba a los dirigentes socialistas (“para ellos no significa nada el caso dramático de Hungría”)<sup>107</sup>. En lo que respecta al mundo del trabajo, este abogaba por un sindicalismo autónomo, como el que entonces promovía la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT), que evitaba tomar partido en la Guerra Fría, manteniendo relaciones cordiales tanto con la FSM (pro-Unión Soviética) como con la CIOSL-ORIT (pro-Estados Unidos), pero sin afiliarse a ninguna de ellas. Barría era, en lo personal, muy crítico de esta última federación internacional, a la que Simon se vincularía a inicios de la década de 1960, y en

---

104 Carta de Julio César Jobet a Fanny Simon, Santiago, 29 de julio de 1957, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 9.

105 Carta de Julio César Jobet a Fanny Simon, Santiago, 12 de diciembre de 1957, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30.

106 Pedro Godoy P., “Jorge Barría Serón”, en *Hoy* (Santiago), No. 310, 29 de junio de 1983, p. 70.

107 Carta de Jorge Barría a Fanny Simon, Santiago, 14 de marzo de 1957, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 5, Folder 20.

una de sus misivas le comentó sobre los muchos errores de la ORIT en Chile: “intento de dividir la CUT, Federaciones [paralelas], corrupción de dirigentes, anticomunismo reaccionario y policial”<sup>108</sup>. Barría era, en otras palabras, menos reticente a generar alianzas con el comunismo de lo que eran Simon o Jobet, y bastante más escéptico que su par norteamericana de los beneficios de trabajar en pos de los trabajadores a través de la CIOSL-ORIT. No obstante, Simon lo consideraba un interlocutor válido, no sólo en términos académicos sino también políticos. En una misiva de 1967, en la que listó sus contactos entre el profesorado latinoamericano a petición del Presidente de la AFT, Simon incluyó los nombres de Jobet y Barría, y describió al último en los siguientes términos: “Es miembro del Partido Socialista, que sigue una política procomunista. Barría, sin embargo, no siempre acata la posición del partido”<sup>109</sup>.

Los primeros intentos de publicación del libro de Simon en Chile corrieron por cuenta de Jobet, en 1957. Tras leerlo, Jobet comentó elogiosamente el texto en la prensa chilena y la instó en privado a que lo hiciera traducir y publicar en español. “Estimo, miss Simon, indispensable la publicación de su volumen en castellano y aquí en Chile”. Su primera sugerencia fue Editorial Universitaria, una editorial de perfil académico que había sido fundada hacía una década atrás, con aportes de la Universidad de Chile y del militante socialista Arturo Matte Alessandri, que también ofició de gerente de ella durante sus primeros años. Jobet le comentó, el 25 de octubre de 1957, que, si ella estaba interesada, él podía “hacer gestiones en la Editorial Universitaria para que lo imprima en su colección América Nuestra, dirigida por el camarada Clodomiro Almeyda”, aunque le sugirió que explorara también la posibilidad de publicarlo a través de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica<sup>110</sup>. En misiva del 12 de diciembre de 1957, le informó que Almeyda se había mostrado “muy interesado y creía que el próximo año sería segura su aparición, en vista de los informes de Barría y míos”. Para tomar una decisión definitiva, Editorial Universitaria solicitaba que Simon les enviara la versión definitiva (“es decir, revisada por ud. y dada como completa”), y ellos se encargarían de traducirla; a cambio, exigían “la exclusividad

---

108 Carta de Jorge Barría a Fanny Simon, Santiago, 23 de agosto de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30. Véase, además, Jorge Barría Serón, *Breve historia del sindicalismo mundial*, Santiago: Prensa Latinoamericana y Departamento de Relaciones Laborales de la Universidad de Chile, 1962.

109 Carta de Fanny Simon a Charles Cogen (President of the American Federation of Teachers), New York, 6 de marzo de 1967, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 8.

110 Carta de Julio César Jobet a Fanny Simon, Santiago, 25 de octubre de 1957, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30.

[en español], pues lo distribuirían en toda América Latina”<sup>111</sup>. No sabemos por qué la iniciativa no prosperó. No hemos dado con cartas de Jobet posteriores entre los papeles de Simon en Tamiment Library, ni hay tampoco registro de correspondencia directa con Almeyda o Editorial Universitaria.

Los elogios de Jobet al texto de Simon, y su interés por verlo publicado en Chile, se explican, en buena parte, por la disputa histórico-política en torno a la memoria de Recabarren en la que este estaba entonces involucrado. Jobet, en tanto que intelectual al servicio del PSCh, estaba particularmente interesado en rescatar la figura de Recabarren del control del PCCh. En la visión de Jobet, que se empieza a vislumbrar en su *Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile*, de 1951, y se consolida en su obra *Luis Emilio Recabarren. Los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos*, de 1955, Recabarren era un precursor de un movimiento obrero propiamente chileno, de perspectiva latinoamericanista, que tenía poca o ninguna relación con el PCCh actual, un partido estalinista, que había abandonado el legado de su fundador. Las muertes de Recabarren, en Chile, y Lenin, en la Unión Soviética, y la posterior entronización de Stalin en el movimiento comunista internacional, habían tornado al PCCh y a la URSS en entidades totalmente diferentes a las que habían imaginado sus fundadores. En ese sentido, la obra de Simon, que documentaba el distanciamiento consciente del legado de Recabarren por parte del PCCh, y que ofrecía una explicación coherente de su fascinación con la URSS durante los años iniciales de esta, justificaba la interpretación histórica de Jobet y aportaba nuevos insumos a la empresa intelectual a la que estaba abocado. La disputa en torno a la memoria de Recabarren se había vuelto particularmente acrimoniosa en 1955-56, tras la publicación de *Luis Emilio Recabarren*, por parte de Jobet, y de *Historia del movimiento obrero en Chile*, por parte del historiador comunista Hernán Ramírez Necochea, que criticaba duramente la interpretación de Jobet en una nota al pie<sup>112</sup>.

En los papeles de Simon, en Tamiment Library, las referencias siguientes a una posible publicación del libro sobre Recabarren en Chile provienen de Barría, en carta del 26 de octubre de 1958, y dicen relación con la editorial socialista Prensa Latinoamericana. En su misiva, Barría le

---

111 Carta de Julio César Jobet a Fanny Simon, Santiago, 12 de diciembre de 1957, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30. Pese a ello, Jobet le aconsejó, nuevamente, que explorara “la posibilidad de Fondo de Cultura Económica, sobre todo si tiene el apoyo de R. Betancourt. En caso de aceptarlo Fondo de C. E., no debe titubear y entregárselo a esta magnífica editorial”.

112 Sobre esta disputa histórico-política, véase Gorka Villar Vásquez, *Compromiso militante y producción historiográfica: Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1973)*, Santiago: Editorial Universitaria, 2020, pp. 141-145.

informa de la existencia de la editorial en cuestión (“El Partido Socialista tiene una sociedad anónima que tiene imprenta y edita libros y se llama Prensa Latinoamericana y ha editado varios libros desde hace 4 años que existe”), y le cuenta que habló con el gerente, quien dijo que tenían “interés en publicar su libro, [y] que lo incluirían en el programa de publicaciones del próximo año”. El gerente le había aclarado que, de enviar Simon una copia, la editorial “se encargaría de traducirla y serviría también para determinar el costo de la obra”. Además, por intermedio de Barría, le preguntó si ella podría “aportar alguna suma de dinero” para contribuir a la publicación del libro, ya que la editorial no tenía gran capital y era común que los autores contribuyeran a financiar la edición de sus obras<sup>113</sup>. No conocemos la respuesta de Simon, pero eventualmente se allanó a la idea de publicarla por Prensa Latinoamericana. Gracias a una carta de Barría del 26 de febrero de 1960, sabemos que Simon envió una nueva copia del texto a Chile a través del historiador estadounidense James O. Morris — que trabajaba en la escuela de relaciones industriales y laborales de Cornell University y que estuvo varios años radicado en Chile, gracias a un convenio con la Universidad de Chile<sup>114</sup>— a fines de 1959 o inicios de 1960, con el objeto de que Prensa Latinoamericana lo tradujera y publicara. Barría había recibido la copia a inicios de 1960, y esta estaba ahora en manos de una camarada socialista, “profesora de inglés, [quien] se ha hecho cargo de la traducción por encargo de la Editorial” y quien estimaba que “demorará en su trabajo unos dos meses”. Una vez terminada la traducción, le explicó Barría, “tendremos que ver las posibilidades de su publicación”, agregando que la mantendría informada<sup>115</sup>.

Simon parece haber confiado en que las gestiones de Barría con Prensa Latinoamericana rendirían frutos, al menos durante un tiempo. En un formulario que completó en marzo de 1961, listó entre sus publicaciones la biografía de Recabarren, aclarando, entre paréntesis, que el texto estaba

---

113 Carta de Jorge Barría a Fanny Simon, Santiago, 26 de octubre de 1958, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30.

114 James O. Morris publicó, unos años después, un breve estudio del sindicalismo chileno (con Roberto Oyaneder, *Afiliación y finanzas sindicales en Chile, 1932-1959*, Santiago: INSORA, 1962) y una obra de más contundencia y relevancia, sobre la cuestión social en el Chile de fines del siglo XIX e inicios del XX (*Élites, Intellectuals, and Consensus: A Study of the Social Question and the Industrial Relations System in Chile*, Ithaca: Cornell University, 1966). En dicha obra cita en varias ocasiones el texto inédito de Simon sobre Recabarren. Para una breve reseña biográfica de Morris, véase John F. Burton et al, “In Memoriam: James O. Morris”, *Labor History*, Vol. 27, No. 4, 1986, pp. 542-544.

115 Carta de Jorge Barría a Fanny Simon, Santiago, 26 de febrero de 1960, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 9.

“en poder de Prensa Latinoamericana, [de] Santiago, Chile, para su publicación”<sup>116</sup>. Ahora bien, es probable que para entonces haya estado empezando a dudar de sus interlocutores chilenos. Mal que mal, había pasado más de un año desde que Barría le había informado que Prensa Latinoamericana estaba traduciendo el texto. A mediados de 1961 Simon parece haberle enviado a Barría \$5 dólares para que este le enviara una copia de la traducción de su obra, no sabemos con qué motivo. El 23 de agosto de aquel año, este le contestó que había recibido el dinero pero que no le enviaba aún la traducción, pues, si bien esta estaba lista (“su libro está traducido totalmente”), todavía no había sido revisada (“falta una revisión más cuidadosa de su versión en español”). Barría se comprometió a enviarla en las semanas siguientes, excusándose por la tardanza. “Ud. me perdonará por el retraso pero dado el carácter voluntario de la traducción, como de su revisión, hace que los compañeros a cargo de los trabajos lo hagan en sus horas libres”<sup>117</sup>. No sabemos si Simon recibió efectivamente una copia de la traducción, o si la traducción fue siquiera finalizada. Entre sus papeles, en Tamiment Library, no se conserva ninguna versión en español de la obra.

Prensa Latinoamericana jamás publicó la obra de Simon. Le perdimos el rastro a la iniciativa de Barría en agosto de 1961, con la carta citada arriba. Creemos que esta perdió fuerza no tanto por la desidia de Prensa Latinoamericana o de los socialistas chilenos (aunque esto también puede haber influido), como por la precariedad de la editorial y por ciertos procesos de reestructuración interna de la misma. En 1961, tras haber publicado una treintena de libros y folletos de su propio sello, Prensa Latinoamericana —o, al menos, su departamento editorial— entró en una suerte de hiato, abocándose casi exclusivamente a la publicación de trabajos por encargo, la edición de la revista mensual *Arauco* y la colocación del stock de libros y folletos existentes, todo ello con el objeto de refinanciarse. Este hiato, durante el cual no se publicó ninguna obra del sello editorial, se prolongó hasta mediados de 1964; en el intertanto, el Presidente del Directorio y el Gerente General de la editorial fueron reemplazados, el taller de obras fue renovado y se montó una librería en Santiago. En otras palabras, el cambio de prioridades y la reestructuración de la editorial coincidieron con las gestiones de Barría, dificultando la publicación del libro de Simon<sup>118</sup>.

---

116 “Application for Federal Employment”, 25 de marzo de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 6.

117 Carta de Jorge Barría a Fanny Simon, Santiago, 23 de agosto de 1961, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30.

118 Sobre la trayectoria de Prensa Latinoamericana, véase Alfonso Salgado Muñoz

La última iniciativa sería de publicar el libro de Simon en Chile data de 1963-64. Esta corrió por cuenta de Barría y Benjamin Martin, quien trabajaba en la Embajada de Estados Unidos en Santiago, monitoreando los asuntos sindicales. Barría le facilitó una copia del texto de Simon a Martín en julio o agosto de 1963, “exhortando a que se haga lo posible por publicarlo”. Martín lo leyó y lo consideró de gran calidad: “estoy muy enfáticamente de acuerdo con Barría en que es el mejor estudio que existe sobre el movimiento sindical chileno y el impacto de Recabarren”. En su opinión, la publicación del libro no solo sería una contribución a los estudios académicos, sino también “sería de gran ayuda en la orientación y educación de los sindicalistas chilenos”. Por ende, Martín le pidió autorización a Simon para iniciar gestiones para ponerse en contacto con editoriales en Chile<sup>119</sup>. Simon parece haber estado de acuerdo, pues entre sus papeles se conserva una carta de Barría, del 25 de enero de 1964, en la que este le cuenta que Martín “[s]igue haciendo gestiones para la eventual publicación de Recabarren” y le informa que “[l]a Editorial del Pacífico está interesada”<sup>120</sup>. La Editorial del Pacífico estaba vinculada a la Democracia Cristiana, y su interés en publicar un libro sobre Recabarren puede parecerse extraño. Creemos que se explica por la cercanía entre dicho partido y la Embajada de Estados Unidos, que, en la persona de Martín, fue la que inició los contactos; por el esfuerzo de los demócratacristianos en aumentar su influencia en el movimiento obrero en aquellos años; y por las credenciales democráticas y anticomunistas de la autora. Ahora bien, no hay que sobreestimar el interés de dicha editorial. Esta es la única referencia a la Editorial del Pacífico entre los papeles de Simon, en Tamiment Library, y, como sabemos, la iniciativa de Martín y Barría no logró concretarse<sup>121</sup>.

Clotario Blest, uno de los dirigentes sindicales chilenos más emble-

---

y Joaquín Fernández Abara, “El Partido Socialista y Prensa Latinoamericana: Gestión económica y conflicto político en una empresa editorial chilena (1954-1973)”, *Historia*, No. 54, Vol. I, enero-junio 2021, pp. 279-317.

119 Carta de Benjamin Martin (Labor Information Officer, United States Embassy in Santiago, Chile) a Fanny Simon. Santiago, 3 September 1963, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 2, Folder 30.

120 Carta de Jorge Barría a Fanny Simon, Santiago, 25 de enero de 1964, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 10.

121 Sobre la Editorial del Pacífico, véase Álvaro Góngora, “La Editorial del Pacífico y la revista Política y Espíritu, en la vida de Eduardo Frei Montalva”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, No. 127, 2018, pp. 7-33. Sobre los vínculos entre la Embajada de Estados Unidos y la Democracia Cristiana, véase Sebastián Hurtado-Torres, *The Gathering Storm: Eduardo Frei's Revolution in Liberty and Chile's Cold War*, Ithaca: Cornell University Press, 2020.

máticos del siglo XX, lideró también un intento por publicar el libro con posterioridad, pero no hay nada que nos permita deducir que Simon se haya involucrado en el proyecto. En febrero de 1972, Blest le escribió a Simon “sin conocerla personalmente”, motivado por un asunto que consideraba de “extraordinaria importancia”, a saber, obtener una copia del texto. “Aquí en Chile estamos dispuesto a traducirlo y editarlo, pagando a Ud., por supuesto, sus derechos como autor”, agregó Blest. No queda del todo claro a quiénes alude cuando habla en plural, pues por entonces Blest no tenía cargos de importancia en las esferas sindical ni política, siendo su principal vinculación orgánica la del pequeño Comité de Defensa de Derechos Humanos y Sindicales, que había fundado un par de años antes. Esta no era la primera vez que el famoso dirigente sindical chileno había intentado conseguir una copia del texto. Un tiempo atrás, según le comentó a Simon, se había puesto en contacto con el historiador y latinoamericanista Joseph Palisi, quien le había dicho que el texto nunca había sido publicado y que Simon se encontraba revisándolo<sup>122</sup>. No sabemos si Simon respondió los acercamientos de Blest, pero da la impresión de que no lo hizo. En los apuntes de su último viaje a Chile, en 1973, no se indica nada que diga relación con Blest o con la biografía de Recabarren. Es probable que, tras haber pasado varios años intentando que su texto viera la luz en Chile, y con más de una promesa rota en el camino, haya desistido de la idea de publicarlo.

En México, los intentos de Simon por publicar su libro parecen haber sido menores. Hasta donde sabemos, tuvo un par de conversaciones con los encargados del Fondo de Cultura Económica en 1958 —durante una de sus muchas visitas a aquel país— las que no fueron auspiciosas. Ahora bien, no podemos descartar que haya reiniciado conversaciones con dicha editorial o con otras editoriales mexicanas durante la primera mitad de la década de 1960, cuando se radicó en México —la documentación de la vida de Simon durante sus años de vida en dicho país no es todo

---

122 Carta de Clotario Blest a Fanny Simon, Santiago, febrero de 1972, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 14. No sabemos mucho de la relación entre Blest y Palisi, pero es probable que se hayan conocido por sus intereses mutuos. Blest no era sólo un sindicalista importante, sino también un católico practicante, que participó en diversas organizaciones sociales cristianas. Palisi, quien obtuvo un doctorado en Estudios Latinoamericanos en 1968, escribió su tesis doctoral sobre la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos, y después pasó a trabajar en St. Francis College, una pequeña universidad de Brooklyn, haciéndose cargo del departamento de estudios latinoamericanos de dicha institución. Véase, Joseph J. Palisi, “The Latin American Confederation of Christian Trade Unions (CLASC), 1954-1967”, Ph.D. Dissertation, The American University, 1968; y *The New York Times*, 24 de julio de 1993, p. 27, “Joseph J. Palisi, 67; Brooklyn Historian Restored Monument”.

lo abundante que deseáramos.

En base a sus diarios de viaje de 1958 sabemos que Simon entró en contacto con el Fondo de Cultura Económica, en parte por su propia iniciativa y en parte gracias a las gestiones de Luis Alberto Monge, futuro presidente de Costa Rica, quien entonces estaba radicado en la capital azteca y ejercía la secretaría general la ORIT. Simon visitó la sede del Fondo de Cultura Económica y conversó, primero en persona y después telefónicamente, con el jefe de producción de la editorial, Joaquín Díez-Canedo. En la primera conversación, Díez-Canedo le advirtió que “este era un mal momento, [que la editorial] tenía muchísimos compromisos y que los libros que se enfocan en un país en particular no vendían [lo suficiente]”, aunque le sugirió que le entregara un índice y resumen del libro, y quedaron de hablar la semana entrante. En la segunda conversación, Díez-Canedo le confirmó que la editorial no estaba en condiciones de emprender la publicación del libro en ese momento. No sabemos si Simon insistió posteriormente en el asunto. Quizás pudo haberlo hecho a través del reputado economista, historiador y ensayista mexicano Jesús Silva Herzog, quien era además miembro de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura, como le sugirió en dos ocasiones Monge, o tal vez contactando directamente al director de la editorial, el uruguayo Arnaldo Orfila Reynal, quien se encontraba fuera de México durante la estadía de Simon en México en 1958<sup>123</sup>. Lo cierto es que, en México como en Chile y Estados Unidos, las gestiones de Simon no llegaron a buen puerto.

## El Recabarren de Simon

Tras haber narrado con bastante detalle los infructuosos intentos de Simon por publicar el texto, es para mí un placer introducir la obra que el lector tiene en sus manos. *Recabarren and the Labor Movement of Chile* es un libro de naturaleza académica, tan alejado de la apología como de la denuncia, pero en el cual se esgrimen argumentos y se dejan entrever opiniones que nos permiten entender la idea que de Recabarren se formó la autora, y sus propósitos al acometer la empresa de escribir su biografía. En los párrafos siguientes ofrecemos algunas pistas de lectura, subrayando las

---

123 Diario de viaje, entradas “Tuesday, March 25”, “Friday, March 28” y “Sunday, Easter, April 6”, en Tamiment Library, FSP, TAM 185, Box 1, Folder 29. Sobre la trayectoria del Fondo de Cultura Económica, y Orfila en particular, véase Gustavo Sorá, *Editor desde la izquierda en América Latina: La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2017.

motivaciones políticas de Simon. Al remarcar estos asuntos no tenemos por objeto criticar o desestimar la obra, cuyos muchos méritos reconocemos, pues somos conscientes de que cada generación y cada historiador revisita el pasado desde un presente específico y con preguntas y motivaciones personales.

Cabe recalcar que, pese a las credenciales anticomunistas de la autora, su libro revela cierta admiración por Recabarren, y mucha empatía por las penurias y esfuerzos de los trabajadores que batallaron junto a él por un futuro distinto. La autora no da tampoco cabida a las especulaciones anti-comunistas que intentaban explicar el suicidio de Recabarren en base a una supuesta desilusión con la Unión Soviética. Por el contrario, Simon se preocupa de desacreditar dicha teoría, subrayando la fascinación del fundador del PCCh con el nuevo mundo que estaban construyendo sus pares rusos, y explicando en cambio su suicidio por un cúmulo de factores que influyeron en su estado anímico, entremezclando aspectos de naturaleza personal (sus dolores de cabeza, su temor a quedar ciego, etc.) y política (su desazón ante el estado del movimiento obrero chileno, el surgimiento de una nueva camada de dirigentes comunistas que eran críticos de su línea política, etc.).

El libro revela un sincero y profundo interés por comprender y desentrañar el pensamiento de Recabarren, sin reducirlo a categorías preconcebidas, aun cuando algunas de estas categorías (socialdemocracia y bolchevismo, socialismo utópico y socialismo científico, etc.) le ayudan a la autora a caracterizar a su biografiado. Recabarren no es, para Simon, un socialdemócrata hecho y derecho, pese a su valoración de la democracia y su participación parlamentaria, ni es tampoco un bolchevique convencido, pese a su fascinación por la Revolución Rusa y su decisión de afiliarse a su partido a Komintern. El Recabarren de Simon es un hombre de extracción humilde y educación limitada, más preocupado de los problemas concretos del movimiento que dirigía que de la teoría socialista. Es sin duda un creyente ferviente en el socialismo, para quien el socialismo era un ideal tan etéreo como sublime, una suerte de panacea de todos los males, rayana en el milenarismo. En lo que respecta al dilema de cómo alcanzar efectivamente el socialismo, Simon tiende a enfatizar el pacifismo de Recabarren, pero documenta también sus dudas, oscilaciones y contradicciones, subrayando su inquebrantable fe en el movimiento obrero; “más sindicalista que socialista o bolchevique”, anota sobre uno de sus últimos escritos, en torno al advenimiento del socialismo<sup>124</sup>.

---

124 Las citas textuales de este párrafo y de los tres siguientes, son traducciones más del texto original, por lo que puede que no coincidan del todo con la traducción y edición

En los últimos capítulos del libro, Simon construye un argumento sofisticado y persuasivo sobre las deficiencias del movimiento obrero y político que Recabarren lideró. Este argumento plantea, en pocas palabras, que la radicalidad de los dirigentes del movimiento obrero chileno, y la decisión de Recabarren y compañía de afiliarse al Partido Obrero Socialista (POS) a la Tercera Internacional, o Komintern, terminaron impidiendo la adopción de una actitud realista y responsable ante coyunturas críticas, lo cual contribuyó a que el país desembocara en la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, en diciembre de 1927.

En el capítulo VII, por ejemplo, Simon argumenta que Recabarren y compañía aceptaron los requisitos de adscripción de Komintern y la Unión Soviética porque “tenían la mirada puesta en el exterior”, adoptando una ruta que no era adecuada para las “condiciones chilenas”. En vez de mayor fervor revolucionario, sostiene Simon, el país necesitaba “una dirección obrera responsable” que pudiera dialogar con otros actores progresistas para evitar el empeoramiento económico y la creciente crisis política. En el capítulo VIII, Simon documenta la acción de Recabarren y los comunistas en el Parlamento, demostrando que su principal interés radicaba en utilizar dicha institución como foro para denunciar las injusticias del sistema capitalista, sin prestar mucha atención a la adopción de leyes que ayudaran a paliar sus efectos más brutales o brindaran mayores garantías para la acción sindical. Recabarren, en opinión de Simon, fue incapaz de entender la importancia de la legislación social que promovía el Presidente Arturo Alessandri y otros actores políticos, las cuales fueron aprobadas tardíamente e instrumentalizadas posteriormente por Ibáñez, ya en dictadura. En el capítulo IX, Simon analiza la crisis política de 1924-25, mostrando la indiferencia y la hostilidad de los comunistas ante el Gobierno de Alessandri, enamorados como estaban de su propia fraseología revolucionaria. Ante el ingreso de los militares a la escena política, que en un primer momento no alarmó en demasía a Recabarren, los comunistas se engañaron a sí mismos pensando que, en caso de guerra civil, podrían encaminar la situación hacia la formación de una dictadura del proletariado, sólo para encontrarse más tarde perseguidos por Ibáñez.

Simon critica el actuar de Recabarren en más de un pasaje, pero sus salvos más importantes se los reserva para el PCCh. Ahora bien, incluso aquí su tono es respetuoso, esencialmente académico. Esto se evidencia, por ejemplo, en el capítulo X, que parece haber sido originalmente pensado como una suerte de epílogo sobre el legado de Recabarren, y en el capítulo XI, que documenta el devenir del movimiento obrero tras la muerte

---

actual.

del biografiado. Simon demuestra, por un lado, la continuidad entre el POS y el PCCh durante sus primeros años de vida, y, por otro, el quiebre instaurado a partir de 1926, cuando el Bureau Sudamericano de Komintern empezó a demandar una completa reestructuración partidaria, en el marco de los procesos de “bolchevización” de los partidos comunistas, que fueron obligados a abandonar sus tradicionales prácticas asambleístas para adquirir una estructura vertical y forjar un aparato clandestino. Simon documenta también la posterior denuncia del “recabarrenismo” (como se le dio en llamar al legado de Recabarren) dentro del PCCh, considerado entonces demasiado dado a la acción parlamentaria y a la colaboración con otros partidos políticos. La autora termina preguntándose cuál habría sido la actitud de Recabarren ante estas transformaciones organizacionales y ante estas críticas personales. La pregunta no es del todo retórica. Simon da a entender que el actuar y pensamiento de Recabarren, enraizados en ciertas ideas democráticas, opuesto “a toda forma de tiranía”, habrían hecho difícil que se subordinara a los designios de la “tiranía de Stalin” y aceptara los zigzagueos del comunismo internacional, pero no lo descarta del todo, pues, como apunta, algunos de sus camaradas y amigos cercanos (Luis Víctor Cruz, Elías Lafertte) sí estuvieron dispuestos a ello, y siguieron ligados al PCCh por el resto de sus días.

El extenso capítulo XI, con que concluye el libro, es de una naturaleza radicalmente diferente a los anteriores, y puede resultarle anticlimático —para utilizar la expresión de uno de los académicos que evaluaron el texto a petición de Rutgers University Press— al lector interesado en la figura de Recabarren, pues en él se narran acontecimientos y procesos ocurridos tras su muerte. Sin embargo, el capítulo permite ahondar en la visión que tenía la autora de la política chilena y del movimiento obrero chileno, que conoció a través de sus investigaciones y viajes. El capítulo comienza con un análisis pormenorizado del régimen jurídico instaurado por el Código del Trabajo de 1931 en lo que dice relación con los sindicatos, para luego centrarse en la trayectoria del PCCh tras la muerte de su fundador, ahondando nuevamente en la relación entre el comunismo chileno y el Bureau Sudamericano de Komintern. El capítulo empieza a desplazar el foco de atención al adentrarse en los sucesos de 1932-33, pues la Revolución de 1932 y la formación del PSCh en 1933 introducen un nuevo actor en la trama. La historia que narra Simon de aquí en adelante es, en cierta medida, una historia de luchas políticas por el control del movimiento obrero, en la que comunistas y socialistas se disputan la primacía. La formación de la CTCh, en 1937, y su quiebre, en 1946, son vistos desde este prisma. Lo mismo ocurre con la formación y trayectoria inicial de la Central Única de Trabajadores (CUT), aunque, aquí, la división del PSCh —con la que

Simon estaba bien familiarizada— complica en parte la narrativa.

Simon es muy crítica del PSCh —y no sólo del PCCh— en estas páginas, pues, en su opinión, éste fue incapaz de coadyuvar a la construcción de un movimiento obrero que fuera a la vez poderoso y democrático. Las rencillas internas del PSCh, y su tendencia a utilizar una retórica excesivamente revolucionaria, repercutieron negativamente en el desarrollo del movimiento obrero chileno, dificultando que este adoptara una mirada realista y una actitud pragmática ante la contingencia, y que respondiera efectivamente a los intereses de los trabajadores. En la visión de Simon, la tragedia consistía en que, si bien los sindicatos chilenos eran relativamente fuertes a nivel local o de empresa, los movimientos de unificación del movimiento obrero —de cuya fortaleza dependían, en gran medida, dichos sindicatos— habían sido por lo general el resultado de iniciativas políticas, y las confederaciones sindicales que habían enarbolado la bandera de la unidad (FOCh, CTCh, CUT, etc.) habían respondido más a los vaivenes de los departamentos sindicales del PCCh o del PSCh que a los deseos de los trabajadores. Simon no abandonaba la esperanza de ver eventualmente surgir una gran federación nacional autónoma y democrática, pero esta esperanza se veía matizada por la trayectoria misma del movimiento obrero chileno, que, desde los años de Recabarren, entrelazó fuertemente los destinos de sindicatos y partidos.

Fanny Simon

**RECABARREN**  
**Y EL MOVIMIENTO**  
**OBRERO EN CHILE**



## **Prefacio**

Aunque este libro trata sobre treinta años de la vida de Luis Emilio Recabarren, es más una historia del movimiento obrero que una biografía del hombre. Dado que Recabarren lideró este movimiento por un cuarto de siglo, una clave para comprender su período formativo consiste en estudiar sus actividades, sus ideas y sus creencias. De hecho, Guillermo Feliú Cruz, eminente historiador, catalogó a Recabarren como el arquitecto ideológico del movimiento obrero.

Aunque he otorgado el reconocimiento debido al papel que desempeñó Recabarren, al mismo tiempo consideré otras fuerzas que también fueron relevantes en transformar el movimiento obrero de Chile en lo que es hoy en día.

En la pugna mundial por la mente y el corazón de los pueblos, la victoria será para aquel bando que obtenga la lealtad de los trabajadores. El movimiento obrero chileno es uno de los más antiguos de América Latina, y su influencia se extiende más allá de sus fronteras. Por este motivo, es útil conocer qué tendencias influyeron en su pasado y anticipar los posibles rumbos que tomará en el futuro.

Quisiera agradecer el patrocinio del Social Science Research Council y expresar mi gratitud a los profesores Julio César Jobet y Jorge Barría por su interés y amabilidad al leer este manuscrito.

S. Fanny Simon



## Capítulo I

# Chile durante la infancia y juventud de Recabarren

En la historia de Chile, 1876 representó, si no un año decisivo, al menos uno de transición. Marcó el comienzo de un cambio significativo en la distribución del poder político e inauguró una grave depresión económica, de la cual el país se salvó gracias a la guerra más grande que ha tenido. Sin embargo, para los fines de este relato, el punto de partida es un evento que en sí mismo fue de poca importancia y que, cuando ocurrió, no dejó registros salvo por un acta conservada en una parroquia local. El 6 de julio de 1876, Luis Emilio Recabarren, quien se convertiría en el más destacado dirigente obrero de Chile, nació en la ciudad de Valparaíso.

Al momento de nacer, la idea de que pudiera convertirse algún día en el organizador obrero más efectivo, alguien a quien las autoridades etiquetarían de “subversivo”, le habría parecido absurdo a sus padres, doña Juana Rosa Serrano y don José Agustín Recabarren. Si se les hubiera solicitado que predijeran el futuro de su primogénito y único hijo varón (la pareja luego tendría tres hijas) sin duda habrían contestado que el infante crecería para seguir el patrón común de otros de su clase. Su familia era de clase media baja; sus padres eran “gente decente”, individuos respetables, que se consideraban buenos católicos y que, como se acostumbraba en su entorno, tenían la intención de enviar a sus hijos a escuelas religiosas y esperaban que se casaran y formaran una familia según los cánones tradicionales.

Tanto el padre como la madre provenían de buenas familias. Su abuelo materno aparentemente dejó una fortuna considerable, que su abuela dilapidó por especular con ella. Su padre se matriculó en la Escuela de Medicina y había sido un oficial médico durante la guerra con España. Después de la guerra, no retomó la universidad y se desconoce a qué se dedicó entre el abandono del ejército y su matrimonio. Para cuando Luis Emilio y sus hermanas nacieron, su padre ya era dueño de un pequeño

negocio. El dinero nunca abundó en la familia Recabarren, sin embargo, durante los primeros diez años de vida de Luis Emilio, jamás sufrió de grandes privaciones; su situación económica era similar a la de la inmensa mayoría de los pequeños comerciantes<sup>1</sup>.

Nunca es fácil desentrañar qué motiva a un individuo a elegir uno u otro camino. En el caso de Luis Emilio Recabarren, esta tarea se dificulta aún más, ya que se sabe muy poco de lo que pensaba y hacía cuando era apenas un joven<sup>2</sup>. Sin embargo, la información disponible sugiere que el rumbo que finalmente tomó no es contradictorio con las vivencias que experimentó durante su niñez y juventud. Los acontecimientos durante su infancia y adolescencia temprana crearon un clima propicio para el nacimiento de un movimiento obrero en el que un hombre aún joven, sensible e idealista, podía desempeñar un papel importante. Sus actividades juveniles revelan un carácter más bien meditabundo y estudioso, y a la vez lo suficientemente extrovertido para ejecutar los planes en los que creía, ignorando los riesgos. Incluso desde tierna edad, Recabarren mostró aquellas aptitudes de organizador que lo distinguirían más adelante. El patrimonio familiar y el oficio que escogió fueron factores adicionales a la hora de decidir el camino que seguiría más adelante en su vida.

El nacimiento de Recabarren ocurrió poco después del triunfo de Aníbal Pinto y las fuerzas liberales en las elecciones del 25 de junio de 1876. La victoria de Pinto marcó un giro relevante en el clima político de Chile. Puso fin al dominio absoluto que los conservadores, y en especial la oligarquía terrateniente, ejercían desde 1830, cuando derrotaron a los liberales en la batalla de Lircay. La estabilidad política bajo los gobiernos conservadores había preparado el escenario para la victoria liberal, acompañada por un progreso económico y cultural significativo. Esto dio lugar a una burguesía incipiente que se enriqueció con la minería en el norte. Mientras tanto, en el sur, se consolidó una nueva clase de propietarios de tierras que no estaban vinculados a la oligarquía latifundista tradicional. Nuevas ideas influenciadas por la Revolución Francesa emanaban de la Universidad de Chile y atraían especialmente a los hijos de la élite. Ade-

---

1 Esta información fue proporcionada a la autora por las hermanas de Recabarren. Los apuntes biográficos más antiguos están en Osvaldo López, *Diccionario obrero* (Concepción, 1910). Una biografía de tintes ligeramente novelescos fue publicada por Fernando Alegría, *Recabarren* (Santiago, 1938). Además, véase el poema de Antonio de Undurraga, *Recabarren o el líder de sudor y oro* (Santiago, 1946), y el libro de Julio César Jobet, *Recabarren* (Santiago, 1955).

2 Alegría describe a Recabarren como un niño feliz, juguetón y rebosante. Esto fue contradicho por el testimonio de una de las hermanas de Recabarren, quien lo describió como más bien reservado y de pocos amigos en su juventud.

más, el número de intelectuales de clase media también iba en ascenso. Para 1876, todos estos nuevos grupos sociales demandaban una mayor participación en el poder político<sup>3</sup>.

Para finales de la década de 1840, el liberalismo se había recuperado del golpe recibido en Lircay. Se formó un nuevo Partido Liberal, que exigía reformas constitucionales, control estatal en la educación, libertad electoral e individualismo económico. Lo que distinguía a los liberales de los conservadores no era tanto su perspectiva ante los problemas económicos como su actitud respecto de las libertades personales y el clero. Diferían de los conservadores especialmente en cuánto al poder que debía otorgarse a la Iglesia sobre la educación y otros asuntos terrenales. La cuestión del poder de la Iglesia marcó la política chilena por muchos años y finalmente llevó a la división del Partido Liberal. Aquellos que abogaban por una lucha continua en contra de la Iglesia en los ámbitos seculares, tuvieron que abandonar el Partido Liberal y organizaron el Partido Radical en 1863.

El nuevo partido se compuso principalmente por personas de clase media de las provincias, mucho de ellos intelectuales y profesionales. Algunos de sus líderes, como Pedro León, Ángel Custodio Gallo y los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta, provenían del norte, donde la minería era la actividad principal. Influenciados por las ideas de Francisco Bilbao y la Sociedad de la Igualdad, algunos eran también abogados y masones. El Partido Radical igualmente atrajo a algunos terratenientes del sur<sup>4</sup>. Además de oponerse a la Iglesia, su programa político incluía el sufragio universal, reformas constitucionales y la descentralización del gobierno.

En 1875, liberales y radicales se unieron, logrando la victoria en las elecciones presidenciales de 1876, triunfo que consiguieron revalidar mientras duró la coalición. Antes de que esta se rompiera tras la elección de José Manuel Balmaceda en 1886, se aliaron para enfrentar grandes batallas tanto en tierras nacionales como extranjeras. En el norte, nuevas fuentes de riqueza se incorporaron tras la exitosa Guerra del Pacífico, mientras que, en el sur, los indios araucanos fueron pacificados e incorporados a la vida nacional. La Iglesia perdió su poder sobre los cementerios, el matri-

---

3 Ricardo Donoso, *Las ideas políticas de Chile* (México, 1946), pp. 154–155.

4 Augusto Orrego Cortés, Luis Orrego Luco, et al, *Descripción física, política, social, industrial y comercial de la República de Chile* (Santiago, 1903), pp. 147–149. Para un análisis de los partidos tradicionales, véase Alberto Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos* (Santiago: Ediciones Ercilla, 1936; sobre el carácter de clase de los partidos, véase Guillermo Feliú Cruz, “La evolución social en el siglo diecinueve”, en Francisco Méndez (editor), *Chile: tierra y destino* (Santiago, 1948), pp. 335–336.

monio, la beneficencia y la educación. Las consecuencias económicas de estos cambios políticos y sociales sentaron las bases para las futuras luchas obreras en las que Recabarren jugaría un papel decisivo.

Para cuando Pinto asumió la presidencia, dos meses después de que naciera Recabarren, Chile todavía se confinaba principalmente a su valle central, el granero del país. Aquí vivía y trabajaba la vasta mayoría de su población, alrededor de dos millones de personas. En el norte, los desiertos de Atacama y Tarapacá, con sus ricos depósitos de salitre y cobre, pertenecían a Bolivia y Perú; en el sur, el territorio bajo el río Biobío y la ciudad de Temuco, salvo por asentamientos aislados, estaba en manos araucanas. Tras la independencia, los indios continuaron disputando la autoridad del gobierno central. Temuco era “la frontera”, y Valdivia, a pesar de la inmigración europea, permaneció como una isla en medio de un mar araucano hasta 1885<sup>5</sup>. Además, se avecinaba una severa crisis económica y financiera.

Durante las décadas de 1850 y 1860, la economía de Chile se expandió y su agricultura estaba en auge. La fiebre del oro californiana, junto con el descubrimiento de ricos yacimientos de cobre y de plata en el norte, y de carbón en el sur, aumentaron la demanda de productos agrícolas a la vez que llenaron los bolsillos de los grandes terratenientes. Las exportaciones a California pasaron de 250.195 pesos en 1848 a 1.835.460 pesos en 1849, y crecieron a 2.445.868 pesos al año siguiente<sup>6</sup>. Las ciudades crecían en población y el transporte mejoró. En 1851, se instalaron vías férreas en la zona minera del norte, para el ferrocarril de Caldera a Copiapó. Dos años antes, el aventurero estadounidense William Wheelwright, junto a otros capitalistas británicos y chilenos, había organizado la Compañía de Vapores del Pacífico. Esto convirtió a Valparaíso, la ciudad natal de Recabarren, en el puerto más importante de la costa oeste de América del Sur. El puerto fue potenciado aún más con nuevos y mejores muelles, y la ciudad entera cambió su aspecto luego de que Federico Errázuriz asumiera la presidencia en 1871, mediante mejoras sanitarias y el asfaltado de las calles principales<sup>7</sup>.

---

5 Mauricio Hortard Ebert, “Producción y estadística”, en Francisco Méndez (ed.), *Chile: tierra y destino* (Santiago, 1948), pp. 508–509.

6 Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* (Santiago: Universitaria, 1955), pp. 35–36. Además, véase Alberto Cabero, *Chile y los chilenos* (Santiago, 1926), pp. 176–177.

7 Federico Errázuriz, “Discurso de Su Excelencia el Presidente de la República en la apertura del Congreso Nacional de 1872” (Santiago, 1872), pp. 12–13. Sobre la influencia de la administración Errázuriz en el desarrollo económico general del país, véase Daniel Martner, *Historia económica de Chile* (2 vols. Santiago), vol. I, pp. 300–307.

En Santiago, a donde se mudaron los Recabarren cuando Luis Emilio tenía alrededor de seis años, hubo cambios aún más impactantes. El presidente Errázuriz nombró a Benjamín Vicuña Mackenna como Intendente de Santiago en 1872, cuando la ciudad tenía todavía el aspecto de un pueblo más que de una capital. Su arquitectura, excepto por algunas cuantas iglesias, era mediocre; las calles eran de tierra, y los peatones quedaban cubiertos de polvo cada vez que pasaban carretas o carruajes; rebaños de ganado o caballerizas de mulas solían verse en el centro de la localidad; el cerro Santa Lucía era un basural y un atentado al olfato<sup>8</sup>. Para 1876, mucho había cambiado. El cerro se convirtió en un hermoso paseo, similar a como es en la actualidad; las calles se ensancharon, muchas de ellas se pavimentaron y se equiparon con faroles y carros tirados por caballos. La Alameda se embelleció y se convirtió en la avenida principal de la ciudad. El sistema de parques se enriqueció con la incorporación del parque privado de Matías Cousiño, el rey del carbón de Chile<sup>9</sup>.

Sin embargo, las masas trabajadoras, a las cuales Recabarren dedicaría el grueso de su vida adulta, no estaban mejor que en la época de la Independencia. Ningún partido político se preocupaba por su bienestar ni las consideraba preparadas para ejercer un rol directo en el gobierno del país, aunque todos querían manipular a quienes tenían derecho a voto para mantenerse en el poder.

Dos tercios de los 2.075.971 habitantes del país, según el censo de 1875, vivía en áreas rurales y, de esta cifra, prácticamente todos trabajaban en la agricultura<sup>10</sup>. Los trabajadores agrícolas se dividían en dos grupos: los inquilinos, quienes vivían dentro de algún latifundio; y los temporeros o peones, que eran contratados para labores específicas. Ambos enfrentaban dificultades, como una alimentación deficiente y condiciones de vivienda precarias. Sus casas solían ser chozas sucias de una habitación y sin las mínimas comodidades y, según Claude Gay, el testigo más perspicaz de la vida agraria chilena, tenían “el sello primitivo de la edad media” y diferían poco de las rucas de los indios araucanos<sup>11</sup>.

De estos dos grupos, el peón la llevaba peor. Los peones, inmortaliz-

---

8 Agustín Edwards, *Cuatro presidentes de Chile* (Valparaíso, 1932), vol. II, p. 306. Para estadísticas sobre el crecimiento de las ciudades, véase Luis Galdames, *Geografía económica de Chile* (Santiago, 1911), p. 72.

9 Ibid, pp. 308–310.

10 Chile, Oficina Central de Estadística, *Quinto censo jeneral de la población de Chile, el 19 de abril de 1875* (Valparaíso, 1876), p. 604.

11 Claude Gay, *Historia de Chile: Agricultura* (2 vols. París y Santiago, 1862–1865), vol. I, pp. 156–157.

zados en canciones y leyendas como los “rotos” de Chile, eran el auténtico “proletariado”. El roto era patriota, generoso, nómada y aventurero, pero carecía de arraigo familiar, tenía poco sentido del ahorro y con frecuencia sufría de alcoholismo. Realizaba los trabajos más duros y sucios por una paga pequeña y vivía, en palabras de Gay, en “un estado de permanente miseria”<sup>12</sup>. Cuando no encontraba empleo en faenas agrícolas, se dirigía a las ciudades, donde se asentaba en las afueras, en una miseria aún peor, o viajaba al norte para trabajar en las minas o en obras de construcción. El espíritu aventurero de algunos los había llevado tan lejos como a California, en Estados Unidos, a trabajar en los yacimientos de oro.

El inquilino, aunque vivía mejor que el peón, estaba siempre a merced del patrón que lo explotaba. El mundo agrícola estaba dominado por completo por los latifundios. Pocas leyes —ninguna escrita— protegían al inquilino, cuyo patrón podía desahuciarlo en cualquier momento. El propietario era, además de patrón, prestamista, juez y jefe de milicia a la vez. Este exigía y obtenía una parte extremadamente grande de la cosecha de su inquilino y le cobraba precios abusivos por las semillas, herramientas y animales de trabajo. Las tasas de interés para el dinero prestado rondaban el 25%, y en ocasiones alcanzaba el 50% o el 75%. Cuando el inquilino y su familia prestaban servicios a cambio de dinero, se les pagaba una miseria, y no era raro que tuvieran que ofrecerlos a cambio de nada. Sin embargo, el inquilino promedio era tan aprehensivo y sumiso que hacía todo esto sin chistar. Cuando los abusos se volvían intolerables, simplemente empacaba sus pocas pertenencias y se marchaba en busca de un nuevo patrón. En algunas ocasiones, abandonaba la tierra para mudarse a la ciudad o para irse a las minas<sup>13</sup>.

Después de 1870, con el descubrimiento de nuevos yacimientos de plata y, más adelante, el desarrollo de las salitreras en el norte, la construcción de obras públicas y ferrocarriles ofreció mayores oportunidades de empleo. Tan pronto como se obtuvo la Independencia, el Gobierno trató de promover la manufactura a través de incentivos especiales para aquellos que instalaran fábricas en las que se utilizaran materias primas locales. Garantías y ventajas adicionales fueron otorgadas en la ley de 1840<sup>14</sup>. Los

---

12 Ibid, p. 198. Para un análisis detallado del roto como obrero no calificado, no solo en la agricultura sino en la industria y la minería, véase Roberto Hernández, *El roto chileno* (Valparaíso, 1929).

13 George M. McBride, *Chile: Land and Society* (Nueva York, 1936). McBride usa los adjetivos “respetuoso”, “leal”, “creyente”, “diligente”, “honesto” y “deferente” para describir al inquilino. Gay, op. cit., pp. 183–186.

14 Miguel Cruchaga, *Estudio sobre la organización económica y la hacienda pública de Chile*

principales beneficiarios de esta legislación fueron los extranjeros, especialmente alemanes, franceses e ingleses, quienes pusieron sus fábricas entre 1840 y 1876.

Para 1875, las industrias habían progresado al punto de que Chile pudo organizar su primera exposición industrial internacional en Santiago. El censo de ese año incluía 200 oficios en la lista, entre calificados y no calificados<sup>15</sup>. Ya había un buen número de artesanos y trabajadores semicalificados, entre ellos 116.446 sastres y modistas, y 37.218 hiladores y tejedores, en su mayoría mujeres<sup>16</sup>. Entre las industrias se contaban 77 fundiciones, 46 destilerías, 656 molinos de harina, 10 compañías constructoras, 90 curtiembres, 31 cererías y 3 fábricas de perfume<sup>17</sup>. En 1876, el año en que nació Recabarren, el número de negocios pequeños incluía 101 curtiembres, 10 fábricas de fideos y 302 tejares. Asimismo, había 127 fundiciones de cobre, 248 panaderías, 134 sastrerías, 239 zapaterías y establecimientos de reparación de calzado<sup>18</sup>.

Los artesanos altamente calificados ganaban entre tres y cuatro pesos por día, pero el obrero no calificado, visto en su conjunto, estaba apenas mejor que su compatriota del campo. En vez de un salario de entre 20 y 30 centavos, por regla ganaba entre 75 centavos y 1 peso<sup>19</sup>. Sus condiciones sanitarias y habitacionales no eran mejores. Tampoco lo era su estatus cívico y social. Aunque las chances de adquirir un nivel básico de alfabetización eran mayores en la ciudad, la gran mayoría de los trabajadores no calificados no sabía leer ni escribir. De una población total estimada en 2.116.778 en 1876, solo 477.321 podían leer, y 421.147, leer y escribir<sup>20</sup>. La población total de estudiantes era apenas de 74.990. De este número, 43.348 asistía a escuelas públicas en 1877<sup>21</sup>. Aunque el panorama educa-

---

(3 vols. Madrid, 1929), vol. I, pp. 641–642.

15 Ibid, p. 519.

16 Ibid, pp. 620–626.

17 Eduard Sève, *La patria chilena, Le Chili tel qu'il est* (Valparaíso, 1876), p. x.

18 Oscar Alvarez Andrews, *Historia del desarrollo industrial de Chile* (Santiago, 1926), p. 148.

19 Sève, op. cit., p. xi. Daniel Martner, *Estudio de política comercial chilena e historia económica nacional* (2 vols., Santiago, 1923), vol. I, pp. 51–54.

20 Dirección General de Estadística, *Synopsis of the Statistics of Chile, 1877* (Santiago, 1877), p. 29.

21 Sève, op. cit., p. 44. El gasto promedio por pupilo era 12,41 pesos. En total había 807 escuelas privadas y públicas. Existían 47 escuelas vespertinas, con una asistencia total de 3.956 alumnos. El gasto total aumentó de 908.838,30 pesos en 1872 a 1.225.579,13 pesos en 1876.

cional no parecía alentador, se habían producido mejoras con respecto a la década previa. En 1865, menos del 20% de la población era capaz de leer; para la década siguiente, el porcentaje había subido a 25<sup>22</sup>.

La minería, aunque empleaba a menos trabajadores que la agricultura o la industria manufacturera, jugó y aún juega un rol muy importante en la vida económica y social de la nación. La plata y otros minerales se habían explotado en Chile desde tiempos inmemoriales. Su importancia aumentó tras la Independencia, convirtiéndose en la principal exportación y moneda de cambio internacional para satisfacer la creciente demanda de bienes de lujo y maquinaria industrial. Tras el descubrimiento, en 1832, de las minas de plata de Chañarcillo, al sur de la ciudad de Copiapó, y, en 1848, de Tres Puntas, al norte de dicha localidad, Chile encabezó la lista de exportadores de plata. Cuando estas minas estaban próximas a agotarse, en 1872 se descubrieron los ricos yacimientos de Caracoles, en el interior de Antofagasta<sup>23</sup>.

En este mismo período, se descubrieron minas de cobre en el norte, cerca de Caldera, La Serena y Ovalle. En 1858, Chile tenía 347 fundiciones de cobre y era el principal exportador de este metal. También se había descubierto carbón en las áreas costeras del sur de Chile, en las provincias de Concepción y Arauco. De hecho, el deseo de proporcionarle un mercado a estos minerales llevó a William Wheelwright a establecer la Compañía de Vapores del Pacífico y luego el ferrocarril de Caldera a Copiapó. El ferrocarril brindó un medio de transporte más barato y expedito a las minas del norte, y la producción minera ayudó a llenar las bodegas de los buques de la Compañía de Vapores del Pacífico<sup>24</sup>.

La línea de ferrocarriles de Caldera a Copiapó se completó en 1851, cubriendo una distancia de menos de ochenta y dos kilómetros. Más adelante se expandió hasta abarcar Ovalle, alcanzando unos 190 kilómetros en total. Antes de que tomara forma el proyecto de la línea en el norte,

---

22 Cruchaga, op. cit., p. 530. Amanda Labarca, una destacada educadora chilena, afirma que el porcentaje de analfabetismo en 1855 era 86 por ciento y que en 1875 era 77,1 por ciento, y que el número de pupilos que asistía a la escuela pública se había duplicado en ese lapso. "La educación en Chile", en Humberto Fuenzalida (ed.), *Chile: geografía, educación, literatura, legislación, economía, minería* (Buenos Aires, 1941), p. 88.

23 Galdámes, op. cit., pp. 96–99.

24 Oficina de Estadística, *Annuario Estadístico 1860* (Santiago), p. 85. La plata alcanzó el punto más alto de su producción en 1834 y el cobre en 1876. El cobre no volvió a manifestar una tendencia al alza hasta que el capital extranjero ingresó a la industria, en gran escala, en el siglo XX, reemplazando eventualmente al salitre en importancia en las exportaciones. Oscar Peña i Lillo, *Breve reseña sobre la minería desde la conquista hasta el año de 1926* (Santiago, 1928), p. 14.

Wheelwright intentó obtener un permiso para construir una de Santiago a Valparaíso, pero el Gobierno se negó a ceder la concesión y decidió llevar a cabo la construcción por sí mismo. El 28 de agosto de 1851, el Congreso autorizó la construcción de la vía y votó a favor del derecho a vender acciones por un total de 2.000.000 pesos, así como la adquisición de un crédito por la misma cantidad en el extranjero<sup>25</sup>. Las elecciones presidenciales de ese año y el motín militar que le siguió forzaron el aplazamiento del proyecto. Al final, la línea tardó diez años en completarse.

Para el 31 de diciembre de 1877, se habían construido un total de 1.662 kilómetros de vías férreas con un costo de 49.857.037 pesos, de los cuales el 60% era propiedad del gobierno y el resto principalmente de británicos.<sup>26</sup> Los ferrocarriles privados se concentraban en zonas mineras, mientras que los estatales atravesaban algunas de las mejores tierras agrícolas. En el norte, la instalación de los trenes y la prosperidad de la minería iban de la mano, ya que su negocio dependía por completo de la actividad minera. Después de 1880, cuando Chile anexó las regiones salitreras como resultado de su victoria en la Guerra del Pacífico, no solo el negocio de los ferrocarriles, sino el bienestar del país entero quedó vinculado a la industria del salitre.

Antes de concentrarnos en las regiones salitreras y los efectos sociales y políticos de su incorporación para Chile, es necesario clarificar el panorama de la economía al momento del nacimiento de Recabarren, cerca de tres años antes de que estallara la guerra. En ese momento, la principal preocupación del gobierno y de los actores económicos importantes era la crisis comercial. En realidad, las condiciones dejaron de ser tan favorables tan pronto como asumió el presidente Errázuriz. Sin embargo, los préstamos solicitados al extranjero para el mejoramiento público y el descubrimiento de las minas de Caracoles ocultaron la inminencia de la crisis durante algunos años. Pero en 1873, la situación comenzó a empeorar. La plata y el cobre, las dos exportaciones principales de Chile, experimentaron una caída de precios debido a la depresión financiera mundial, que ya se dejaba sentir. Un factor adicional fue el aumento de la competencia por parte de las minas de los Estados Unidos. La situación de Chile se hizo aún más compleja por el alza en los costos de la minería.

Con la caída de las operaciones mineras, el déficit del gobierno se acumulaba. Asimismo, varios negocios que dependían de las minas fraca-

---

25 Daniel Martner, *Nuestros problemas económicos* (Santiago, 1918), p. 125. Gay, op. cit., vol. II, pp. 344–345.

26 Dirección General de Estadística, *Synopsis 1877–1878*, p. 24. La cifra dada es 1625 kilómetros.

saron. La disminución de exportaciones provocó también una baja en las importaciones, y aunque estas últimas eran considerablemente menores que las primeras, no fue suficiente para prevenir una fuga de oro que se destinó a pagar los intereses de los bonos extranjeros<sup>27</sup>. Como resultado, el dinero escaseó, las tasas de interés aumentaron, y muchas compañías quebraron. El pesimismo reinaba en los círculos financieros y se reflejó en las memorias anuales del Banco de Valparaíso, el más grande del país, publicadas unos días antes del nacimiento de Recabarren. La situación terminó siendo peor que lo previsto, ya que una sequía destruyó los cultivos y sumó la agricultura a la crisis comercial y financiera en curso.

El informe de Hacienda de 1877 y el mensaje del presidente Pinto al Congreso abordaron la gravedad de la situación que enfrentaba el país. La caída de las importaciones representó un duro golpe para la Tesorería, ya que el sistema tributario se basaba casi exclusivamente en derechos de importación. El gasto gubernamental mostraba cierta inelasticidad y no podía recortarse rápidamente, mientras que los ingresos disminuían. Una buena parte del ingreso tenía que destinarse a pagar la deuda externa, la cual aumentó enormemente durante los diez años que precedieron al nacimiento de Recabarren y la elección de Pinto<sup>28</sup>. Para junio de 1878, los efectos de la depresión eran transversales y afectaban a familias de clase media, como los Recabarren. El 28 de junio de 1878, una editorial de *El Mercurio* de Valparaíso, expresaba que [de Atacama a Magallanes solo se escucha una palabra, la del hambre. Y no son solamente los desheredados de fortuna los que se quejan, sino aquellos que hasta ayer estaban contentos con los frutos de su labor]<sup>29</sup>.

El déficit de la Tesorería forzó al gobierno a buscar financiamiento adicional. En 1878, el gobierno solicitó a los bancos un préstamo de 2.500.000 pesos, a cambio del cual les autorizó la emisión de un total de 10.000.000 en billetes<sup>30</sup>. Al poco tiempo, algunos de los bancos suscritos se encontraron en problemas: sus reservas de oro amenazaban con ago-

---

27 Ibid, p. 26.

28 Según Agustín Edwards, los préstamos desde el extranjero contraídos durante la administración de Pérez sumaban más que todos los préstamos contraídos a lo largo de todas las administraciones precedentes, con un total de 4.583.620 pesos; la deuda interna contraída llegó a 18.867.810,82 pesos. Durante la administración de Errázuriz, los préstamos extranjeros sumaban 2.412.500 pesos y los domésticos 7.697.765,25 pesos. La tasa de cambio cayó de 44 a 40 USD en 1876. Op. cit., vol. II, pp. 146–147.

29 Citado en Frank W. Fetter, *Monetary Inflation in Chile* (Princeton, 1931), p. 21.

30 Enrique L. Marshall, “Régimen monetario actual y sus antecedentes históricos”, en Fuenzalida, op. cit., p. 223. Véase Fetter, op. cit., para más detalles.

tarse, y no estaban en posición de satisfacer su demanda en especie. De cara a la bancarrota, recurrieron al gobierno, pidiendo la autorización para suspender los pagos en especie. A pesar de la oposición generalizada, tanto en el gobierno como en los círculos financieros a la inconvertibilidad de los billetes, el Congreso los rescató al votar a favor de la suspensión, el 22 de julio de 1878. En consecuencia, Chile se adentró en un camino de inflación e inestabilidad monetaria del que nunca logró recuperarse.

La suspensión de los pagos en especie al principio solo tuvo un efecto menor en las tasas de cambio y si no fuera porque la Guerra del Pacífico, que estalló el año siguiente, requirió una nueva emisión de papel moneda, Chile podría haber regresado a la senda de la estabilidad económica. Tras la guerra, Chile tuvo numerosas oportunidades de volver a la reconversión, pero muchos grupos influyentes, que alguna vez se beneficiaron de la inflación, usaron su poder para impedirlo. Los más vehementes en su resistencia a la reconversión fueron los latifundistas que estaban endeudados y las industrias exportadoras. Incluso la próspera industria salitrera se beneficiaba de la inflación y buscaba que continuase. La Revolución de 1891, que, según un influyente crítico del sistema del papel moneda, se debió en parte al intento del presidente José Manuel Balmaceda de volver a un sistema monetario estable, complicó el regreso a una moneda fuerte<sup>31</sup>. Durante la Guerra Civil ambos bandos emitieron dinero de forma desmedida, y cuando la Revolución acabó, el sistema monetario era un caos absoluto. La depreciación constante del peso provocó un alza en los precios y estimuló la organización de los trabajadores, cuyo número había aumentado.

La Guerra del Pacífico puso fin al estancamiento en el que Chile se encontraba desde 1876. La victoria bélica le aseguró un botín riquísimo y cierta prosperidad por muchos años, que incluso benefició a la población explotada. El Estado obtuvo una fuente nueva y abundante de réditos, y esto, por su parte, permitió que los latifundistas, aún una poderosa fuerza política, evadieran el pago de la parte que les correspondía de los impuestos y siguieran con sus métodos tradicionales de cultivo. El aumento continuo de los costos de la producción agrícola, sumado a la devaluación de la moneda, fue otro factor que disminuyó los incentivos para mejorar los ineficientes métodos de producción. Los trabajadores, por su parte, encontraron trabajo en una industria salitrera pujante y en nuevos proyectos de obras públicas. Aunque el alza en la demanda de trabajo tendía a aumentar el nivel los salarios, estos se veían pronto contrarrestados por el aumento de los precios. Sin embargo, en las regiones salitreras se gestaba

---

31 J. Valdés Cange (pseud.), *Sinceridad: Chile íntimo en 1910* (Santiago, 1910), p. 4.

una fuerza moderna de miles de asalariados, que trabajaban muy cerca unos de otros, y que le dio a Recabarren la oportunidad de comenzar su distinguida carrera como dirigente obrero a principios del siglo veinte.

Pero ¿cómo llegó Chile a involucrarse en una guerra con sus vecinos del norte, Perú y Bolivia? El desierto de Atacama, por el cual lucharon, se encuentra entre los 19,5° y 26° de latitud sur y comprende un área de 191.641 kilómetros cuadrados. Es una monótona extensión de tierra en cuyo interior hay partes donde jamás se ha registrado una precipitación. Se caracteriza por temperaturas extremas, que van desde quemar durante el día hasta congelar durante la noche. Excepto en casos aislados, nada crece allí y todo lo necesario para sustentar la vida debe ser importado. En el ámbito económico, la región cobró importancia cuando un químico alemán descubrió en 1809 un método para extraer salitre del mineral al que se le conoce como caliche, que se descubrió en Tarapacá, la región peruana del desierto. En 1830, el salitre empezó a exportarse como fertilizante para tierras erosionadas y se volvió crucial en los años 1860, cuando comenzó a usarse para elaborar municiones.

Ya para la década de 1840 los emprendedores chilenos, en su búsqueda de minerales, invadieron el desierto de Atacama y descubrieron guano, uno de los mejores fertilizantes, cerca de Mejillones, por entonces territorio boliviano. En 1866, José Santos Ossa y sus socios encontraron caliche cerca de Antofagasta, que también formaba parte de Bolivia. Dos años después, Ossa y Francisco Puelma obtuvieron una concesión del gobierno de Bolivia para extraer caliche y organizaron la Sociedad Chilena de Exploración del Desierto de Atacama<sup>32</sup>. De ahí en adelante comenzó una explotación intensiva, en especial de la porción boliviana del desierto por capitalistas chilenos. Gracias a su iniciativa, se levantaron ciudades y puertos como Calama, Mejillones, Cobija y Tocopilla, entre otros. Los chilenos no solo construyeron el puerto de Antofagasta, sino también los ferrocarriles. En el momento en que estalló la guerra, de los 8.507 habitantes de Antofagasta, 6.554 eran nacionales de Chile<sup>33</sup>.

Para 1872, existían ya en territorio peruano y boliviano 18 plantas de reducción, con una capacidad total de 3.200.000 quintales<sup>34</sup>. En los cinco años siguientes, entre 1872 y 1878, se establecieron 55 plantas nuevas, con

---

32 Jobet, op. cit., pp. 38–39. Roberto Hernández, *El salitre: resumen histórico desde su descubrimiento y exploración* (Valparaíso, 1930), p. 96.

33 Francisco Méndez, op. cit., pp. 339–341.

34 Erwin Semper y Wilhelm Michels (traducido y revisado por Javier Gandarillas y Orlando Ghigliotta Salas), *La industria del salitre en Chile* (Santiago, 1908), pp. 133–134.

una capacidad de 13.698.000 quintales<sup>35</sup>. Durante este período, los capitales peruanos y chilenos controlaban la industria salitrera. Las pampas de Bolivia, especialmente alrededor de Tocopilla y Antofagasta, aunque no eran tan valiosas como las de Tarapacá, estaban en constante expansión, y eran dominadas por capitales chilenos. Para proteger la inversión de sus nacionales, Chile estableció un tratado con Bolivia en el que se reconocía como territorio boliviano las tierras al norte del paralelo 24° de latitud sur. Por su parte, Bolivia se comprometió a no imponer impuestos adicionales a la industria salitrera.

En el intertanto, el gobierno peruano, cuyo monopolio del guano estaba siendo amenazado por la competencia del salitre, proclamó una serie de leyes para obtener el dominio de la industria salitrera en su territorio. En 1868, Perú declaró que todas las tierras salitreras eran propiedad gubernamental y compensó con bonos a quienes tenían derechos legítimos sobre las tierras. Aquellos que se negaran a aceptar las condiciones serían castigados a partir del 28 de mayo de 1875 con mayores impuestos a las exportaciones. Esto se sumaba a una ley de 1873 que declaraba como un monopolio estatal todo el comercio de salitre<sup>36</sup>.

Después de asegurar el monopolio, Perú identificó un obstáculo en la competencia que provenía de las pampas bolivianas controladas por el capital chileno. Perú estaba ansioso por eliminar esta competencia, y, a través de la diplomacia, consiguió que el presidente de Bolivia, Tomás Frías, declarara el 13 de enero de 1876 que todas las tierras costeras aún sin explotar eran propiedad del Gobierno. Luego, estas tierras fueron arrendadas a John G. Meiggs y Pedro López Gama, en representación del gobierno peruano. También por insistencia de Perú, Bolivia rompió su promesa con Chile e impuso un impuesto de diez centavos a cada quintal transportado por mar desde Antofagasta.

El 8 de noviembre de 1878, Chile notificó a Bolivia que, a menos que retirara el impuesto, abrogaría el tratado de 1874. Bolivia respondió sugiriendo que el asunto se sometiera a arbitraje, a lo que Chile accedió bajo la condición de que Bolivia pospusiera la entrada en vigencia del impuesto. Durante estas negociaciones, Bolivia expropió las propiedades de la Compañía de Salitres de Antofagasta. Ante esto, el gobierno chileno trasladó tropas a Antofagasta el 14 de febrero de 1879. Perú se ofreció a mediar en la disputa, pero Chile exigió que Perú debía declararse neutral antes. Perú se negó, seguramente porque contravenía al acuerdo secreto que tenía con

---

35 Ibid.

36 Martner, *Historia económica*, op. cit., vol. I, 329.

Bolivia<sup>37</sup>. Esto desencadenó la Guerra del Pacífico, en la que Chile anexó todas las provincias salitreras a su territorio.

Una vez finalizada la guerra, Chile tuvo que decidir sus políticas económicas con respecto a las tierras salitreras recién adquiridas. El gobierno heredó tierras y obras públicas que habían pertenecido a los gobiernos de Perú y Bolivia. Muchos reclamos de tierras de particulares eran difíciles de comprobar debido a la falta de claridad de los documentos, y esta situación se agravó con las políticas de nacionalización adoptadas por Perú y, en menor medida, Bolivia. ¿Debía Chile mantener el monopolio estatal o promover la empresa privada mediante leyes más permisivas?

Consciente de la falta de capital para pagar por las propiedades y la carencia de personal competente, Chile optó por promover la explotación privada. A pesar de que la producción de salitre sufrió un impasse con el inicio de la guerra, el gobierno chileno, casi al estallar el conflicto, alentó a aquellos con títulos válidos a reabrir sus plantas. De esta manera, obtuvo ingresos para financiar la guerra. Por cada quintal de salitre exportado, se recaudaba lo equivalente a 28 peniques británicos<sup>38</sup>. Este impuesto se convirtió en una política permanente, de la cual Chile obtendría luego dos tercios de la recaudación fiscal sujeta a imposiciones. Las consecuencias de esta política tributaria para la agricultura chilena ya se han indicado anteriormente.

En Tarapacá, donde los títulos de propiedad eran confusos, los poseedores de bonos salitreros emitidos por el gobierno peruano adquirieron, incluso durante la guerra, la propiedad provisional de las tierras salitreras al entregar el 75% de estos al gobierno de Chile y el resto del pago en efectivo<sup>39</sup>. En 1882, el presidente chileno Domingo Santa María emitió una orden de Tesorería que permitía a los dueños de bonos peruanos obtener títulos de propiedad permanentes, con la condición de que entregaran sus bonos dentro de un plazo de noventa días. Las tierras sin reclamar serían subastadas al mejor postor<sup>40</sup>. Estas acciones parecían diseñadas a medida para los especuladores y oportunistas que, durante la guerra, adquirieron bonos por una fracción de su precio. Ahora podían canjearlos por tierras salitreras de un valor excesivo. Hubo pocos chilenos que, con visión a futuro, compraron bonos peruanos sin valor aparente o

---

37 Ibid, pp. 121–123, 126.

38 Dirección General de Estadística, *Synthesis 1878–1879*, op. cit., pp. 2–4, da un recuento desde la perspectiva chilena. Véase Semper y Michels, op. cit., para más detalles.

39 Semper y Michels, op. cit., p. 231.

40 Ibid, p. 228.

pujaron por tierras no reclamadas, pero aquellos que sí lo hicieron obtuvieron ganancias desmesuradas, multiplicando a veces por mil su inversión original<sup>41</sup>.

El efecto de la política de convertir los bonos peruanos en títulos de propiedad no solo enriqueció a especuladores, sino que también transfirió el control de la industria salitrera a manos extranjeras, principalmente británicas. Esto convirtió a John Thomas North, un ingeniero ferroviario inglés, en el “rey de salitre”. North, que apoyó a Chile en el conflicto, esperaba que bajo el control chileno tuviera una oportunidad de transformarse en un magnate salitrero. Durante la guerra, ordenó a sus agentes que compraran todos los bonos peruanos disponibles con la esperanza de que el gobierno chileno permitiera luego su conversión en tierra. Cuando sus reclamos fueron aceptados por las autoridades chilenas, los incorporó en la bolsa financiera de Londres, con una capitalización desproporcionada respecto de la inversión original. Además, organizó varias empresas adicionales cuyo propósito fue especular en acciones salitreras y en los insumos y medios de transporte requeridos por las compañías<sup>42</sup>. Para 1889, North había organizado en Londres diez empresas solo para manejar sus posesiones en Tarapacá, con un valor total en acciones de £3.550.000, de las cuales solo £2.000.000 retornaron como capital para el desarrollo nacional<sup>43</sup>.

Antes de la guerra, el capital peruano representaba el 60% de la capacidad productiva del salitre, pero fue liquidado por completo después de la guerra. En cambio, los británicos, que al comenzar la guerra controlaban solo el 13,5% de la producción, para 1884 aumentaron su participación a un 34%<sup>44</sup>. En realidad, su influencia era aún mayor, ya que, además de la

41 Ibid, pp. 138–139.

42 Francesco Valdés Vergara, *Problemas económicos de Chile* (Valparaíso, 1913), p. 109.

43 Semper y Michels, op. cit., 140. Antes de la guerra, los bonos salitreros del gobierno peruano se vendían al 60% de su valor nominal. Luego de las derrotas de Perú en San Juan y Miraflores, el valor cayó a un 11%. Los bonos fueron comprados por los agentes de North y un tal Harvey, que luego se convirtió en un inspector del salitre chileno. Algunas transacciones típicas, tal como figuran en Semper y Michels: Los certificados o bonos para la pampa salitrera, Pampa Ramírez, cuyo valor nominal era £13.750, fueron comprados a £5.000. North los incorporó a la compañía Liverpool Nitrate Co., con un valor de £50.000. La Pampa Lagunas se compró por £110.000; el instalar la maquinaria y otro equipamiento le costó £140.000. Inscribió las empresas Lagunas Nitrate Co., Ltd., con un capital social de £900.000 y Lagunas Syndicate, Ltd., con £1.110.000. Además, emitió bonos por £122.000. Así, la inversión de £250.000 estaba asegurada en £2.122.000. Roberto Hernández afirma que una de las empresas de North, The Primitiva Nitrate Co., generó dividendos de 80% el primer año de operaciones.

44 Semper y Michels, Ibid, pp. 149–150. Véase también Hernández, *El roto*, op. cit.,

propiedad directa de las minas de salitre, administraban los ferrocarriles y las zonas estratégicas desde donde se extraía el agua. También tenían poder directo o indirecto sobre el comercio, la banca y el transporte marítimo. Solo al considerar estos factores se aprecia el verdadero alcance de la influencia británica en la industria salitrera en 1884. Luego, su control sobre la producción de salitre creció año tras año, hasta consolidar un monopolio absoluto a inicios de la Primera Guerra Mundial, cuando tuvieron que ceder parte de su dominio a los capitales estadounidenses.

Los chilenos más perspicaces se alarmaron por la alienación del salitre, obtenido con un gran costo humano, en manos extranjeras. Temían que en el futuro toda la economía dependiera de un único recurso natural, no renovable, y que, además del riesgo de agotarse, se sumara la amenaza de que la ciencia descubriera un sustituto sintético que disminuyera su importancia. Nadie vio esto con mayor claridad que Balmaceda, quien, como ministro del Interior de Santa María y luego como presidente de la República, intentó frenar esta tendencia. En 1884, el gobierno revisó su política de tierras. Cuatro años después, Balmaceda emitió una orden más drástica, pero los tribunales intercedieron y la anularon.

Cuando Balmaceda asumió la presidencia en 1886, Chile ya estaba cosechando los frutos de su victoria en la Guerra del Pacífico. Los ingresos gubernamentales, que antes del conflicto bordeaban los 15.000.000 pesos anuales, aumentaron a 45.000.000 en 1887. El valor de la producción salitrera se incrementó en 55.000.000 de pesos durante la década de 1880. Las exportaciones crecieron de 50.000.000 a 68.000.000 pesos. Los depósitos y el capital de los bancos se duplicaron y más, durante ese mismo período de diez años<sup>45</sup>.

Balmaceda vio en esta prosperidad una oportunidad inigualable para construir un futuro con una economía sólida. Quería destruir los últimos vestigios del feudalismo, aumentar la influencia de la clase media en el gobierno y mejorar los estándares de salud y cultura de las masas. Insistía en que el gobierno debía tomar la iniciativa para mejorar la capacidad productiva de la nación y protegerla de los intereses privados, especialmente extranjeros. Sus planes incluyeron la construcción de escuelas, hospitales, carreteras, puentes, ferrocarriles y puertos. Tenía la intención de restablecer una moneda fuerte y organizar un banco central, cuya función sería promover la inversión industrial chilena. Esperaba que algún día los chilenos recuperaran el control del salitre; se inclinaba por la nacionalización

---

pp. 114-115.

45 Jobet, *op. cit.*, p. 80.

de los ferrocarriles privados para beneficiar a la nación.

Balmaceda defendió este programa en sus alocuciones y misivas al Congreso. Reiteró estas ideas durante su gira al norte en marzo de 1889. En su discurso en La Serena, dijo a la audiencia que Chile debía mejorar su capacidad intelectual y económica, y construir obras públicas que “faciliten la producción, que estimulen el trabajo, que alienten a los débiles y que aumenten la savia por donde circula la vitalidad económica de la nación”<sup>46</sup>. En Iquique, el bastión del dominio extranjero, denunció los monopolios privados, especialmente extranjeros, y reveló que planeaba ejecutar una política de confiscación de tierras y ayuda financiera que asegurara el control de la economía nacional por parte de los chilenos<sup>47</sup>.

Las ideas de Balmaceda difícilmente iban a ganarse el favor de británicos y otros que controlaban la industria del salitre y los ferrocarriles. Cuando las fricciones de Balmaceda con el Congreso por el presupuesto derivaron en la Revolución de 1891, estos grupos de interés no dudaron a qué bando apoyar. Su apoyo, tanto económico como político, fue de un valor incalculable para los revolucionarios, y contribuyó a inclinar la balanza en favor de estos últimos. Ayudaron a reclutar soldados para sus tropas; pusieron a disposición de los rebeldes el dinero de los impuestos de las exportaciones; usaron sus influencias en el aparato diplomático de Gran Bretaña para ordenar a las naves inglesas en aguas chilenas que realizaran acciones en favor de los enemigos de Balmaceda<sup>48</sup>.

Los industriales tenían aliados poderosos entre el conservadurismo y la Iglesia Católica. Los conservadores habían perdido el control del gobierno desde su derrota en 1876 y ansiaban conquistarlo. La Iglesia culpaba a Balmaceda quien, como ministro del Interior del presidente Santa María, estuvo a la vanguardia del movimiento para secularizar el país a través de las denominadas leyes laicas. La acusación de “dictadura” que estos grupos levantaron contra el Gobierno de Balmaceda cegó incluso a aquellos por los que Balmaceda luchaba. Su derrocamiento devolvió el poder a los conservadores. Hizo que la economía chilena se volviera cada vez más dependiente y que las predicciones de Balmaceda y otros se transformaran en realidad.

---

46 Ibid, p. 81.

47 Ibid, p. 86.

48 Según Agustín Edwards, la deuda externa contraída durante el gobierno de Pérez superaba toda la deuda contraída por todos sus predecesores y ascendía a 4.583.620; la deuda interna contraída era de 18.867.810,82 pesos. Durante el gobierno de Errázuriz, la deuda externa ascendía a 2.412.500 y la doméstica a 7.697.765,25 pesos. La tasa de cambio cayó de 44 a 40 dólares en 1876. Op. cit., vol. II, pp. 146–147.

Luis Emilio Recabarren tenía catorce años cuando estalló la Revolución de 1891. A los seis años sus padres lo matricularon en el Colegio Santo Tomás de Aquino, pero antes de cumplir los once, se vio forzado a abandonar sus estudios y empezar a trabajar. La situación cambió cuando su padre abandonó a su madre y se fue a vivir “en pecado” con otra mujer. Para aumentar los magros ingresos familiares, Luis Emilio ingresó a un taller en calidad de aprendiz de un encuadernador de libros, pero su preferencia por la impresión lo llevó a convertirse en un tipógrafo excelente<sup>49</sup>. La atmósfera religiosa en casa y en la escuela, junto con la extendida propaganda en contra de Balmaceda, nos sugiere que, de tener interés en la situación política, seguramente se oponía a Balmaceda.

El futuro periodista y tipógrafo encontró en la situación política un lugar propicio para desarrollar sus talentos. Junto con un amigo, comenzó a publicar un periódico llamado *El Opositor*, utilizando una prensa manual que había pertenecido a su padre. El nombre evidencia las simpatías de los editores. *El Opositor* denunciaba al “Dictador” Balmaceda, y se divulgó entre las tropas oficialistas con la esperanza de que las hiciera desertar. Luis Emilio fue descubierto distribuyendo el periódico, arrestado y enjuiciado por el cargo de traición. Sin embargo, tras pasar un tiempo en la cárcel, fue liberado por su juventud y puesto en custodia de su familia<sup>50</sup>. Esta experiencia no intimidó a Luis Emilio: una vez que se comprometía con una causa, no la abandonaba. Su siguiente idea fue enlistarse en el ejército de Balmaceda con la esperanza de que lo enviaran al norte, donde aprovecharía de desertar y unirse a los rebeldes. A pesar de su juventud, se las ingenió para enrolarse y, en efecto, se le envió al norte, pero las tropas balmacedistas sufrieron una derrota decisiva antes de que pudiera ejecutar su plan. De todos modos, su experiencia militar fue lo suficientemente duradera como para que se destacara y fuese ascendido a cabo.

---

49    López Osvaldo, op. cit., p. 15.

50    Ibid.

## Capítulo II

# Los trabajadores comienzan a organizarse

Recabarren regresó del norte como cabo a la edad de 15 años, cuando los tipógrafos y otros obreros empezaban a orientarse hacia acciones militantes para mejorar sus condiciones de vida. Encontró empleo en su oficio. La militancia de los trabajadores no surgió de la nada; se estuvo incubando durante más de cuatro décadas, y todavía fueron necesarios otros diez o quince años para que el movimiento obrero tomara forma.

Como en otros países, también en Chile las primeras organizaciones fueron las sociedades de socorros mutuos. En 1853 Victorino Laínez, que alguna vez publicó *El Artesano*, fundó la Sociedad Tipográfica de Santiago, conocida luego como la Unión de los Tipógrafos. Su objetivo era asistir a sus miembros ante la enfermedad o la muerte. Dos años después, otra organización con el mismo nombre se estableció en Valparaíso y en 1858 nació la “Sociedad de Artesanos”, la más importante de todas las sociedades de socorro mutuo, también en Valparaíso.<sup>51</sup>

Al principio, estas sociedades avanzaron a tropezones. Los miembros se unían y luego abandonaban su membresía. La Sociedad Tipográfica de Valparaíso perdió a prácticamente todos sus miembros al poco tiempo de fundarse y debió reorganizarse por completo en 1866.<sup>52</sup> No existió un crecimiento destacable hasta después de la Revolución de 1891. En 1862, había solo cinco sociedades de socorros mutuos en el país; ocho años después, el número creció a 13, y luego a 39 en la década siguiente. Cuando comenzó la Revolución de 1891, el número de estas organizaciones no excedía las 76, aunque para 1900, la cantidad se había más que triplicado<sup>53</sup>.

---

51 Tulio Lagos Valenzuela, *Bosquejo histórico del movimiento obrero en Chile* (Santiago, 1941), p. 15.

52 *El Gutenberg* (Santiago), 8 de enero de 1887.

53 Moisés Poblete Troncoso, *La organización sindical en Chile y otros estudios sociales*

Al mismo tiempo, para entonces ya se manifestaba la tendencia de estas a agruparse en ligas de asistencia mutua.

Para la década de 1880, algunas de estas sociedades crearon cooperativas de ahorro y crédito para consumidores y productores. Las cooperativas de crédito solían hacer préstamos para sostener a sus miembros durante las huelgas. Luego de que Chile se anexara las regiones salitreras, y asolara una inflación creciente, que causaba estragos en el estándar de vida de los obreros, en algunos círculos se empezó a hablar de la huelga como un medio para mejorar las condiciones, en especial entre los tipógrafos. En 1884, los tipógrafos consideraron seriamente iniciar huelgas para abolir el trabajo nocturno y convertir el domingo en un día libre<sup>54</sup>, pero no ocurrió nada destacable hasta después de la Revolución de 1891.

En marzo de 1892, los obreros de las imprentas de Valparaíso tomaron la iniciativa de organizar la Liga General del Arte de la Imprenta en Chile. En abril se fundó una sociedad en Santiago y, para junio, ya había filiales en todas las ciudades importantes<sup>55</sup>. El ejemplo de los tipógrafos fue seguido rápidamente por los trabajadores portuarios, los sastres, los papeleros y los obreros de la construcción. La organización sindical muchas veces tomaba fuerza en el contexto previo o posterior a las huelgas por alzas salariales, mejores condiciones de trabajo o incluso por el reconocimiento de los sindicatos.

El año 1892 fue testigo de huelgas protagonizadas por los trabajadores del rubro de la impresión en Valparaíso, Santiago, Concepción e Iquique. Los obreros se manifestaron en contra de dos de los periódicos más importantes del país, *El Mercurio* de Valparaíso y *El Ferrocarril* de Santiago, así como contra la imprenta Gutenberg, cuando la compañía se rehusó a tratar con el sindicato. Esta huelga fue presuntamente derrotada mediante el pago de 25 pesos a la semana a los rompeshuelgas, una suma inédita para estos tiempos<sup>56</sup>. Sin embargo, la huelga de mayor importancia ocurrió en octubre, en los ferrocarriles de propiedad estatal, donde los empleados paralizaron sus actividades buscando un aumento salarial del 25%. Esta movilización, que duró diez días, contó con el respaldo de trabajadores de distintos puntos del país y se caracterizó por sus manifestaciones frente a

---

(Santiago, 1926), pp. 23–24.

54 *El Gutenberg* (Santiago), 24 de septiembre de 1886.

55 *El Pueblo* (Valparaíso), 2 de abril de 1894. Véase también *Boletín de la Liga General del Arte de la Imprenta en Chile* (Santiago), 22 de octubre 1892.

56 *Boletín de la Liga General del Arte de la Imprenta en Chile* (Santiago), 29 de octubre de 1892.

estaciones de trenes y en las principales calles de Santiago<sup>57</sup>.

La ola de huelgas continuó hasta 1893 y alarmó a los poderosos, algunos de los cuales habían visto inicialmente con buenos ojos la organización de sociedades de socorro mutuo e incluso las habían promovido. Sin embargo, cuando los obreros comenzaron a utilizar sus sociedades para luchar por alzas salariales y mejores condiciones de trabajo, aquellos individuos fueron los más vehementes a la hora de condenarlas. Ya en 1888, los periódicos que representaban a los círculos conservadores, religiosos y empresariales comenzaron a despotricar, usando expresiones como “anarquista” y “subversivo” para describir este nuevo ímpetu. El periódico *El Ferrocarril*, donde se encuentran los ataques más virulentos contra los sindicatos movilizados, motejó a los dirigentes de [agitadores profesionales sin empleo y buenos para nada que explotan la buena fe de obreros pacíficos]<sup>58</sup>. Por su parte, el periódico eclesial *El Porvenir* insistía en que dirigentes inescrupulosos llevaban por mal camino a [obrerros ingenuos y crédulos], que no tenían razones para estar insatisfechos<sup>59</sup>.

Tras la huelga ferroviaria, estos sectores conservadores exigieron una legislación que impusiera penas de cárcel para los organizadores de sindicatos y huelgas. El presidente Jorge Montt respaldó esta propuesta, sugiriendo al Congreso que aprobara una ley que prohibiera las huelgas y las organizaciones que las promovieran. El mismo presidente propuso que cualquiera que iniciara o tuviera la intención de provocar una huelga, o cuyos escritos pudieran incitar su ejecución, fuera apresado por 541 días o pagara una fianza de entre 100 y 1.000 pesos. Para aquellos que se involucraran directamente en la disputa, la pena sería el doble de severa<sup>60</sup>.

Los sindicatos respondieron a estos embates lo mejor que pudieron. Los tipógrafos tomaron la iniciativa e intentaron movilizar a todos los obreros contra la propuesta de ley. Propusieron la creación de un periódico para contrarrestar la propaganda anti obrera de *El Ferrocarril* y otras publicaciones. Además, advirtieron a la clase dirigente que sería más prudente [no despertar al dragón dormido de la clase obrera]<sup>61</sup>. La ley no se aprobó, pero el gobierno logró el mismo objetivo aplicando el Código Penal de 1874. Años más tarde, dicho código se aplicó para condenar a

---

57 *La Democracia* (Santiago), 19 de octubre de 1892.

58 *Boletín de la Liga General del Arte de la Imprenta en Chile* (Santiago), 29 de octubre de 1892.

59 *Ibid.*

60 *Ibid.*, 5 de noviembre de 1892.

61 *Ibid.*, 23 de noviembre de 1892.

Recabarren y a otros dirigentes a largas temporadas de presidio.

La campaña antisindical frustró la consolidación de lo que podría haberse convertido en un genuino movimiento obrero. La oposición al uso de la huelga como herramienta fue tan extendida y efectiva que incluso periódicos favorables a los trabajadores comenzaron a hablar de moderación y a condenar el uso de la huelga para conseguir demandas. Las persecuciones y amenazas a dirigentes obreros fueron tan eficaces que dieron un golpe de gracia a la ola de organización sindical. Aun así, este estado de cosas no se prolongó por demasiado tiempo. En 1897 empezó un nuevo ciclo de actividad. Para entonces, incluso algunos conservadores estaban convencidos de que la incipiente movilización obrera no era una “planta exótica, traída por las doctrinas de Karl Marx y por el ejemplo de los socialistas”, sino un movimiento que surgía de una consciencia y resistencia mayor de parte de los trabajadores a las condiciones creadas por el desarrollo industrial y las restricciones que los que tienen buen pasar habían impuesto a los derechos políticos y económicos de los obreros<sup>62</sup>.

Sin duda, los inmigrantes españoles e italianos, así como las publicaciones anarquistas y socialistas, contribuyeron a esta nueva consciencia obrera. El número de inmigrantes que trabajaban en industrias aumentó notoriamente después de 1885, alcanzando la cifra de 11.000 en 1890. La mayoría de aquellos que migraron entre 1890 y 1894 eran obreros industriales, provenientes de Italia, España y Francia, donde el anarquismo y el sindicalismo predominaban<sup>63</sup>. La propaganda anarquista había hecho su aparición en los círculos obreros chilenos apenas antes del cambio de siglo. Por la misma época, publicaciones como *La Vanguardia*, el boletín oficial del Partido Socialista de Argentina, y otras literaturas socialistas llegaron a Chile, inspirando a aquellos que promovían la organización de los trabajadores. Entre 1898 y 1903 aparecieron varios periódicos ácratas chilenos, como *La Tromba*, *El Rebelde*, *Luz*, *Regeneración*, *Agitación*, *El Faro* y *El Martillo*<sup>64</sup>. En 1899, se fundó El Ateneo Obrero, un foro pedagógico de trabajadores. Aquí, el hojalatero Víctor Soto Román impartió una cátedra sobre la “Cuestión social”, que luego se publicó como un panfleto, que promovía una mezcla de doctrinas anarquistas y socialistas.

En un principio, el anarquismo fue la corriente ideológica de influen-

---

62 Juan Enrique Concha, *Cuestiones obreras* (Santiago, 1899), pp. 5–7.

63 Nicolás Vega, *La inmigración europea en Chile de 1882 a 1895* (París, 1896), p. 54.

64 Julio E. Valente, *Génesis del socialismo en Chile* (copia a máquina en posesión de Valente), 13 pp. La mayoría de estos periódicos también están descritos en Aristódemo Escobar Zenteno, *Compendio de la legislación social y desarrollo del movimiento obrero en Chile* (Santiago, 1940) pp. 194–196.

cia más directa en la conducción de las huelgas. Al iniciarse el nuevo siglo, ya se había formado un grupo considerable de dirigentes de militancia anarcosindicalista, y estos jugaron un papel importante en los sindicatos y las huelgas de la primera década del siglo veinte. Estos dirigentes le dieron una orientación revolucionaria —y no solo sindicalista— al movimiento obrero. Bajo el liderazgo de Luis Olea, Magno Espinoza, Julio Montenegro, Marcos Yáñez, Temístocles Osses, Augusto Pinto y otros, algunos sindicatos mutaron en “sociedades de resistencia” y la violencia se volvió común en las huelgas<sup>65</sup>.

La influencia anarquista jugó un papel importante en el renacer del movimiento de tipógrafos. En 1902, se organizaron federaciones de trabajadores de imprenta en Santiago, Valparaíso y otras ciudades del país. En abril de 1902, tuvo lugar la huelga de los tranvías de Santiago, donde la policía impidió a los huelguistas reunirse en el Teatro Alameda, desencadenando actos de violencia<sup>66</sup>. En el norte, los trabajadores portuarios interrumpieron la producción salitrera una y otra vez, paralizando el puerto de Iquique por varias semanas<sup>67</sup>. También bajo el liderazgo de los portuarios, se organizaron los mineros del carbón de Coronel y Lota en el sur de Chile, quienes prontamente paralizaron sus actividades en busca de salarios más altos y mejores condiciones laborales.

El 15 de abril de 1903, se inició la huelga más sangrienta hasta la fecha en la que combatieron los obreros chilenos. Comenzó en la Compañía Sudamericana de Vapores en Valparaíso, cuando los estibadores exigieron salarios más altos, turnos de menos horas y otras mejoras. La huelga se extendió paulatinamente hasta que todos los trabajadores marítimos, incluidos los marineros, participaron. Los problemas eran casi los mismos en todos los casos: los estibadores exigían la reducción de la jornada laboral de 12 horas, control sobre la contratación, y supervisores de su elección para evitar el favoritismo en la asignación de cargos. La jornada laboral de los estibadores solía ser de 5:30 a.m. a 6:00 p.m., con treinta minutos destinados al almuerzo. Durante este tiempo, la mayoría no ganaba más de 3,25 pesos. Para obtener 4 o 5 pesos, tenían que laborar hasta la medianoche. El ingreso mensual promedio rondaba los 35 pesos.

Los trabajadores de los barcos exigían aumentos salariales de entre 25 y 50 centavos, el registro de todos los trabajadores de la industria y la contratación a través de listas. Además, fueron enfáticos en demandar una

---

65 Aristódemo Escobar Zenteno, *op. cit.*, pp. 188–189.

66 *La Ajiación* (Santiago), 19 de abril de 1902.

67 *Ibid*, 1 de marzo de 1902.

oficina de control que supervisara el cumplimiento de los contratos y que fuera financiada por los empleadores. Por otro lado, los trabajadores marinos perseguían incrementos salariales y protestaban contra el trato tiránico al que se veían sometidos a bordo de las naves. En especial, denunciaron la costumbre de imponer multas según el capricho de los oficiales, incluso en días libres. Exigieron contratos que incluyeran el viaje de retorno, jornadas de siete horas, el pago de hospitalizaciones y que todos los obreros en funciones pertenecieran al sindicato<sup>68</sup>.

La huelga comenzó de manera pacífica, con los trabajadores demostrando su solidaridad. Algunas de las navieras más pequeñas no pudieron resistir y aceptaron las demandas de los trabajadores. Las empresas más grandes, especialmente la Compañía Sudamericana de Vapores, se mantuvieron inflexibles. Cuando la autoridad portuaria sugirió al director de la Compañía Sudamericana que se reuniera para considerar la mediación de las autoridades en el conflicto, este último descartó supuestamente la idea bajo el frívolo pretexto de que tenía asuntos más importantes de los que ocuparse. Además, insistió en que la compañía poseía suficiente personal y que sus naves estaban siendo estibadas y zarpaban a tiempo<sup>69</sup>.

A medida que los días pasaban sin que se llegara a una solución, los trabajadores se desesperaron y decidieron impedir el ingreso de rompehuelgas. Esta decisión redundó en incidentes violentos, incluyendo el incendio del edificio de la Compañía Sudamericana de Vapores, el saqueo al diario *El Mercurio* y otros actos vandálicos. El 4 de mayo, tres semanas después del inicio de la huelga, los trabajadores se reunieron para deliberar sobre sus siguientes pasos. Algunos querían volver a trabajar, pero según algunas crónicas, Magno Espinoza, el líder anarcosindicalista, se opuso y alentó a sus compañeros a mantenerse firmes. Algunas fuentes menos favorables a los trabajadores, insisten en que hubo dos anarquistas extranjeros que recomendaron formar piquetes en los muelles y ejecutar prácticas de sabotaje, incluido el incendio de edificios<sup>70</sup>.

Mientras tanto, las autoridades gubernamentales intentaban mediar entre ambas partes. Los trabajadores estaban dispuestos, pero la Compañía Sudamericana de Vapores rechazó de plano negociar. El resentimiento entre los obreros, debido a la actitud de la compañía, llegó al punto de preocupar a Ángel Guarello, diputado nacional por el Partido Demócrata.

---

68 Hector Holley, *Las huelgas* (Santiago, 1905), pp. 15–21. Véase también testimonios periodísticos en *El Mercurio* (Valparaíso) en abril y *La Agitación* (Santiago). *La Agitación* da a conocer la perspectiva anarquista.

69 *El Mercurio* (Valparaíso), 28 de abril de 1903.

70 *Ibid*, 5 de mayo de 1903.

En un telegrama a Malaquías Concha, secretario del partido y también diputado, advirtió sobre el riesgo de que de pronto estallara la violencia. Hasta ese momento, el diputado Guarello y el almirante Fernández —gobernador del puerto— habían logrado mantener el orden entre los obreros, pero no podrían hacerlo por mucho más tiempo si la compañía persistía en su intransigencia y las autoridades de Valparaíso mantenían su favoritismo hacia la compañía<sup>71</sup>.

Las predicciones del diputado Guarello pronto se cumplieron. El 10 de mayo, los trabajadores comenzaron a movilizarse. Fueron más de mil los que marcharon con banderas y pancartas denunciando a la Compañía Sudamericana de Vapores y la parcialidad de las autoridades. La manifestación, en un principio pacífica, estaba pronta a dispersarse cuando un grupo liderado por Magno Espinoza arrojó piedras a las ventanas del edificio de *El Mercurio*, al que acusaban de tergiversar la postura de los huelguistas. Dos días después, los trabajadores formaron un piquete alrededor de los muelles para prevenir la descarga de los buques. Comenzaron los desórdenes cuando los obreros detuvieron un tranvía a la fuerza<sup>72</sup>. Las autoridades, temiendo que la policía y los soldados a su disposición no pudieran lidiar con la situación, solicitaron refuerzos.

La policía ordenó a los manifestantes dispersarse, pero se negaron. Algunos arrancaron adoquines del pavimento para usarlos como proyectiles; los agentes dispararon y los manifestantes huyeron. Enseguida, una nueva columna avanzó desde otra dirección mientras se efectuaban disparos; resultaron heridos una transeúnte y un huelguista. Enfurecidos, los obreros empezaron a lanzar piedras, hiriendo a un policía. La policía respondió con nuevos disparos, causando la muerte de un trabajador e hiriendo a otro. Los manifestantes recuperaron el cadáver del obrero y lo cargaron hasta la oficina del Intendente, a quien culparon por lo sucedido.

Los eventos de esa mañana fueron la gota que colmó el vaso, desatando la emoción y rabia acumulada de los obreros. Hacia el mediodía, una amenazante muchedumbre se reunió en el muelle, frente al edificio de la Compañía Sudamericana de Vapores, cuya intransigencia había impedido cualquier acuerdo. Una vez más, los trabajadores intentaron conseguir una audiencia para sus demandas y enviaron un comité a reunirse con el gerente de la empresa, pero este último se negó. Cuando la ansiosa multitud recibió la noticia, la indignación alcanzó su clímax; los obreros comenzaron a apedrear las ventanas; algunos forzaron las puertas y prendieron fuego al

---

71 Ibid, 9 de mayo de 1903.

72 Ibid, 14 de mayo de 1903.

edificio. La furia de la multitud era tan intensa que impidió incluso que los bomberos apagaran el incendio.

La situación para entonces estaba completamente fuera de control, a pesar de que nuevas tropas, que incluían a cientos de marinos, fueron enviadas de manera urgente como refuerzos. La multitud se trasladó del muelle a las oficinas de *El Mercurio* con la intención de prenderle fuego, pero se vieron frenados por la presencia numerosos soldados. Sin embargo, los disturbios y saqueos continuaron durante toda la noche, sin que las autoridades pudieran evitarlo. A la mañana siguiente, la ciudad era un desastre<sup>73</sup>. Las autoridades impusieron la ley marcial y ordenaron a los obreros volver al trabajo, prometiendo mediación.

Así concluyó la primera gran huelga por demandas económicas, y la nación entera tomó nota de lo sucedido. Obreros a lo largo y ancho del país enviaron protestas contra las autoridades. Los diputados del Partido Demócrata llevaron el debate al Congreso e, incluso, ciertos conservadores insistieron en la necesidad de realizar un estudio acucioso de las condiciones laborales en la agricultura y la industria, [antes de que la nación se vea inmersa en una contienda sangrienta]<sup>74</sup>, según reportó *El Mercurio* de Valparaíso, cuya planta no se libró por completo de la venganza de la multitud enardecida.

¿Y qué pasaba con Recabarren? ¿Cuál fue su papel en los eventos de los últimos diez años? Luis Emilio no fue indiferente al fervor a su alrededor ni se contentó con ser un espectador del drama que se desplegó ante a sus ojos. Tras su regreso a Santiago, Luis Emilio se sumergió en las cuestiones sociales. Leyó literatura, participó en foros y asistió a mítines sobre problemas sociales. En 1894, con tan solo 18 años, se unió al Partido Demócrata, que en ese entonces era la única organización política que abogaba por los derechos de los trabajadores.

Aunque aún era un adolescente, contrajo matrimonio con su prima Guadalupe del Canto, diez años mayor que él. Se enamoró de ella durante una visita a su casa en Los Andes y se casó a los diecinueve años. A los veinte, ya era padre de un varón, nacido en 1896<sup>75</sup>. Pero ni su matrimonio ni el nacimiento de su hijo menguaron su interés en el movimiento obrero. Al año siguiente de que naciera su hijo se volvió aún más activo en política, posiblemente para desgracia de su esposa, una mujer de clase media que quizá hubiese sido más feliz si Luis Emilio se dedicara a ganar

---

73 Ibid.

74 Ibid, 19 de mayo de 1903.

75 Fernando Alegría, *Recabarren*, op. cit.

dinero. Años después, el matrimonio se iría a pique, ya que a Recabarren le interesaba poco el éxito económico y mucho el progreso de la clase a la que pertenecía.

En 1897, Recabarren ocupaba el cargo de secretario de una división del Partido Demócrata y estuvo a cargo de la campaña de Artemio Gutiérrez para diputado del Congreso Nacional. Dos años después, fue editor y tipógrafo de un semanario de orientación más o menos “izquierdista”: *La Democracia*. En 1901, ejerció brevemente como secretario general del Partido Demócrata. Cuando *La Democracia*, medio con el cual ni él ni su familia pudieron sustentarse, cesó su publicación en 1902, Recabarren se mudó a su ciudad natal, Valparaíso, por razones más políticas que económicas<sup>76</sup>. En ese momento, el Partido Demócrata de Valparaíso estaba dividido y había fracasado en lograr la reelección de Ángel Guarello para la Cámara de Diputados.

Recabarren aspiraba a que su presencia y esfuerzo ayudaran a reconstruir y fortalecer la organización del partido en Valparaíso. Al llegar, consiguió empleo como tipógrafo y pronto se embarcó en la tarea de revitalizar el partido. En un discurso que escribió, pero nunca dio a conocer, regañaba a los obreros por su apatía y apoyo a políticos que no pertenecían a la clase obrera<sup>77</sup>. Su labor fue coronada en la elección de marzo de 1903, cuando Guarello ganó la diputación y el partido consiguió la mayoría de concejales en la municipalidad. Recabarren fue tan apasionado en sus intentos por hacer que sus candidatos salieran electos que acabó en prisión. Se le acusó de falsificar los resultados electorales y fue sentenciado a tres meses en la penitenciaría<sup>78</sup>.

Cuando Recabarren recobró su libertad, la huelga más sangrienta en la historia obrera de Chile ya había concluido. ¿Cómo hubiese actuado Recabarren de estar libre? No parece existir ninguna declaración escrita de Recabarren durante huelga, pero, a juzgar por su postura reiterada en *La Democracia*, y sus acciones en los años posteriores, la respuesta es que habría simpatizado con los obreros y respaldado su posición. Sus ideas po-

---

76 En el número del 21 de mayo de 1899 figura un anuncio de Recabarren en busca de trabajo de tipógrafo. Dio la dirección de Teatinos 80. En Valparaíso, se supone que habría trabajado para varios empleados, incluidos Los Padres Salesianos. Véase Osvaldo López, op. cit., pp. 11–13.

77 Discurso manuscrito fechado al 9 de noviembre de 1902 (en posesión de la autora). Recabarren hace un comentario retrospectivo al margen, de cierto interés, sobre sus capacidades como orador: “Año 1902 – con 26 años cumplidos no me encontraba capaz de hacer discursos improvisados”.

78 Fotografía de Recabarren en prisión en posesión de Teresa Flores.

líticas, aunque no demasiado precisas, se inclinaban en líneas generales hacia el anarcosindicalismo. Recabarren coincidía con los anarquistas en que los obreros debían ser militantes activos y utilizar el recurso de la huelga para fines económicos, pero difería en que solo la acción directa conduciría una sociedad sin clases, de hombres libres. Creía que existían múltiples caminos para que los obreros alcanzaran la emancipación. Abogaba por la acción directa en el campo económico y la acción política a través del Partido Demócrata como vías más expeditas a la “tierra prometida” para los trabajadores. Se convenció aún más de esta postura al ver la radicalización de las sociedades de socorro mutuo en varias partes del país.

El nombre de Recabarren ya no pasaba desapercibido en 1903. Su labor meticulosa de tipógrafo, su actividad en el Partido Demócrata y su papel como editor de *La Democracia*, le ganaron el respeto de los dirigentes obreros. Por lo tanto, no sorprende que cuando las sociedades de socorro mutuo se reunieron en la convención de Valparaíso en septiembre de 1903, lo eligieran para presidir las discusiones. El Congreso de Sociedades de Socorro Mutuo era una organización laxa, con sede principal en Santiago. Su primera conferencia tuvo lugar en 1902, aunque se venía planeando desde 1900<sup>79</sup>. Los anarquistas la denunciaron por su conservadurismo y su rechazo a permitir que sus sociedades de resistencia tuvieran representantes en ella<sup>80</sup>.

A nivel personal, la convención de Valparaíso fue un punto de inflexión en la vida de Recabarren. Gregorio Trincado llegó desde Tocopilla, donde reinaba el salitre, a representar al sindicato de esa ciudad, la Mancomunal Obrera. Además de encomendarle que la representara en la convención, la Mancomunal le asignó a Trincado la tarea de comprar una imprenta y conseguirse un buen tipógrafo y editor para su nuevo órgano. Recabarren parecía ser justo lo que Trincado estaba buscando. Recabarren ya había representado a Tocopilla en la convención nacional del Partido Demócrata y era conocido como un activista férreo por los derechos de los trabajadores y un hábil tipógrafo. Por lo tanto, Trincado decidió pedirle a Recabarren que se encargara de lanzar este proyecto, y este, quien siempre deseó un trabajo como el que le ofrecían, aceptó con gusto. Una vez concluida la convención, los dos se embarcaron hacia Tocopilla, el 22 de septiembre, y llegaron allí cinco días después<sup>81</sup>. Es a partir de este

---

79 *La Ajiación* (Santiago), 1 de marzo de 1902.

80 Ibid.

81 En su panfleto, *Los albores de la revolución socialista en Chile* (Santiago, 1921), Recabarren cuenta cómo terminó por ir a Tocopilla. Muchos detalles de su viaje a Tocopilla están contenidos en su diario inédito (en posesión de Teresa Flores), que se compone

momento que Recabarren comenzó su obra vital.

¿Cómo era Tocopilla? Al igual que otros puertos del norte, como Iquique, Pisagua y Antofagasta, Tocopilla nació durante la fiebre del salitre. Sus estibadores, panaderos, locatarios, tipógrafos y profesionales dependían de las desoladas pampas de tierra adentro y su caliche, el material bruto del salitre y sus derivados. Aunque Tarapacá lideraba por bastante, Tocopilla mantenía el segundo lugar en cuanto a la cantidad de salitre producido, y el puerto seguía el ritmo de la industria en general. En 1887, solo empleaba a 4.534 trabajadores, pero en 1902 la cifra ascendió a 24.538<sup>82</sup>.

Las condiciones de trabajo eran igualmente precarias en todo el desierto. Los turnos se extendían desde el amanecer hasta la puesta del sol, con un breve descanso de dos horas entre las 11:00 a.m. y la 1:00 p.m., durante la parte más calurosa del día, y otro descanso alrededor de las 4:00 de la tarde. Los salarios diarios variaban en promedio entre los 2,50 y 3,50 pesos; los más ganaban entre 1,50 y 2,50 y aquellos con tarifa fija podían alcanzar los 4 o 5 pesos. Entre los trabajadores mejor remunerados se encontraban los encargados de los cachuchos u hornos abiertos<sup>83</sup>. Este último trabajo era peligroso; se carecía de medidas de seguridad adecuadas y los accidentes eran frecuentes. Los obreros a veces resbalaban y morían calcinados.

Los salarios se abonaban mensualmente en fichas que solo tenían validez en la pulpería de la compañía. Los obreros se veían forzados a realizar compras a crédito en la pulpería, donde los precios solían ser más elevados que los de los comerciantes y vendedores independientes. Así, a la explotación de los obreros en el trabajo se sumaba su explotación como consumidor. Las ventas en las pulperías de las compañías más grandes, especialmente aquellas que empleaban a más de 2.000 obreros, eran enormes, con ganancias que solían promediar entre 20% y 30%, llegando en algunos casos a 150%. Sempers y Michel, en su excelente estudio sobre la industria del salitre, documentan que una compañía salitrera que producía 600.000 quintales y empleaba a 300 obreros, obtenía ganancias mensuales de 3.750 pesos por la venta de bienes a sus obreros por cada quintal de salitre. Esto reducía el costo de producción hasta en un 10%<sup>84</sup>. De esta forma, los salarios más altos que pagaban las compañías se recuperaban a

---

principalmente de recortes de periódicos sobre su actividad en Tocopilla y de unos pocos comentarios de su autoría. El mantenimiento de un diario sugiere que Recabarren tenía la intención de escribir su autobiografía, o bien recopilaba estos recortes para facilitarle el trabajo a un futuro biógrafo.

82 Sempers y Michel, *La industria del salitre en Chile*, op. cit., p. 99.

83 Ibid, pp. 55–57.

84 Ibid, p. 92.

través del alza de los precios en la venta de productos.

Para mantener sus monopolios, la mayoría de las compañías prohibía comerciantes o vendedores externos en sus propiedades. Incluso cuando la compañía permitía la presencia de comerciantes, el trabajador no podía beneficiarse de los precios más bajos, ya que se le pagaba con fichas y carecía de otros medios para adquirir productos. Aquellos que exigían se pagase con la divisa nacional pronto se encontraban sin empleo y vivienda. Cuando un obrero era despedido, inevitablemente debía abandonar el alojamiento proporcionado por la compañía. No había un metro cuadrado de terreno que no fuera propiedad de la empresa y del cual el obrero no pudiera ser desalojado si así lo deseaba la gerencia. En esto, casi siempre contaron con el respaldo de las autoridades militares, cuyas tropas estaban acuarteladas en casas de la compañía y recibían su pago directamente de la empresa.

El dinero de los salarios, en general, era más elevado en las regiones salitreras que en el resto de Chile, pero la diferencia no era tan significativa como para compensar la desolación del desierto, el sufrimiento derivado de los cambios abruptos de temperatura, y la precariedad de las casas proporcionadas por las compañías. En los campamentos más antiguos, las chozas miserables donde residían los obreros estaban construidas con sacos viejos, pedazos de cañerías de hierro y adobe. En los campamentos más recientes, se empleaba zinc galvanizado y se disponían en calles más anchas, con dos habitaciones para las familias y una para los hombres solteros, cada una albergando entre seis u ocho personas. Estas viviendas eran auténticos hornos durante el día y refrigeradores por la noche. Eran oscuras y sin pintar, con suelo de tierra<sup>85</sup>.

Las condiciones sanitarias solían ser deplorables, llegando incluso a propagarse la peste bubónica, lo que atrajo la atención del Congreso Nacional<sup>86</sup>. El agua escaseaba y los obreros generalmente pagaban medio centavo por litro. Solo en Taltal se proporcionaba el agua de forma gratuita, pero allí los salarios eran inferiores a los de otras localidades del norte. En los tres centros urbanos más grandes, Pisagua, Iquique y Tocopilla, el precio era de medio centavo. En Antofagasta, donde se pagaban los salarios más altos, el agua oscilaba entre uno y tres centavos. En cuanto al gasto mensual en comida, este variaba entre 40 y 60 pesos<sup>87</sup>.

Cuando Recabarren accedió a trasladarse a Tocopilla, muchos obreros ya eran conscientes de su situación y buscaban mejorar sus condi-

---

85 Ibid, p. 103.

86 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 1 de agosto de 1903, pp. 795–796.

87 Semper y Michel, op. cit., p. 104.

ciones de vida organizándose. La primera mancomunal se estableció en 1899 en Iquique como una especie de club político que eventualmente evolucionó hacia una sociedad de socorro mutuo, con tintes militantes. La Mancomunal Obrera de Tocopilla surgió en mayo de 1902 bajo el liderazgo de Trincado, un marinero familiarizado con el sindicalismo de Estados Unidos y Gran Bretaña. Sus objetivos no solo se limitaban a [acumular fondos para bibliotecas y escuelas nocturnas de obreros y socorrer a sus miembros durante la vejez e invalidez], sino también buscaban [ayudar a solucionar las dificultades que los obreros puedan tener con sus empleadores, reforzar sus derechos mediante la unión y la solidaridad, y ayudar a los desempleados a encontrar trabajo]<sup>88</sup>.

El 4 de octubre Recabarren fue elegido por unanimidad para editar el nuevo boletín, *El Trabajo*. El primer número apareció dos semanas después y en la editorial se explicaba a sus lectores que el objetivo principal de la publicación era contribuir a la creación de un mundo justo mediante “la fuerza de la razón, pero si los oídos de las autoridades se quedan sordos, haremos sentir entonces el efecto que produce la razón de la fuerza, sin vacilaciones y al precio que las circunstancias lo requieran”<sup>89</sup>.

Al momento de su arribo a Tocopilla, es poco probable que Recabarren tuviera un programa acabado sobre cómo proceder. Sin embargo, estaba convencido de la necesidad de que los obreros se organizaran en el campo económico y político. Creía que la violencia retórica podía ser una táctica más efectiva en ese momento que recurrir a actos de violencia física<sup>90</sup>. Poseía un sentido intuitivo de la importancia de la publicidad, y se aseguró que *El Trabajo* fuera enviado por correo no solo a otras publicaciones sindicales y obreras, sino también a la prensa capitalista, miembros del Congreso y autoridades gubernamentales.

*El Trabajo* fue recibido con calidez por *El Marítimo* de Antofagasta y el resto de la prensa obrera. Casi tan pronto como apareció, se convirtió

---

88 *El Trabajo* (Iquique), 16 de enero de 1903.

89 Reimpreso en *El Marítimo* (Antofagasta), 24 de octubre de 1903.

90 Recabarren describió, en su diario inédito, estas tácticas de la siguiente manera: “Soy de los que estimo que para despertar al trabajador del letargo tradicional, es necesario de una gran agitación que haga estremecer a los pueblos, aún cuando algunos nos veamos espuesto[s] a ser las víctimas escojidas de las ferocidades burguesas. Con este espíritu [sic] encarné en *El Trabajo* todo el fuego posible y puse en el lenguaje una viveza natural que ya parecía ver desarrollarse un movimiento revolucionario capaz de trastornar todo el país”. Juan B. Bustos, quien, al igual que Recabarren, era tipógrafo-editor y primer concejal Demócrata en Valparaíso, describió a Recabarren como alguien que no deseaba alcanzar la victoria por métodos “tibios y sumisos”. Véase *La Vanguardia* de Valparaíso del 26 de septiembre de 1904.

en el portavoz de los eventos revolucionarios que ocurrían en el país. Utilizó sus páginas para promover campañas por mejoras en las condiciones sociales y económicas, encabezó la denuncia del militarismo y se enfrentó a leyes que consideraba dañinas para los intereses obreros. Cada injusticia era leña para su fuego.

La llegada de Recabarren a Tocopilla coincidió con una ola de agitación que se extendió de un extremo a otro del país. El mismo día en el que la Mancomunal de Tocopilla escogió a Recabarren como editor, se organizó un nuevo sindicato en el puerto cercano de Chañaral. El 10 de noviembre, este sindicato convocó a una huelga general para forzar el despido de un capataz de estiba acusado de antagonizar al sindicato<sup>91</sup>. Cuatro días después, el gobierno deportó a 30 trabajadores de una planta salitrera cerca de Taltal que habían solicitado un aumento salarial. Cuando el comité se acercó a la gerencia a presentar sus demandas, se les contestó que volvieran al día siguiente. Cuando lo hicieron, se encontraron con un destacamento de soldados. Esto desencadenó una manifestación de los obreros, y el gobierno respondió deportando a 30 de ellos a Valparaíso<sup>92</sup>. En el sur, los mineros del carbón hicieron huelga en Lota y en otros centros carboníferos en enero de 1904. En la zona austral, los pastores y empacadores de carne organizaron un movimiento exitoso, con sede en Punta Arenas.

Este aumento de la agitación fue seguido de arrestos de huelguistas, desalojos y deportaciones. Funcionarios de las compañías y del gobierno aunaron fuerzas para combatir los sindicatos y su prensa. El blanco principal fue la Mancomunal de Tocopilla y su boletín *El Trabajo*. Este llevaba solo tres meses de existencia cuando su editor y varios dirigentes de la mancomunal fueron apresados por alrededor de 20 días, acusados de instigar a los trabajadores a rebelarse y oponerse al servicio militar, insultar a las autoridades y amenazar las vidas y propiedades de los industriales<sup>93</sup>. En paralelo, las compañías empezaron a despedir a los miembros más activos de la mancomunal, quienes, al figurar en listas negras, no podían encontrar trabajo en ningún otro lugar de la zona. Al mismo tiempo, en la prensa de Santiago aparecieron reportajes, considerados exagerados por lo obreros, cuyo objetivo principal era desacreditar a la mancomunal.

El 14 de febrero, Recabarren respondió a esta propaganda mediante la publicación de “Una palabra a mis amigos del sur”, una extensa carta en la que describió la vida en la pampa, las minas y el puerto, además de na-

---

91 *El Trabajo* (Tocopilla), 15 de noviembre de 1903.

92 *La Voz del Obrero* (Taltal), 14 de noviembre de 1903.

93 *El Proletario* (Tocopilla), 14 de enero de 1905.

rrar la historia y los objetivos de la mancomunal. Desmintió la calumnia de que los dirigentes vivieran a costa de los obreros. Señaló que el presidente y el tesorero de la mancomunal eran estibadores; el secretario, un chapero; el asistente del secretario, un sastre, y que todos trabajan en sus respectivos oficios. Los únicos que recibían dinero eran tres: aquellos que editaban el periódico. Él, como editor y tipógrafo, ganaba 180 pesos por mes; su asistente percibía 80 pesos; y un aprendiz 45 pesos al mes. La mancomunal tenía 3.000 miembros de una masa trabajadora total de 6.000, y, de estos, 1.000 eran miembros activos<sup>94</sup>.

Recabarren admitió que los salarios de los trabajadores salitreros eran generalmente más altos que en el resto del país, con el 95% recibiendo alrededor de 120 pesos al mes. En el puerto de Tocopilla, los zapateros, sastres, carpinteros y mecánicos ganaban en promedio 3 pesos al día; los tipógrafos obtenían entre 30 y 60 pesos por mes. Estos últimos se situaban casi a la par con los salarios en el sur. Sin embargo, en las pampas salitreras el costo de vida era casi el doble que en Santiago o Valparaíso. En la ciudad de Tocopilla, era cerca de 40% más alto. En su opinión, los mineros del salitre eran virtualmente esclavos. Tenían que comprar todo en la pulpería y no podían alejarse de los terrenos de la compañía sin antes conseguir un permiso. Las oficinas salitreras se ubicaban lejos de las ciudades y para llegar a ellas se requería tomar el tren. Si el funcionario de la compañía se negaba a venderles un boleto, podía impedir que los trabajadores salieran del territorio de la empresa<sup>95</sup>.

Recabarren insistió que la mancomunal se organizó en mayo de 1902 para proteger a los trabajadores de estas circunstancias. Sus propósitos eran básicamente los de una sociedad de socorro mutuo, interesada en organizar cooperativas más que huelgas. Les pagaba a sus miembros un ingreso de dos pesos durante las enfermedades o accidentes que les sucedieran dentro o fuera del trabajo; facilitaba atención médica y medicamentos; costeara los gastos fúnebres; y mantenía un hospital de tres camas y un consultorio; y, con la ayuda de una enfermera, se trasladaba a los miembros enfermos o heridos a donde quisieran ir. Cuando uno de sus miembros perdía su vivienda debido a un incendio, se lo asistía solicitando una asignación especial de 50 centavos al resto de los miembros. La mancomunal sufragaba los gastos legales necesarios para el cobro de salarios que la compañía se negaba a pagar; dirigía una escuela para adultos y niños; y era dueña de una imprenta valorada en 3.000 pesos, en la cual

---

94 *El Trabajo* (Tocopilla), 21 de febrero de 1904.

95 *Ibid.*

publicaba su periódico y formaba tipógrafos<sup>96</sup>. Muchos de estos hechos fueron confirmados después por una investigación realizada por la Municipalidad de Tocopilla.

Al mismo tiempo, algo de verdad había en las acusaciones contra *El Trabajo* realizadas por quienes se oponían a la Mancomunal y a la organización militante de la clase obrera. En una ocasión, Recabarren expresó en su diario personal: “Soy de los que estimo que para despertar al trabajador del letargo tradicional, es necesario de una gran agitación que haga estremecer a los pueblos, aun cuando algunos nos veamos expuestos a ser las víctimas escogidas de las ferocidades burguesas”. Ahondó en este planteamiento explicando que utilizaba el lenguaje más agresivo posible para dar la impresión de que se estaba gestando una situación revolucionaria<sup>97</sup>. Muchos periódicos de Santiago, Valparaíso y otras ciudades reproducían algunos de sus artículos para mostrar cuán peligrosos y subversivos eran, exigiendo que se clausurara el periódico. Quizás la editorial que Recabarren redactó para el número del 14 de febrero, publicado inmediatamente tras salir del presidio, ilustra, tanto o mejor que cualquiera de sus escritos de aquel entonces, las ideas que objetaban sus opositores:

“Después de veinte días de prisión arbitraria e ilegal, donde me tuvieron los criminales que no respetan leyes ni libertades, no conocen el decoro ni la vergüenza, vuelvo otra vez a mi puesto a cumplir con la santa misión me he trazado desde que tengo conciencia de lo que es y debe ser el trabajador. Vuelvo de la cárcel arrepentido de no haber gastado anteriormente mayor energía todavía para desenmascarar a los infames que se atreven a poner manos sacrílegas sobre la gente honrada [...] Vuelvo, pues, a mi puesto, y mientras la ley me otorgue el derecho de expresar mis opiniones por la imprenta, mi pluma continuará destilando hiel porque soy un revolucionario que anhelo ver pronto una sociedad nueva, más humana, más justiciera que la actual.”<sup>98</sup>.

Al poco tiempo, la mancomunal y su editor “revolucionario” se enfrentaron a un nuevo desafío. Un tal Máximo Quiroga, quien afirmaba ser miembro de la mancomunal, se quejó ante los tribunales de que las

---

96 Ibid.

97 Recabarren, diario inédito (en posesión de Teresa Flores).

98 *El Trabajo* (Tocopilla), 14 de febrero de 1904.

políticas adoptadas por la organización desde la llegada de Recabarren contradecían sus principios. Exigió que se forzara a la mancomunal a compensarlo a él y a los demás por el daño sufrido. ¿Estaría Quiroga realmente convencido de que estas políticas eran perniciosas o servía de instrumento para aquellos que querían destruir a la mancomunal? Recabarren y sus defensores insistieron en que Quiroga actuaba en colusión con los enemigos de la mancomunal, especialmente después de que los tribunales ratificaran las demandas de Quiroga y ordenaran la confiscación de los fondos de la mancomunal y la incautación de su imprenta como medida preventiva.

El 7 de marzo de 1904, la policía se presentó para ejecutar la orden. Los miembros fueron alertados de alguna forma y una multitud de hombres, mujeres y niños se congregó alrededor de la sede para impedir que la policía hiciera su trabajo, de ser necesario por la fuerza. A pesar de los refuerzos policiales, la multitud decidió luchar y el resultado fue tres obreros y dos soldados lesionados<sup>99</sup>. Las autoridades se aprovecharon de la situación para arrestar a Recabarren y a otros, con cargos de obstrucción a la justicia. Entre los arrestados estuvo la esposa del secretario de la mancomunal, quien debió pagar una multa de 30 pesos en lugar de ir a la cárcel por 25 días.

La mayoría de los arrestados fueron puestos en libertad a los pocos días, ya sea por el pago de la fianza o por falta de evidencia de su participación o de que hubiesen instigado la gresca. Cuando Recabarren estuvo a punto de ser liberado, la orden fue revocada. Esa mañana había escrito una serie de cartas y le encargó al joven que le traía desayuno que las enviase por correo. El guardia las confiscó y se las entregó a las autoridades. Tras leerlas, estas decidieron que los contenidos eran subversivos. De ahí en más, los esfuerzos para sacar a Recabarren de prisión fracasaron, y tuvo que pasar siete meses tras las rejas antes de que las autoridades accedieran a concederle el derecho a fianza<sup>100</sup>.

Incluso desde la prisión, Recabarren siguió hablándole a los trabajadores de Tocopilla y a la nación entera a través de su correspondencia. Sus cartas y artículos aparecieron en *El Marítimo* de Antofagasta y otros periódicos. En estos, estimulaba a los obreros a mantenerse firmes y luchar si querían ganar una [mejor alimentación, mejores hogares, salarios más altos, más tiempo libre y educación]. Les dijo: [Cuando seamos muchos, las autoridades no van a odiarnos abiertamente [...]] Veamos quién llega más lejos, si la persecución [...] de aquellos que hoy gobiernan o los sacrificios

99 *El Proletario* (Tocopilla), 14 de enero de 1905.

100 Recabarren, diario inédito (en posesión de Teresa Flores).

y la valentía de las mancomunales]<sup>101</sup>.

Los miembros de la Mancomunal de Tocopilla tampoco eran mudos. Sus protestas llegaron a los legisladores del país y sus penurias fueron ventiladas en las salas del Congreso por los diputados del Partido Demócrata. Las protestas de la mancomunal gatillaron manifestaciones de otros sindicatos y del Congreso Social Obrero. Este último emitió un panfleto que denunció las injusticias contra Recabarren<sup>102</sup>. Para el 15 de mayo de 1904, en Tocopilla nació *El Proletario*, un nuevo “periódico para la defensa de la clase obrera”, bajo el liderazgo de Lindolfo Alarcón, amigo de Recabarren. *El Proletario* era oficialmente un órgano del Partido Demócrata, pero sus contenidos diferían poco respecto de aquellos que aparecían en *El Trabajo* y se volvió en la práctica en el principal defensor de Recabarren y la mancomunal.

Tras las protestas de los trabajadores, varias comisiones gubernamentales se abocaron a investigar las condiciones de vida en el puerto de Tocopilla y en las áreas circundantes. El informe presentado por J. Vergara Flores y Elías Morales al gobernador de Tocopilla corroboró varias de las denuncias que Recabarren había publicado en *El Trabajo*. Sin embargo, también señaló que este periódico incluía artículos claramente injuriosos, defendiendo ideales que “no son de la época en que vivimos y la humanidad atravesará siglos para que una vez puedan ser considerados como realizables”.<sup>103</sup> Recomendaron censurar los artículos en lugar de clausurar el boletín.

El informe sostuvo que existían leyes suficientes, que, si se hicieran cumplir, ayudarían a remediar las penurias de los obreros. El informe insistía en que las reglas de las compañías salitreras anulaban la ley que exigía la conversión de las fichas en billetes legales. Exigir al trabajador presentarse en persona en un día y hora específicos para canjear sus fichas quizá cumplía con la normativa legal, pero para el trabajador significaba perder un día de trabajo o renunciar a su salvación. Los autores del informe plantearon que, dado que el pago se determinaba según la calidad del caliche extraído, aquel que evaluaba no debía ser contratado directamente por la compañía. Los obreros alegaban —y el informe respaldaba esta afirmación— que solían estafarlos declarando el caliche no apto para el pago de calidad inferior, cuando no era el caso. El informe señaló que solo una inspección casual de las pampas salitreras revelaba la poca importancia

---

101 *El Marítimo* (Antofagasta), 21 de julio de 1904.

102 Congreso Social Obrero, *Manifiesto a las sociedades obreras del país* (Santiago), agosto 1904.

103 L. Vergara Flores y J. Elías Morales, *Informe de la Intendencia de la Municipalidad de Tocopilla*, 16 de marzo de 1904.

que las compañías otorgaban a la seguridad y sanitización de sus trabajadores. En efecto, “basta solo considerar la calidad del material de que se construyen los campamentos, la calamina, y la temperatura tórrida de la región salitrera, para apreciar que los dueños de oficina han atendido más a la economía propia que a la salud de sus trabajadores”<sup>104</sup>.

A pesar de las investigaciones, estas condiciones se mantuvieron. En agosto y septiembre, el descontento estalló en huelgas, a las que el gobierno respondió enviando dos buques de guerra y soldados adicionales para reforzar la guarnición<sup>105</sup>. Los diputados del Partido Demócrata protestaron en el Congreso, y Recabarren, desde prisión, escribió que la huelga “ha sido madurada y provocada por los miserables verdugos del pueblo que no se satisfacen jamás de chuparle su savia y su vida”<sup>106</sup>. Sin embargo, él creía que servía a fines loables. “¡Ah, los trabajadores tienen allí el ejemplo a la vista, nada se mueve sin su concurso! Si ellos son el motor y el brazo de la vida del trabajo, a ellos les corresponde entonces nivelar el reparto de esa fortuna permanente que elaboran”, expresó con elocuencia<sup>107</sup>. Se regocijó con el avance de las mancomunales de un extremo a otro del país, destacando el hecho de que se organizaran 14 en menos de 3 años. A su juicio, las mancomunales eran “el árbol secular del socialismo moderno chileno”, donde maduraban las demandas inmediatas de la organización obrera<sup>108</sup>.

Tras siete meses en prisión, Recabarren fue liberado finalmente bajo fianza el 7 de octubre de 1904. Tanto él como Trincado fueron procesados por “subversión del orden público” y condenados a 541 días de prisión, una decisión a la que ambos apelaron. Recabarren se convirtió en el dirigente obrero más famoso del país. *El proletario* de Tocopilla comentó lo siguiente a raíz de su liberación:

[Los siete largos meses en prisión no han reducido en forma alguna su vigor y fortaleza. Está igual que antes: entusiasta, imaginativo, fuerte, magnánimo, asiduo y trabajador. Grandes ideales le dan fuerzas a su alma y los obstáculos a enfrentar lo hacen crecer. Recabarren tiene el corazón de un niño y el alma de un atleta. Es la encarnación de la libertad y la fraternidad humana. Él ve al mañana como un velo delicado que cubre una

---

104 Ibid.

105 *El Proletario* (Tocopilla), 27 de agosto de 1904.

106 Ibid.

107 Ibid.

108 Ibid, 24 de septiembre de 1904.

transformación sublime. No hay rencor ni pasión básica en su alma. Ha sido uno de los primeros en ser sacrificado en la lucha. Si la mano inquisitorial de la autoridad una vez más se extiende hacia nuestro camarada, sabe que encontrará un corazón de acero que no se rompe ni se rinde ante amenazas, interdictos o encarcelamiento].<sup>109</sup>

Una semana después, como queriendo confirmar lo dicho, un artículo de Recabarren se dirigió al pueblo en los siguientes términos:

“En las mancomunales encontrarán medios para educarse, para olvidar los vicios que nos causan tan grandes daños, encontrarán recreos y diversiones que les procuren reales placeres que satisfagan los apetitos del espíritu [...]

Tenemos fe en que la unión de todos los obreros obrará prodigiosamente para conquistar lo que buscamos: justicia, libertad, amor, arte, verdad, moral [...]

Júntense todos los obreros y la llama de esa unión quemará esa piedra burguesa guardando lo bueno y arrojando las escorias inútiles”<sup>110</sup>.

Después de su liberación, el periódico *El Trabajo*, que fue la causa de su encarcelamiento resurgió, pero no por demasiado tiempo. Tocopilla carecía de recursos para mantener dos periódicos obreros, por lo que ambos se fusionaron. Recabarren, antes editor adjunto de *El Proletario*, y director de *El Trabajo*, fue designado como único editor de esta nueva amalgama periodística. El periódico nuevo debutó el 5 de enero de 1905, en un formato más grande y con una frecuencia de dos números por semana. En ese momento, Recabarren también presidía la Mancomunal y la sede del Partido Demócrata en Tocopilla.

Por el bien de ambas organizaciones, y especialmente ante las elecciones parlamentarias que se llevarían a cabo en cinco meses, Recabarren emprendió una gira por las zonas salitreras en octubre de 1905. Su primera parada fue Antofagasta, donde impartió una serie de conferencias que fueron recibidas con entusiasmo. El 15 de octubre, pronunció un discurso al aire libre que congregó a más de 300 personas, en el que trató el asunto de fraternidad obrera. Tras su alocución, durante un desfile, se arrestó a Re-

---

109 Ibid, 16 de octubre de 1904.

110 Ibid, 22 de octubre de 1904.

cabarren, pero fue liberado de inmediato tras pagar una fianza<sup>111</sup>. Tres días después, mientras visitaba las pampas mineras cerca de Antofagasta, fue detenido nuevamente, esta vez por interferir cuando la policía arrestaba a un obrero<sup>112</sup>. De Antofagasta Recabarren se trasladó a Taltal, otro puerto salitrero, y de ahí a Chañaral y Coquimbo.

El 14 de diciembre arribó a Valparaíso, donde negoció la adquisición de una imprenta para la Sociedad Tipográfica Vanguardista de Antofagasta, una cooperativa que ayudó a organizar durante su estadía. A la Sociedad se le había encomendado la impresión de *La Vanguardia*, un nuevo periódico obrero del cual Recabarren aceptó dirigir. Aunque inicialmente se planeó que completaría su gira y regresaría a Tocopilla para resolver asuntos pendientes antes de instalarse en Antofagasta, estos planes se desviaron cuando el Partido Demócrata le pidió que fuera su candidato por Tocopilla para la Cámara de Diputados, oferta que Recabarren aceptó.

En febrero, Recabarren regresó a Antofagasta, esta vez centrado en su campaña para las elecciones de marzo. Su llegada coincidió con una huelga convocada por los vendedores de boletos del tren entre Antofagasta y Bolivia, en manos británicas. La queja principal era el tiempo asignado para el almuerzo. Los vendedores argumentaban que disponían de tiempo suficiente para ir y volver de sus casas, y denunciaban que la compañía les descontaba una hora entera incluso cuando se atrasaban cinco minutos<sup>113</sup>. Por esta razón, exigieron una extensión de media hora, a lo que la compañía respondió que solo accedería si los trabajadores renunciaban a la media hora destinada para el té de la tarde, o bien si accedían a trabajar media hora adicional al final del día. Los trabajadores se negaron a estas condiciones y decidieron planear una huelga<sup>114</sup>. Con el objetivo de aumentar su efectividad, sus líderes contactaron a otras organizaciones solicitando su participación, con la esperanza de que todo el personal de servicio ferroviario se sumara al paro. El gobierno mandó a investigar al lugar de reunión y procedió al arresto del presidente de los vendedores y del director del comité de huelga, con la expectativa de detener la movilización.

En un comienzo, la huelga transcurrió de manera ordenada, pero los desórdenes comenzaron cuando “sujetos ajenos, de los estratos sociales más bajos”, se mezclaron en la protesta, según voces patronales<sup>115</sup>. Los

---

111 Ibid, 28 de octubre de 1905.

112 Ibid, 31 de octubre de 1905.

113 *El Mercurio* (Santiago), 5 de febrero de 1906.

114 Ibid.

115 *El Marítimo* (Antofagasta), 17 de febrero de 1906. Para la perspectiva de un

testimonios en los boletines obreros insistieron en que la violencia comenzó cuando los maquinistas se negaron a apoyar la huelga. A pesar de la presencia de soldados para resguardar la propiedad de las ferroviarias y salitreras, así como los edificios fiscales, se informó que el primer tren que salió después de iniciada la huelga fue atacado con piedras.

Los problemas recrudecieron el 6 de febrero, cuando los trabajadores convocaron a un mitin masivo en la plaza pública. La actividad comercial se detuvo, y las tiendas cerraron y tapiaron sus ventanas para prevenir saqueos y destrozos. El gobierno ordenó el cierre de las cantinas y prohibió la portación de armas, excepto para personas autorizadas. Las autoridades fueron lo suficientemente ingenuas para dejarse ayudar por un grupo paramilitar de 100 jóvenes chilenos y extranjeros de buena situación económica para resguardar el orden. Este grupo recibió armas y marchó en formación militar hasta ubicarse frente al Club de la Unión, situado frente a la plaza donde los huelguistas, con una fuerza cercana a 4000 hombres, escuchaban los discursos, incluido uno pronunciado por Recabarren. Los huelguistas los recibieron con burlas e insultos, lo que provocó que los jóvenes armados perdieran sus estribos y dispararan contra la multitud. Los soldados, al ver a los manifestantes correr, interpretaron que se dirigían a atacar los edificios que resguardaban, por lo que también abrieron fuego. En menos de 5 minutos, 48 personas murieron y cientos resultaron heridas<sup>116</sup>.

La indignación generalizada de los trabajadores se tradujo en actos de represalia, comenzando por el Consulado de Perú, cuyo cónsul formó parte del grupo paramilitar. Los rebeldes también prendieron fuego a una de las grandes tiendas y asesinaron a un joven inocente al confundirlo con uno de los participantes en la masacre del día anterior. El incendio destruyó media cuadra y causó daños al edificio del diario *El Industrial*. Según estimaciones, hubo al menos 150 muertos y cerca de 300 heridos antes de que se restableciera el orden público<sup>117</sup>. En consecuencia, se arrestó a todo el comité de la huelga, a los editores de *La Vanguardia* y *El Marítimo*, así como a Recabarren, cuya única conexión con la movilización fue encontrarse presente durante la concentración y pronunciar un discurso de campaña.

A pesar de lo reprochable y estúpida naturaleza de los actos relacionados con la huelga de Antofagasta, no se puede imputar a las autoridades

---

periódico no obrero, véase *El Industrial* (Antofagasta), 16 de febrero de 1906.

116 Ibid.

117 *El Marítimo* (Antofagasta), 17 de febrero de 1906.

el asesinato a sangre fría. Este cargo suele hacerse respecto al caso de una huelga en Iquique al año siguiente. Iquique, el bastión de la industria salitrera, en 1907 albergaba al 23% de los 37.790 obreros de la industria<sup>118</sup>. Dado que las exportaciones de salitre eran la fuente principal de ingresos del gobierno, cualquier intento de los obreros de interferir en la producción era interpretado como “subversivo”. Sin esforzarse por mejorar las condiciones laborales, el gobierno a menudo empeoraba la situación al brindar protección militar y naval a los dueños cada vez que se avecinaba una disputa.

Cuando la demanda internacional de salitre disminuía, se generaba una atmósfera de tensión. Las compañías buscaban mantener una oferta suficiente de trabajadores para cuando aumentara la demanda, lo que entraba en conflicto con su deseo de despedir mano de obra durante las bajas en la demanda. Con frecuencia, sus agentes intentaban persuadir a obreros del sur para que migraran a las pampas salitreras cuando las compañías estaban en proceso de cerrar y despedir trabajadores.

En octubre de 1907, los obreros de Iquique escribieron a sus compañeros del sur advirtiéndoles que no se dejaran engañar por la imagen que pintaban los agentes de las compañías. No existía escasez de mano de obra en el norte; los salarios eran bajos y la carga de trabajo, inhumana. Las autoridades, alegaron, favorecían a las compañías y hacían oídos sordos a los abusos que estas cometían contra sus trabajadores<sup>119</sup>. Para diciembre de 1907, las tensiones alcanzaron su punto de ebullición: los obreros de toda la pampa estaban movilizados. El primer estallido tuvo lugar en el campamento salitrero de San Lorenzo, impulsado por la demanda de aumento salarial, y se propagó rápidamente a todos los campamentos alrededor de Iquique. Ante el rechazo de las exigencias obreras, se desencadenó un éxodo masivo desde las pampas. Familias enteras emprendieron el viaje a pie hacia Iquique, muchos caminando durante dos días consecutivos. Se estima que un total de entre 10.000 y 15.000 personas, entre obreros, mujeres y niños, abandonaron los campamentos y se congregaron en Iquique<sup>120</sup>.

La ciudad de Iquique se enfrentó a una crisis grave. El primer desafío era cómo albergar y alimentar a las miles de personas. Las autoridades pretendían sacarlas de la ciudad lo antes posible, mientras que las compañías deseaban que regresaran a trabajar. A solicitud del comité encabezado por José Brigg y Luis Olea, ambos conocidos anarquistas, y el grueso de las or-

118 Semper y Michels, op. cit., pp. 99–100.

119 *La Reforma* (Santiago), 13 de octubre de 1907. Para una descripción detallada de las condiciones, véanse los artículos de Alejandro Escobar y Carvallo, “En la Tierra de Salitre”, en *La Reforma* de enero y febrero de 1908. Ofrece un panorama desolador.

120 *La Reforma* (Santiago), 8 de enero de 1908.

ganizaciones obreras, las autoridades les permitieron ocupar la escuela Santa María y la Plaza Manuel Montt. Los sindicatos de Iquique destinaron también sus sedes como dormitorios y se coordinaron para alimentar a tantas personas como fuera posible. Los obreros organizaron sus propios comités para vigilar y mantener el orden, con sus líderes instándolos a preservar la calma y evitar dar alguna excusa a las autoridades para usar la fuerza<sup>121</sup>.

La movilización, según sus dirigentes, tenía como objetivo llamar dramáticamente la atención sobre las demandas obreras. Presentaron un petitorio que contenía los siguientes puntos<sup>122</sup>:

1. Los obreros buscaban que se les pagara una suma equivalente a 18 peniques de oro. Con esto, esperaban contrarrestar la disminución en sus salarios reales causada por la recesión económica. Estaban dispuestos a aceptar el pago en fichas hasta que se hiciera el cambio, con la condición de que estas serían canjeadas por un monto equivalente y que el incumplimiento por parte de la compañía acarrearía una multa de 500 pesos.
2. Las compañías debían permitir el ingreso de comerciantes al interior de la propiedad de la empresa, con el fin de permitir a los obreros abastecerse en otros lugares aparte de la pulpería.
3. Para contribuir a la prevención de accidentes, las compañías debían ser obligadas a instalar equipamiento de seguridad alrededor de los hornos metalúrgicos.
4. Los medidas y pesos debían ser honestos, y se les prohibiría a las compañías vender el caliche que ellas mismas hubieran declarado inadecuado para su uso.
5. La compañía debía proporcionar un sitio para una escuela nocturna.
6. Se exigía que nadie que hubiese participado en la huelga fuera desvinculado en menos de 2 o 3 meses, y el pago debía oscilar entre 300 y 500 pesos.
7. Antes de cesar las operaciones, las compañías debían notificar a sus trabajadores con 15 días de antelación.

La última demanda era que el acuerdo debía formalizarse por escrito.

---

121 *La Patria* (Iquique), 16 de diciembre de 1907.

122 *La Reforma* (Santiago), 19 de diciembre de 1907.

Las compañías respondieron que no discutirían ninguno de los puntos del petitorio hasta que los obreros regresaran a los campamentos. Las autoridades, ansiosas de sacarlos de la ciudad, también los presionaron para volver y dejar un comité en su lugar. Sin embargo, los obreros se negaron. El 21 de diciembre, alrededor de 8.500 personas, incluidos los obreros, sus esposas e hijos, se encontraban en la plaza y en la escuela, posiblemente escuchando a sus dirigentes. Aunque se les avisó que debían evacuar la zona y dirigirse a las vías donde los vagones estaban listos para devolverlos a las salitreras, los obreros se mantuvieron incólumes.

Alrededor de las dos de la tarde, el general Silva Renard, a cargo de las tropas, les ordenó a los trabajadores rodear la plaza y la escuela después de haber posicionado soldados armados en las azoteas cercanas, apuntando directamente. Según su propio informe, les instruyó a las tropas que, al recibir la orden, dispararan hacia el lugar donde los dirigentes estaban reunidos<sup>123</sup>. Todos los testimonios coinciden en que el general Silva les informó a los obreros que tenían una hora para abandonar la plaza, y que la multitud se encontraba en completa calma al momento en que dio la orden de abrir fuego. A las 3:45, se inició la balacera, con tres rondas de disparos dirigidos a la multitud y de forma oblicua al techo.

El general Silva afirmó que el número de muertos y heridos era de 140, sin embargo, otras estimaciones oscilan entre 400 y 1000. Veredictos imparciales, incluido el del historiador Luis Galdames, consideran que la orden del general Silva fue un asesinato a sangre fría<sup>124</sup>. El general justificó esta masacre a personas desarmadas argumentando que, de no ordenar el ataque, hubiese comprometido el prestigio de las fuerzas armadas. Interpretó la desobediencia de los obreros como una descarada rebelión y culpó a los dirigentes por el desenlace. El general Silva creía que la actitud de los dirigentes respondía a su “sed de popularidad y poder”<sup>125</sup>. En la Cámara de Diputados, la mayoría de los parlamentarios apoyó al general Silva Renard. Los trabajadores con consciencia de clase de todo Chile quedaron perplejos. En Santiago se habló de una huelga general, pero no se materializó. En su lugar, se convocó a una reunión para honrar a los caídos y recolectar fondos para las viudas y los huérfanos.

---

123 Tanto los testimonios de obreros como de quienes no eran obreros coinciden en los hechos principales. Véase *La Patria* para una perspectiva no obrera.

124 Luis Galdames, “Los movimientos obreros en Chile” (ponencia leída en el Cuarto Congreso Científico Americano en Santiago, Chile, 25 de diciembre de 1908–6 de enero de 1909), en *Trabajos del Cuarto Congreso Científico*, X, 3, p. 380. Para un testimonio más apasionado, véase Luis Emilio Recabarren, *El pensamiento i la acción* (Santiago, 1911).

125 *La Patria* (Iquique), 24 de diciembre de 1907.

Antes de que la primera década del siglo veinte llegara a su fin, ocurrieron otras huelgas, pero estas no tuvieron consecuencias tan dramáticas. En el sur de Chile, en las cercanías de Punta Arenas, la devaluación del peso contribuyó a mantener viva la agitación, en protesta por alzas salariales. Allí, como en el resto del país, las autoridades hicieron todo lo posible para interferir con los intentos de organización obrera. Sin embargo, la huelga más eficaz a largo plazo en el desarrollo de un movimiento permanente fue la de los trabajadores ferroviarios. En mayo de 1907, los vendedores de boletos de los ferrocarriles estatales se declararon en huelga para exigir un pago equivalente a 18 peniques de oro. En junio, la huelga se extendió de Valparaíso a Valdivia y condujo a una paralización total. Al final, los obreros retornaron al trabajo sin conseguir acuerdo. La disputa se delegó a un comité de investigación conformado por tres miembros elegidos por los trabajadores y tres por el gobierno. Sus atribuciones incluían, además del estudio de las objeciones de los trabajadores, la elaboración de sugerencias para una nueva legislación. Muchos trabajadores quedaron insatisfechos con el acuerdo y se negaron a volver a sus trabajos, pero para el 10 de junio, la mayoría había aceptado trabajar a la espera del informe del comité investigador<sup>126</sup>.

A pesar del impacto de estos acontecimientos, las pampas del norte ofrecían el terreno más propicio para el desarrollo de un movimiento sindical genuino. La masacre de Santa María de Iquique, los arrestos de los dirigentes y la recesión en la industria minera, sumieron en la desesperación a los obreros. Al mismo tiempo, las malas condiciones laborales y de existencia, junto con la actitud de las compañías y las acciones de las autoridades, tendían a fomentar el anarquismo y el extremismo en el pensamiento y la acción, en lugar de un sindicalismo estable.

Cuando ocurrió la masacre de Iquique, Recabarren ya no estaba en Chile. Había partido a Argentina en octubre de 1906, después de que la Cámara de Diputados le negara por segunda ocasión el cargo para el que fue electo. En esas fechas, la Corte Suprema también rechazó anular su orden de detención por los incidentes en Tocopilla. Además de la condena inicial de 541 días de presidio, de la cual ya había cumplido 7 meses, existía la amenaza de enfrentar nuevas acusaciones y más tiempo en prisión por su participación en la huelga de Antofagasta. Las autoridades insistían en que Recabarren había sido el instigador de la huelga y lo culpaban a él, en lugar de asumir responsabilidades por los disturbios. Reacio a pasar su vida tras las rejas por actos que no había cometido, abandonó el país después de visitar a su familia en Los Andes.

---

126 *La Época* (Valparaíso), 6 y 9 de junio de 1907.

## Capítulo III

# Los trabajadores comienzan a actuar en política

Aunque el movimiento laboral económico y político surgió aproximadamente al mismo tiempo, pasaron casi cuarenta años antes de que se organizara un partido político interesado en el bienestar de los trabajadores. No obstante, si por movimiento laboral económico nos referimos a la existencia de un sindicalismo estable, en realidad, lo primero que surgió fue el partido político. Este partido se llamó Partido Demócrata de Chile y todo Santiago se enteró de su existencia el domingo 29 de abril de 1888, cuando convocó a una manifestación a los pies de la estatua de San Martín, en el centro de la ciudad.

Poco antes de las cinco de la tarde de ese fatídico día, Juan Rafael Allende, periodista y poeta de la protesta social, inició su discurso. Varios miles de obreros se habían congregado para manifestarse contra el alza de medio centavo en los boletos de segunda clase del tranvía. Esta era la segunda protesta en tres semanas convocada por el recientemente formado Partido Demócrata<sup>127</sup>. Allende fue precedido por dos oradores, Antonio Poupin, presidente del partido, y Malaquías Concha, su secretario. Poupin denunció a los capitalistas y Concha resumió las demandas que se presentarían a las autoridades de Santiago. Mientras Allende hablaba, dijo a los cercanos: [Ni arrancar las vías ni destruir los vagones van a obligar a las autoridades a concederles lo que piden]<sup>128</sup>. Justo cuando lanzó este comentario, un tranvía pasó detrás de la multitud.

Los testimonios del evento no aclaran si los que estaban al fondo malinterpretaron sus palabras o si Allende intentaba disuadir a su audiencia de ejecutar amenazas ya insinuadas. En todo caso, los informes coinciden en que el motín comenzó cuando aquellos ubicados en la parte trasera

---

127 *El Ferrocarril* (Santiago), 1 de mayo de 1888.

128 *Ibid.*

forzaron la salida del maquinista y los pasajeros, y luego dieron vuelta el vehículo. Después, otro tranvía pasó y sufrió el mismo destino. Los dirigentes demócratas rogaron dejar en paz los tranvías y seguirlos a ellos hacia la oficina del intendente para presentar su petición, pero todo fue en vano: la destrucción continuó y solo aumentó en intensidad. Al público se unieron individuos con inclinaciones puramente destructivas, lanzando piedras contra las ventanas, arrancando asientos y, por último, empapándolos en combustible y prendiéndoles fuego. Las turbas avanzaron a las terminales y también las incendiaron. Para las 5:30, todo el tránsito de la ciudad se había detenido; el ejército patrullaba las calles y los sospechosos fueron acorralados y detenidos, incluidos los dirigentes del Partido Demócrata, a quienes el gobierno responsabilizó por la violencia<sup>129</sup>. Los líderes demócratas debieron pasar 43 días en la cárcel antes de ser absueltos por la corte.

Treinta y siete años previos a este bautismo de fuego, se intentó involucrar al pueblo en la toma de decisiones sobre su propio destino político. El 16 de abril de 1851, seis hombres (cuatro intelectuales y dos artesanos) se reunieron en el Club de la Reforma de Santiago y decidieron organizar la Sociedad de la Igualdad. La idea provino del joven Santiago Arcos, hijo de un banquero que pasó la mayor parte de su vida fuera de Chile, aunque comúnmente se asocia con Francisco Bilbao, conocido como “el impulsor más audaz y más batallador de la reforma social en Chile”<sup>130</sup>. Los otros fundadores fueron el poeta Eusebio Lillo, el compositor José Zapiola, el sombrerero Ambrosio Larrechea y el sastre Cecilio Cerda<sup>131</sup>.

Arcos y Bilbao habían regresado pocos meses antes de Europa, donde se vieron profundamente influidos por las filosofías revolucionarias y socialistas de la Francia de ese período. Bilbao, mientras estudiaba en la Universidad de Chile, había sorprendido a la comunidad católica de Santiago al publicar en, 1844, *La sociabilidad chilena*, un ataque mordaz a la Iglesia que resultó en su expulsión de la Universidad, y en una multa considerable en el juzgado de letras. Poco después, Bilbao dejó Chile y se trasladó a Francia, donde se convirtió en discípulo y amigo del filósofo Lammenais, cuyo influjo se reflejó en los principios redactados por Bilbao para la Sociedad. Estos proclamaban que la Razón era la autoridad absoluta; la soberanía popular, la fuente legítima de acción política; el amor y la

---

129 *La Democracia* (Parral), 13 de agosto de 1889.

130 Alejandro G. Fuenzalida, *Lastarria i su tiempo* (Santiago, 1911), vol. I, p. 94. La bibliografía sobre Francisco Bilbao es bastante extensa.

131 José Zapiola, *La Sociedad de la Igualdad i sus enemigos* (Santiago, 1902), p. 9.

hermandad, la base de la vida moral<sup>132</sup>.

El programa de acción, por otro lado, era principalmente obra de Arcos, cuyo pensamiento estaba inspirado en Louis Blanc y otros socialistas. Según Arcos, Chile necesitaba una revolución social genuina y no simplemente un cambio de administración. Una revolución “enérgica, fuerte y pronta que corte de raíz todos los males”, entre los que destacaba el régimen de tenencia de la tierra<sup>133</sup>. Cuando los latifundios dejaran de dominar el mapa agrícola nacional, Chile estaría en posición de alcanzar una paz social genuina, estabilidad gubernamental y poner fin a la ignorancia y la degradación en la que vivía el 90% de la población.

El primer paso para implementar las ideas de la Sociedad fue organizar una escuela nocturna tanto para sus miembros como para aquellos que no lo fueran. Entre los puntos principales de su programa, se incluyeron planes para un sistema de instrucción pública gratuita y baños públicos, además de la abolición de los mayorazgos y monopolios<sup>134</sup>. Para preparar a sus miembros y, eventualmente, al país entero para un gobierno basado en la soberanía del pueblo y libre de los riesgos de lo que Arcos llamó “la tiranía”, incluyendo la del “capricho popular” y la de “aquellos que gobiernan con la fuerza”, la Sociedad adoptó una estructura de grupos independientes con un límite de 24 miembros. Sin embargo, el rápido aumento de los afiliados obligó a que los grupos se volvieran considerablemente más numerosos, y la organización debió centralizarse parcialmente. El reclutamiento se llevaba a cabo de varias maneras, pero las reuniones públicas de discusión de la Sociedad resultaban especialmente exitosas. Estas a menudo atraían a cerca de mil personas, algo sin precedentes en la vida política de Santiago<sup>135</sup>.

Desafortunadamente, esta experiencia se vio truncada por la intervención del Gobierno que ordenó la disolución de la Sociedad y el arresto de sus líderes. Nacida en las vísperas de una elección presidencial, su crecimiento fenomenal se atribuyó sin dudas a este contexto. Durante el segundo mandato del presidente Manuel Bulnes, el líder conservador de-

---

132 Ibid, p. 10.

133 Estas ideas fueron expuestas por Arcos en una carta a Francisco Bilbao. Citado en Julio César Jobet, *Santiago Arcos Arlegui* (Santiago, 1942), p. 180. McBride (*Chile: Land and Society*, op. cit.) afirma que “la hacienda es el verdadero motor de la nación, y de ella emanan los presentes problemas del país”. Para estadísticas detalladas sobre el monopolio de la tierra en 1925, véase pp. 124–127. Para 1935, cuando se efectuó un nuevo censo, la situación tampoco había cambiado.

134 José Zapiola, op. cit., pp. 28–29.

135 Ibid, pp. 11–15.

signado por este para continuar sus políticas fue Manuel Montt, políticas que se remontaban a la época en que Diego Portales venció a liberales de 1830. La Sociedad de la Igualdad se transformó en el centro de operaciones para los liberales que buscaban que esta liderara la batalla contra los conservadores, en particular, contra la elección presidencial de Montt. En la reunión de septiembre de 1851, la Sociedad planeó declararse oficialmente contra la candidatura de Montt, pero el gobierno previno este acto mediante la orden policial de dispersar la reunión.

Montt, quien asumió la presidencia a pesar de la oposición, se enfrentó a una revuelta militar en noviembre de 1851, que estalló en San Felipe y supuestamente fue liderada por miembros de la Sociedad de la Igualdad<sup>136</sup>. El gobierno actuó con celeridad para sofocar el motín, arresando a los líderes de la Sociedad, entre ellos a Francisco Bilbao. Arcos se las ingenió para escapar del primer intento de detención, pero los agentes descubrieron su escondite, llevándolo también a la cárcel. Después, el gobierno los exilió a ambos. Bilbao nunca volvió a pisar suelo chileno, pero su legado y el de la Sociedad de la Igualdad continuarían repercutiendo en el futuro del país.

El programa y las prácticas de la Sociedad sentaron las bases para las luchas políticas y sociales de las décadas de 1850 y 1860 y, finalmente, para la creación del Partido Radical, donde el pensamiento anticlerical de Bilbao fue crucial. Las ideas de la Sociedad se fusionaron con las de José Victorino Lastarria y otros intelectuales. Pero su existencia fue demasiado breve para impactar en las masas de obreros analfabetos, a pesar de que atrajo a algunos trabajadores altamente calificados y con conciencia política. Dos años después de la disolución de la Sociedad, estos trabajadores tomaron la iniciativa de organizar mutuales. De todas maneras, la acción política independiente de los obreros tuvo que esperar todavía tres décadas, hasta que un mayor desarrollo industrial aumentara el número de obreros calificados y no calificados, y la presión de los partidos Liberal y Radical forzara la adopción de medidas que aumentarían la alfabetización.

El Partido Demócrata de Chile se consideró el sucesor espiritual de la Sociedad de la Igualdad. En 1885, dos de los fundadores del Partido Demócrata, Malaquías Concha y Avelino Contardo, crearon el periódico *La Igualdad*, a través de cuyas páginas esperaban abogar por los derechos de los trabajadores, fomentar la protección de la industria chilena y persuadir al Partido Radical de que debía favorecer ambos objetivos. Sin embargo, cuando el líder del Partido Radical, Enrique MacIver, criticó el proteccio-

---

136 Ibid, pp. 44-48.

nismo económico e insistió en que los obreros carecían de la educación y la cultura para comprender los problemas de gobierno, Concha y otros abandonaron el Partido Radical. El 6 de noviembre de 1887, se reunieron junto con un pequeño grupo de artesanos, muchos de los cuales eran dirigentes de mutuales, para sentar las bases del Partido Demócrata.

Dos semanas después, se publicó el siguiente manifiesto: “Un nuevo partido acaba de constituirse: los obreros independientes de la capital y de Valparaíso, en unión de la juventud radical y de todos los hombres de trabajo, sin distinción de clases ni de condiciones, han levantado en alto la bandera de la regeneración social, política y económica del pueblo y echado las bases de un gran Partido Democrático”<sup>137</sup>. Esa misma noche, el flamante Partido Demócrata celebró su primera reunión pública, que resultó en la inscripción de 169 nuevos miembros.

El programa que se presentó en la reunión incluyó: (1) educación gratuita, laica y obligatoria, (2) la reducción del tamaño del ejército permanente y la abolición de la Guardia Nacional, (3) asistencia pública en la invalidez y vejez, (4) reforma del sistema tributario para proteger la industria nacional y eximir de la carga tributaria a los obreros y la clase media<sup>138</sup>.

Su programa político y administrativo seguía, en líneas generales, al del Partido Radical. Al igual que este último, el Partido Demócrata promovía la autonomía de los municipios, la separación de los poderes legislativo, judicial y ejecutivo, y objetaba que los empleados del gobierno pudieran ejercer cargos en el Congreso o en las municipalidades<sup>139</sup>. Esta última disposición estaba en consonancia con los principios del buen gobierno, pero su adopción en aquellos tiempos hubiera favorecido a los reaccionarios, dificultando el logro de su objetivo fundamental: “la emancipación económica, social y política del pueblo por medio de métodos pacíficos y parlamentarios”<sup>140</sup>. En ese entonces, los congresistas no percibían salarios, y aun los trabajadores mejor calificados apenas tenían recursos para financiar los costos de una campaña electoral y, en caso de resultar electos, para desempeñarse en el servicio público.

El Partido Demócrata tuvo su primera oportunidad en la campaña política de marzo de 1888, presentando a Donato Millán, ex miembro de

---

137 Reproducido en Oscar Alfonso Godoy, *Don Malaquías Concha, su vida, sus obras, su glorificación* (Santiago, 1923), p. 23.

138 *La Democracia* (Santiago), 2 de agosto de 1888. Para un análisis detallado, véase Malaquías Concha, *El programa de La Democracia* (Santiago, 1894).

139 Malaquías Concha, op. cit., p. 10.

140 Héctor Petris Giesen, *Historia del Partido Demócrata* (Santiago, 1942), pp. 5–6.

la Sociedad de la Igualdad de Francisco Bilbao, como su candidato a la Cámara de Diputados. Pocos días antes de la votación, el partido anunció su respaldo a algunos candidatos de los partidos Liberal y Radical, incluyendo a José Victorino Lastarria —amigo y maestro de Bilbao—, quien se postuló al Senado. Millán obtuvo 3.098 votos en comparación con los 14.540 del ganador<sup>141</sup>, un logro notable para un período tan breve.

A pesar del apoyo que el Partido Demócrata brindó a los candidatos de los partidos Liberal y Radical, ambos lo atacaron al considerarlo un rival que competía por los mismos votos. Por su parte, las autoridades observaron con extrema desconfianza al nuevo partido, e insinuaron que consistía en anarquistas y perturbadores de la paz. Ante tales acusaciones, Concha respondió con firmeza en el periódico oficial del partido el 2 de agosto de 1888, desacreditando la afirmación de que “aquellos que aman el progreso y el deseo de hacer crecer al país sean anarquistas y perturbadores del orden; son hombres honrados y de principios”<sup>142</sup>.

Dos años pasaron antes de que el Partido Demócrata convocara a su primera convención. El 14 de julio de 1889, los delegados reafirmaron los principios básicos enunciados al momento de su fundación. Se comprometieron a combatir los abusos y fraudes electorales, solicitaron la garantía de la libertad de expresión durante las campañas, se opusieron a la centralización del poder y mantuvieron su postura de que el Congreso Nacional, tal como estaba constituido, era incapaz de resolver los problemas del país. Por último, exigieron mejoras en el estándar de vida, protección para impulsar a las industrias emergentes y la convertibilidad monetaria<sup>143</sup>.

La convención adoptó el principio de que la “la libertad sin la igualdad degenera en privilegio”, argumentando que era “indispensable que, junto con la libertad y la igualdad de derechos, goce el pueblo de cierto bienestar a fin de conserve su independencia política”<sup>144</sup>. También reafirmaron su compromiso de alcanzar sus objetivos por medios pacíficos y a través de las urnas, expresando que su meta principal era la emancipación económica del pueblo, mediante leyes del Congreso. Estas leyes, según la convención, también resguardarían “la propiedad de su trabajo, sin sacrificar los intereses de los propietarios y de los capitalistas”<sup>145</sup>. Manifestaron

---

141 *La Democracia* (Santiago), 2 de agosto de 1888.

142 Héctor Petris Giesen, op. cit., p. 10.

143 Malaquías Concha, op. cit., p. 21.

144 Ibid, pp. 27–28.

145 *La Reforma* (Santiago), 15 de enero de 1907. Véase también Eduardo Pantaleón Fontecilla, *La reforma legislativa y política y nuestra cuestión social* (Santiago, 1907), pp. 36–37.

públicamente su interés en formar alianzas con otros partidos para fines electorales, aunque consideraban que la mejor forma de asegurar el triunfo de la democracia era que los obreros dependieran de sus propios esfuerzos.

El partido experimentaba un crecimiento gradual. La crisis política que llevó a la Revolución de 1891 y al derrocamiento del presidente Balmaceda trajo divisiones internas. Algunos miembros respaldaron al gobierno, mientras que otros se alinearon con sus opositores. El trabajo electoral del Partido Demócrata no dio frutos hasta después de que el país se recuperara de la guerra civil. Su primera victoria electoral llegó en 1897 con la elección de los diputados Ángel Guarello por Valparaíso y del sastre Artemio Gutiérrez por Santiago. En ese mismo año, cinco concejales demócratas resultaron electos en Valparaíso, logrando la mayoría del concejo municipal. A pesar de la derrota de Guarello en la elección de 1890 debido a una escisión del partido en Valparaíso, esta pérdida se compensó con la elección de Malaquías Concha en Concepción. Al año siguiente, la representación del partido en la Cámara de Diputados aumentó en uno, alcanzó los tres diputados. Para 1906, el partido afirmaba contar con seis parlamentarios, pero los reaccionarios del Congreso rechazaron el escaño de tres de ellos, incluyendo a Luis Emilio Recabarren<sup>146</sup>.

Al mismo tiempo, su fortaleza organizativa también creció. En la convención de mayo de 1899, celebrada en Santiago, participaron 45 delegados que representaron a alrededor de 25 unidades locales. Estos delegados votaron a favor de un programa que abarcó: (1) impuestos directos y progresivos, (2) sufragio universal, (3) representación proporcional, (4) disolución del ejército permanente, (5) adopción del patrón oro en lugar de papel moneda, (6) reconocimiento legal de los sindicatos, (7) elección popular de los jueces, (8) autonomía provincial y municipal, (9) abolición de la pena de muerte, y (10) igualdad en educación y derechos civiles para las mujeres<sup>147</sup>. Para 1906, el Partido Demócrata había afianzado su presencia en las municipalidades. Había obtenido la elección de 80 concejales a lo largo de Chile y ejercía control absoluto de cinco o seis municipios. La base de sus votantes creció de alrededor de 12.000 en 1903 a 18.000 en 1906. Su estructura se expandió a todos los rincones del país, y se componía de 90 sedes. Además, controlaba unos 15 diarios y semanarios<sup>148</sup>.

Todos estos logros no estuvieron exentos de pugnas y tensiones

---

146 *La Vanguardia* (Buenos Aires), 8 de julio de 1899.

147 *La Reforma* (Santiago), 15 de enero de 1907.

148 *Ibid.*

ideológicas. De hecho, las diferencias aparecieron casi desde el principio y, para 1906, el Partido Demócrata se había dividido en dos facciones: un ala de izquierda, liderada por Bonifacio Veas y Recabarren, y un ala conservadora de derecha, bajo el liderazgo de Malaquías Concha y Román Leiva.

Las tendencias de izquierda de Recabarren ya se manifestaban en 1899 cuando asumió la dirección editorial de *La Democracia*. En el primer número proclamaba que el nuevo semanario se convertiría en “un verdadero intérprete de los ideales del proletariado chileno”. Intentó también apaciguar los temores de los miembros más conservadores del partido al asegurarles que *La Democracia* no se desviaría de los ideales del Partido Demócrata, que interpretaba como “aquellos ideales, que son los de todos los hombres que [...] trabajan con denuedo por la emancipación de las clases oprimidas.”<sup>149</sup>

El análisis de las páginas de *La Democracia* revela que los artículos teóricos y programáticos generalmente promovían el socialismo y el anarquismo. En este sentido, un artículo firmado por Navor Tomso es de especial interés<sup>150</sup>. Negar que el Partido Demócrata fuera un partido de clase, escribió, equivale a negar la estructura de clases de la sociedad chilena. Aunque la constitución de la nación consagraba la igualdad ante la ley, la clase dirigente, las fuerzas armadas, el clero y las masas, en realidad, no eran iguales. El objetivo esencial del Partido Demócrata era igualarlos no solo en términos legales, sino también en términos económicos. El autor sostenía que cuando el partido consiguiera liberar a los trabajadores del “yugo capitalista”, obtener la [socialización completa o parcial de la tierra], y convertir [las máquinas y otros medios de producción en propiedad común], solo entonces se podría afirmar que “la emancipación económica” se había logrado. Ayudaría que el Partido Demócrata expandiera la lucha al frente económico además del político. En esta línea, debía enmendar el artículo dos del programa del partido para que dijera:

[Para alcanzar estos fines el Partido aspira a obtener la conquista del poder político y la implantación, en el ámbito económico, de la lucha de clases de los obreros mediante la organización de sindicatos y propaganda adecuada]<sup>151</sup>.

---

149 *La Democracia* (Santiago), 14 de octubre de 1900.

150 Navor Tomso, “El Programa Demócrata”, en *La Democracia* (Santiago), 21 de octubre y 4 de noviembre de 1900.

151 *Ibid.*

Recabarren simpatizaba plenamente con estas ideas, pero estas no coincidían con las de la mayoría del Partido Demócrata. El pensamiento del partido, al igual que su aparataje, estaba controlado por Malaquías Concha, quien redactó el programa y fue secretario general hasta su muerte en 1921. La preocupación central del partido continuó siendo ganar escaños en el Congreso y ejercer dominio sobre los gobiernos municipales y provinciales. Los líderes del ala conservadora ponían énfasis en el “orden” y se oponían a la violencia. Abogaban por “reformular para todo el pueblo sin distinción de clases [...] el gobierno de la razón, el disfrute de la libertad y el bienestar material y moral”<sup>152</sup>. No dudaban en sacar provecho electoral mediante tratos sospechosos con políticos, muchos de los cuáles colaboraban con los empleadores para combatir el derecho de los obreros a organizarse. El partido se mantuvo como defensor del progreso nacional, que debía compartirse con las masas de obreros agrícolas e industriales<sup>153</sup>.

Los “doctrinarios”, un grupo que anhelaba cambiar nombre y el programa del partido a uno definitivamente socialista, se separaron del partido. En 1912, bajo el liderazgo de Recabarren, fundaron el Partido Obrero Socialista, y desde entonces la organización obrera en Chile, tanto en lo económico como en lo político, sería dominada en gran medida por él.

---

152 Malaquías Concha, Informe de la convención del Partido Demócrata de los años 1916–1919 en *El Mercurio* (Santiago), 9 de diciembre de 1919.

153 El fracaso del Partido Demócrata en cuanto a lograr los objetivos para los que se fundó ha sido notado por varios estudiosos del tema. “Es innegable que este Partido estuvo llamado a desempeñar una decisiva importancia en nuestra vida política y ser, al mismo tiempo, la garantía de la acción del pueblo por medio de la organización sindical. Ni lo uno ni lo otro ha sucedido [...] el Partido Demócrata sólo se manifiesta por su invariable adhesión a todos los gobiernos, sin desarrollar ninguna acción positiva en pro de la realización de sus fundamentales postulados”. En Juan Tapia Carvajal, *Legislación del trabajo* (Santiago, 1937), p. 117.



## Capítulo IV

# El Partido Obrero Socialista

Recabarren dejó el norte en 1906 llevando documentos que probaban su elección legítima como diputado por Antofagasta, en representación del Partido Demócrata. El 5 de junio, hizo acto de presencia en el Congreso para prestar juramento. Justo después, solicitó la oportunidad de hacer declaración. Su conciencia, explicó a los diputados allí reunidos, no le permitía quedarse en silencio. Hacía unos instantes, había prestado juramento con reservas, ya que no compartía la creencia en un Dios en los cielos ni en los ángeles sagrados por los que se le pidió jurar.

De inmediato, un grupo de diputados fervientemente católicos exigieron que Recabarren no asumiera su cargo. Otros argumentaron que, al ofrecer su juramento, Recabarren había cumplido con los requisitos legales y su escaño no podía ser revocado. Sin embargo, nació el mito, que perdura hasta el día de hoy, de que a Recabarren se le negó la diputación porque se opuso a prestar juramento<sup>154</sup>. En realidad, el Partido Radical y su candidato objetaron su derecho al escaño, alegando fraude en el conteo de algunas urnas. Incluso *El Mercurio* de Santiago, un diario de prestigio, aunque muy conservador, desdeñó de esta acusación. En su editorial del 22 de junio se preguntaba, “¿Hay acaso un diputado en el Congreso cuya elección fuese más legítima?”. Y luego continuaba:

“Ese diputado de Antofagasta es uno de los pocos hombres en Chile que ha llegado al Congreso exclusivamente por gracia de los votos del pueblo, expresados de forma libre y espontánea, sin coerción de ningún tipo [...]

De hecho, el diputado de Antofagasta durante los últimos años ha sido el líder de la exaltación popular del norte y ha sido acusado de incitar los disturbios [...]

---

154 Recabarren, *Mi juramento* (Santiago, 1910), p. 48.

Por lo demás, se trata de un hombre pobre, un obrero genuino y no un mero impostor, como otros que hay entre nosotros. No tiene fortuna propia y su actitud durante los últimos años ha sido tal que ningún hombre rico lo ayudaría”.

A pesar de todo, la Cámara votó en su contra y ordenó una nueva elección. Recabarren regresó al norte para emprender nuevamente su campaña y fue elegido una vez más. Sin embargo, al final no logró ganar nada con esto. Los conservadores se aliaron con los radicales para excluirlo y el 26 de octubre de 1906, la Cámara de Diputados votó definitivamente en contra de su nombramiento.

Tanto su libertad como su escaño en el Congreso estaban en juego. Como diputado, hubiera gozado de fuero parlamentario, pero Recabarren, tipógrafo, periodista y agitador, corría el riesgo de ser condenado a una pena de hasta seis años. Tres días antes de que los diputados se opusieran a que asuma su cargo, la Corte rechazó su apelación en el caso Tocopilla. Esto significaba diez meses más tras las rejas. Además, la Corte ordenó que el juzgado de Antofagasta procediera con la acusación en su contra por los delitos de linchamiento e incendio intencionado. Ante estas circunstancias, Recabarren decidió que lo más conveniente era abandonar Chile e ir a Argentina.

¿Qué pasaría por su mente al cruzar la frontera? ¿Estaría quizás fatigado de la lucha? Durante casi la mitad de sus treinta años de vida, había dedicado sus esfuerzos a la creación de un mundo mejor. Se había enfrentado a la prisión en cuatro o cinco ocasiones por sus ideales. Había recibidos elogios de algunos y calumnias de otros. Cuando sus detractores descubrieron que abandonó Chile, difundieron el rumor de que se había fugado con dinero de *La Reforma*. Sin embargo, el periódico que él contribuyó a fundar, contraatacó y acusó a sus enemigos de perseguirlo hasta forzar su exilio. El periódico desmintió la calumnia, asegurando que su “nombre no sería enlodado ni aunque lo arrastraran por el barro”<sup>155</sup>.

Su actividad en Buenos Aires sugiere que no tuvo intención alguna de abandonar la lucha. Dejar Chile no implicaba dar por terminado la misión que había escogido. En realidad, sus dos años en Argentina y su viaje a Europa en 1907 fueron de vital importancia para su maduración intelectual y le proporcionaron una más acabada comprensión del socialismo.

Cuando Recabarren llegó a Buenos Aires en diciembre de 1907, *La Vanguardia*, el órgano oficial del Partido Socialista de Argentina, informó a

---

155 *La Reforma* (Santiago), 15 de diciembre de 1906.

sus lectores que Recabarren pertenecía a “la fracción avanzada del Partido Demócrata, cuyo programa de lucha es casi socialista”<sup>156</sup>. En un número anterior, había calificado su campaña al congreso como “meticulosamente socialista”. Aquellos que mejor lo conocían lo situaron entre los socialistas más destacados de Chile. No cabía duda de que el propio Recabarren se consideraba socialista. Sin embargo, su socialismo en ese momento (y esto siguió siendo cierto hasta el momento de su muerte) residía más en su corazón que en su mente. Estaba impregnado de nociones románticas y anarquistas, similares a las de Víctor Soto Román.

En 1899, Soto Román impartió un seminario denominado *La cuestión social*, que trató sobre los conceptos de propiedad, autoridad, religión, capitalismo, patriotismo, militarismo, lucha de clases, parlamentarismo, huelgas, cooperativas, competencia, mercado libre y proteccionismo. En su primera clase promovió ideas claramente anarquistas que él etiquetó como socialistas. Consideraba que la mejor forma de alcanzar el anarquismo era a través de la política. A su juicio, la política mejoraba el equipamiento intelectual de las masas, pero no podía usarse para conquistar el poder. Asimismo, tendía a atraer a toda clase de charlatanes y oportunistas, contra quienes los trabajadores debían estar siempre en guardia. Mediante la política, los obreros obtendrían el control del parlamento, y una vez conseguido, Soto Román abogaba por descentralizar las funciones administrativas hasta abolir por completo toda autoridad<sup>157</sup>. Estas ideas claramente se alineaban más con las de Bakunin y Proudhon que con las de Marx y Engels.

No es posible determinar con certeza cuándo las ideas y la organización del socialismo moderno arribaron a Chile. Aunque el interés fue considerable durante la década de 1890, el socialismo chileno, en sus inicios, careció de la claridad intelectual que Juan B. Justo proporcionó a los socialistas argentinos. En Chile, aquellos que mencionaban el socialismo con frecuencia se referían al anarquismo. La costumbre de los anarquistas de denominar su movimiento como “socialismo revolucionario” ahondaba la confusión<sup>158</sup>.

El primer grupo socialista conocido en Chile fue el Centro Social Obrero, organizado en febrero de 1896. En 1897, este grupo se comunicó con el comité ejecutivo del Partido Socialista de Argentina para enviar su

---

156 *La Vanguardia* (Buenos Aires), 16 de diciembre de 1906.

157 Víctor Soto Román, *La cuestión social* (Santiago, 1900), pp. 32–35.

158 José Ingenieros, en un artículo titulado “El Socialismo en Chile – a definir posiciones”, en *La Vanguardia* (Buenos Aires), 27 de mayo de 1899, da un espléndido análisis crítico del socialismo chileno y aquellos que afirmaban ser socialistas.

programa y acta de constitución<sup>159</sup>. Ese mismo año se formó otra organización, la Unión Socialista, que citó a una reunión pública para el 17 de octubre de 1897. Los temas sometidos a discusión fueron los siguientes: (1) socialismo y religión, (2) sindicalismo y protección mutua de los obreros, (3) paz universal, militarismo y sus malignas consecuencias, (4) huelgas y la jornada diaria de ocho horas. Por desgracia, se arrojaron pocas luces sobre estos tópicos, ya que unos matones desbandaron la reunión a pesar de la presencia policial. Un comité, compuesto por Hipólito Olivares, Luis Olea, Andrés Acevedo, Ricardo Zañartu, Gregorio Olivares, Alejandro Escobar y Carvallo, y Juan de la C. Riquelme, se dirigió a protestar con el gobernador<sup>160</sup>. La mayoría de ellos luego se identificó con el anarquismo.

En 1898, Alejandro Bustamante, médico homeopático, cortó lazos con el Partido Demócrata y fundó el Partido Obrero Francisco Bilbao, que más tarde rebautizó como Partido Socialista Científico. La elección del término “científico” resulta confusa; en caso de querer indicar una orientación marxista, resultó una denominación engañosa. La ignorancia del Partido respecto a Marx se evidenciaba hasta en la ortografía de su nombre, ya que siempre se refirieron a Marx como “Mark”<sup>161</sup>. A pesar de todo, este partido fue pionero al publicar el primer en Chile periódico llamado *El Socialista*. Para Bustamante, el socialismo simbolizaba “un nuevo Cristo, un Cristo del bien, la razón y la lógica suprema”. Él mismo escribió un *Catecismo Socialista* para los miembros del Partido Socialista Científico donde describía esta doctrina como una de “fraternidad social”, donde “los hombres deben ayudarse mutuamente como hermanos”<sup>162</sup>.

Excepto por algunos caprichos de su fundador, el Partido Socialista de Bustamante difería poco del Partido Demócrata en cuanto a objetivos expresos, programa e incluso métodos de lucha. Además de perseguir la emancipación social, política y económica, añadía una emancipación religiosa. Comprometido a batallar contra el pauperismo, los vicios, los errores, la ignorancia y el fanatismo, abogaba por el uso de las urnas para obtener una educación laica, gratuita y obligatoria, así como la formación de aprendices de las artes y profesiones.

El Partido Socialista Científico solicitaba enmiendas a la constitución nacional para implementar específicamente su programa social y económico, que incluía lo siguiente: (1) protección a la industria nacional, (2) abo-

---

159 Ibid.

160 *La Lei* (Santiago), 19 de octubre de 1897.

161 *El Socialista* (Santiago), 15 de septiembre de 1901.

162 Alejandro Bustamante, *Catecismo socialista* (Santiago, 1900), p. 11.

lición de impuestos a las importaciones de materias primas, (3) garantías al capital y la industria nacional y extranjera, (4) abolición de impuestos que dañaran a la industria y recayeran sobre los obreros, especialmente los gravámenes a los alimentos, (5) jornada laboral de ocho horas para adultos y tres horas para menores de quince años, (6) contratos libres entre empleadores y trabajadores, (7) mediación obligatoria, (8) salario mínimo y fijación de precios, (9) indemnización para trabajadores, (10) prohibición del trabajo femenino en labores riesgosas, (11) igualdad de oportunidades educativas para las mujeres, (12) ayuda gubernamental en la organización de asociaciones obreras no religiosas, (13) control obrero de las empresas estatales, (14) protección de los inquilinos y la agricultura, (15) oposición al feudalismo, al monopolio de la tierra y de cualquier tipo, (16) atribución exclusiva del gobierno para imprimir papel moneda, (17) garantía de empleo para todos, (18) cooperación estatal en la provisión de vivienda para los pobres, (19) protección estatal para ancianos y discapacitados, (20) instrucción universal en el uso de armas de fuego, (21) salario para departamentos de policía y bomberos, (22) salarios para miembros del Congreso y otros cargos públicos elegidos por votación, (23) derecho a retracto político, (24) justicia gratuita, (25) abolición de la pena de muerte<sup>163</sup>.

La indignación de Bustamante no se debía a reservas ideológicas respecto del programa del Partido Demócrata; de hecho, Bustamante copió su programa. Más bien, fue un asunto de encono personal. En 1897, intrigas partidarias le arrebataron el derecho a ser la carta del partido para la diputación. También criticó al candidato que los demócratas respaldaron en la siguiente elección presidencial. En todo caso, el Partido Socialista Científico de Bustamante no recibió un gran apoyo y desapareció en pocos años. Más tarde, tanto el propio Bustamante como la mayoría de los militantes regresaron al Partido Demócrata.

En 1901, Juan B. Larrucea organizó el Partido Social Demócrata, con un programa y principios más consistentes de socialismo. Sin embargo, también nació muerto. De hecho, no hubo intenciones reales de crear un partido socialista que pudiera competir con el Partido Demócrata hasta cuatro años después del regreso de Recabarren desde Argentina.

Casi dos semanas después de que *La Vanguardia* anunciara su llegada a Buenos Aires, Recabarren dio su primera conferencia titulada “La democracia en Chile”. El 30 de diciembre de 1906, se publicó en *La Reforma* un artículo suyo sobre el movimiento socialista en Argentina. Recabarren se propuso ser una especie de intérprete: para los obreros argentinos, de lo

---

163 *Programa y reglamento del Partido Socialista, antes Francisco Bilbao* (Santiago, 1901), pp. 15–16.

que sucedía en Chile, y para los obreros chilenos, sobre el estado de la organización obrera y socialista en Argentina. Para la edición del primero de mayo de *La Reforma*, escribió: “siempre tengo mi pensamiento en Chile y deseo aportar lo que pueda para que allí crezca gigantesca la agitación que despierte a los proletarios y los obligue a disponerse a servir sus intereses y sus necesidades”. Se encargó de identificar aquellos aspectos de la acción obrera argentina y europea que estimaba pertinentes para que los chilenos emularan. Asimismo, elaboró una serie de postulados sobre cómo debía comportarse un buen socialista. Por ejemplo, en su primera crónica sobre el socialismo argentino, destacó que los socialistas en ese país no apostaban, no bebían, no asistían a la iglesia y no eran chovinistas ni militaristas. Según él, el Partido Socialista de Argentina habría expulsado a uno de sus miembros por insistir en casarse por la Iglesia<sup>164</sup>.

Con su espíritu característico, Recabarren se sumergió por completo en su nueva esfera de influencia al conseguir empleo como tipógrafo en la sala de imprenta de *La Vanguardia*. Activo en el sindicato de tipógrafos y en la Unión General de Trabajadores, controlada por socialistas, fue delegado en mayo de 1907 en una conferencia en busca de la unificación del movimiento sindical<sup>165</sup>. Los socialistas argentinos habían intentado varias veces persuadir a los anarquistas para que se unieran a los sindicatos de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA).

En ese mismo año, Recabarren viajó a Europa y visitó España, Francia y Bélgica. En Bélgica quedó impresionado con las cooperativas. Su estancia en España culminó con una reunión con Pablo Iglesias, el arquitecto del socialismo y sindicalismo españoles. Gran parte de las iniciativas que intentó implementar en Chile después fueron un reflejo de sus experiencias en Francia y Bélgica, pero especialmente en España.

Tras su regreso de Europa, permaneció en Buenos Aires, trabajando y escribiendo, hasta noviembre de 1908. El 3 de enero de ese año, *La Reforma* publicó el primero de una serie de artículos por Recabarren, “Democracia y socialismo”, que auguró el quiebre de Recabarren con el Partido Demócrata. Su tesis central era que Chile necesitaba un Partido Socialista y sindicatos militantes. Las mutuales ya no eran efectivas y carecían de fuerza para prevenir la explotación capitalista. Lo mismo ocurría con partido pagado de burocracia y más preocupado de asegurarse cargos.

---

164 *La Reforma* (Santiago), 30 de diciembre de 1906.

165 Véase *La Reforma* (Santiago), 13 de enero de 1907, para un testimonio de la lección que el obrero chileno debía aprender de los congresos obreros. Apela a ellos de la siguiente manera: “Se espera que los obreros chilenos se libren del yugo de la inercia y la indiferencia y se preocupen un poco más de su destino”.

Insinuaba que esta situación describía al Partido Demócrata de Chile. “Si una parte de la democracia, en los últimos años, ha entrado por el camino que necesitan los obreros, ha sido en el nombre de las ideas socialistas y persiguiendo esos propósitos”<sup>166</sup>.

Para noviembre de 1908, ya no existía el riesgo de que Recabarren fuera procesado por los eventos en Antofagasta. Por lo tanto, decidió regresar a casa con el objetivo de acelerar el despertar de la conciencia obrera. Si embargo, no había pasado ni un mes en el país cuando se le arrestó el 24 de diciembre, mientras presidía una reunión del Partido Demócrata en Santiago. Apenas dos semanas después de este incidente, *El Industrial* de Antofagasta afirmó que Recabarren había solicitado un indulto, algo que él negó. Seis meses después permanecía tras las rejas. *El Proletario* de Tocopilla informó el 30 de mayo que Recabarren pidió un indulto por razones de salud. El 20 de junio, el Consejo de Estado se encontraba tramitando su solicitud. Fue puesto en libertad en agosto, cumpliendo así nueve de los diez meses de su condena original.

Antes del décimo día de octubre, Recabarren ofreció una charla en Santiago sobre el futuro de la clase obrera, lo que ocasionó el siguiente comentario de *El Proletario*: “Aquí hay un hijo de la clase obrera que no desfallece ni cesa por un momento en su misión de traer la luz del progreso a los miembros de las distintas sociedades”<sup>167</sup>. Este discurso marcó el comienzo de una gira a lo largo del sur de Chile. A principios de noviembre, Recabarren se encontraba en San Fernando, discutiendo sobre la lucha de clases y la conquista del poder político. El reportero de *La Provincia*, al informar sobre la reunión, destacó que, en lugar de “un anarquista intransigente, vi un obrero ilustrado”<sup>168</sup>. Además de abordar la lucha de clases, Recabarren expuso en dicha ocasión sobre la necesidad de aumentar la participación política de las mujeres, el fomento de las cooperativas y la amenaza del alcoholismo.

Tras su gira por el sur, Recabarren regresó brevemente a Santiago. A principios de 1911, los trabajadores de Iquique, un bastión de la industria salitrera donde cientos sufrieron la crueldad del General Silva Renard durante el éxodo de la pampa en 1907, le solicitaron que viajara y editara su nuevo periódico.

*El Grito Popular*, más tarde bautizado como *El Despertar de los Trabajadores*, salió a la luz el 28 de abril de 1911, en vísperas de la celebración del

---

166 Ibid, 3 de enero de 1908.

167 *El Proletario* (Tocopilla), 10 de octubre de 1909.

168 Ibid, 10 de noviembre de 1909.

primero de mayo. Como destacó en su editorial inaugural, el nuevo periódico apuntaba a la educación de sus lectores en cuestiones de democracia y socialismo. La definición de socialismo entregada en la edición del primero de mayo dejó entrever la influencia de Juan B. Justo, el fundador del Partido Socialista de Argentina. Esto es de particular interés si se considera las futuras posiciones de Recabarren. En ese momento, el socialismo era para él “la ciencia que avanza hacia el bienestar económico y social del pueblo, trabajando de la mano de la democracia para provocar una transformación social y poner fin a la explotación y la tiranía del hombre por el hombre”.

*El Grito Popular* apenas tenía dos meses cuando Recabarren fue arrestado en Pisagua el 24 de junio por desacato a la autoridad. A pesar de los esfuerzos para pagar una fianza, se le recluyó en la cárcel por cerca de un mes. Sus seguidores acusaron que su arresto era una maniobra de las autoridades para impedir que hiciera campaña para las elecciones a la Cámara de Diputados<sup>169</sup>. El discurso de Pisagua fue uno de los tantos que realizó en las ciudades salitreras del norte. Distintos grupos de obreros, incluido uno en Antofagasta, le pidieron que se postulara nuevamente para el cargo de diputado. Recabarren optó por candidatearse por Tarapacá, cuyo centro urbano más importante era Iquique, y utilizó la campaña para difundir sus ideas socialistas.

Bajo la influencia de Recabarren, la convención del Partido Demócrata de Tarapacá adoptó, el 29 de octubre de 1911, una declaración de principios socialista y una plataforma de exigencias inmediatas. Entre las demandas se abogó por la construcción de hogares higiénicos y decentes, equipados con agua corriente, inodoros y bañeras. Se proponía financiarlos con bonos a pagar en diez años, gestionados directamente por el Gobierno para reducir costos. Una vez listos para habitar, debían arrendarse por el menor monto posible y, tras diez años de habitadas, la propiedad pasaría a nombre del arrendatario. Otras demandas incluían un sistema de eliminación de desechos sanitarios, transporte asequible a todas las áreas de la ciudad, el uso de fondos municipales para establecer panaderías, carnicerías, pescaderías y otros negocios y fábricas, todo con la premisa de reducir el costo de la vida. En educación, esta plataforma buscaba la extender la educación pública, incluyendo internados para niños en áreas salitreras y la disponibilidad de más bibliotecas. Sugería que la Universidad implementara un programa de extensión de cátedras populares y que el gobierno subsidiara periódicos que rechazaran vender publicidad a bebidas alcohólicas. Además, exigía pensiones para las viudas, protección de

---

169 *El Grito Popular* (Iquique) 30 de junio–9 de julio de 1911.

los ancianos e indemnizaciones a los trabajadores<sup>170</sup>.

Los habituales del Partido Demócrata no vieron con buenos ojos la propuesta de candidatura de Recabarren. Preferían nominar nuevamente a Pedro Araya, pues temían perder un escaño. Previeron una oposición encarnizada al nombramiento de Recabarren en caso de que obtuviera la mayoría de los votos. A pesar de la negativa, Recabarren decidió lanzarse como candidato. Lideró una esforzada campaña, pero obtuvo relativamente pocos votos. Atribuyó el magro resultado a la compra y al robo de votos, la apatía de los electores y la mala conducción del Partido Demócrata.

Tras regresar de Argentina, Recabarren se había tornado cada vez más crítico del Partido Demócrata. La actitud hacia su campaña finalmente lo convenció de que no valía la pena seguir luchando desde adentro. En mayo de 1912, inició la publicación de una serie de artículos titulado “Orientaciones de Lucha”, en el cual instaba a adoptar un programa de tácticas abiertamente socialistas. Además, propuso cambiar el nombre del partido a Socialista<sup>171</sup>. El 23 de mayo, la sección del Partido Demócrata en el campamento salitrero Cholita dio el paso que impulsaba Recabarren. Luego, en una reunión del Partido Demócrata de Iquique presidida por el mismo Recabarren, se decidió por unanimidad tomar el nombre de Partido Obrero Socialista. Para mediados de junio, 12 secciones en las zonas salitreras desafiaron al comité central del Partido Demócrata y acordaron afiliarse al nuevo Partido Obrero Socialista. Pese a que 10 secciones aún no se pronunciaban oficialmente, todos los signos indicaban que pronto seguirían a los demás.

Hacia finales de junio, el quiebre con el Partido Demócrata se volvió irreversible. Recabarren inició entonces una campaña para inspirar a otros grupos del país a seguir el ejemplo del norte. El comité central del Partido Demócrata lo expulsó como respuesta, desencadenando un torrente de acusaciones cruzadas. Recabarren acusó a los líderes del Partido Demócrata de enriquecerse con fondos públicos y robos a la tesorería. Estos últimos, replicando a sus viejos adversarios, lo motejaron de “explotador de obreros”.

Sin inmutarse, Recabarren continuó con su misión. El 22 de agosto de 1912, *El Despertar de los Trabajadores* publicó los estatutos y el programa del recién formado Partido Obrero Socialista. Según estos, el socialismo aspiraba a transformar el sistema actual hacia uno más justo e igualitario.

---

170 *El Despertar de los Trabajadores* (Iquique), 12 de febrero de 1912 (de ahora en adelante citado como *El Despertar*).

171 *Ibid*, 16 de mayo de 1912.

Consideraba el capitalismo injusto por sus jerarquías de clase, otorgando privilegios y poder a los dueños de los medios de producción, mientras sumergía a los obreros en un ambiente “defectuoso, corrompido, mísero y lleno de ignorancia”. Ya que “la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan”, el nuevo partido aspiraba a la creación de “una sola clase de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes”. ¿Cómo conseguir esto? Debían forjarse sindicatos fuertes y arrebatar el poder a la burguesía mediante la elección de obreros.

Su escueto programa político contenía las siguientes propuestas:

1. La promulgación de leyes que mejoraran el sistema electoral y garantizaran el derecho a la libertad de expresión y reunión.
2. Eliminación del ejército permanente.
3. Cese del apoyo monetario del gobierno al clero y confiscación de la propiedad de la Iglesia
4. Enmienda del Código Civil para otorgar a las mujeres igualdad ante la ley.
5. Abolición del Senado y Consejo del Estado, y en su reemplazo un Comité Ejecutivo elegido por el pueblo directamente.
6. Prohibición de la pena de muerte.

El programa también promovía las siguientes medidas económicas: (1) establecimiento de un sistema monetario estable, (2) aplicación de impuestos directos y progresivos sobre la renta, tierra, herencia y dádivas, (3) creación de una Cámara Obrera con oficinas en los centros industriales, encargada de estudiar las necesidades de las diversas industrias, resolver disputas, inspeccionar fábricas, establecer límites en las horas de trabajo y salarios mínimos, (4) otorgamiento de indemnizaciones laborales y pensiones a ancianos y discapacitados, (5) abolición del trabajo a destajo, (6) abolición del trabajo nocturno para mujeres, (7) instalación de salas cuna para los hijos de madres trabajadoras.

Además de las prestaciones económicas universales para todos los trabajadores, se diseñó un programa especializado para los obreros salitreros. Aún no se habían resuelto sus problemas, como reveló un informe de 1913 sobre la situación en Tarapacá elaborado por un funcionario de la Inspección del Trabajo. Este documento reveló condiciones habitacionales funestas, alta mortalidad infantil, largas jornadas laborales infantiles, salarios aún pagados en fichas y costosos arriendos en Iquique, superando en precios a Santiago y Valparaíso. En algunos casos, hasta nueve personas

compartían una sola habitación. El inspector concluyó que nunca había visto tanta miseria como en los hogares de los pobres de Iquique<sup>172</sup>.

El Partido Obrero Socialista insistía en que la educación ocupara el centro de las preocupaciones del Estado, y que se le otorgara la máxima prioridad en la asignación de fondos. Abogaba por una educación laica, gratuita y obligatoria hasta los catorce años. Para asegurar la asistencia de los hijos de los obreros a las escuelas, proponía la gratuidad de elementos indispensables como la ropa, libros y útiles escolares, al igual que los almuerzos. Como parte de su programa educativo, deseaba poner en práctica campamentos para niños, aumentar el número de escuelas nocturnas e impulsar institutos vocacionales. Aunado a ello, y para estimular la sed de conocimiento junto con promover el desarrollo económico, se recomendó la exposición permanente de obras de arte, productos agrícolas y manufacturas.

En cuanto a la estructura interna, las secciones locales conformarían la base del Partido Obrero Socialista, compuestas por siete miembros cada una. Estas secciones se agruparían en distritos y, de considerarlo necesario, podían organizar federaciones provinciales o regionales. Cada sección mantenía autonomía en sus asuntos internos y elegía un comité administrativo de cinco miembros, incluyendo dos secretarios, un tesorero y un bibliotecario. Asimismo, cada una de ellas designaba a un delegado para el Consejo Federal. El trabajo diario del Consejo Federal estaba a cargo de un comité ejecutivo conformado por delegados, cuya principal responsabilidad sería velar por la educación de sus miembros en los principios y la propaganda socialista. La máxima autoridad en el partido residía en el Consejo Nacional.

Para ser militante del partido se requería una recomendación de uno de los miembros y pagar un costo no inferior a un peso, sin cuota de matrícula. El 20% de los fondos recaudados se destinaría a mantener el Consejo Federal. Por su parte, cada sección debía reunirse con la mayor frecuencia posible y cuidar del bienestar moral y material de sus miembros. Se esperaba que la conducta de cada militante fuese irreprochable, tanto en su vida privada como pública. Recabarren pretendía inculcar el respeto por las compañeras mujeres y el hábito de la sobriedad, pues el problema del alcohol era un mal reconocido entre los obreros. Recabarren insistió en fundar un periódico lo antes posible, pues lo consideraba el medio de instrucción y propaganda más efectivo. Asimismo, esperaba que cada sección del partido coordinara tantas conferencias y reuniones como fuera posible.

---

172 Manuel Rodríguez Pérez, *El trabajo y la vida obrera en Tarapacá* (Santiago, 1913), p. 72.

El reglamento del partido estipulaba la convocatoria periódica de convenciones, tanto nacionales como regionales. Las convenciones regionales o provinciales se efectuarían cada año en un sitio designado por la mayoría. En este contexto, cada sección sería representada por dos delegados, y la función principal de la convención sería revisar la labor realizada por las secciones y fijar los objetivos para el año siguiente. Los candidatos a la jefatura local debían ser elegidos por cada sección en las fechas establecidas por el Consejo Federal. Solo los miembros activos eran elegibles, y cada militante debía participar activamente en la campaña. Las personas nominadas por las secciones recibirían su confirmación oficial durante las convenciones regionales o provinciales. Todas las resoluciones adoptadas en las convenciones entrarían en vigor 20 días después de su aprobación.

Por otra parte, se prohibía a cualquier grupo local o regional establecer alianzas con otros partidos políticos. Cada propuesta de pacto debía discutirse primero por las secciones y luego en la convención regional o provincial. La decisión final recaía sobre la convención nacional, y las secciones que desobedecieran esta disposición recibirían la expulsión del partido.

Para Recabarren, la prensa y el foro de conferencias eran la llave maestra en la construcción de un movimiento socialista. A fin de fortalecerlo, Recabarren propuso la formación de una cooperativa tipográfica. Su aspiración era incrementar la estabilidad financiera de *El Despertar de los Trabajadores* y asegurar su publicación diaria sin interrupciones. Inició la campaña ofreciendo una serie de cátedras sobre las cooperativas, diseñadas para inculcar a los obreros una mentalidad cooperativista. Estas actividades ayudaron a lanzar no solo la cooperativa tipográfica, sino también una panadería cooperativa<sup>173</sup>. Para el 15 de febrero de 1913, se habían suscrito 300 de las 1000 acciones, y 2000 pesos para la cooperativa panadera. Una parte sustancial de los 10.000 pesos de capital social de la cooperativa tipográfica también había sido suscrita. Al mismo tiempo, la circulación de *El Despertar* se triplicó.

Recabarren pasó la mayor parte de 1913 y 1914 viajando de un campamento a otro por la pampa, impartiendo charlas y organizando. Dialogaba con los obreros, sus esposas e hijos, a veces sobre asuntos domésticos como los riesgos del alcohol y la importancia de considerar a las esposas como compañeras, así como sobre temas más amplios como el socialismo, los sindicatos y las cooperativas. En algunas instancias, se veía obligado a reunirse con los trabajadores en la pampa, ya que las gerencias

---

173 *El Despertar* (Iquique), 15 de febrero de 1913.

impedían tales encuentros en terrenos de las compañías. Dondequiera que fuera, quedaba impresionado por las deslucidas existencias de los obreros y sus miserables condiciones vitales. Su visita a Chuquicamata, la mayor mina de cobre de nuestros tiempos y parte del imperio de Anaconda Copper Mining Company, entonces en manos británicas, lo llevó a denunciar en *El Despertar* que 1300 obreros vivían en habitaciones deplorables y que, a pesar de ser ilegal, todavía se les pagaba con fichas, las cuales a menudo tenían que canjear llevándose una pérdida del 20%.

Recabarren compartía la crudeza de estos viajes con una mujer joven, casi veinte años menor que él, llamada Teresa Flores, a quien conoció en Iquique y con quien desarrolló un vínculo que perduró por el resto de su vida. Cuando los obreros de Iquique le pidieron a Recabarren que asumiera la publicación de su periódico, su esposa Guadalupe del Canto se negó a acompañarlo al norte. Ella nunca compartió la simpatía de él hacia los desamparados. La sugerencia del viaje al norte desencadenó en su esposa premoniciones de nuevos arrestos de su marido y dificultades económicas para ella y su hijo, de entonces catorce años. Luego de que Recabarren pasara varios años en el norte, ella cambió de opinión y se ofreció a reunirse con él. Sin embargo, entonces ya era demasiado tarde. Recabarren ya había establecido una nueva relación amorosa y se lo comunicó. No volvieron a vivir juntos como marido y mujer, y debido a que las leyes de Chile prohibían el divorcio, tampoco podría casarse con Teresa, incluso si así lo deseara. Recabarren nunca demostró gran preocupación por su hijo, y no parece haberse generado un vínculo afectivo entre ellos. El niño permaneció con su madre y más adelante se involucró en la industria de la construcción.

Quizá en una sociedad más puritana habría resultado difícil cuadrar o compatibilizar la moral familiar que Recabarren predicaba a los obreros con el abandono de su esposa e hijo. Aunque los chilenos tienen un refinado sentido del absurdo, estos no percibían la ironía de la situación, sino que más bien veían una relación de camaradería entre Recabarren y Teresa. Ella solía compartir el escenario y alentaba a las mujeres a participar en los esfuerzos por construir un mundo mejor. Con la ayuda de Recabarren, organizó El Centro Femenino y se encargó de potenciar el papel que cumplían las mujeres en el desfile y otros eventos del Día del Trabajador.

La construcción del socialismo era una tarea lenta y plagada de obstáculos. Para abril de 1914, el POS contaba únicamente con 100 miembros, incluyendo los de Iquique. Si bien es cierto que *El Despertar de los Trabajadores*, el órgano oficial del POS, se publicaba con regularidad, su número de páginas se reducía día por medio para abaratar costos. A pesar

de las dificultades, Recabarren mantenía la esperanza, y llamaba a construir lentamente, pero con solidez, despertando ideas definidas y conscientes de organización y solidaridad<sup>174</sup>.

El POS inició la campaña para las elecciones nacionales y municipales con nueve meses de antelación. Esta sería la primera vez que el nuevo nombre del partido se utilizaría en una votación. Aunque las elecciones estaban programadas para marzo y abril de 1915, a principios de julio de 1914 se acordó que Recabarren realizaría una gira de campaña por las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Mientras, la dirección de *El Despertar* quedaría en las manos de sus hombres de confianza: Elías Lafertte —ex editor del semanario anticlerical *El Bonete*—, y Luis Víctor Cruz. En relación con la futura ausencia de Recabarren, Cruz escribió: [Ahora que Recabarren, quien siempre ha sido la fuerza detrás de nuestra vida organizacional, nos deja, es más necesario que nunca que hagamos un trabajo tan fecundo como sea posible, para poder hacer feliz a Recabarren]<sup>175</sup>.

Como consecuencia del viaje, se organizaron nuevas secciones en Tocopilla, Taltal, Calama, Chuquicamata y Antofagasta, pero los votos del POS en las elecciones nacionales fueron escasos. En Iquique, el partido obtuvo 295 votos de 3.892; en Pisagua, 71 de 444; y solo 91 en los otros centros salitreros de la provincia. Tampoco alcanzaron mucho éxito en Antofagasta. Atribuyeron sus fracasos, como siempre, a la compra de votos por parte de sus contrincantes. Sin embargo, les fue mejor al mes siguiente en las elecciones municipales, en que lograron la elección de un concejal en Antofagasta y dos en Pisagua.

Recabarren no era el único insatisfecho con el Partido Demócrata ni el único con deseos de construir un movimiento socialista. Mientras trabajaba en el norte, se iniciaron movimientos para formar partidos socialistas en otras zonas del país, en su mayoría independientes entre sí. En Magallanes, en el otro extremo de Chile, el intento fue casi simultáneo al del norte. En la zona central, especialmente en Santiago, también existió una cierta actividad. Carlos Alberto Martínez, un colega tipógrafo, participante de mutuales y del Partido Demócrata, le expresó a Recabarren en una carta fechada el 23 de junio de 1912, que el Partido Demócrata había cumplido su ciclo y que se organizaría un Partido Socialista en un futuro cercano.

En realidad, la primera victoria electoral socialista se dio en Santiago en 1913, con la elección de Manuel Hidalgo como concejal. A pesar de este logro, la organización socialista en Santiago nunca alcanzó la solidez del

---

174 Ibid, 8 de noviembre de 1913.

175 Ibid, 19 de julio de 1914.

norte. Quizás la razón fue que, en el norte, la figura de Recabarren eclipsaba a las demás, mientras que, en Santiago, existían desacuerdos constantes gatillados por choques de carácter y por el oportunismo. Además, Santiago, nunca consiguió publicar un periódico propio de manera prolongada. En 1914, apareció *La Voz Socialista*, pero no logró afianzarse. Fuera de Santiago, la situación en este aspecto era más favorable. Por ejemplo, los socialistas de Punta Arenas lanzaron *El Socialista* en noviembre de 1913, y mantuvieron su operación durante muchos años.

Cuando Recabarren se enteró de la elección de Manuel Hidalgo, lo previno de formar alianzas políticas que pudieran desacreditar al Partido Socialista. No quería repetir los errores de los demócratas. Aunque los socialistas en el poder podían usar su posición para colaborar con otros partidos con el objetivo de impulsar medidas que redujeran el costo de la vida y fomentaran el bienestar de los trabajadores, Recabarren enfatizaba la importancia de que los socialistas mantuvieran su independencia en todo momento. Si los líderes en el poder transgredían este principio, Recabarren los criticaba en privado y luego amenazaba con exponer públicamente su conducta si no se corregía. En varias cartas a Carlos Alberto Martínez, fustigó repetidamente a Hidalgo por perseguir lo que consideraba como políticas públicas oportunistas. Si el movimiento socialista en Chile seguía el camino de Santiago, “no vamos a enseñar bien al pueblo”. ¿Por qué seguir las acciones de los demás partidos chilenos?, se preguntaba. ¿Por qué no mejor adoptar las prácticas de los socialistas en otras partes del mundo? Solo de esta manera se podrían conseguir “las grandezas que alcanzan en otras naciones”<sup>176</sup>.

Para 1915 y, en particular, después de las elecciones municipales de ese año, Recabarren creyó que era el momento adecuado para unir a los diversos grupos socialistas en una sola entidad nacional. En ese entonces, existían 18 organizaciones socialistas repartidas entre Pisagua y Punta Arenas. Recabarren sugirió que se reunieran en un congreso nacional en 1913, pero ninguno de los grupos era lo suficientemente sólido como para permitirse enviar delegados, y la situación económica desfavorable truncó la iniciativa. El estallido de la Primera Guerra Mundial trajo consigo consecuencias negativas para Chile; muchas de las oficinas salitreras quebraron y aumentaron los precios de los bienes de consumo. Sin embargo, a medida que la guerra avanzó, aumentó la demanda internacional de salitre y la prosperidad volvió a sentirse en las zonas salitreras y cupríferas del norte. Por lo mismo, se hicieron nuevos planes para convocar al primer congreso

---

176 Cartas inéditas, proporcionadas por C. A. Martínez. Las citas fueron tomadas de una carta de Recabarren del 5 de junio de 1913.

nacional del Partido Obrero Socialista en Santiago para mayo de 1915.

Recabarren encabezó la delegación de Tarapacá. Arribó a Santiago a fines de abril y participó en la celebración del Día del Trabajador que los socialistas organizaron a los pies del Cerro Santa Lucía. Ese mismo día se inauguró el Congreso del Partido Obrero Socialista, donde Recabarren fue asignado al Comité de Resoluciones.

Una interrogante clave para el congreso fue qué actitud tomar para la próxima elección presidencial. Los delegados acordaron no nominar un candidato propio y abstenerse de respaldar a cualquiera de los otros candidatos. El POS recomendó a sus miembros y simpatizantes no votar por candidatos burgueses y emitir sus votos en blanco. Otro asunto que se trató fue la convivencia interna en la organización socialista en Santiago. Recabarren desaprobó la división y los ataques mordaces entre camaradas, y recomendó censurar a Hidalgo por su escaso aporte como concejal. Propuso la reorganización de la sección santiaguina y la suspensión del partido de dos de sus líderes por el período de un año.

En el congreso se escogió a Ramón Sepúlveda Leal, un zapatero de Viña del Mar, para ocupar el cargo de secretario general del partido, y se dejó estipulado que la sede nacional se establecería en Valparaíso. Recabarren se trasladó entonces a esta ciudad y permaneció allí durante varios meses para colaborar en la organización del comité nacional e iniciar el periódico oficial del POS. En un principio, el periódico se llamó *La Vanguardia*, pero en agosto se cambió el nombre a *El Socialista*. Al no contar con un Recabarren al timón, esta publicación no llegó nunca a convertirse en un diario, como se hubiera deseado. A fines de diciembre de 1915, la circulación total del vocero oficial era de 600 copias<sup>177</sup>, lo que nos entrega una idea de la cantidad de adherentes al POS en ese momento.

Después de asesorar el lanzamiento del nuevo periódico, Recabarren viajó al sur a realizar una gira de propaganda que lo llevó hasta Punta Arenas. Desde allí, con su acompañante Teresa Flores, cruzó a Argentina y se encaminó hacia Buenos Aires, donde permanecieron durante casi dos años. Recabarren nunca explicó por qué optó por dejar Chile esta segunda vez.

---

177 *El Socialista* (Valparaíso), 31 de diciembre de 1915.

## Capítulo V

# La Federación Obrera de Chile

Cuando Recabarren completó su condena en 1909, impuesta por su actividad en Tocopilla, los obreros chilenos ya habían experimentado una década de grandes huelgas. También habían perdido a cientos de mártires. Aun así, más que un auténtico movimiento sindical, lo que existía era una débil unión entre las sociedades de socorro mutuo, representada por el Congreso Obrero. De 433 organizaciones obreras en 1910, solo siete eran sindicatos genuinos y ni siquiera estos podían considerarse estables. De manera imprevista, justo el año de la liberación de Recabarren, una pequeña semilla de esta década de conflictos finalmente echó raíces y con el tiempo creció se convirtió en un portentoso roble sindical.

El 18 de septiembre de 1909, Pablo Marín Pinuer, abogado de los vendedores de boletos del ferrocarril, ayudó a organizar lo que pomposamente llamaron la Gran Federación Obrera de Chile. Su propósito original era más bien acotado: recuperar el 10 por ciento de los salarios que la gerencia descontó a los trabajadores tras la huelga de 1907. Una vez alcanzado este objetivo, a los organizadores se les ocurrió la idea de convertir la organización en algo permanente y que perteneciera no solo a los obreros ferroviarios, sino que a todos los trabajadores. Transcurrió un año antes de que los fundadores empezaran a contemplar reglamentos y estatutos. No fue sino hasta 1911 que convocaron a una convención nacional para ratificarlos.

Los estatutos, cuando finalmente se adoptaron, crearon consejos locales y regionales cuyos delegados se reunirían cada dos años para evaluar logros, tomar resoluciones y elegir una junta directiva, el órgano de mayor jerarquía. Además de los miembros activos, que debían ser trabajadores, la federación incluía un director y miembros ilustres, no obreros, sino personas influyentes en la comunidad.

Tanto los estatutos como las actividades tempranas revelan que los organizadores concebían originalmente una institución de beneficio mu-

tuo y difusión cultural. Asimismo, esperaban usarla para ejercer presiones en el Congreso para conseguir una legislación favorable a los obreros. Los organizadores eran católicos devotos, oficialistas, y las ideas de lucha de clases y transformación radical de la sociedad eran por completo ajenas a su pensamiento. En los eventos importantes invitaban al clero para participar de las reuniones y bendecir sus estandartes. Tenían la esperanza de que las buenas relaciones se tradujeran en medidas que elevaran el nivel cultural, social y económico de los obreros. Incluso evitaban las huelgas y confiaban en la mediación, aunque la contingencia acabó por empujarlos por un camino al que los fundadores se opusieron enérgicamente al principio.

Con Emilio Gambié, quien fue director desde el día de su fundación hasta 1914, la Gran Federación Obrera progresó lentamente. Según una fuente, para octubre de 1911 ya contaba con 10.000 miembros a lo largo del país. Cualquier federación regional podía buscar asesoría de la junta directiva de la FOCH (como se la conocería después), y ser representada por ella ante las autoridades si así lo deseaba<sup>178</sup>. Durante este período, la federación abrazó el camino pacífico y no militante fijado por su constitución. Esta, motejaba a aquellos que promovían las huelgas como “parásitos que viven del sudor e incluso de la sangre obrera”<sup>179</sup>. Sin embargo, para 1912, su actitud ya comenzaba a cambiar. Se empezó a favorecer aquellas huelgas bien organizadas y que merecían apoyo; pero aún su carácter mutualista predominaba, ya que de lo contrario la entidad no hubiera podido constituirse legalmente.

Mientras la FOCH seguía un rumbo que no era militante, en ambos extremos del país se desarrollaron movimientos independientes que diferían radicalmente en su aproximación a los problemas de los obreros. De forma curiosa, el sur rural logró cimentar una federación sindical bastante estable e independiente antes que las zonas mineras del norte, pero al final, fue el movimiento nortino desarrollado bajo el liderazgo de Recabarren, el que impuso sus patrones y doctrina al movimiento sindical de Chile.

El porqué de la emergencia de un movimiento sindical en el extremo sur de Chile resulta casi incomprensible. Magallanes, que en 1911 ni siquiera era una provincia, es una región de fuertes vientos, pendientes pronunciadas y aguas azotadas por las tormentas, donde aún persiste la actividad glacial. Una geografía laberíntica de accidentes costeros y bosques tupidos y extensos. Unas 25.000 personas, en su mayoría de ascendencia europea, habitaban cerca de Punta Arenas, la ciudad más importante cerca

---

178 Véase el comunicado del Concejo de Concepción reimpreso en *El Trabajo* (Punta Arenas), 28 de octubre de 1911.

179 *La Gran Federación Obrera de Chile* (Santiago), 10 de noviembre de 1911.

de la boca oriental del Estrecho de Magallanes, casi en la frontera con Argentina. Detrás de Punta Arenas, se habían establecido amplios ranchos de ovejas y ganado, el pilar económico de la zona. La riqueza del territorio se concentraba en manos de tres o cuatro familias, y era controlada por la Sociedad Explotadora Tierra del Fuego.

El 11 de junio de 1911, casi tres meses antes de que la Gran Federación Obrera de Chile realizara su convención inaugural, 150 obreros de los frigoríficos se congregaron en Punta Arenas para reflexionar sobre las urgencias de la organización laboral. Una semana después, la Federación Obrera de Magallanes eligió su primera junta directiva y a sus representantes, y estaba lista para ponerse en marcha<sup>180</sup>. A diferencia de los organizadores de la FOCH, los de la Federación de Magallanes tenían intenciones de agrupar a los trabajadores de todos los rubros, nacionalidades y creencias religiosas y políticas. Aunque sus miembros podían profesar cualquier filosofía política o social, la organización se rehusó a respaldarlas directamente. Tan pronto como se fundó, la Federación comenzó a publicar el semanario *El Trabajo* e implementó un sistema de pago de cuotas para habilitarla financieramente a fin de conducir huelgas, en caso de ser necesarias.

La Federación Obrera de Magallanes se ocupó de los asuntos sindicales, aun cuando los artículos sobre socialismo, anarquismo e ideas afines se publicaron habitualmente en su periódico, y el Día del Trabajador quedó establecido como su feriado oficial. En 1913, se publicó por entregas *El contrato social* de Rousseau<sup>181</sup>, para beneficio de sus miembros.

La Federación montó una estructura eficiente y democrática, y divulgaba periódicamente el estado financiero de la recolección de cuotas regulares y de iniciación. Cada miembro pagaba 10 pesos como abono inicial, que incluía la primera mensualidad y se destinaba a un fondo para huelgas. Tras los primeros seis meses de operación, la Federación generó ingresos de 4000 pesos en cuotas de iniciación y mensuales. Al 31 de diciembre de 1913, poseía activos totales por 46.940 pesos, de los cuales 29.250,90 pesos estaban depositados en el banco y 2.500 pesos correspondían al valor de las mercancías de su cooperativa de consumo. Los activos totales en mayo de 1916 habían aumentado a 100.000 pesos<sup>182</sup>.

En diciembre 1911, la Federación consiguió su primera victoria para los obreros de las estancias ganaderas y ovinas. Los propietarios intenta-

---

180 *El Trabajo* (Punta Arenas), 13 de enero de 1912.

181 *Ibid.*

182 *El Despertar* (Iquique), 22 de junio de 1916.

ron sofocar la huelga mediante el arresto de los dirigentes bajo cargos de sedición. Dado que el mar era prácticamente la única vía para trasladarse de las estancias a Punta Arenas, la gerencia creyó que, al negarse a arrendar botes a los trabajadores, podrían aislarlos y disolver la paralización. Sin embargo, el comité huelguista anticipó esta posibilidad y la estrategia patronal fracasó. El comité instaló cocinas para alimentar a los hombres solteros, en tanto que aquellos con familias recibieron provisiones gratuitas de la cooperativa. La huelga contó con el apoyo de todos los obreros de Punta Arenas. Además, la lejanía de Magallanes respecto a los centros más poblados contribuyó al éxito de la huelga.

Los contratos que el sindicato negoció incluyeron un mecanismo para resolver las discrepancias sobre la interpretación de los acuerdos. Los temporeros tenían derecho a un pasaje de regreso. En caso de enfermedad, los empleadores accedieron a proporcionar atención médica gratuita. En situaciones de accidentes que requirieran hospitalización, los gastos de trasladarlo debía ser cubiertos por los estancieros. Los trabajadores también tenían derecho a recibir pagos durante el tiempo en que estuvieran incapacitados para trabajar. Los salarios debían abonarse en efectivo, o mediante cheques de un banco de Punta Arenas utilizando la libra esterlina como moneda<sup>183</sup>.

La membresía aumentó rápidamente tras la victoria. En 1911, el número total de miembros ascendía a 236. Para finales de 1912, esta cifra se había sextuplicado, alcanzando los 1.450, y se elevó a 2.980 en 1913. Las afiliaciones incrementaron a 6.030 en 1916, pero únicamente 2.500 miembros cumplieron con el pago de sus cuotas en abril de ese año<sup>184</sup>.

El éxito del sindicato puede dimensionarse en relación con el contrato que obtuvo con los estancieros para la temporada de 1915 y 1916. Según los términos del acuerdo, los esquiladores debían recibir un pago de una libra esterlina por cada 100 animales. Además, los dueños estaban obligados a proporcionar equipos nuevos o al menos en buen estado. Una vez finalizada la labor para la cual había sido contratados, los trabajadores tenían derecho a un pasaje gratuito hasta Punta Arenas. En términos de personal, se estableció que por cada cuatro esquiladores debía haber un asistente encargado de recolectar la lana. Estos asistentes, generalmente jóvenes de entre 13 y 18 años, tenían derecho a una paga de 5 libras esterlinas por mes. El salario mínimo para los pastores era de 7 libras y 10 chelines por mes, mientras que el de otros trabajadores se fijó en 7 libras

---

183 Ibid, 21 de enero de 1913.

184 Ibid, 22 de junio de 1916.

mensuales. Para los cocineros, la remuneración variaba entre 10 y 20 libras, dependiendo del número de personas alimentadas. En tanto que los pañaderos recibirían 12 libras durante la temporada alta y 8 el resto del año. El salario mínimo de los trabajadores no calificados era de 6 libras y 10 chelines, y para los carretilleros, 7 libras y 10 chelines. Todos los pagos se realizarían mediante notas de crédito en el banco local. Cada trabajador, a excepción de los cocineros, debía contribuir con una libra al mes por sus comidas, específicamente detalladas por el sindicato. Cualquiera con más de tres meses de antigüedad tenía derecho a transporte gratuito. Sin embargo, en caso de renuncia voluntaria o incumplimiento del contrato, se revocaría este derecho. Si un trabajador era desvinculado en un momento en que no hubiera barcos disponibles para regresarse a Punta Arenas, tenía el derecho a alimentarse a una tarifa de 8 centavos diarios por los primeros ocho días; de ahí en más, no se le exigiría pago alguno. El contrato estipulaba lo mismo para casos de enfermedades o accidentes, así como para la mediación en situaciones de desacuerdo sobre la interpretación de los contratos<sup>185</sup>.

La Federación logró condiciones igualmente atractivas para los mineros de Loreto tras una huelga de 22 días. Se aseguró un aumento salarial del 15%. Se estableció que los trabajadores debían recibir una liquidación detallada de sus ganancias, y que se pagaría el primer día de cada mes. La compañía suministraría todas las herramientas necesarias. Los trabajadores tenían derecho a recibir salario en caso de enfermedad o accidente. La compañía debía transportar sin costo alguno todos los artículos comprados por un trabajador en Punta Arenas. Aquellos que residían en la ciudad tenían derecho a transporte gratuito hacia y desde la faena. La empresa no podía expulsar a ningún trabajador de una vivienda de su propiedad sin previo aviso de 40 días. Además, los patrones accedieron a la creación de una escuela para los hijos de los trabajadores. En línea con otros acuerdos firmados por la Federación, se exigió que el 1 de mayo fuera reconocido como día feriado.

Estos logros despertaron la admiración incluso de Recabarren, quien, en un artículo publicado en *El Despertar de los Trabajadores*, sostuvo: “Ninguna organización obrera de Chile puede ofrecernos un movimiento igual en cinco años de labor [...] Y tampoco ninguna organización de trabajadores ha conseguido que su derecho de asociación sea respetado y que los salarios sean pagados en oro”<sup>186</sup>.

---

185 Ibid.

186 Ibid.

Mientras los obreros de Magallanes erigían el edificio que había suscitado tan fervientes elogios de Recabarren, este último se encontraba ocupado levantando un movimiento socialista en el norte, al mismo tiempo que organizaba sindicatos. El 1 de agosto de 1912 fundó, con la colaboración de otros 15 socialistas, un sindicato obrero compuesto por trabajadores de distintas áreas. Siete meses después, el sindicato ya contaba con 200 miembros que pagaban sus cuotas. Para febrero de 1913, se organizaron tres sindicatos adicionales: el de los obreros de la fundición tenía 35 miembros, el de los mecánicos 60, y el de los barqueros 150 miembros, todos pagando sus respectivas cuotas<sup>187</sup>. Durante su gira por Antofagasta en febrero y marzo, fundó un nuevo sindicato de mineros en Chuquicamata y, en Antofagasta, un sindicato de tipógrafos y otro compuesto por obreros de distintos oficios. La cantidad de afiliados en las tres entidades era reducida: desde 17 en Chuquicamata hasta 40 en el sindicato de Antofagasta. Luego, se organizaron varios sindicatos en Iquique, abarcando a vendedores, panaderos, carpinteros y estibadores. Hacia fin de año, existían en total de un poco más de una docena de sindicatos todavía pequeños y débiles<sup>188</sup>.

Recabarren notó con preocupación el profundo desinterés de los obreros salitreros hacia los esfuerzos de organización en ese momento. Quizá los trágicos eventos de 1907 aún estaban frescos en sus mentes. La crisis que atravesaba la industria del salitre parecía ser la causa más probable. Cuando la guerra estalló en 1914, numerosas oficinas salitreras se vieron forzadas a cerrar, dejando a cientos de obreros sin hogar. La situación llegó a ser tan precaria que *El Despertar* adaptó sus instalaciones en un albergue. Muchas familias abandonaron las pampas y emprendieron una larga travesía a pie de vuelta a sus lugares de origen.

Por fortuna, esta situación fue breve. Con el desarrollo de la guerra, la demanda de salitre y cobre aumentó, y la prosperidad regresó. Esto despertó el deseo y la necesidad de organizarse. Para 1915, el número de sindicatos entre los obreros del salitre había crecido y se contemplaba la posibilidad de unirlos en una federación regional. Se hicieron planes para permitir que los obreros de un distrito salitrero se afiliaran automáticamente a otros, simplemente intercambiando tarjetas. Además, se propuso mantener un registro de empleos para redirigir a los obreros desempleados. Las preocupaciones esenciales de la Federación todavía incluían asuntos como mejores condiciones de trabajo, salarios más altos, viviendas de calidad, y el derecho a recibir aviso con al menos 15 días de antelación en caso de despido.

---

187 Ibid, 18 de febrero de 1913.

188 Ibid, 25 de diciembre de 1913.

Todos los motivos de queja seguían existiendo. Todavía se pagaban los salarios en fichas y muchas compañías aún se negaban a permitir el ingreso de vendedores externos a los campamentos, lo que forzaba a los obreros a comprar todas sus provisiones en la pulpería. A veces, se prohibía incluso la distribución de ciertos periódicos, y no era excepcional que los obreros tuvieran deudas con la compañía cuando se aproximaba el día de pago<sup>189</sup>.

Aunque el número de sindicatos en la pampa y otros sitios del país se había multiplicado cuando Recabarren realizó un análisis en octubre de 1916, tuvo que reconocer que “en todas partes la organización es reciente y pequeña”. Las victorias eran escasas, limitándose a ligeros aumentos salariales y “algunas de libertades de consciencia”. Según su opinión, la Federación Obrera de Magallanes era la más fuerte y debía servir como modelo<sup>190</sup>.

Un nuevo espíritu revitalizó a la conservadora Gran Federación Obrera de Chile en 1916. A medida que sindicato tras sindicato decidía unirse, la FOCH se convirtió, por primera vez en la historia, en una organización de alcance nacional, tanto en términos geográficos como industriales. Incluso Recabarren, quien en 1914 la había acusado de “lamebotas de los curas” y “mirmidones de la burguesía”, se tornó menos beligerante e instó a los sindicatos a afiliarse<sup>191</sup>. Estos nuevos flujos ocasionaron un cambio en el carácter de sus deliberaciones. Muchos de los sindicatos que se unieron entre 1915 y septiembre de 1917 (cuando se llevó a cabo la segunda convención), tenían liderazgos socialistas.

En la convención de Valparaíso participaron unas 19 federaciones regionales, que representaban a todas las regiones del país y la mayoría de las industrias importantes. Los delegados decidieron suprimir el “Gran” de la cabecera de su periódico oficial y aprobaron resoluciones que incluyeron tácticas usadas por los sindicatos modernos, en especial la huelga. En respuesta a este cambio de rumbo, el Gobierno retiró la personalidad jurídica que le otorgó a la FOCH en 1912.

En los dos años siguientes, se produjo un viraje aún más radical en la orientación de la FOCH. Para cuando llegó la hora de la siguiente con-

---

189 Alberto Cabero, entonces intendente de Antofagasta, afirma que los trabajadores de la Oficina Avanzada ganaban en 1919 un promedio diario de 4,50 pesos y que al final de la semana, en realidad, debían dinero a la compañía. Véase su libro, *Chile y los chilenos*, op. cit., p. 384.

190 *El Despertar* (Iquique), 6 de octubre de 1916.

191 Véanse los artículos de Recabarren en los siguientes ejemplares de *El Despertar* (Iquique): 24 de enero de 1914, 12 de febrero de 1914 y 17 de febrero de 1914.

vención, los fundamentos ideológicos del movimiento sindical habían experimentado una transformación completa, impulsada por varios factores. En primer lugar, por el impacto de la Revolución Rusa. En segundo lugar, porque la inflación provocada por la guerra, dispuso a los obreros a escuchar a aquellos que promovían un enfoque más militante. Una ola de huelgas inundó todas las industrias e incluso se extendió a los empleados y profesores normalistas. Durante 1918, los docentes realizaron un paro por salarios más altos y una nueva consciencia surgió también entre los estudiantes universitarios. Ambos grupos se vincularon estrechamente al movimiento obrero, influyéndose mutuamente.

Un factor de especial relevancia fue la intensificación de la militancia entre los mineros del carbón. Varias huelgas habían ocurrido ya en 1902, sin embargo, la verdadera organización no comenzó hasta que la guerra trajo prosperidad. El carbón chileno se explotaba principalmente cerca de la ciudad de Concepción, en Lota, Coronel y Schwager. Estos yacimientos eran controlados en su mayoría por dos compañías: la Compañía Industrial de Lota, perteneciente a la familia Cousiño —la más grande—, y la Compañía Schwager. Las minas estaban ubicadas cerca de la costa, a varios miles de pies bajo la superficie. A los trabajadores los llevaba en promedio dos horas llegar al fondo de la mina y la misma cantidad de tiempo para regresar a la superficie. En condiciones normales, el carbón chileno no podía competir con el británico o el estadounidense. Por lo tanto, dependía casi enteramente del mercado nacional, siendo sus principales consumidores las industrias ferroviaria, salitrera y cuprífera. A medida que la guerra avanzó, la demanda de carbón experimentó un considerable aumento en el mercado nacional e internacional. Si por lo general Argentina adquiría carbón de Inglaterra, durante la guerra se convirtió en un importante comprador de carbón chileno.

Conforme aumentaba la producción minera, se exacerbaba la tensión entre los mineros. Las condiciones de trabajo eran aún peores que entre los obreros salitreros del norte. Los alojamientos eran abominables; en términos generales, independientemente de cuán grande fuese la familia, las viviendas constaban de dos habitaciones. Una hacía las veces de cocina, comedor y sala de estar, y se compartía con cualquier animal que pudieran tener, mientras que la otra servía de dormitorio. Fuentes sindicales alegaban que en cada habitación dormían un promedio de cinco a seis personas, llegando en ocasiones hasta 20<sup>192</sup>. La calidad de vida en 1917 y 1918 se puede deducir teniendo presente una investigación posterior. Aunque los estándares de vivienda han mejorado respecto de este período,

---

192 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 21 de diciembre de 1921, p. 1057.

aun así, para octubre de 1941, los 22.638 habitantes de Lota se repartían en 6.118 habitaciones. De estas, 4.434 eran dormitorios y contenían 10.380 camas. El número promedio de personas por habitación era, por lo tanto, de 3,7 y por dormitorio, 5,1. Además, un estudio de 100 casas en Schwager descubrió que 587 personas ocupaban 186 habitaciones, de las cuales 111 eran dormitorios, arrojando un promedio de 3,2 personas por habitación y 5,2 por dormitorio<sup>193</sup>. Uno puede imaginar los niveles de higiene y sanitización. De las 3.498 viviendas estudiadas en Lota Baja, 1.600 eran absolutamente inhabitables.

Con el regreso de Recabarren a Chile en 1918, el norte volvió a liderar la actividad obrera. Esta vez, Recabarren instaló su base de operaciones en Antofagasta, y asumió la dirección de *El Socialista*, que había ayudado a organizar en 1915 y que editaba Luis Víctor Cruz, a quien formó en Iquique. El hecho de que se asentara en Antofagasta obviamente no significaba que sus intereses se limitaran a esta ciudad. Al igual que antes, la pampa entera, e incluso todo el país, le preocupaba. Continuó educando al movimiento obrero mediante artículos, panfletos y conferencias.

En julio de 1918, fungió como padrino de la Federación Obrera de Tarapacá con base en Iquique<sup>194</sup>. Para 1919, ocupaba el cargo de secretario general de la Federación Obrera de la Región Salitrera y Minera. Antes, en 1913, un grupo de socialistas inspirados por él la había organizaron en el campamento salitrero de Sierra Gorda. Seis años después, la federación contaba con sindicatos en cada campamento minero, así como en los puertos de Mejillones y Antofagasta. Contaba con un total de 21 sindicatos, y estos se fortalecían cada día que pasaba. No obstante, la membresía total seguía siendo relativamente exigua, con alrededor de 4.000 miembros, de los cuales solo 2.000 eran afiliados que pagaban regularmente cuotas<sup>195</sup>.

Durante 1918, el aumento del costo de vida se convirtió en un problema de gran envergadura. En este contexto, el Consejo número 1 de la FOCH hizo un llamado a los obreros a emprender de una lucha conjunta contra la carestía. La primera reunión, que contó con la presencia de representantes del Congreso Obrero, la FOCH y otras organizaciones laborales, se llevó a cabo en la sede de los obreros ferroviarios en Santiago. Durante esta asamblea, se redactó una carta de protesta que se presentó al Congreso a través del diputado Malaquías Concha, secretario general del

---

193 Silvestre Molina Urra, *Condición económico-social de los mineros en la zona carbonífera* (Concepción, 1948), pp. 66–67.

194 *El Despertar* (Iquique), 19 de julio de 1918.

195 *El Socialista* (Antofagasta), 17 de agosto de 1919.

Partido Demócrata. En dicha asamblea, se acordó la creación de la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional y la celebración de una manifestación pública. A la Asamblea se unieron intelectuales de clase media: académicos, profesores y estudiantes. La Federación de Estudiantes de Chile tuvo un papel sumamente activo en la campaña, utilizando con frecuencia su sede como punto de reunión del comité. Por primera vez en la historia del movimiento obrero, un número considerable de intelectuales se aliaron con los obreros en busca de un objetivo común. Esto tuvo repercusiones significativas en la actividad política futura.

La primera manifestación pública de la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional se efectuó en Santiago el 22 de noviembre de 1918. Se calcula que asistieron 30.000 personas. El presidente del comité fue Carlos Alberto Martínez, reconocido socialista. Durante la jornada, los manifestantes dieron su visto bueno a un memorial que exigía la eliminación de impuestos sobre productos como azúcar, té, café, cacao, arroz y otros artículos básicos de consumo. En su lugar, se solicitó gravar las entradas lugares como el hipódromo y otros entretenimientos. También se pidió al Gobierno que retirara el impuesto aduanero al ganado argentino, una demanda que se remontaba a 1905. Una manifestación de ese año por la misma causa había acabado en disturbios donde muchos muertos o heridos. La petición subrayó que “la defensa nacional depende más de conseguir comida barata para el pueblo, promover el progreso industrial y garantizar la libertad en los sitios de trabajo, que de los ejércitos y la compra de navíos”<sup>196</sup>.

La campaña de la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional alcanzó su punto máximo con el paro nacional del 29 de agosto de 1919. Los obreros abandonaron sus puestos en muchas partes del país; incluso la mina de cobre más grande del mundo, Chuquicamata, se paralizó por completo. En Iquique, la mayoría de los negocios cerraron. En Santiago, según fuentes obreras, un tercio de la población participó en la manifestación. La marcha en Santiago demoró dos horas en pasar por un punto dado<sup>197</sup>. Recabarren, en una carta escrita el 30 de agosto a Carlos Alberto Martínez sobre el evento, expresó con satisfacción: “Nuestro movimiento de ayer fue el solemne exponente de nuestra insuperable cultura y de nuestra poderosa unidad. Ha quedado la burguesía sorprendida”. Luego añadió: “Ahora, creo necesario preparar un paro general, de 48 horas, en el caso de que no se produzca ninguna medida que abarate la vida, en forma

---

196 *El Despertar* (Iquique), 24 de noviembre de 1918.

197 *El Socialista* (Antofagasta), 30 de agosto y 31 de agosto de 1919.

visible, en el plazo de unos dos o tres meses”<sup>198</sup>.

La manifestación fue solo el prelude de una serie de huelgas. En septiembre, los trabajadores portuarios de Antofagasta protagonizaron una huelga que pronto se extendió al puerto de Valparaíso. Al mes siguiente, los obreros de la mina Chuquicamata, de la Anaconda Copper Mining Company, también se unieron a la huelga. En noviembre, la provincia de Antofagasta y, por ende, todo el país, experimentaron los efectos de un paro ferroviario que duró 20 días. Las huelgas también provocaron el cierre de las pampas salitreras desde Pisagua a Iquique. En la zona central de Chile, las minas de cobre de El Teniente de la Braden Copper Company (hoy parte de la Kennecott Copper Corporation), también se fueron a paro. En Santiago y Valparaíso, los obreros de la telefónica y muchas otras ramas también participaron de esta oleada. Tan solo en la provincia de Antofagasta se registraron 30 huelgas importantes durante el año.

Un testimonio describe esto como una reacción en cadena. Un día “puede haber una huelga en Antofagasta, al día siguiente en Mejillones o donde sea que lo haya decretado el soviét encubierto”<sup>199</sup>. Recabarren, por su parte, entregó la siguiente descripción: “Estamos atravesando una semana con muchas huelgas, en el puerto, aquí y en Mejillones. Pero domina el espíritu tranquilo. Eso sí que los huelguistas procuran que nadie trabaje, que no haya carneros y recurren a todos los medios. Todas nuestras huelgas de los puertos triunfan. Nuestra situación se reafirma cada minuto más y más. Hay ya un poderoso ambiente de unidad y de organización que nada desbaratará”<sup>200</sup>.

Según *El Mercurio* de Santiago, las huelgas se habían vuelto tan frecuentes que no transcurría un día sin que los periódicos reportaran novedades. Este diario atribuía esta seguidilla de huelgas, por un lado, a causas legítimas y, por otro, al “contagio psicológico”. Opinaba que muchas de ellas eran injustificadas. La editorial del 4 de diciembre sostenía que, en general, los empleadores habían sido generosos con las demandas de sus trabajadores, tanto así que algunos de ellos estaban en riesgo de quebrar. El artículo se inclinaba a culpar a los “agitadores” por la cantidad de paros, en especial en el norte.

El intendente de Antofagasta, quien conocía mejor la situación, no

---

198 Recabarren, carta inédita a C. A. Martínez, 30 de agosto de 1919, en posesión de Martínez.

199 *El Mercurio* (Santiago), 2 de diciembre de 1919.

200 Recabarren, carta inédita a C. A. Martínez, 20 de noviembre de 1919, en posesión de Martínez.

negó la influencia de Recabarren y otros dirigentes. Insistió, sin embargo, en que estos no habrían logrado nada si el pueblo no estuviera dispuesto a seguirlos. A diferencia de otros funcionarios, el intendente le daba más importancia a asuntos como la miseria general, la crisis económica, el estancamiento de los salarios desde 1914 y la falta de legislación social. Relató casos de obreros que no habían visto un centavo de su salario; sin embargo, al hacer los cálculos descubrían que adeudaban dinero a la salitrera en razón de sus compras en la pulpería. Además, presencié cómo en 1919 todos los obreros y sus familias fueron expulsados cuando cerraban las oficinas sin recibir un centavo de compensación y menos un pasaje para trasladarse a un nuevo lugar de trabajo. En 1919, 200 hombres, mujeres y niños vagaron por la pampa porque carecían de dinero para los pasajes de tren. Al final, el gobierno envió un tren a recogerlos. Miles de hombres, mujeres y niños hambrientos arribaron durante ese año a Antofagasta, y fueron alimentados y albergados con fondos públicos, para luego ser enviados a la zona central de Chile<sup>201</sup>.

Fue en este complejo escenario que la FOCh programó su tercera convención para el 25 de diciembre de 1919 en el corazón de la zona carbonífera: Concepción. Desde Antofagasta viajaron Recabarren y Hernán Cortés. Partieron en barco y recalaron en Valparaíso con suficiente antelación para consultar a los socialistas de allí y de Viña del Mar, y ofrecer dos charlas ante un público de 1.000 personas. En la Convención participaron un total de 100 delegados, en su mayor parte hombres jóvenes influenciados por Recabarren y el Partido Obrero Socialista, así como participantes de las huelgas recientes. Representaron a 73 federaciones con un total de 20.000 miembros, desperdigados desde Tacna en el norte a Magallanes en el sur. Este número incluía representantes de cada industria importante del país.

Recabarren fue electo director de la convención y presidió las asambleas. Estas dieron un giro claramente a la izquierda, lo que resultó en una actualización de la constitución y los estatutos de la FOCH. La Convención acordó que el objetivo último de la FOCH era la eliminación del sistema existente y su sustitución por el socialismo. Una vez que el capitalismo fuese abolido, la FOCH administraría la producción industrial. Adoptó el lema “la unión hace la fuerza” y eligió la bandera roja como su estandarte, reflejando claramente la influencia de Recabarren en estas decisiones<sup>202</sup>. Según el diario *La Unión* de Valparaíso, “no hay duda de que el Director de la Convención, Luis E. Recabarren, quien es bien conocido por sus

---

201 Alberto Cabero, op. cit., pp. 384–385.

202 *El Socialista* (Antofagasta), 6 de enero de 1920.

doctrinas y sus intransigentes actos de rebelión, le infundió sus ideas”<sup>203</sup>.

Entre los objetivos específicos se encontraban: (1) la defensa de la vida, la salud, y el bienestar moral y material de todos los obreros, (2) la protección contra la explotación por parte de capitalistas, mercaderes y autoridades, (3) apoyar al progreso institucional y a la cultura mediante escuelas, ateneos y bibliotecas obreras, (4) obtener salarios más altos, precios más bajos y viviendas mejores. También se instó a los sindicatos a establecer un fondo para servicios médicos, seguros de vida y desempleo tan pronto como fuera posible. Además se hizo hincapié en la necesidad de organizar una oficina de empleos y prohibir la venta de bebidas alcohólicas en los centros sociales pertenecientes a los sindicatos.

En cuanto al método a para alcanzar estos objetivos, la Convención no se atuvo a un dogma. Adoptó más bien una posición pragmática y aconsejó a sus afiliados que usaran cualquier táctica que hubiera resultado útil para los obreros organizados alrededor del mundo. Se recomendó a los sindicatos organizar cooperativas de consumo y practicar la ayuda mutua, y se exhortó a los Consejos de la FOCH a moderar las huelgas y a agotar primero todos los métodos pacíficos a disposición. Cualquier grupo de 25 obreros (50 en Santiago) podía organizar un Consejo Federal, que era la unidad básica de la FOCH. Estos tenían la tarea de establecer un Consejo Provincial cuya labor central era organizar a los no afiliados. La sede principal de la FOCH estaría en Santiago y su organización bajo la responsabilidad de un secretario general.

La oposición a la actividad de la Convención fue sorprendentemente limitada y provino en su mayoría de Marín Pinuer y sus seguidores. Recabarren y sus adherentes, por otro lado, hicieron todo lo posible para contrarrestar cualquier desavenencia que surgiera. Estaban especialmente ansiosos de obtener el apoyo de los trabajadores ferroviarios, entre los cuales Marín Pinuer preservaba un grado de influencia. Al principio, apareció una oposición reducida, incluso entre estos trabajadores. De hecho, una de las secciones ferroviarias autorizó a la FOCH a intentar recuperar 75.000 pesos de Marín Pinuer y accedió a pagarle a la FOCH 20 centavos por cada uno de sus miembros<sup>204</sup>.

Para Recabarren, el logro más destacado de la Convención fue su declaración de principios. Ya en 1916, él sostenía la creencia de que “un sindicato existe solo para obtener algunos aumentos mezquinos en los salarios, un puñado de horas menos y algunas mejoras menores en cuan-

203 Reproducido en *El Socialista* (Antofagasta), 23 de enero de 1920.

204 *La Comuna* (Viña del Mar), 31 de diciembre de 1919.

to a higiene y el trato del obrero en el trabajo [...] las actividades de un sindicato son estériles e inútiles para alcanzar nuestra meta de perfección social”. Si es para auxiliar en la destrucción de todas las formas de esclavitud, entonces debía tener como objetivo la propiedad social de los medios de producción y la abolición del sistema de salarios. “Cada sindicato debe ser una escuela, cada día más perfecta y completa” que educará a los obreros y sus familias para participar en la sociedad sin clases. La obra menos significativa de la unión era, por lo tanto, la lucha por salarios más altos y las demandas inmediatas de esa índole<sup>205</sup>.

La FOCH reformada se enfrentó a tres problemas que absorbieron el grueso de sus energías hasta la siguiente convención: ¿Cómo hacer frente a la crisis que reducía los sueldos y despedía a los obreros de sus trabajos? ¿Qué rol debía desempeñar la FOCH en las elecciones presidenciales y parlamentarias? ¿Debía la FOCH afiliarse a la Internacional Sindical Roja que organizó en Moscú en 1920? Sin duda, la cuestión más apremiante era la económica.

Al finalizar la guerra, Chile no solo tuvo que afrontar el desafío de adaptarse a una economía en tiempos de paz, sino también a un cambio permanente en su posición como exportador mundial de salitre. Durante la guerra, un químico alemán descubrió el salitre sintético, lo que representó un duro golpe para la economía chilena y, por ende, para sus pretensiones fiscales. Esta situación se agravó por la política de racionalización en la producción de las minas de cobre introducido por capitales estadounidenses cuando tomaron su control. Esta estrategia económica redujo la necesidad de mano de obra y, por ende, las oportunidades de empleo, al menos a corto plazo. Aunque se observó una leve mejoría en la industria salitrera en 1920, el panorama económico general continuó siendo desfavorable, con altas tasas de desempleo. A medida que la situación empeoraba, aumentó el descontento y la violencia. Durante 1920, se efectuaron al menos 105 huelgas, en las cuales participaron aproximadamente 50.439 trabajadores. Añadiendo un toque de amargura, las compañías se negaron rotundamente a permitir que los obreros se organizaran y negociaran colectivamente. La evidente parcialidad del gobierno solo echó más leña al fuego, y las campañas políticas no hicieron nada para apaciguar la situación.

La tensión era particularmente palpable en las minas de carbón. Durante los dos años siguientes, la industria se paralizó en repetidas veces por huelgas de la FOCH lideradas por Juan Pradenas Muñoz, editor del pe-

---

205 *El Socialista* (Antofagasta), 1 de noviembre de 1920.

riódico *¡Adelante!*, publicado en el puerto vecino de Talcahuano. Pradenas era un ex estibador y miembro del Partido Demócrata. En aquella época, el Partido Demócrata ejercía tanto poder sobre los obreros en esta zona como Recabarren y su Partido Obrero Socialista en el norte.

El primer paro de los mineros del carbón comenzó el 19 de enero de 1920, en Schwager. En un inicio, los mineros solicitaron una serie de exigencias a las que aparentemente la compañía accedió. Sin embargo, el 9 de febrero los obreros presentaron nuevas demandas, siendo la más significativa la solicitud de que no se les pagaran con fichas. También pidieron cambios en las condiciones de las pulperías. La compañía se comprometió a resolver los reclamos, para satisfacción de los trabajadores. Sin embargo, el 18 de febrero, los obreros reanudaron la huelga bajo el argumento de que las promesas no se habían cumplido. Ahora exigían el despido de uno de los empleados de la pulpería. Aparentemente, la compañía volvió a ceder y los obreros regresaron a las minas<sup>206</sup>.

Un nuevo brote de descontento surgió en marzo, esta vez entre los mineros de Curanilahue. La huelga se propagó rápidamente hasta que involucró a todas las minas. El gobierno declaró estado de sitio, impidiendo que los huelguistas se reunieran o buscaran ayuda en las ciudades cercanas. Los órganos sindicales afirmaron que 5.000 mineros y sus familias fueron desalojados de las viviendas pertenecientes a las empresas.

Estas huelgas se produjeron en medio de la campaña presidencial más intensa de la historia chilena. Las masas obreras mostraron un interés y una participación sin precedentes en una elección. Por primera vez, se formó un frente común de obreros, estudiantes, intelectuales y progresistas en general, en torno al liderazgo de Arturo Alessandri, quien se venía desplazando hacia la izquierda desde que fue elegido senador en 1915. Fue en esa campaña que en que se ganó el apodo de “el León de Tarapacá”. Sus seguidores creían que traería un nuevo pacto social para Chile. Entre los obreros, existía a la creencia de que una victoria de Alessandri pondría fin a la violencia contra los trabajadores y sus organizaciones. Se manifestaba además un clima de esperanza en que sus reformas terminarían con la crisis y el desempleo.

Dondequiera que iba, el entusiasmo generado por sus discursos rozaba la euforia. Incluso en Antofagasta, donde las fuerzas de Recabarren mantenían el dominio entre los obreros, el fervor por Alessandri era igual-

---

206 Para un recuento detallado de esta huelga, véase Enrique Díaz Vera, “Figuras de la Gran Huelga Carbonífera de 1920”, en *La Federación Obrera* (Santiago), n°467, 5 de julio de 1922, y números subsiguientes. Enrique Díaz Vera era el secretario general de la FOCH cuando sucedieron las huelgas.

mente intenso. A principios de mayo, el Partido Obrero Socialista consideró apoyar a Alessandri como candidato presidencial, pero la idea no prosperó. En todos los lugares, las masas iban por Alessandri. Multitudes de hombres y mujeres comunes vigilaban su casa y lo escoltaban para asegurarse de que no sufriera agresiones. El 25 de junio, se organizaron equipos de guardias para impedir el robo de sus votos. Su victoria fue resonante, aunque su contrincante se negó a reconocerla al principio. Sus relaciones con los sindicatos y los obreros en general, una vez que asumió la presidencia, merecen un capítulo aparte.

Tan pronto como concluyeron las elecciones presidenciales, muchos en la FOCH pensaron que los consejos federales debían alistarse para llevar a cabo una campaña igual de vigorosa para elegir un Congreso que asegurara la legislación necesaria para implementar el programa de Alessandri. En octubre, la Federación Regional de la FOCH de Antofagasta se reunió y decidió participar directamente en las elecciones parlamentarias de marzo. Recabarren, en su gira de propaganda por el país, dijo a los obreros que los sindicatos debían involucrarse en la política. Una circular de la Junta Directiva de la FOCH estipuló que los trabajadores debían desarrollar su brazo político mediante la organización de un partido propio.

La circular aconsejaba que los consejos regionales y provinciales deliberaran sobre si la FOCH debía organizar un partido obrero. Se convocó a una reunión para noviembre para considerar el problema de la acción política. Recabarren fue el presidente, y Pradenas Muñoz, el vicepresidente. Se concluyó que un partido no “satisface las aspiraciones más apremiantes de los obreros”. Mientras tanto, se debía trabajar en conseguir la elección parlamentaria de la mayor cantidad posible de hombres de la FOCH y dejar la futura organización a una asamblea especial de los líderes del Partido Obrero Socialista y del Partido Demócrata, agendada justo antes de la Convención de la FOCH en diciembre de 1921 en Rancagua.

Una parte de la resolución relativa a la organización política adoptada en noviembre es de particular interés, ya que adelantaba cuál sería quizá la futura actitud de la Convención. Por este motivo, merece ser citada completa. Esto es lo que se dijo:

“Es necesario que los concejos estudien si es aconsejable la afiliación a la Tercera Internacional de Moscú para que el asunto se resuelva en la Convención de Rancagua. Es un hecho que la humanidad está empezando a notar que el régimen proletario de Rusia está yendo en una excelente dirección y realizando el hermoso trabajo de construir un nuevo orden social basado en

la justicia y la paz humana genuinas”<sup>207</sup>.

La resolución dejaba a discreción de cada consejo la forma en que participaría en las próximas elecciones parlamentarias. No se obligaba a ninguno a participar. Sin embargo, muchos consejos se sumaron activamente a la campaña y la FOCH afirmó haber logrado la elección de siete diputados, Entre ellos, miembros de los partidos Radical, Obrero Socialista y Demócrata.

En el norte, la FOCH mantenía una alianza con el Partido Obrero Socialista, ambos controlados por Recabarren. Recabarren se postuló como candidato a diputado por Antofagasta, y su colaborador más cercano, Luis Víctor Cruz, por Tarapacá; ambos fueron electos. Esta era la primera vez, desde su inscripción como partido, que el POS triunfaba en una elección parlamentaria. Al dar la buena noticia, *El Socialista* destacó que la elección de Recabarren era un triunfo por partida doble. “Hemos triunfado como socialistas en nuestro rol de maximalistas y hemos triunfado con el hombre al que más teme la burguesía chilena”, rezaba<sup>208</sup>. Sin embargo, el periódico omitió mencionar a sus lectores que este triunfo contó con el respaldo de un pacto con los partidos políticos que Recabarren solía considerar enemigos de los obreros.

Una vez finalizada las elecciones, Recabarren y sus seguidores comenzaron una campaña para cambiar el nombre del Partido Obrero Socialista al de Partido Comunista. Incluso antes de que eso ocurriera, abogaron por la afiliación de la FOCH a la Internacional Sindical Roja de Moscú. En un período relativamente breve, la FOCH se hizo completamente funcional al comunismo, volviéndose ideológicamente indistinguibles. No obstante, antes de ahondar en cómo el comunismo arribó a Chile, vale la pena revisar el año que culminó con el cambio de mando de Arturo Alessandri.

---

207 *El Socialista* (Antofagasta), 10 de diciembre de 1920.

208 *Ibid*, 7 de marzo de 1921.



## Capítulo VI

### El año de los “subversivos”

Para 1915, la violencia en las huelgas, la persecución a los dirigentes, los ataques a las sedes sindicales y la clausura de imprentas obreras ya no eran sucesos aislados en Chile. Sin embargo, estos asedios parecen casi benignos si se los compara con la ola de terror y los actos barbáricos cometidos durante la presidencia de Juan Luis Sanfuentes en 1920, conocido como el año de los “subversivos”. Este término, apropiado por los círculos industriales y reaccionarios dentro y fuera del Gobierno, se utilizó para denominar tanto a los líderes como para la mayoría de los militantes obreros. Los “subversivos” más temidos eran aquellos catalogados de “agitadores”, supuestamente en su mayoría anarquistas extranjeros.

Sobre la premisa de que buena parte de las odiosidades eran causadas por la influencia maliciosa de agitadores extranjeros, el Gobierno de Sanfuentes aprobó la Ley de residencia en diciembre de 1918. Esta ley facultó a los intendentes para deportar a cualquier extranjero considerado indeseable. El concepto “extranjero indeseable”, naturalmente, se tradujo como “agitador obrero”. Bajo esta ley, muchas personas que residían en el país desde hace años fueron separados de sus familias, a menudo sin la oportunidad de resolver sus asuntos<sup>209</sup>. Este fue el caso de Casimiro Barrios, un inmigrante español que llegó a Chile a los catorce años. Gracias a su esfuerzo e inteligencia, había ascendido en el comercio minorista desde labores sencillas a un puesto de responsabilidad en una tienda de alimentos no perecederos. Intentó organizar a sus colegas para exigir los domingos libres y otras mejoras laborales. En las esquinas de las calles, declamaba discursos instando al pueblo a levantarse y exigir leyes que mejoraran las condiciones sociales. En 1920, cometió el pecado de expresar su apoyo a la candidatura de Alessandri. Como resultado, el gobierno ordenó su deportación. Apenas le concedieron tiempo para despedirse de su

---

209 Para una descripción detallada de las persecuciones durante este período, véase *La tiranía en Chile* (Santiago, 1945), 2 vols., de Carlos Vicuña Fuentes.

esposa, una ciudadana chilena, y de sus hijos nacidos en Chile<sup>210</sup>.

Pronto, el gobierno de Sanfuentes descubrió que la ley para deportar extranjeros indeseables no era suficiente para librarse de los agitadores obreros porque muchos, incluido Recabarren, eran nacionales. En consecuencia, el Congreso aprobó una nueva ley. Esta, permitía al gobierno declarar un estado de sitio temporal cuando los desórdenes públicos amenazaran la nación. Durante el estado de sitio, se suspenderían las garantías constitucionales, como la libertad de expresión, prensa y reunión, así como el derecho a elegir residencia. Al amparo de esta ley, el gobierno tendría la facultad de prohibir reuniones públicas, exiliar personas y clausurar imprentas.

En aplicación de esta ley, Recabarren fue trasladado de Antofagasta y obligado a vivir durante dos meses en Lautaro, al sur de Chile. Los obreros de Antofagasta habían organizado una manifestación contra el alza del costo de vida para el 7 de febrero de 1919. El gobierno los acusó de tramar una insurrección en lugar de una protesta pacífica, argumentando que entre sus planes se incluían saqueos de oficinas salitreras y tomas de instalaciones militares. Por lo tanto, declararon un estado de sitio. Aunque, en realidad, el Gobierno forzó cierre de *El Socialista* antes de esta declaración. Además de deportar a Recabarren, el gobierno expulsó a su asistente, el argentino Mariano Rivas<sup>211</sup>.

El estado de sitio no se limitó a Antofagasta; se extendió a casi todos los centros industriales importantes, abarcando Chuquicamata, Tocopilla e Iquique en el norte; Santiago y Valparaíso en la zona central; y Concepción y Punta Arenas en el sur. Los círculos obreros reclamaron que la intención del Gobierno era dismantelar la FOCH, respaldando sus afirmaciones con las acciones como el uso frecuente de soldados para reemplazar a los obreros en huelga. El ejército solía beneficiar a las compañías en contra de los obreros. En El Teniente, donde se ubicaban las minas de cobre de la Braden Copper Company, los soldados cooperaron con la gerencia. Lo mismo ocurrió en las minas de carbón de Lirquén y en las textileras en las afueras de Concepción. El ejército también ayudó a desalojar a miles de familias en Chuquicamata y en El Teniente. De hecho, durante el paro de ferrocarriles, el gobierno destituyó al intendente civil de Antofagasta y nombró a un militar en su reemplazo<sup>212</sup>.

---

210 Barrios fue a Perú y retornó a Chile tras la elección de Alessandri.

211 *El Socialista* (Antofagasta), 5 de abril de 1919.

212 Algunos diputados del Partido Demócrata presentaron cargos de parcialidad contra el gobierno ante el Congreso. Véase *Boletín de la Cámara de Diputados*, 30 de enero de 1920, pp. 2050–2052.

La tensión causada por las huelgas se agravó debido a las disputas con Perú por Tacna y Arica. Estas dos provincias habían sido cedidas a Chile de manera provisional al finalizar la Guerra del Pacífico. Su estatus definitivo se convirtió en un tema candente tanto para Perú como para Chile a partir de 1918. Como era de esperar, Chile buscaba su incorporación permanente a su territorio, mientras que los peruanos anhelaban recuperarlas. En ambos países, las ligas patrióticas se dedicaron a enardecer a sus compatriotas. La situación se tornó singularmente compleja en el norte de Chile, en las provincias de Tarapacá y Antofagasta, que alguna vez pertenecieron a Perú y Bolivia, y donde residían aún muchos ciudadanos peruanos y bolivianos. La prensa oficial chilena sintió un escalofrío a raíz de una revuelta política en Bolivia el año anterior. El gobierno chileno interpretó la revolución en el país vecino como un intento de recuperar Antofagasta o algún otro puerto para obtener una salida al mar, por lo que ordenó la movilización de tropas.

La oposición a la sed de guerra de los nacionalistas surgió entre los obreros organizados y ciertos elementos de clase media, especialmente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. *El Despertar de los Trabajadores* advertía contra los riesgos de engendrar un espíritu bélico, y acusó a la Liga Patriótica de hostigar a los peruanos pobres. La Liga, por su parte, acusó al periódico de recibir pagos desde Perú. Una noche, los miembros de la Liga atacaron y destruyeron la imprenta, causando un profundo daño a la empresa editorial que publicaba el periódico. Cuando la policía llegó al lugar, no arrestó a los vándalos sino a las víctimas. Los dirigentes obreros y estudiantiles que objetaron la movilización de tropas y la histeria patrioter fueron tachados de antipatriotas y subversivos. Los ánimos se caldearon hasta que turbas de patriotas tomaron la justicia por sus propias manos.

El gobierno comenzó a arrestar dirigentes obreros bajo diversos pretextos. En abril de 1920, encarceló a Luis Víctor Cruz, quien sustituyó a Recabarren como editor de *El Despertar*. Ese mismo mes, detuvo a Recabarren. Se le imputó pronunciar un discurso sedicioso en el muelle de Antofagasta, que él aseguró no haber dado. A pesar de esto, se lo mantuvo encerrado durante doscientos días<sup>213</sup>. Al mismo tiempo, el gobierno desencadenó prácticas de violencia a gran escala contra los sindicatos. El grado de brutalidad de los actos dependía únicamente de las autoridades locales, cuyo poder parecía absoluto. El ejemplo más infame de la violencia ejercida por las autoridades locales, con la colaboración de los militares, contra los sindicatos, es el de Magallanes.

---

213 *El Socialista* (Antofagasta), 2 de noviembre de 1920.

En esa época, la Federación Obrera de Magallanes era la federación sindical mejor organizada y auténtica de Chile. Contaba con su propio edificio que incluía un amplio auditorio para conferencias y eventos, dirigía una escuela, contaba con una excelente biblioteca y su propia imprenta. La oportunidad para atacar a la federación surgió durante la huelga de los empaquetadores de carne de Puerto Natales. La federación local convocó a un paro general en apoyo a los empaquetadores, desencadenando una batalla campal entre la policía y los huelguistas, quienes lograron tomar el control casi absoluto de la ciudad. El comité de huelga se organizó para mantener los servicios sociales esenciales. Coordinó atención médica y hospitalaria para los heridos, racionamiento de los alimentos y protección policial. Solo aquellos con distintivos de la Cruz Roja tenían permitido el libre tránsito por las calles de la ciudad.

El gobierno consideró esto como una insurrección y las autoridades locales solicitaron tropas adicionales. En respuesta, los huelguistas enviaron una delegación a Punta Arenas, a casi 250 km de distancia, ofreciéndose a ceder el poder bajo la condición de que no se desplegaran más tropas. Las autoridades rechazaron la petición. La tensión escaló por varios días, hasta que finalmente llegaron los militares. Estos reestablecieron el orden e instauraron un régimen del terror. Cuarenta de los líderes fueron apresados y se les imputaron casi todos los delitos registrados en el diccionario: sedición, rebelión armada, asociación ilícita, homicidio, robo e incendio provocado. Muchos languidecieron en la cárcel sin juicio por cuatro años. Cuando finalmente se los procesó, la mayoría ya había cumplido su condena.

La violencia no cesó con el arresto de los líderes. Todo aquellos que se involucraron en la actividad obrera fueron etiquetados como agitadores y se les propinaron golpizas. Se les agredía sin piedad y, a veces, incluso les ataban las manos y los pies para arrojarlos al mar<sup>214</sup>. En una noche, la policía asaltó el hogar del secretario de la Federación de Puerto Natales, Daniel Cádiz. Según los relatos, lo sacaron en medio de la noche y lo dejaron esposado en un cepo sin abrigo, expuesto al frío extremo. Su esposa y sus tres hijos fueron trasladados a la frontera argentina y se los forzó a abandonar Chile. Unos pocos días después, hicieron lo mismo con Cádiz. Antes de liberarlo, le confiscaron el pasaporte y le advirtieron que no debía regresar<sup>215</sup>.

Una vez destruida la organización en Puerto Natales, las autoridades

---

214 Carlos Vicuña Fuentes, op. cit., vol. I, págs. 52–53.

215 *Ibid.*

dirigieron su atención hacia la Federación de Magallanes en Punta Arenas. Los primeros golpes los propinó la Liga Patriótica, que solicitó a la Federación unirse a una marcha en apoyo a la postura del gobierno sobre la controversia por Tacna y Arica, pero esta se negó. Durante el desfile del domingo, la Federación preparó un espectáculo para sus miembros y familias. El auditorio estaba lleno de hombres, mujeres y niños cuando una turba de patriotas atacó el edificio. Los habitantes del pueblo escucharon disparos durante una hora y luego avistaron llamas. La turba incendió por completo el edificio, e hizo todo lo posible por impedir que las personas aterradas escaparan del fuego. Cuando llegó la brigada de bomberos voluntarios, se encontró con la sorpresa de que el suministro de agua había sido cortado. El jefe de policía no dio la orden de reponer el servicio de agua hasta que las llamas amenazaron con consumir toda la cuadra. El edificio de la Federación quedó destruido en su totalidad. Algunas fuentes favorables a los obreros sostienen que treinta personas perdieron la vida<sup>216</sup>.

Tras incendiar la sede de la Federación, una parte de la turba se dirigió al hogar del editor de *El Socialista*, Román Cifuentes. Allí, le propinaron una brutal golpiza tanto a él como a su esposa embarazada. Obligaron a Cifuentes a guiarlos hasta la imprenta, ubicada a ocho cuadras, donde procedieron a destruir todo, incluida la maquinaria de impresión, para luego prender fuego al edificio. Cuando los vecinos alertaron a la policía, esta se negó a intervenir<sup>217</sup>.

Se desató un clima de terror tras la destrucción de la sede de la Federación y la imprenta del Partido Obrero Socialista. Asaltos, violaciones, robos y torturas se volvieron recurrentes. Hay un testimonio de un obrero que vivió durante ocho días en un ataúd para evadir ser capturado y torturado. Otro relato describe cómo un trabajador fue subido a un bote, atado y cargado con peso para que su cuerpo no flotara. Debido a que se desató una tormenta, los encargados de deshacerse del cuerpo temieron alejarse de la costa y lo arrojaron en aguas poco profundas. El cuidador de un faro escuchó sus gritos de auxilio, remó hasta él y lo rescató<sup>218</sup>.

Las autoridades locales impusieron una censura rigurosa. A pesar de que los hechos finalmente se hicieron públicos y se discutieron en el Congreso, el gobierno insistió en que el incendio fue causado por el tumulto en la sede de la Federación y por la dinamita que estaba almacenada en el edificio. El informe del gobernador al ministro del Interior celebró que

---

216 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 28 de agosto de 1920, págs. 1512–1513.

217 *Ibid.*

218 *El Socialista* (Antofagasta), 14 de septiembre de 1920.

“ninguna persona decente ha sido molestada”, que “los dirigentes de la Federación y otros elementos problemáticos han desaparecido” y que “el fuego de la Federación Obrera ha purgado el territorio”<sup>219</sup>.

Nadie sufrió un golpe tan contundente como los anarquistas. Eran considerados los subversivos por excelencia, y contra ellos se desplegó toda la fuerza del aparato estatal, a nivel personal y organizativo. Como los arquitectos de los primeros sindicatos y huelgas, intentaron unirse en la Federación Obrera Regional Chilena (FORCH), modelada a semejanza de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA). A diferencia de esta última, la FORCH no prosperó, y no fue hasta 1919 que los ácratas lograron organizar una federación anarcosindicalista. Se denominó Industrial Workers of the World (IWW). A pesar de compartir una ideología y formas de coordinación, es importante destacar que cada rama de esta organización global, tanto en Estados Unidos como en Chile, operaba de manera totalmente independiente. Aunque los IWW de Chile jamás alcanzaron la magnitud de la influencia de la FOCH, sí atrajeron a segmentos significativos de la clase obrera organizada, especialmente trabajadores altamente calificados<sup>220</sup>. Gozaron de especial popularidad entre los estibadores y otros trabajadores marítimos.

Los anarquistas y sus sindicatos eran acusados constantemente por la policía de incitar a revueltas, promover la violencia y fabricar bombas que supuestamente se usaban para cometer actos de sabotaje. Amparados en diversos pretextos, la policía inspeccionaba las residencias de los sospechosos anarquistas y con frecuencia declaraban haber encontrado dinamitas y bombas. Los periódicos anarquistas fueron clausurados y sus editores y distribuidores, arrestados.

A veces, los anarquistas facilitaban a la policía su trabajo al generar el repudio de las mayorías. Esto fue particularmente cierto en el caso de Efraín Plaza Olmedo. Plaza Olmedo, hijo de padres acomodados, fue un niño sensible, afectuoso y lleno de ternura. En lugar de seguir el negocio de su padre y cumplir con las expectativas familiares, se convirtió en panadero. Consideraba esta profesión como la más noble. Enloquecido por la muerte de cuarenta obreros en las minas de El Teniente como resultado de una avalancha, se dirigió al centro de la ciudad, descargó su revólver y mató a dos jóvenes. Con este acto desquiciado, esperaba llamar la atención sobre la miseria en la que vivían la mayoría de los trabajadores. A pesar de

---

219 *El Trabajo* (Punta Arenas), 6 de febrero de 1921. Para una defensa de la Federación por el diputado demócrata Guillermo Bañados, véase *Boletín de la Cámara de Diputados*, 28 de agosto de 1920, págs. 1512–1513.

220 *Acción Directa* (Santiago), agosto de 1921.

la estupidez criminal del acto, los anarquistas convirtieron a Plaza Olmeda en un símbolo de su lucha contra un sistema injusto.

Durante el apogeo de las persecuciones en 1920, no hubo un solo líder anarquista y sindicalista que no estuviera escondido o en prisión. Aquellos que languidecieron en la cárcel pasaron meses incomunicados y en confinamiento solitario. En ocasiones, algunos de ellos eran encadenados y esposados en una celda diminuta durante días y hasta semanas. Las torturas eran tales que algunos de ellos murieron en la locura y otros optaron por el suicidio.

Uno de los casos más trágicos fue el de Julio Rebosio. Al momento de la masacre de Iquique de 1907, Julio era un joven que vivía con sus padres, dueños de una pequeña zapatería cerca de la Escuela Santa María. La imagen del río de sangre de las víctimas de la masacre dejó una impresión imborrable en el pequeño Julio. A medida que creció, le atrajo el anarquismo y, al igual que Recabarren, se convirtió en periodista y tipógrafo. Editó varias publicaciones anarquistas, y para 1916 editaba *El Surco* en Iquique. Un artículo publicado allí provocó su arresto bajo el cargo de insultar al Gobierno y al Ejército. Fue condenado a 241 días en prisión o el exilio<sup>221</sup>. Escogió el exilio.

Julio Rebosio regresó en 1918, se dirigió a Santiago y nuevamente comenzó a publicar su periódico. El 10 de diciembre de 1918, fue arrestado al salir de una reunión de la Conferencia por la Paz Sudamericana, esta vez bajo el cargo de firmar un artículo sedicioso, pero pronto cambió a desertión del servicio militar. Rebosio fue entregado al ejército en Santiago, aunque la ley precisaba que debió haber sido devuelto a Iquique, donde cumplió un tiempo el servicio antes de fugarse. En Santiago, estuvo encadenado durante días e incomunicado por cuatro meses. Cuando su caso finalmente se presentó ante la corte, se descubrió que Santiago carecía de jurisdicción, por lo que se le trasladó a Iquique<sup>222</sup>. A principios de enero de 1920, se le liberó bajo fianza, solo para ser arrestado de nuevo, esta vez acusado de recibir financiamiento del gobierno peruano. Estas penosas experiencias quebraron su espíritu y el 26 de abril de 1920, se suicidó. En su honor, y como protesta contra las persecuciones, la IWW convocó a un paro general<sup>223</sup>.

Más conmovedor aún resultó el caso de José Domingo Gómez Rojas, un estudiante de pedagogía y leyes. Apenas con diecinueve años, era el

---

221 *El Despertar* (Iquique), 21 de junio de 1916.

222 *Verba Roja* (Valparaíso), diciembre de 1919.

223 *Ibid*, mayo de 1920.

hijo de una viuda pobre con quien compartía un modesto departamento de un solo ambiente en un barrio humilde de Santiago, junto con su hermano menor de cinco años. Su madre se desvivía trabajando para entregarle una buena educación. Gómez Rojas, con un talento excepcional, se destacaba por su poesía exquisita. Pareció creer que el anarquismo sería el movimiento capaz de acabar con la pobreza y la explotación. Un día, fue arrestado durante una redada en el local de la Federación de Estudiantes, algunos de cuyos miembros, como Gómez, se unieron atraídos por el anarquismo y otros movimientos radicales. A pesar de las adversidades, escribió algunos de sus mejores poemas en prisión. Sin embargo, la tortura a la que fue sometido resultó demasiado para él y afectó su cordura. Tras ser retirado a un asilo, falleció el 29 de septiembre de 1920<sup>224</sup>. De haber vivido, podría haberse convertido en un destacado poeta. Recabarren y otros denunciaron este asesinato perpetrado por el Estado.

Al menos otros dos anarquistas perdieron la vida a manos de sus torturadores, uno de ellos también en un asilo, y el otro en una prisión en Penco<sup>225</sup>. El 21 de julio de 1920, la policía llevó a cabo una redada en la sede de la IWW de Valparaíso. La organización había convocado una huelga por el aumento de los salarios. Los agentes afirmaron que durante la operación, no solo encontraron literatura subversiva, sino que también dinamita. Todos los presentes en el momento de la redada fueron enviados a la cárcel. Juan Chamorro, secretario regional, de alguna forma logró escapar, pero la policía finalmente lo capturó. En Santiago, una redada similar para capturar a Armando Triviño, el secretario nacional, fracasó. Triviño fue capaz de eludir la captura a pesar los intentos de la policía por descubrir su escondite mediante la interrogación y el arresto de su esposa.

Este capítulo no estaría completo sin la crónica del ataque a la Federación de Estudiantes y la destrucción de su sede, eventos que merecen un lugar especial en la historia del movimiento obrero. La Federación de Estudiantes ya había desempeñado un papel crucial en la lucha contra el alza del costo de vida en 1918. Algunos miembros de la clase dirigente consideraban que la Federación de Estudiantes y sus líderes eran tan subversivos como los anarquistas, si es que no más. Había muchos cuya conexión con el movimiento obrero era todavía más estrecha que la del joven poeta José Domingo Gómez Rojas. Entre ellos se encontraban Juan Gandulfo, recién graduado de la Escuela de Medicina, y su hermano Pedro, Oscar Schnake, José S. González Vera, Santiago Labarca y Juan Egaña, todos con vínculos sólidos en la lucha por un mundo mejor. Labarca y Egaña eran editores

---

224 Carlos Vicuña Fuentes, op. cit., vol. I, pp. 85–87.

225 *El Socialista* (Antofagasta), 24 de octubre de 1920.

de la revista radical *Numen*, que el gobierno clausuró. La animosidad del gobierno hacia la Federación de Estudiantes provenía principalmente de su protesta contra la movilización de tropas. Al igual que los obreros organizados, los estudiantes protestaron ante el presidente de la República y la Cámara de Diputados, argumentando que enviar tropas a las fronteras con Perú y Bolivia era como echar sal a una herida. Solo podría desatar el miedo y aumentar las probabilidades de guerra.

El 21 de julio de 1920, un grupo de jóvenes de familias adineradas acudieron a la estación de ferrocarriles, agitando banderas para despedir a amigos trasladados al norte por tres meses para participar de un curso de oficiales de reserva. En el camino de regreso desde la estación, los jóvenes manifestaron su fervor patriótico ante la Moneda, el edificio que alberga el despacho presidencial. Desde el balcón, el presidente Sanfuentes dirigió algunas palabras a los jóvenes, seguido por el senador Enrique Zañartu Prieto, quien expresó que, aunque algunos muchachos habían viajado al norte para proteger su país, otros se habían quedado en Santiago, no muy lejos de la Moneda, y estaban dispuestos a traicionarlo<sup>226</sup>. Los muchachos captaron el sentido de las afirmaciones del senador y no demoraron en actuar.

Al mediodía, la multitud caminó a la sede de la Federación de Estudiantes, ubicada a solo dos cuadras. En el lugar, había solo cuatro estudiantes que jugaban ajedrez cuando la turba hizo su aparición. Los cuatro rápidamente se percataron de la amenaza. Uno de ellos intentó llamar a la policía, pero le informaron que no podían intervenir y les aconsejaron que huyeran. ¿Pero a dónde? Ante la turba que se cernía sobre el edificio, los estudiantes decidieron huir por el techo hacia la casa contigua. Resultó ser propiedad de Raúl Edwards Mac-Clure, miembro de una de las familias más acaudaladas de Chile, cuyas simpatías estaban más inclinadas hacia los jóvenes de la turba que hacia aquellos que buscaban refugio en su casa. Los Edwards invitaron a los estudiantes a marcharse. Temerosos de las posibles represalias de la turba, se negaron; los Edwards llamaron entonces a la policía.

Los agentes sacaron a los estudiantes disfrazados de policías. En vez de dejarlos en libertad, los arrestaron y los mantuvieron incomunicados durante un día. Luego, se los llevó ante un juez y se les imputó haber violado la propiedad de los Edwards, a pesar de que la familia no presentó cargos. En contraste, a los asaltantes del edificio de la Federación de Estudiantes no se los molestó. Dos de los estudiantes universitarios salieron

---

226 Carlos Vicuña Fuentes, op. cit., vol. I, pp. 94–95.

libres tras cinco días y a los otros dos se los recluyó en la cárcel por dos meses. Se rumoreaba que uno de ellos contrajo tuberculosis. Al poco tiempo del ataque, el gobierno ordenó la disolución legal de la Federación de Estudiantes y el arresto de sus dirigentes. Algunos se las ingeniaron para esconderse y evitar el presidio. Recabarren y la FOCH protestaron contra este ataque a la Federación de Estudiantes.

Cuatro días después del destroz de la Federación de Estudiantes, tuvo lugar la elección presidencial. Muchos de los líderes de la Federación de Estudiantes eran entusiastas seguidores de Alessandri y contribuyeron activamente a su campaña. Sin duda, esto fue un factor que aumentó el odio del gobierno hacia los dirigentes universitarios. Con la victoria de Alessandri, lo peor del terror llegó a su fin. Algunos casos se prolongaron durante años, mientras que otros simplemente se archivaron y olvidaron. Así concluyó el año de los “subversivos”.

## Capítulo VII

# El comunismo llega a Chile

Para narrar cómo el comunismo llegó a Chile, retrocederemos el reloj de la historia a 1916. En octubre de ese año, Recabarren y su compañera Teresa Flores llegaron a Buenos Aires, tras concluir una gira de propaganda que los llevó hasta Punta Arenas, al sur austral del país. Desde allí, cruzar a Argentina fue relativamente sencillo. No queda claro por qué Recabarren decidió abandonar Chile en ese momento. Sin embargo, su estadía en Argentina tuvo consecuencias importantes para el futuro del movimiento obrero chileno.

La segunda estancia de Recabarren en Argentina coincidió con el período más crítico del socialismo a nivel mundial. La Primera Guerra Mundial ocasionó divisiones fundamentales en el pensamiento socialista europeo. Mientras algunos socialistas abogaban por la participación de sus naciones en la guerra, otros la veían como una pugna imperialista ajena al interés de los trabajadores. Estos últimos pretendieron utilizar la guerra como un vehículo para promover la revolución.

En Argentina, la guerra adquirió importancia cuando Alemania redobló sus esfuerzos en la campaña naval. El comercio y la industria naviera de Argentina se vieron perjudicados y el Congreso consideró las medidas que deberían tomarse en caso de que sus reclamos no fueran oídos. En algunos círculos se planteó la posibilidad de declarar la guerra. Para los socialistas argentinos que representaban al partido en el Congreso, la decisión entre la guerra y la paz resultó especialmente difícil. Aunque la mayoría de los miembros del partido se oponía a la guerra, casi todos los legisladores socialistas, incluido el fundador del partido, Juan B. Justo, respaldaban a los aliados y creían necesario condenar a Alemania y, si llegado el caso, declarar la guerra. La convención extraordinaria que se convocó para lidiar con esta cuestión se pronunció en contra de tomar partido. Los parlamentarios socialistas adoptaron una postura cuando el debate se instaló en el Congreso. Esto generó una crisis dentro del partido, que

redundó en una escisión: el ala izquierda procedió a organizar el Partido Socialista Internacional, que a la larga se convirtió en el Partido Comunista de Argentina.

Uno podría preguntarse qué tienen que ver las pugnas internas del Partido Socialista de Argentina con Recabarren y el movimiento obrero chileno. Al igual que en su estadía anterior, tan pronto como Recabarren arribó a la capital argentina, se involucró activamente en las actividades del movimiento obrero y socialista del país. Escribió para *La Vanguardia*, entonó discursos ante multitudes obreras y publicó varios panfletos sobre diversas materias, como el anticlericalismo, la acción sindical, las relaciones entre los sindicatos y el partido, el movimiento municipal y el socialismo<sup>227</sup>.

Recabarren siempre mantuvo una postura anticlerical, contraria al militarismo y a los chovinismos. En múltiples ocasiones, expresó la idea de que los obreros de Chile no tenían patria y durante la conmemoración del 18 de septiembre, el Día de la Independencia, le gustaba recordar a los trabajadores que todavía no habían alcanzado la verdadera independencia, porque “no han aún obtenido la libertad”<sup>228</sup>. Recabarren compartía con el ala izquierda del socialismo la noción de que al aceptar la guerra se negaban los antagonismos de clases. Creía con firmeza que mientras existiera la lucha de clase, no podría haber “felicidad humana” y que esta dinámica no se suspendería por participar en guerras imperialistas<sup>229</sup>. Recabarren, por lo tanto, se alió con la tendencia antibélica que se desarrolló dentro del partido argentino. Estuvo tan presente en la lucha contra el ala derecha del partido que llegó a ser reconocido con el nombramiento de secretario del disidente partido Socialista Internacional.

Cuando los bolcheviques liderados por Lenin se apoderaron de Rusia, Recabarren se encontraba aún en Buenos Aires. Se convirtió de inmediato en un apasionado seguidor de los bolcheviques. El 26 de diciembre de 1917, Recabarren escribió que los bolcheviques habían liberado al país de “todos los despotismos” y que “la utopía de esos locos llamados socialistas pasa a ser hoy no sólo una realidad, sino que la fuente de todo progreso y felicidad humana”. En Rusia ya no existía el militarismo; en su lugar, había “un pueblo armado que no se dejará despojar de sus conquistas alcanzadas con tantos peligros y dolores”<sup>230</sup>.

---

227 Los panfletos publicados por Recabarren durante su estadía en Buenos Aires incluyen: (1) *Materia eterna*, (2) *Proyecciones de la acción sindical*, (3) *Gremialismo* y (4) *Lo que puede hacer la municipalidad en manos del pueblo inteligente*.

228 *El Proletario* (Tocopilla), 16 de septiembre de 1905.

229 *La Internacional* (Buenos Aires), 2 de febrero de 1918.

230 *Ibid*, 17 de diciembre de 1917. Véase también los artículos en *El Despertar*

La Revolución Bolchevique dejó una poderosa marca en el pensamiento de Recabarren. Hasta antes, creía que las reformas y la evolución podrían mejorar las condiciones sociales, y que la destrucción del sistema capitalista podía ocurrir en etapas. Sin embargo, después de la Revolución Bolchevique, insinuó en todos sus escritos y discursos que no consideraba valioso luchar por promulgar leyes que pudieran mejorar las condiciones laborales. De acuerdo con su nuevo pensamiento, la misión del obrero era tomar el poder, seguir el ejemplo ruso y conseguir el paraíso terrenal. El giro en su visión fue tan brusco que engendró muchas contradicciones, de las cuales difícilmente era consciente. Surgió una brecha considerable entre su teoría y su práctica.

Aunque Recabarren escribió numerosos folletos y libros que trataban los aspectos teóricos del socialismo, no era un teórico per sé<sup>231</sup>. A diferencia del Partido Socialista de Argentina, el Partido Obrero Socialista de Chile contó con pocos pensadores en sus años formativos. Sus líderes intelectuales, como Recabarren, eran autodidactas. No fue sino hasta el fin de la vida de Recabarren que los intelectuales se sintieron atraídos por el movimiento. Recabarren desempeñaba roles tanto de activista como de teórico, y sus creencias poseían una influencia suprema. El número total de miembros con cuotas al día no superaba los 800, ni siquiera para 1920, y la mayoría se concentraba en el norte. Por lo tanto, no debería sorprendernos que el partido siguiera las directrices de Recabarren. En cualquier partido socialista donde surgía la cuestión de la afiliación con la Tercera Internacional, generalmente había una mayoría o una minoría importante que se oponía al cambio. En Chile no fue así.

Para el 7 de julio de 1920, el comité nacional del Partido Obrero Socialista envió una circular a todas las filiales con la instrucción de discutir la integración a la Internacional Comunista<sup>232</sup>. En octubre, varias conferencias sobre la materia se impartieron por el director editorial de *El Socialista*. En noviembre, el mismo periódico reimprimió una declaración pública del Partido Comunista de Uruguay. La afiliación sería el asunto principal en la siguiente convención, cuya apertura estaba anunciada para el día de Navidad en Valparaíso.

La convención, en la que se daría el paso trascendental de cambiar la orientación del partido, estaría conformada por un reducido número de delegados. Recabarren y Luis Víctor Cruz representaron a Antofagasta;

---

(Iquique), n° 1449–1451.

231 Para un análisis más detallado de las ideas de Recabarren, véase el capítulo X.

232 *El Socialista* (Antofagasta), 23 de julio de 1920.

Teresa Flores, al Centro Femenino. Dos delegados provenían de Iquique, pero ninguno de las zonas salitreras, ya que estos eran demasiado pobres para costearse los viajes. Dos delegados representaron a Valparaíso y otros dos a la ciudad contigua de Viña del Mar, donde se ubicaba la sede nacional del partido. No se asignaron delegados de Santiago. La convención desaprobó la acción de la sección santiaguina, que reincorporó a Evaristo Ríos, quien había sido expulsado por acusaciones de actuar como agente encubierto de la policía. Ni la región carbonífera ni la zona austral contaron con delegados<sup>233</sup>. La escasa asistencia es una prueba adicional de que la militancia en el partido era casi insignificante.

Desde el inicio, se hizo evidente que la convención votaría a favor de cambiar el nombre y de autorizar su afiliación a la Internacional Comunista. Los delegados adoptaron varios principios generales, cuya lógica implicaba que el Partido Obrero Socialista debía incorporarse a la Tercera Internacional.

La declaración de principios estipulaba:

“Que siendo todo el sistema capitalista una forma de esclavitud social, el cual por medio de su organización industrial, comercial y gubernativa somete a la mayoría de los habitantes a vivir esclavizados y oprimidos.

Que toda modificación, perfección a este sistema que rige al mundo no significaría hacer cesar la esclavitud, sino disminuirla y prolongarla.

El Partido Obrero Socialista, declara que su aspiración es sustituir este régimen de esclavitud y de explotación, por un régimen de libertad en el cual las industrias y el gobierno sean administradas por la organización obrera, poniendo al servicio social todo el sistema industrial y gubernativo, declarando abolido el régimen capitalista en todas sus manifestaciones”<sup>234</sup>.

La resolución sobre la afiliación dio pie a un referéndum entre los miembros. Una vez aprobada, se instruyó al Comité Ejecutivo del partido que entablara contactos con Moscú y solicitara su ingreso. El partido se comprometió a llevar a cabo los veintiún puntos que Lenin fijó como requisitos para integrar la Internacional Comunista, tan pronto

---

233 *Comuna* (Viña del Mar), n° 118, 1 de enero de 1921.

234 *Ibid.*

como “la capacidad proletaria lo permita”<sup>235</sup>.

La nueva orientación exigía tácticas diferentes. En lugar de los métodos reformistas y evolutivos que “solo sirven para alejar a las masas obreras del camino directo a su liberación y para perpetuar el odioso e inhumano sistema de explotación capitalista”, el partido debía evolucionar hacia prácticas revolucionarias<sup>236</sup>. Debe “capacitar, orientar y disciplinar científicamente a sus adherentes para que se constituyan en la vanguardia revolucionaria del pueblo”<sup>237</sup>. Por su parte, la acción comunista en el sindicato debía “asistir en la marcha de los obreros al triunfo final [...] de abolir el capitalismo”. La FOCH debía convertirse en “una escuela revolucionaria” en la que los líderes se formarían para “la revolución social”. Debía ser, en definitiva, “el estado mayor en las filas de los grandes ejércitos en movimiento”<sup>238</sup>.

La primera tarea consistía en organizar consejos de fábrica, los cuales prepararían a los obreros para el día en que tuvieran que administrar la organización industrial<sup>239</sup>. Desde el punto de vista político, el partido asegura la elección de sus miembros en el Congreso y en las legislaturas locales. El objetivo de los parlamentarios comunistas no era promulgar leyes de mejoramiento social; su trabajo era contribuir a expropiar las compañías capitalistas. Con todo, no se especificaba cómo lograrían esto siendo una minoría. La nueva ideología revolucionaria no descartaba alianzas temporales con partidos burgueses, pero dichas alianzas solo podían concretarse con el permiso del Comité Ejecutivo nacional<sup>240</sup>.

La mano de Recabarren, quien presidía las asambleas y formaba parte del comité de resoluciones, se notó con claridad en las decisiones tomadas en el día de la convención. En la editorial de *El Socialista* del 9 de enero de 1921, titulada “¿Hacia dónde vamos?”, Recabarren escribió:

“Ahora nos dirigimos a la Tercera Internacional; ciertamente estamos yendo hacia la futura “patria” del socialismo, aquella que le pertenece a todos los hombres y mujeres. Hacia allá vamos y al frente va una entidad aún más poderosa: la FOCH. Puede que ella incluso nos preceda, ya que en ella corre nuestra sangre comunista.

---

235 Ibid.

236 Ibid.

237 *La Federación Obrera* (Santiago), 7 de abril de 1922.

238 Ibid, 18 de junio de 1922.

239 Ibid.

240 *El Socialista* (Antofagasta), 30 de diciembre de 1920.

En fin, Lenin tiene en este país una vanguardia de ejército, que siempre ha estado aquí. Este ejército [...] preparará la conciencia de los obreros del mundo para la revolución que hará felices a todas las personas. Una revolución, con o sin violencia, traerá a la humanidad días felices y buena fortuna, bajo la maravillosa construcción técnica del comunismo<sup>241</sup>.

Esta cita revela que Recabarren tenía la intención de conducir a la FOCH a los principios comunistas en la próxima convención. Para él y sus colaboradores, esto era natural y lógico. Tanto los sindicatos como el partido político obrero existían para destruir el capitalismo. La FOCH debía, por lo tanto, ser parte del movimiento internacional cuyo ímpetu revolucionario ya había acabado con el capitalismo en Rusia y lideraba la embestida a nivel mundial. El capitalismo ingresaba a un período de crisis que no se limitaba a un solo país. En este período, el sindicalismo revolucionario tenía la responsabilidad de luchar junto a la vanguardia política<sup>242</sup>.

En la convención de la FOCH, que inició el 25 de diciembre de 1921 en Rancagua, estuvieron presentes cerca de cien delegados. La FOCH se hallaba en la cúspide de su poder e influencia. La primera confrontación se dio con la policía, que prohibió exhibir la bandera roja y otros emblemas soviéticos. La primera acción de peso fue una resolución que condenó al Partido Demócrata por su colaboración con gobiernos burgueses y adoptar tácticas reformistas. En la conferencia regional de la FOCH de noviembre de 1920, previa a las elecciones parlamentarias, el Comité Ejecutivo había recibido la instrucción de buscar la unidad política de los partidos Demócrata y Obrero Socialista. La resolución adoptada en la convención de Rancagua anunciaba el resultado. Con los intentos de incorporación del Partido Obrero Socialista a la Internacional Comunista, cualquier otro resultado se volvía imposible.

El debate sobre la afiliación a la Internacional Sindical Roja, central en esta convención, comenzó el domingo 28 de diciembre<sup>243</sup>. La resolución hizo hincapié en la necesidad de [una orientación con franca conciencia de clase]. Esta subrayaba que “la Internacional Sindical Roja constituye el centro del movimiento revolucionario obrero. Las organizaciones han abandonado a los antiguos dirigentes oportunistas y están librando

---

241 Ibid, 9 de enero de 1921.

242 *La Federación Obrera* (Santiago), 29 de diciembre de 1921.

243 Ibid.

una vigorosa lucha contra el capitalismo]<sup>244</sup>. Enrique Díaz Vera, secretario general de la FOCH, propuso que la decisión sobre la afiliación se pospusiera por un año, sin embargo, se rechazó su moción por una votación de 74 contra 46. La moción de la afiliación se adoptó por 106 votos a favor, 12 en contra y 7 abstenciones<sup>245</sup>. Solo 11 consejos sindicales se opusieron, pero estos representaban cerca del 40% de los miembros. Entre los partidarios de la afiliación se encontraba Pradenas Muñoz, figura destacada del Partido Demócrata, quien en las últimas elecciones parlamentarias había sido electo en las zonas mineras.

Las demás resoluciones de la convención evidenciaron la radicalidad de los delegados. La asamblea votó a favor de emitir estampillas postales para recaudar aportes en ayuda de la Rusia bolchevique. También manifestó su solidaridad con Sacco y Vanzetti, se comprometió a ayudar a los mineros del carbón en huelga, y a respaldar a Recabarren, acusado de instigar la revuelta en las salitreras en San Gregorio, donde varios perdieron la vida, incluido un gerente. Se trazaron planes para organizar la FOCH en departamentos industriales. Luis Víctor Cruz fue designado director editorial del periódico, pero cuando Recabarren arribó a Santiago tras su elección para la Cámara de Diputados, tomó las riendas de la imprenta. En menos de dos meses, hizo de *La Federación Obrera* un diario, aumentó significativamente su tiraje, y lo convirtió en un poderoso vehículo de difusión de sus ideas. Luego de lo acontecido en Rancagua, *La Federación Obrera* se convirtió en la práctica en el órgano del Partido Comunista y de los sindicatos, siguiendo las ideas de Recabarren. Para él, la idea de que este diario fuese simplemente un boletín sindical era una doctrina falsa y peligrosa. En 1924, se modificó el nombre a *Justicia*. El cambio marcó una plena identificación con el Partido Comunista y la subordinación de la FOCH a este partido<sup>246</sup>.

Las esperanzas de Recabarren se cumplieron. De inmediato después de la convención de la FOCH, el Partido Obrero Socialista llevó a cabo la suya propia, también en Rancagua. Recabarren y una docena de otros delegados, todos activos en la convención de la FOCH, se reunieron para concluir el trabajo iniciado en Valparaíso. Cambiaron el nombre del Partido Obrero Socialista a Partido Comunista de Chile. La estructura partidaria permaneció intacta y la sede principal no se movió de Viña del Mar. Ramón Sepúlveda Leal fue reelegido como secretario general, un cargo

---

244 Ibid.

245 Ibid, 30 de diciembre de 1921.

246 Ibid, 31 de diciembre de 1921.

que ostentaba desde la fundación del Partido Obrero Socialista<sup>247</sup>.

La oposición más fuerte a convertir a los sindicatos en adjuntos del Partido Comunista provino de los anarquistas y sindicalistas. La IWW (anarcosindicalistas) tenía una notable influencia entre los trabajadores marítimos, especialmente los portuarios, así como entre los trabajadores de imprenta, zapateros, panaderos y obreros de la construcción. También se manifestó oposición en Magallanes.

¿Por qué le resultó tan fácil a Recabarren y sus seguidores torcer el rumbo de la FOCH, cuyos orígenes habían sido extremadamente conservadores? Parte de la respuesta se encuentra contenida en un artículo que apareció en la revista estudiantil de izquierda, *Claridad*. Según el autor del texto, la FOCH presentaba un “doloroso espectáculo”. Era una “masa obrera informe que se extiende de un extremo a otro del país”. Los miembros no tenían la más remota idea del propósito de sus organizaciones ni qué ocurría en las reuniones. Aquellos que los lideraban tenían sus ojos fijos en el extranjero y seguían un rumbo que era inadecuado para las condiciones chilenas<sup>248</sup>.

En realidad, la adopción del comunismo no alteró sustancialmente las políticas sindicales de la FOCH. La corriente dominante en el sindicalismo chileno había sido revolucionaria, con un énfasis en la lucha de clases por encima de la negociación o los convenios. Ahora bien, la ideología comunista sí tuvo un efecto inmediato en la esfera política. En lugar de un entusiasmo revolucionario, Chile requería en ese entonces un liderazgo obrero capaz de colaborar con elementos progresistas dentro y fuera del Congreso para frenar el deterioro de la economía y la creciente crisis política. El presidente Alessandri, elegido por las masas populares, enfrentaba dificultades con el Congreso. Renunció a la presidencia en 1924, dando paso a un gobierno militar. Aunque un liderazgo obrero responsable difícilmente podría haber evitado estos acontecimientos, podría haber asegurado o al menos luchado por un código del trabajo que otorgara a los sindicatos más libertad frente a la interferencia estatal. Estas preocupaciones, sin embargo, no formaban parte de la interpretación de Recabarren sobre lo que el bolchevismo exigía de sus adherentes y de los comunistas en el Congreso.

---

247 Ibid, 3 de enero de 1922.

248 *Claridad* (Santiago), 22 de enero de 1921, p. 8.

## Capítulo VIII

### El diputado Recabarren

¿Se repetiría la historia? ¿La Cámara de Diputados otra vez le impediría asumir? Estas preguntas pueden haber rondado en la mente de Recabarren el 4 de junio de 1921, cuando se presentó en el Congreso para asumir el cargo de diputado por Antofagasta. Era consciente de que sus enemigos impugnaban su derecho al escaño, acusándolo de fraude y amenazas a votantes. Una vez más, cuestionaban su idoneidad para integrar el Congreso. En 1906, sus enemigos lo acusaron de ser el autor intelectual de los trágicos eventos en Antofagasta; en 1921, lo responsabilizaban por la masacre de San Gregorio.

Pero 1921 no era 1906. Durante ese intervalo de tiempo, el clima político cambió. Alessandri había sido elegido presidente el año anterior por una avalancha de votos de las clases medias y bajas, organizados bajo el paraguas de la Alianza Liberal. Estas mismas fuerzas eligieron a Recabarren como diputado y a Arancibia Laso como senador por Antofagasta<sup>249</sup>. En total, unos siete u ocho diputados, todos miembros de la FOCH, resultaron electos a lo largo del país. Entre ellos, el amigo de Recabarren y compañero socialista, Luis Víctor Cruz, contra quien también se imputaron cargos para negarle su escaño. Los otros hombres de la FOCH militaban en el Partido Demócrata o Radical. De estos, Santiago Labarca y Juan Pradenas Muñoz eran los más cercanos ideológicamente a Recabarren y al Partido Obrero Socialista.

La Cámara de Diputados no dio mucho crédito a los cargos de fraude. Decidió dejar a Recabarren en funciones, aunque con reparos. La Corte de Iquique solicitó que se le permitiera asumir. La comisión a la que se remitió este asunto mantuvo silencio hasta el final de su mandato. Cuando finalmente se presentó el informe en marzo de 1924, recomendaba a favor

---

249 Recabarren luego negó que el Partido Obrero Socialista haya formado parte de la Alianza Liberal. Había sido un mero acuerdo de unión de fuerzas para la elección. Véase *Boletín de la Cámara de Diputados*, 18 de noviembre de 1921, pp. 466–467.

de su asunción. La Cámara respaldó el informe. Asimismo, la Cámara destimó los cargos contra Cruz. Por primera vez en la historia política de Chile, el Partido Obrero Socialista —que al finalizar el año se convertiría en el Partido Comunista de Chile—, contaría con la representación en el Congreso de dos de sus voceros más destacados.

El 29 de junio, Recabarren fue designado para la Comisión de Legislación Social, y Cruz para la Comisión de Educación. En el mismo día en que Recabarren se presentó ante la Cámara de Diputados, el presidente Alessandri envió un código del trabajo al Congreso para su tramitación. En su discurso de traspaso presidencial, y a través de su ministro del Interior, Pedro Aguirre Cerda, hizo hincapié en la urgencia de acciones expeditas. La necesidad de una legislación laboral había sido reconocida incluso por su predecesor en la presidencia. Alessandri creía que las leyes laborales ayudarían a disminuir los conflictos obreros. Estaba tan convencido de la necesidad de un código del trabajo que solicitó una reunión a la Comisión parlamentaria. Esto provocó acusaciones de interferencia presidencial en los poderes del Congreso y redundó en la renuncia de un importante miembro de la Comisión que pertenecía a la oposición<sup>250</sup>.

A pesar de todos sus esfuerzos, la Comisión no asumió una actitud de urgencia. De 30 sesiones programadas, sólo 11 alcanzaron el quórum<sup>251</sup>. Además de Recabarren, había otros dos diputados de las filas obreras en la Comisión, y se esperaba que los tres se esforzaran en sacar el asunto adelante. Por el contrario, eran quienes más faltaban a las sesiones, y Recabarren era el que sumaba más ausencias de todos. Cuando el presidente de la Comisión le recriminó a Recabarren su ausentismo, este explicó su indiferencia de la siguiente manera: “¿Qué sacaríamos nosotros con asistir a la Comisión de Legislación Social, cuando nuestra opinión en ella no es tomada en cuenta?”<sup>252</sup>. Recabarren, al principio, asistió con regularidad y propuso a la Comisión que deliberara la propuesta de una Cámara del Trabajo. Durante muchos años, había defendido la creación de una agencia que regulara las relaciones entre empleadores y trabajadores, y que sirviera especialmente como bolsa de empleo y como junta de conciliación y mediación. Estas ideas difícilmente eran revolucionarias. Recabarren afirmaba que la Comisión se rehusó a considerar sus propuestas, una afirmación que fue negada por Ismael Edwards Matte, el presidente de la Comisión, y otros miembros. En cambio, afirmaron que su presencia en las sesiones

---

250 Arturo Alessandri P, *El presidente Alessandri a través de sus discursos y actuación política* (Santiago, 1926), pp. 103–106.

251 Ibid.

252 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 21 de diciembre de 1921, pp. 1058–1059.

había sido extremadamente valiosa, a pesar de que no estaban de acuerdo con algunas de sus propuestas<sup>253</sup>.

En realidad, la falta de interés de Recabarren en las labores de la Comisión de Legislación Social tenía raíces más profundas. Se fundamentaba en su creencia de que no se lograría nada aprobando leyes laborales. Durante uno de sus discursos de campaña, planteó la pregunta: “¿Quieren los obreros que vaya a la Cámara a hacer leyes obreras, opuestas a las leyes burguesas?” Su respuesta fue un rotundo “no” y la desarrolló como sigue:

“Ya comprendemos los obreros que el problema social no se resolverá por medio de las leyes, pues, la burguesía capitalista jamás habrá de permitir que se hagan leyes benéficas para el pueblo y si algunas se hicieren, no las respetará [...]

Si la representación socialista fuera al Congreso a contribuir a la dictación de nuevas leyes, no iría a obtener la verdadera libertad que necesitamos, ni a obtener verdadero beneficio para la familia obrera.

Cualquier ley que un diputado socialista obtuviera con apariencias benéficas, no serviría de nada para el pueblo, puesto que nunca han servido y en cambio contribuiría a mejorar las condiciones del Estado capitalista, postergando y retardando la verdadera emancipación popular, a la vez que haciendo confiar al pueblo en esperanzas que jamás se transformarán en bienestar social”<sup>254</sup>.

Entonces, ¿cuáles eran las funciones de un diputado comunista? La Cámara servía simplemente como una tribuna para criticar y combatir “el régimen de la explotación burguesa contra la nación”. Debían conseguir que el pueblo viera “toda la inaudita corrupción capitalista, toda la incapacidad burguesa, toda la inutilidad de las leyes burguesas”<sup>255</sup>. Estas mismas ideas las repetía en la Cámara de Diputados. “Al exponer aquí nuestras ideas sobre el Gobierno”, dijo a otros parlamentarios, “estimamos que contribuimos a realizar en el país una acción que, a nuestro juicio, puede tener mayor importancia que la dictación y discusión de leyes en este re-

---

253 Ibid.

254 *El Socialista* (Antofagasta), 23 de febrero de 1921.

255 Ibid.

cinto<sup>256</sup>. Un análisis de sus intervenciones en la Cámara revela que rara vez se apartó de esta postura.

Pasó más de un mes en el Congreso antes de que presentara una exposición pormenorizada de sus ideas en la Cámara. Hasta entonces, había sido más bien lacónico. Cuando surgió la cuestión de erigir una estatua a un héroe argentino, el General Mitre, solicitó la palabra y en dos oraciones respaldó el proyecto argumentando que estaba a favor de mejorar las relaciones con todos los pueblos del mundo. En otra ocasión, explicó a la Cámara por qué aprobó una emisión de bonos. No obstante, el 15 de julio, agarró el podio y lo mantuvo durante varias sesiones. El debate fue iniciado por su camarada Luis Víctor Cruz y se refería a la huelga general en Valparaíso. Cruz había introducido el tema en una interpelación al ministro del Interior, cuestionando la actuación de la policía y otros funcionarios en la huelga.

La huelga general se originó a raíz del malestar de los trabajadores de una fábrica de cigarrillos. Según Cruz, a los obreros se les trataba peor que a las máquinas. Las mujeres trabajaban de 7:30 de la mañana hasta las 5:30 de la tarde, por tan solo 46 centavos diarios. A veces, familias enteras trabajaban y al final de la semana descubrían que habían ganado un total de 15 pesos<sup>257</sup>. Aunque inicialmente se había llegado a un acuerdo, los empleadores incumplieron los términos, provocando que los obreros abandonaran sus puestos de trabajo. Después de 22 días en huelga, apelaron a otros trabajadores por solidaridad. Durante una manifestación para presionar al gobierno a intervenir, se produjeron altercados, posiblemente instigados por agentes secretos de la policía. Cruz afirmaba que la culpa recaía en las autoridades, no en los agitadores obreros, como afirmaban los enemigos de los trabajadores. Insistió en que el conflicto quedaría zanjado apenas intervinieran las autoridades. En tanto, el ministro del Interior acusó a Cruz, quien viajó hasta Valparaíso y ofreció un discurso de apoyo a los obreros, de incitar a la revolución social. Este respondió que, al hablar de revolución, no pregonaba la violencia<sup>258</sup>.

En defensa de Cruz, Recabarren comenzó ridiculizando la idea frecuentemente repetida por los opositores al movimiento obrero de que los agitadores, especialmente los extranjeros, eran la causa de los conflictos

---

256 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 21 de diciembre de 1921, p. 1069.

257 Estos hechos fueron contradichos por el dueño de la fábrica, y su versión fue leída por uno de los diputados de Valparaíso para su registro en el acta. Véase *Boletín de la Cámara de Diputados*, 8 de julio de 1921, pp. 972-982.

258 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 2 de julio de 1921, pp. 803-804; también, 8 de julio de 1921, pp. 988-990.

laborales. También denunció la nueva tendencia de culpar por todo a la Revolución Bolchevique. Informó a la audiencia que mucho antes de la Revolución de Octubre, él y otros dirigentes obreros ya habían abogado en Chile por la abolición del capitalismo mediante una revolución social. Si se tomaran la molestia de leer lo que él había escrito en 1907, corroborarían que eso era verdad. Lo había expresado en ese momento, y aún mantenía la misma convicción, era que Chile, con su Constitución vigente, podría lograr la transformación de una forma pacífica y legal. Además, los obreros anhelaban un traspaso pacífico de la propiedad de los medios de producción. Sin embargo, si el fraude les impedía alcanzar el poder, los trabajadores no se quedarían de brazos cruzados<sup>259</sup>. Asimismo, recordó que, en un discurso pronunciado en Punta Arenas en 1916, había afirmado que la organización obrera algún día sería “el dictador supremo de todas las leyes humanas”. Sostenía que la soberanía nacional residía no en la Cámara, donde los cargos se obtenían por medio de fraudes y compra de votos, sino “en la calle”. La Federación Obrera, y no el Congreso, debía ser la encargada de dictar las leyes, ya que esta era la expresión genuina de las mayorías<sup>260</sup>.

Lo que ambos, Cruz y él, deseaban transmitir con “revolución social” se desarrolló en diciembre. La revolución social no requería armas, insistió Recabarren, ya que se llevaría a cabo mediante un paro general de todos los trabajadores. Los obreros se cruzarían de brazos y, de ahí en más, forzarían “a las clases poderosas a ser morales en sus costumbres, a ser justos, en todos los aspectos de la vida social, con los hombres que trabajan, con los que van ascendiendo en cultura, con los que quieren ser más útiles, con los que quieren ser más íntegramente ciudadanos”<sup>261</sup>. Para Recabarren, una revolución social difería sustancialmente de una revolución política. En esta, un grupo de individuos simplemente removía a otro del gobierno. Era el resultado de un “capricho político” y no ofrecía mejoras importantes para las masas. En contraste, una revolución social estaba motivada por “un fuerte principio de bienestar social”. Aquellos que defendían la evolución progresiva en vez de la revolución social, se engañaban a sí mismos. Estaban haciendo promesas vacías, sin intenciones reales de cumplirlas. Al mismo tiempo, la revolución social no implicaba matar a nadie. Por el contrario, significaba “el perfeccionamiento de

---

259 Ibid, 15 de julio de 1921, pp. 1191–1195.

260 Ibid, 19 de julio de 1921, pp. 1235–1237. Los comentarios del 15 de julio, junto a aquellos de las sesiones siguientes, fueron publicados como panfleto, bajo el título de *Los albores de la Revolución Social en Chile*.

261 Ibid.

las costumbres individuales para perfeccionar las costumbres sociales”. El conocimiento, la honestidad, el ejercicio del derecho al sufragio sin la venta de votos, estas y no las pistolas eran las armas de la revolución social. En sus discursos a los obreros, aclaró Recabarren en la Cámara, él acostumbraba a decir:

“Cuando ustedes aprendan a leer y escribir, han ganado una jornada en la revolución social; cuando se acostumbren a lavarse, cuando saben usar del agua, cuando exigen higiene en las habitaciones y protección contra la mugre, de los conventillos, han hecho otra jornada en la revolución social”<sup>262</sup>.

Dirigiéndose a sus oyentes en la Cámara, Recabarren afirmaba que su anhelo en promover una revolución social no radicaba en provocar un “cambio de fortuna” para algunos, sino que buscaba “reformular el mundo para que todos, absolutamente todos los seres humanos vivan en mejores condiciones”. Para hacer hincapié en la naturaleza pacífica de su idea de revolución, insistió en que durante sus 30 años de agitador obrero, nunca había abogado por quebrar el orden existente mediante amenazas y violencia<sup>263</sup>. Sin embargo, esta no era la forma en que la mayoría de su audiencia interpretaba sus actividades. Fue acusado abiertamente por el Ministerio del Interior de incitar con sus discursos a los mineros del carbón de Curanilahue. El ministro estaba convencido de que la huelga del carbón era en realidad un arma política para establecer un sóviet.

Hemos mencionado anteriormente las condiciones despertar de la organización obrera de los mineros de carbón<sup>264</sup>. En un breve lapso de 9 meses, se organizaron 32 consejos, todos ellos afiliados a la FOCH<sup>265</sup>. Estos organismos se transformaron en centros de lo que prácticamente equivalía a una actividad revolucionaria. Los obreros se reunían a diario frente a la sede principal de la FOCH y ahí escuchaban discursos incendiarios. Durante 1920 y los dos años siguientes, las minas fueron cerradas por huelgas y manifestaciones una y otra vez. Estas disminuyeron ligeramente en 1923. Un testigo visual, quien luego se convirtió en director del departamento de bienestar de una de las más grandes compañías mineras de carbón, describió de esta manera la situación que había prevalecido:

---

262 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 22 de diciembre de 1921, p. 1120.

263 *Ibid.*

264 Véase el capítulo V.

265 *El Socialista* (Antofagasta), 17 de marzo 1921.

“El periodo comprendido entre 1920 y 1921 se caracterizó por una intensa agitación social y política. Era recurrente que los obreros se negaran a trabajar, fuera por considerarse afectados o apoyando a movimientos obreros ajenos; también para celebrar acontecimientos o aniversarios relativos a la revolución social o asistir a manifestaciones públicas derivadas de la ardiente lucha política [...]

Las paralizaciones de los trabajadores siempre conllevaban violencia, debido a la ebriedad de algunos y a las represalias contra los que se negaban a obedecer las órdenes de paro.

Grandes grupos de mineros desfilaban a diario por las calles de Lota Bajo y se reunían frente al local de la federación obrera, para escuchar discursos que enardecían sus ánimos. Los “comicios” de la federación llegaron a ser el espanto de Lota, porque de estos salían después hombres y mujeres que, por donde iban, daban claras muestras de los feroces odios sociales allí inculcados. Los obreros se dividieron en dos bandos o partidos: “los rojos”, que preconizaban la guerra a muerte entre el capital y el trabajo, mientras “los amarillos” encontraban más fácil el mejoramiento de la situación del pueblo en un ambiente de armonía entre el capital y el trabajo. La Federación Obrera mantuvo una guardia roja para vigilar y castigar a los que no cumplían sus órdenes, lo que continuamente originó trágicos sucesos”<sup>266</sup>.

El 3 de octubre de 1921, la violencia acabó en un asalto a un cuartel de policía, resultando en varios obreros muertos y heridos. El 1 de enero de 1922, todas las minas de la Compañía Minera e Industrial de Lota cerraron por completo. Esta fue la huelga que el ministro del Interior acusó a Recabarren de instigar. Duró 82 días y, al final, los mineros fueron obligados a regresar al trabajo sin conseguir ninguna conquista<sup>267</sup>.

Juan Pradenas Muñoz salió en defensa de Recabarren y los mineros. Como diputado de Lautaro, donde se ubicaban las minas de carbón más importantes, fue designado como uno de los miembros del comité creado por la Cámara de Diputados para investigar los acontecimientos de la huelga. Insistió en que los obreros no cesaron su labor, sino que se les había impedido la entrada. Las compañías despedían a los sindicalistas

---

266 Citado por Silvestre Molina Urra en *Condición económico-social de los mineros en la zona carbonífera* (Concepción, 1948), pp. 106–107, del libro de Octavio Astorquiza, *Lota, antecedentes históricos* (Concepción, 1929).

267 *La Federación Obrera* (Santiago), 31 de marzo de 1922.

más activos para socavar a la FOCH. Pradenas dio cuenta de los bajos salarios, las extensas jornadas, la carencia de viviendas dignas y la falta de instalaciones médicas y hospitalarias. Antes de la formación de los sindicatos, los mineros solían trabajar hasta 24 horas los sábados. Al salir de los pozos, regresaban a hogares que apenas merecían ese nombre. Consistían en una o dos habitaciones putrefactas, en las que dormían hasta 20 personas. Solo había 40 camas de hospital en Lota para una población de 19.000 personas.

La situación, ya precaria, empeoró con la llegada de obreros desempleados del norte en las zonas carboníferas. Las compañías solían enfrentarlos con los trabajadores de mayor antigüedad. Además, el descontento se intensificó debido al incumplimiento, por parte de las compañías, de los acuerdos alcanzados al final de la gran huelga de 1920. Todavía no establecían departamentos de bienestar ni implementaban mecanismos de arbitraje para resolver quejas<sup>268</sup>. En 1923, otra huelga se desató a causa de crisis en la industria, por una disminución en la demanda de carbón.

La industria minera del carbón no fue la única que atrajo la atención del Congreso. Las relaciones laborales en la industria del cobre tampoco eran positivas. El 25 de octubre de 1921, uno de los diputados recibió un telegrama de Rancagua en el que los obreros se quejaban de ser víctimas de la Braden Copper Company. Se le imputó a la compañía haber despedido a 60 trabajadores para contratar a 100 trabajadores el día siguiente. Los trabajadores afirmaban que la política de contratación de la empresa consistía en rechazar a miembros de la FOCH, interfiriendo así con el derecho constitucional a la libre asociación<sup>269</sup>.

Según Recabarren, la situación en este aspecto era aún peor en Chuquicamata, la mina de cobre más grande del mundo. Chuquicamata no era chilena, sino una posesión feudal yanqui, un auténtico “matadero humano”<sup>270</sup>. Aquí, como en la mina de Braden Copper Co., no sólo se prohibía el ingreso a vendedores externos, sino que también se denegaba el acceso a vendedores de diarios. Las compañías impedían el paso argumentando que los campamentos mineros eran propiedad privada, malinterpretando la legislación chilena. Recabarren podía comprender la negativa a permitir la entrada a extraños que ingresaran a los edificios de las fábricas, bodegas, etc., pero ¿qué derecho tenían a interferir con el libre desplazamiento de

---

268 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 21 de diciembre de 1921, pp. 1055–1057.

269 *Ibid*, 28 de octubre de 1921, p. 182. Para una perspectiva similar, véase Ricardo Latcham, *Chuquicamata: Estado yankee* (Santiago, 1926).

270 *Ibid*, 25 de abril de 1922, p. 241.

personas en lo que debía ser una vía pública? Recabarren expresó: “Yo no discuto el derecho a la propiedad privada que actualmente tengan todos los señores industriales de la República; pero hay ciertos absurdos que sería conveniente para el Parlamento y para los señores gobernantes [...] subsanar”. Recabarren reconocía la idea de considerar como propiedad privada la vivienda de un individuo, pero no compartía esa perspectiva cuando se trataba de hogares que albergaban a numerosas familias. No resentía que los industriales y propietarios disfrutaran de sus comodidades, pero les advertía que podrían perderlas de forma violenta a menos que permitieran que los obreros tuvieran el derecho a organizarse y buscar mejoras para sus familias<sup>271</sup>.

El sistema de contratación de los portuarios, conocido como la “redondilla” era otro tema que interesaba a Recabarren y por el que abogó en la Cámara de Diputados. La redondilla consistía en la contratación basada en una lista de trabajadores portuarios registrados por orden alfabético: cada vez que se llegaba al nombre, esa persona quedaba contratada. Este sistema se implementó por primera vez en Iquique en 1920, tras un paro que duró 46 días. Los defensores de la redondilla afirmaban que, durante sus 14 meses de vigencia, no se había registrado ninguna sola huelga. La redondilla no solo le trajo paz al puerto de Iquique, sino que también tuvo otros efectos importantes. Liberó a los portuarios de la dependencia y la explotación de unos pocos contratistas. Los trabajadores ya no dedicaban la mayor parte de su tiempo en cantinas donde se dilapidaba una buena porción de sus salarios. En su lugar, su sindicato les había organizado actividades de entretenimiento saludables, como una escuela y una biblioteca para leer y estudiar.

Las compañías aparentemente buscaban dismantelar el sistema y convencieron al ministro del Interior de que este impedía la contratación de trabajadores no sindicalizados. El sistema fue abolido en prácticamente todos los puertos. Solo en Iquique el sindicato tenía la fuerza suficiente para mantenerlo, aunque incluso allí, en 1923, hubo una nueva ofensiva contra el sistema por parte de los empleadores con el apoyo del gobernador<sup>272</sup>. Recabarren argumentó que la redondilla era la mejor y más justa forma de repartir el “poco pan” que existía. Ningún otro método era “de mayor justicia y de mayor moralidad para las clases trabajadoras”. Su abo-

---

271 Ibid, pp. 243–244.

272 *Boletín de la Cámara de Diputados*. Versión oficial publicada en *El Mercurio* (Santiago), 2 de febrero de 1923. (Para las referencias a los debates en la Cámara de Diputados de 1923 y 1924 de aquí en adelante en *El Mercurio* de Santiago de la fecha siguiente a la del debate.)

lición beneficiaría a “tres o cuatro intermediarios, extranjeros todavía, no chilenos”, y perjudicaría “a miles y miles de trabajadores chilenos”<sup>273</sup>.

Aunque Recabarren se identificaba con el internacionalismo, no fue no la única ocasión que exhibió un sesgo nacional. Esta inclinación se hizo más patente cuando el Congreso discutió el proyecto de ley de marina mercante. Aquella vez, argumentó que solo los chilenos debían formar parte de las tripulaciones de los buques chilenos; los capitanes y otros oficiales también debían ser chilenos, no solo los marineros de menor jerarquía. Consciente de que esta postura no concordaba con lo esperado por un revolucionario, Recabarren sintió la necesidad de ofrecer una explicación. Expuso que, dado que otras naciones restringían las oportunidades de empleo, Chile se veía obligado a hacer lo mismo. Además, como justificación adicional, se refirió al comportamiento de los socialistas en otros países<sup>274</sup>. Quizás Recabarren no se equivocaba demasiado al insistir en que, a pesar de que lo motejaban de subversivo, seguía la ley y respetaba las instituciones chilenas más que sus detractores. Para Recabarren, el único crimen cometido por él y otros agitadores era desear una buena vida para todos<sup>275</sup>. A su juicio, los verdaderos subversivos y antipatriotas, eran los funcionarios que permitieron que monopolistas extranjeros sumieran en la miseria a miles de hogares populares. Recabarren responsabilizaba al gobierno por la parálisis de la industria salitrera, que resultó en el despido de miles de obreros. ¿Acaso estos despidos no fueron producto de maquinaciones de la Asociación de Productores de Salitre y las distribuidoras extranjeras organizadas en el cartel salitrero? El cese de operaciones de las salitreras exacerbó las dificultades políticas y sociales de Chile y se convirtió en el problema económico que permeó toda la sociedad durante el período de Recabarren como diputado<sup>276</sup>.

La situación era especialmente difícil en el norte. No existía ni agricultura ni industria manufacturera que pudiera absorber a los cesantes. ¿Qué se suponía que hicieran y cómo iban a vivir? Primero, el Gobierno intentó afrontar el problema transportándolos al sur, de donde muchos de ellos provenían. Algunos encontraron empleo en labores agrícolas y otras actividades. Sin embargo, como el desempleo en la industria salitrera

---

273 Esta discusión se extendió por varias sesiones. Véase especialmente el *Boletín del* 27 de octubre de 1921, p. 140, y el del 11 de noviembre de 1921, pp. 342–343.

274 *Ibid.*, 14 de julio de 1921, pp. 1167–1168.

275 *Ibid.*, 26 de abril de 1922.

276 Según Alberto Cabero, 46.565 personas dejaron la pampa y tuvieron que ser alimentadas, vestidas y alojadas por el Estado; 4.000 mujeres y niños fueron abandonados por sus esposos y padres. *Op. cit.*, pp. 333–334.

gatilló el desempleo en otros rubros, el gobierno emitió una orden para retener a los obreros en el norte.

Esta decisión se basó en factores adicionales a las dificultades de proporcionar empleo. En última instancia, resultaba más barato mantener a los desempleados en el norte. Además, las compañías salitreras tenían un interés particular en retenerlos para contar con una oferta adecuada de mano de obra para cuando las condiciones mejoraran. Por otra parte, muchos de los desempleados provenientes del norte estaban imbuidos de las ideas “subversivas” de Recabarren. A ojos de los políticos conservadores, los albergues creados por el gobierno para los cesantes eran focos de subversión y violencia.

El tema de las condiciones de los desempleados en los albergues fue llevado a la Cámara de Diputados por Santiago Labarca, un ex líder estudiantil del Partido Radical. Para él, al igual que para Recabarren, la existencia misma de los albergues probaba el fracaso del sistema capitalista. Recabarren aprovechó el debate para desarrollar sus ideas sobre la propiedad privada y expresar su descontento por el tratamiento dado a los desempleados. Argumentó que era responsabilidad del Gobierno encargarse de que los cesantes no murieran de hambre, y que las medidas adoptadas, como el cierre de albergues o la expulsión de aquellos a quienes no se les proporcionaba trabajo, no eran formas adecuadas de cumplir con este deber

En respuesta, el ministro del Interior afirmó que nadie había sido expulsado de los albergues, excepto aquellos que habían rechazado ofertas trabajos. Recabarren, no obstante, insistió en que los desempleados tenían razones fundadas para rechazar esas ofertas, ya que los empleos propuestos eran tan breves que no permitían cubrir sus necesidades básicas. Ante esto, el ministro contestó que las ideas “subversivas” de Recabarren y su partido dificultaban la colocación de los desempleados en empleos. Por ejemplo, la mayoría de los hacendados se negaban a contratar hombres de los albergues, por considerarlos agitadores que irrigan malestar entre los otrora leales inquilinos y peones<sup>277</sup>.

En cuanto a la vulneración de la libertad de desplazamiento, el ministro justificó la medida argumentando que prevenía la comisión de delitos. El caso específico surgió a raíz de una petición de ayuda realizada por los inquilinos de Eliodoro Yáñez, un líder de la Alianza Liberal y dueño del diario *La Nación*. Habían pedido a los cesantes que fueran al fundo y se manifestaran junto a ellos. La policía se enteró del plan e impidió que los

---

277 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 9 de diciembre de 1921, p. 816.

albergados abandonaran Santiago. El encuentro resultó en la muerte de un trabajador, seguido por nuevos incidentes cuando la policía se negó a autorizar la celebración de un funeral público para el hombre asesinado<sup>278</sup>.

La creciente conciencia entre los inquilinos y trabajadores agrícolas, a menudo estimulados por la propaganda de la FOCH y el PC, brindó una oportunidad para que Recabarren protestara por el trato a estos obreros. Advirtió a las clases propietarias que este caso tendría consecuencias terribles a menos que hicieran caso a la razón. Los instó a reducir las penurias de los trabajadores en ese momento para evitar un mayor sufrimiento para ellos mismos el día de mañana<sup>279</sup>. Afirmaba que era pura hipocresía por parte de la prensa burguesa el que exigiera armonía entre el capital y la masa obrera mientras condenaba a los agitadores por llamar a la revolución social. ¿Cómo podía existir un entendimiento mutuo cuando las clases propietarias, en vez de reunirse a dialogar con los comités enviados por los obreros, los enfrentaban con fuerzas armadas? Esto era especialmente evidente en las relaciones entre los latifundistas y sus trabajadores.

Como ejemplo, citó el caso de La Tranquilla, una hacienda que pertenecía al senador Abraham Gatica. Según la prensa, los subversivos atacaron la hacienda La Tranquilla, y el enfrentamiento con las fuerzas de la ley dejó heridos en ambos bandos. De nuevo, los hechos eran muy diferentes. Recabarren insistía en que los trabajadores, para mejorar sus condiciones laborales (trabajaban por cuarenta centavos y algunas chauchas) organizaron un sindicato y se integraron a la FOCH. A esto siguió la expulsión de su mesa directiva. Ante esta situación, los inquilinos enviaron una carta a un oficial de policía en busca de asesoramiento. El mensajero que llevaba la misiva fue sacado a empujones. Luego, el grupo envió una comisión compuesta por todos los trabajadores disponibles. En lugar de recibirlos, los agentes los enfrentaron con la fuerza. Este trato, explicó Recabarren a sus oyentes, y no la influencia de los agitadores, era lo que engrosaba las filas de la FOCH y el PC y lo que convertía a simples campesinos en revolucionarios<sup>280</sup>.

Cuán decepcionado estaba Recabarren con la administración de Alessandri, quedó patente cuando se presentó el presupuesto nacional para su discusión en la Cámara. Recabarren habría preferido un enfoque

---

278 Arturo Alessandri, *Recuerdos de gobierno* (Santiago, 1952), pp. 83–84. Véase McBride, *Chile: Land and Society*, pp. 166–167, para el surgimiento de la conciencia de clase de los trabajadores rurales.

279 Debates de la Cámara de Diputados publicados en *El Mercurio* (Santiago), 26 de abril de 1923.

280 *Ibid.*

diferente, diseñado para mejorar la situación de los obreros y de la clase media. El presupuesto de Alessandri apenas variaba de los de gobiernos anteriores, cuyas simpatías se inclinaban abiertamente en favor de los propietarios. Recabarren criticó y se opuso al intento de Alessandri para reformar el sistema tributario mediante un nuevo impuesto a la renta. Aunque el presidente buscaba una mayor estabilidad y reducir la dependencia de las exportaciones salitreras, Recabarren argumentaba que el impuesto a la renta recaería en última instancia sobre los obreros y elevaría el costo de la vida.<sup>281</sup>

A principios de octubre de 1922, Recabarren abandonó Santiago rumbo a Moscú, para representar a la FOCH en el Congreso de la Internacional Sindical Roja. Los gastos del viaje fueron sufragados en parte por un adelanto que recibió del diario *La Nación*, a cambio de una serie de artículos que se comprometió a redactar para ellos. Permaneció fuera del país durante cuatro meses y regresó a Santiago el 18 de febrero de 1923. En junio del mismo año, aunque el Congreso estaba en funciones, Recabarren viajó al norte para realizar un ciclo de conferencias que se extendió hasta fines de agosto. Sin embargo, asistió a las sesiones con bastante regularidad desde la fecha de su llegada de la Unión Soviética, y después de su regreso del norte hasta el final de su mandato.

El 30 de mayo de 1923, Recabarren solicitó permiso para presentar un proyecto de modificación a la ley electoral. Este acto provocó que un diputado comentara que Recabarren evidentemente había vuelto de la Unión Soviética con ganas de colaborar. Recabarren negó con vehemencia cualquier propósito de cooperar con gobiernos capitalistas. Sin embargo, se justificó diciendo que “cuando se trate de leyes que traigan un beneficio inmediato para los obreros, ellas contarán siempre con mi voto”<sup>282</sup>. Como prueba de que no tenía intenciones de respaldar leyes que engañaran a los trabajadores, citó su voto en contra del banco de crédito agrícola, un proyecto defendido por diputados que se autodenominaban amigos del pueblo pero que, según él, solo fortalecía a la oligarquía, por lo que se opuso<sup>283</sup>.

Tampoco estaba dispuesto a tolerar ninguna “mistificación” de los obreros, como la propuesta de Pradenas Muñoz de que el Congreso entrara en receso el Día del Trabajador. Por ese motivo, arremetió con in-

---

281 *Boletín de la Cámara de Diputados*, 16 de mayo de 1922, pp. 598–597.

282 Debates de la Cámara de Diputados publicados en *El Mercurio* (Santiago), 31 de mayo de 1923, p. 18.

283 *Ibid.*

tensidad en su contra. ¿Por qué invitar a los representantes de quienes que “han hecho derramar la sangre del pueblo” a conmemorar este día en lugar de rendir homenaje a las víctimas de la opresión capitalista e inspirar a los obreros para destruir el sistema responsable de aquella? Con aún más intensidad, Recabarren arremetió contra el partido de Pradenas. Acusó al Partido Demócrata de ser aliado de los enemigos de los obreros. ¿Cómo podía el Partido Demócrata criticar al gobierno del que formaba parte? “Poco efecto hacen las palabras cuando no se fustiga a los culpables de estos actos, y se está con ellos”, expresó<sup>284</sup>. Pradenas respondió que no había necesidad de abrazar un tono tan moralista. Después de todo, Recabarren había postulado en la misma lista parlamentaria que “uno de los más grandes enemigos del pueblo”, el senador Arancibia Laso, del Partido Radical. Además, se rumoreaba que el Partido Comunista buscaba concretar una alianza electoral con los conservadores. Recabarren no desmintió el rumor, y se limitó a afirmar que estaría dispuesto incluso a un pacto de ese tipo con el objetivo de arrebatarse escaños a los enemigos de los trabajadores<sup>285</sup>.

En parte, parecía como si Recabarren hubiera cambiado su actitud respecto de cuál era la meta de los comunistas en el Congreso y su relación con los partidos burgueses. Sin embargo, no hubo un giro significativo en su pensamiento. Su interés era probar a los obreros que la Cámara se opondría a cualquier propuesta que los beneficiara, por mínima que fuera. Y lo que Recabarren propuso era, de hecho, un cambio insignificante. Le solicitó a la Cámara que las juntas inscriptoras movieran el horario de inscripción electoral a la noche en lugar de la tarde. El horario estipulado era un obstáculo para quienes trabajaban ya que, para poder darse el lujo de votar, debían perder su paga del día. Recabarren expresó a los diputados que sospechaba que los horarios fueron elegidos con la intención maliciosa de negarle a los trabajadores el derecho a voto. En general, Las leyes electorales, insistió, estaban diseñadas no tanto para promover la democracia como para socavarla. ¿Qué más antidemocrático que otorgar a los contribuyentes más grandes de cada distrito el control sobre el registro electoral? Estas juntas torpedeaban deliberadamente la inscripción de sufragantes que pudieran emitir votos desfavorables para ellas. Para que el sistema fuese auténticamente democrático, debía dismantelarse y reconstruirse por completo<sup>286</sup>.

---

284 Ibid, en *El Mercurio* (Santiago), 2 de mayo de 1923, p. 11.

285 Ibid.

286 Ibid, en *El Mercurio* (Santiago), 31 de mayo de 1923, p. 18.

A la inadecuación de las leyes, se le sumaba la práctica de la compra de votos, una costumbre tan arraigada que se llegaba a afirmar que estaba en “la sangre nacional”. Recabarren denunció que algunos de los problemas económicos de ese momento fuesen explotados por los partidos interesados en privar a los obreros de sus votos. Recalcó que el despido de 600 trabajadores de Schwager y 500 de las salitreras de Pisagua tenía motivaciones políticas. Todos estos obreros se habían registrado y, por ende, tenían derecho a votar. Despedirlos y obligarlos a mudarse les negaba esa posibilidad<sup>287</sup>. Recabarren insinuó que estos obreros seguramente hubiesen optado por el comunismo.

En los meses previos a las elecciones, Recabarren declaró en la Cámara de Diputados que los resultados ya estaban prestablecidos. Los dos conglomerados políticos, la Unión Nacional Conservadora y la Alianza Liberal de Alessandri, ya habían decidido qué partidos de sus respectivas coaliciones ganaría cada escaño<sup>288</sup>. Ningún conglomerado mostraba interés en un pacto con los comunistas, ni siquiera en el norte, donde tenían una fuerte presencia. En 1921, tanto Cruz como Recabarren recibieron el respaldo de la Alianza Liberal. Era sumamente improbable que algún comunista fuese elegido para el Congreso en 1925 si el partido se presentaba de manera independiente.

Los resultados electorales de marzo confirmaron las predicciones de Recabarren. Pese a que los comunistas presentaron ocho candidatos a lo largo del país, incluyendo el norte, ninguno logró ser electo. Ni Cruz ni Recabarren se postularon para la reelección en los distritos que representaban. Recabarren compitió por Santiago y Cruz por Valparaíso. Es probable que decidieran que su imagen se vería menos perjudicada sufriendo una derrota en estos lugares en comparación con el norte. El candidato del Partido Comunista en Tarapacá sumó apenas 174 votos. En Pisagua, donde ya tenían dos concejales, supuestamente no consiguieron un solo voto. El partido quizá tuvo algo de razón al denunciar fraude, y anunció que se demostraría en las elecciones municipales del mes siguiente. En Vallenar, donde los comunistas apenas recibieron votos en las elecciones parlamentarias, su candidato en las elecciones municipales obtuvo el número más alto de sufragios de todos los aspirantes.<sup>289</sup> Además de Vallenar, se eligieron concejales comunistas en Tocopilla, Gatico, Antofagasta, La Ligua, Chillán, Viña del Mar, Quilpué, Lota y Valdivia. En conjunto, alre-

---

287 Ibid, en *El Mercurio* (Santiago), 29 de noviembre de 1923, p. 14.

288 Ibid, en *El Mercurio* (Santiago), 31 de mayo de 1923, p. 18.

289 *La Federación Obrera* (Santiago), 17 de abril de 1924.

dedor de 13 de sus miembros ocuparon asientos en concejos municipales de norte a sur<sup>290</sup>. Su victoria más significativa fue en Lota, una ciudad minera del carbón.

La derrota de Recabarren marcó el fin de su carrera legislativa. ¿Qué había logrado como miembro del Congreso? Su papel no fue el de un parlamentario influyente; no dejó ninguna marca en las prácticas legislativas del Congreso, a diferencia de Juan B. Justo en Argentina en circunstancias similares. No se le atribuye siquiera un fragmento de alguna ley. Sin embargo, su objetivo en el Congreso no fue legislar, por lo que no debe ser juzgado en base a ese criterio. ¿Cuán efectivo fue en relación con el marco de referencia que se impuso? De acuerdo con su propia evaluación, fue bastante exitoso. Estaba particularmente orgulloso de que su historial de votaciones reflejaba que él y su camarada Luis Víctor Cruz habían trazado con habilidad un rumbo que los había mantenido a una distancia prudente de Escila y Caribdis. Después de tres años en la Cámara de Diputados, se retiraron con su armadura revolucionaria intacta, habiendo resistido la tentación de aclimatarse a la alta sociedad representada por los otros diputados. Aunque su partido estaba dispuesto a unir fuerzas para obtener escaños, no estaba dispuesto a sacrificar lo que le otorgaba razón de ser. No comprometerían sus principios para asegurar asientos parlamentarios o cargos públicos para sus miembros, a diferencia de lo que habían hecho los demócratas. La lucha de Recabarren con el Partido Demócrata había sido precisamente por esa razón.

Entre los logros más tangibles de su período en el Congreso, Recabarren destacó los siguientes en un informe presentado a las convenciones de la FOCH y del Partido Comunista, celebradas a finales de diciembre de 1923:

1. Había llamado la atención del Congreso y de las autoridades sobre los problemas de los trabajadores.
2. Evitó que muchos trabajadores cayeran presos.
3. Ayudó a los sindicatos a conseguir sus demandas.
4. Realizó innumerables giras y conferencias, contribuyendo a difundir las ideas del comunismo y el sindicalismo
5. En general, elevó el prestigio de los sindicatos y, en especial, del Partido Comunista.

---

290 Ibid, 15 de abril de 1924.

Pocos objetarían esta modesta evaluación. En efecto, nunca en el Congreso había habido un representante tan comprometido con los trabajadores. Recabarren no perdía oportunidad para resaltar los males y vejaciones bajo las cuales los obreros realizaban sus labores. Si bien es cierto que la mayoría de sus colegas diputados se oponían vigorosamente a sus ideas, llegaron a respetarlo como un hombre que luchaba por lo que consideraba correcto<sup>291</sup>.

Su insinuación de que la FOCH creció durante el ejercicio de su cargo no era completamente precisa. Cuando Recabarren asumió en el Congreso, la FOCH se encaminaba a convertirse en una organización que abarcara a todos los trabajadores. Hasta las agrupaciones controladas por anarquistas y sindicalistas, si no estaban listas para afiliarse, sí estaban abiertas a cooperar en campañas específicas. Sin embargo, después de la Convención de Rancagua, y a medida que la FOCH se volvía indistinguible del Partido Comunista, estas agrupaciones se volvieron cada vez más críticas. Este fue el caso de la Federación de Magallanes y la IWW. Los delegados de la Federación de Magallanes asistieron a la convención de Rancagua como oyentes, pero la Federación no volvió a participar de ninguna forma en las convenciones siguientes. La IWW se rehusó, en julio de 1923, a conformar un frente unido con la FOCH. Respondieron a la solicitud expresando su incomodidad con la compañía de la FOCH: “porque vais muy mal acompañados, anulados casi por ese don Juan (el partido de don Reca)”<sup>292</sup>.

También surgieron objeciones dentro de la FOCH, marcadas por diferencias de criterios en cuanto a la afiliación a la Internacional Sindical Roja de Moscú. El grupo en torno a Enrique Díaz Vera, que se oponía a la incorporación, presionaba para retirarse. La situación alcanzó un punto intolerable en la convención de Chillán, en donde Díaz Vera y otros fueron expulsados. La postura intransigente de Recabarren en la Cámara de Diputados incluso alejó a Pradenas Muñoz y a Navarrete, ambos miembros extremadamente activos en la FOCH, ninguno de los cuales estuvo presente en la convención de Chillán.

Una oposición más férrea a las ideas de Recabarren provino de la derecha. Los intereses de los industriales contaban con el respaldo de miembros de la Iglesia Católica. Bajo su influencia, se organizó la Asociación del Trabajo, que intentó contrarrestar la filosofía atea y revolucionaria que Recabarren promovía. Su lema era “el orden como principio, la justicia

---

291 Ibid, 31 de diciembre de 1923.

292 *Acción Directa* (Santiago), julio 1923. Hay, por supuesto, un juego de palabras con *anular*, que también significa destruir.

y equidad como medio y el progreso de la patria como fin”. Para el 1 de enero de 1924, la Asociación del Trabajo había reclutado 1.116 empresas con una mano de obra total de 118.960 trabajadores para su programa de seguros de salud y accidentes. Había establecido clínicas para sus miembros y sus familias, y recibía a todos los trabajadores “honrados” en sus asambleas de oficios. El objetivo principal de sus asambleas era “contribuir al bienestar moral y material de los obreros”<sup>293</sup>. Estos sindicatos eran conocidas como sindicatos “blancos” o “amarillos”, para distinguirlos de los sindicatos “rojos” o revolucionarios de la FOCH y la IWW.

La convención de Chillán evidenció los efectos de la oposición, ya que el número de delegados presentes se redujo a la mitad en comparación con la convención de Rancagua. El número total de miembros con cuotas al día fue de 11.098, mientras que solía ser el doble. Según el reporte del tesorero, el promedio mensual de los miembros con cuotas pagadas en 1922 fue de 5.738. En total, la FOCH recibió durante ese año 13.775 pesos por membresías, siendo el potencial de ingresos de 68.875 pesos en pagos de cuotas. En 1923, el promedio mensual de los miembros pagos disminuyó a 4.290<sup>294</sup>. Esto no necesariamente reflejaba una pérdida de influencia, considerando la seria crisis industrial que atravesaba Chile en ese momento. La disminución de los miembros podía ser simplemente reflejo de la pérdida del poder adquisitivo de muchos obreros. Además, es importante señalar que la cantidad de miembros con cuotas al día nunca fue un indicador fiable del verdadero poder de la FOCH. Los sindicatos afiliados directamente a la FOCH afirmaban tener más de 100.000 miembros. La Federación de Obreros Ferroviarios de Chile, que reunía a la mayoría de los trabajadores de los ferrocarriles estatales, aunque no formaba parte directa de la FOCH, mantenía lazos muy estrechos con ella. Enviaba regularmente dos delegados a las reuniones de su junta ejecutiva para mantenerlos al tanto de sus actividades. La FOCH también tenía una influencia considerable entre los profesores y empleados de cuello blanco, cuyas actividades organizacionales se iniciaron cuando Recabarren estaba en la cúspide de su actividad.

La organización entre empleados inició en Antofagasta, el bastión de Recabarren. Ya en 1887 un grupo de empleados de oficina organizó una sociedad de socorro mutuo. Sociedades similares se desarrollaron entre comerciantes ambulantes y empleados bancarios. Sin embargo, la formación de sindicatos modernos entre los trabajadores de cuello blanco no

---

293 *El Mercurio* (Santiago), 1 de enero de 1924.

294 *La Federación Obrera* (Santiago), 27 de diciembre de 1923.

cobró impulso después de 1920<sup>295</sup>. En 1919, los empleados de Antofagasta tomaron la iniciativa y organizaron la Federación de Empleados de Antofagasta. Poco después, se estableció una federación similar, reconocida como el Concejo número 14 de la FOCH. Surgieron también federaciones en Valparaíso y Concepción<sup>296</sup>.

La primera reunión para acercar a las distintas organizaciones de empleados tuvo lugar en Santiago durante los primeros dos días de noviembre de 1924. Debido a la falta de tiempo para ajustar los preparativos, se decidió posponer la convención para el 7 de diciembre, y se trasladó de Santiago a Valparaíso<sup>297</sup>. Los delegados acordaron dejar de lado las diferencias ideológicas y concentrarse en la organización. La convención unitaria se celebró en Valparaíso del 7 al 10 de diciembre y dio origen a la Unión de Empleados de Chile. Sus principios incluían, entre otros, los siguientes: El trabajo es la base del capital; la emancipación de los empleados debe ser obra de los empleados mismos; el trabajo físico y mental no debe ser una simple mercancía; la explotación del hombre por el hombre es un crimen; debe obtenerse un salario que permita vivir decorosamente; la jornada laboral no debiese pasar por lo general de ocho horas; hombres y mujeres deben gozar de iguales remuneraciones; y los empleados deben propugnar la nacionalización del comercio y las industrias<sup>298</sup>.

Los principios en sí mismos reflejan el sesgo anticapitalista de la organización. Recabarren recibió una invitación para ayudar a trazar el camino correcto, y para asegurarse de ello, se contó con la presencia de Contreras Labarca, un miembro del Partido Comunista, que actuó como abogado de la federación.<sup>299</sup>

La organización de los docentes también tuvo sus inicios en 1918. Un intento por parte del gobierno de rebajar los salarios desencadenó un paro. La organización se fortaleció en 1921 como respuesta a la pretensión del gobierno de alterar el escalafón docente. En ese momento, existían dos organizaciones de maestros de enseñanza primaria. El paro de 1922, en protesta por el no pago de los salarios, dio origen de una nueva organización, la Unión de Profesores de Chile. Al final del año, una convención celebrada en Valparaíso resultó en la creación de la Asociación General

---

295 Moisés Poblete Troncoso, "Labor Organizations in Chile", en *Bulletin U.S. Bureau of Labor Statistics*, n° 461 (Washington, 1928), pp. 33–35.

296 Francisco Hinojoso, *Trabajo, paciencia y tiempo* (Valparaíso, 1925), pp. 3–4.

297 Ibid, p. 13.

298 Moisés Poblete Troncoso "Labor Organizations in Chile", op. cit., p. 34.

299 Francisco Hinojoso, op. cit., p. 33.

de Profesores de Chile<sup>300</sup>. Los estatutos de esta entidad prohibían lidiar con cuestiones religiosas o políticas. Declaraba que su objetivo central era promover los intereses materiales de sus miembros y proteger su dignidad y derechos, comprometiéndose a luchar por la satisfacción de “todas las necesidades o aspiraciones de sus asociados y de la colectividad por medio de la evolución y la reforma”<sup>301</sup>. A pesar de la victoria de los moderados, persistieron los conflictos ideológicos, especialmente entre anarquistas y comunistas. La influencia del Partido Comunista entre los profesores e intelectuales creció en las décadas de 1920 y 1930.

En lo que respecta al Partido Comunista, no existen dudas de que, mientras Recabarren ejerció su cargo en la Cámara de Diputados, experimentó un crecimiento sostenido. En el quinto congreso del Partido en Chillán, que se celebró inmediatamente después del cierre de la convención de la FOCH, participaron 32 delegados de 25 secciones<sup>302</sup>. Esto significó un avance importante en comparación con el número presente en Rancagua en 1921.

Tres meses y ocho días después concluir su período en la Cámara de Diputados, el Congreso finalmente aprobó el código del trabajo y otra legislación social presentada por Alessandri en 1921. Recabarren no captó plenamente su importancia durante su tiempo en el Congreso, y la mayoría de sus seguidores permaneció indiferente, cuando no hostil a dicha legislación, incluso mucho tiempo después de su entrada en vigencia. Estas leyes ejercerían eventualmente una influencia disruptiva en la naturaleza del movimiento sindical. Sin embargo, lo urgente en septiembre de 1924 era la crisis política. Sin ella, el Congreso no hubiera actuado con tanta prontitud.

---

300 Luis Álvarez Sartori, *La dialéctica y la interpretación del movimiento sindical chileno* (Santiago, 1946), pp. 47–48.

301 Moisés Poblete Troncoso, op. cit., p. 40.

302 *La Federación Obrera* (Santiago), 31 de diciembre de 1923.

## Capítulo IX

# El movimiento obrero y la crisis política

Desde la derrota del presidente Balmaceda en la Revolución de 1891, las clases medias y obrera buscaron convertirse en fuerzas dominantes en la vida política de Chile. Lograron este objetivo, aunque parcialmente, en las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1920 y 1921. Aunque ganaron la presidencia y la Cámara de Diputados, no obtuvieron el control sobre el Senado. Este último siguió dominado por los partidos de los industriales y latifundistas, organizados en la Unión Nacional. Estos partidos obstaculizaron cada intento de materializar el programa social de Alessandri. Al desencadenar una crisis ministerial tras otra, paralizaron al gobierno. Y, al rechazar la aprobación de leyes presupuestarias o la autorización para obtener préstamos, hicieron casi imposible el pago de los salarios de los funcionarios, lo que trajo penurias a los empleados públicos.

Alessandri determinó que necesitaba mayoría en ambas Cámaras para gobernar con eficacia. Como preparación para las elecciones de 1924, realizó una gira por el sur en apoyo de los candidatos de su Alianza Liberal, demostrando que aún contaba con respaldo popular. Pero Alessandri no confió únicamente en el entusiasmo. Para asegurar una victoria infalible empleó métodos que escandalizaron incluso a un país como Chile, acostumbrado como estaba al fraude y la compra masiva de votos. A pesar de ello, alcanzó su objetivo: la Alianza Liberal obtuvo mayoría en ambas cámaras.

Los partidos en la Unión Nacional, ante la pérdida de poder, recurrieron a las mismas tácticas que sus predecesores en 1891: conspiraron con algunos altos mandos del ejército y la marina para derrocar al régimen. Sin embargo, la revolución fue conducida por los jóvenes oficiales y no por los altos mandos. La vida para ellos, al igual que para todos los funcionarios públicos, se tornaba cada día más difícil debido al aumento de la inflación. Además, muchos de los jóvenes oficiales aguardaban desde hace

mucho tiempo los ascensos que se les debían. Su irritación se intensificó cuando el nuevo Congreso, en lugar de solucionar sus problemas, sometieron a discusión un alza de sueldos en beneficio propio. Los jóvenes militares le presentaron al Gobierno un ultimátum, que precipitó la crisis política de septiembre de 1924, con efectos duraderos en las instituciones sociales y políticas. El resultado directo de esta intervención fue la renuncia de Alessandri, la disolución del Congreso, y la asunción de una Junta Militar al Gobierno<sup>303</sup>.

La desgracia de Chile residía en que ni el hombre elegido por las masas para encarnar el nuevo espíritu de época ni su coalición política, la Alianza Liberal, estuvieron a la altura de la tarea. Lo mismo se aplicaba a los dirigentes obreros. Recabarren y los otros líderes estaban enamorados de las frases incendiarias, y creían que la revolución proletaria estaba a la vuelta de la esquina. Su reacia neutralidad hacia Alessandri y su gobierno se transformó en una abierta hostilidad a unos pocos meses de que jurara como presidente. Cuando Alessandri asumió el cargo, las masas populares confiaron en que él sería su redentor. Tenían tanta fe que, cuando Alessandri les rogó que finalizaran las huelgas y regresaran al trabajo, lo hicieron. Esto ocurrió incluso en Antofagasta, el bastión de Recabarren. Los trabajadores ferroviarios de esta ciudad no dudaron de la sinceridad del presidente cuando recibieron la siguiente carta:

“Es preciso que los obreros sepan que el Presidente de la República les tiene singular afecto; que se ocupa activamente de influir en forma enérgica en su mejoramiento material, moral e intelectual, y que está siempre dispuesto a oírlos y atenderlos cuando pidan y reclamen justicia”<sup>304</sup>.

Alessandri recomendó a los obreros que se abstuvieran de participar en paros y “procedimientos violentos”. Para ser justos con él, es preciso reconocer que en las decisiones arbitrales los trabajadores tenían mejores chances de obtener acuerdos beneficiosos. Alessandri fue enfático en sus mensajes al Congreso, señalando que el problema obrero no era sim-

---

303 Para una descripción detallada de este período que culmina con la renuncia de Alessandri, véase Carlos Vicuña Fuentes, *La tiranía en Chile*, op. cit.

304 Arturo Alessandri, *El presidente Alessandri a través de sus discursos y actuación política* (Santiago, 1952), pp. 42-44. Para una evaluación muy crítica del rol de Alessandri, véase Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleador* (México, 1952), 2 vols.; para una evaluación más favorable, véase Guillermo Feliú Cruz, *1891-1924: Chile visto a través de Agustín Ross* (Santiago, 1950).

plemente resultado de la prédica de los agitadores; sus causas eran más profundas y requerían legislación, como la incluida en el proyecto de Código del Trabajo que había presentado. Además, abogó por mejoras en viviendas y en las instalaciones médicas, y nuevas medidas para elevar el desarrollo cultural y económico.

Cuando se despidió a miles de obreros por el cierre de las salitreras, Alessandri telegrafió a la Asociación de Productores de Salitre para urgirles a utilizar parte de sus reservas en liquidaciones por despido y boletos de ferrocarril para que los trabajadores pudieran encontrar nuevos empleos. Recordó a las compañías extranjeras que, en sus países de origen, los trabajadores tenían protecciones, como seguros de desempleo y otros beneficios. Les dijo que era relativamente barato ganarse la buena voluntad de los trabajadores<sup>305</sup>. Por supuesto, las compañías no siguieron su consejo. Resulta irónico que el incidente de San Gregorio, una consecuencia de los despidos en las pampas salitreras, haya causado la primera fractura entre Alessandri y los trabajadores.

Los testimonios concuerdan en que el 3 de febrero de 1921, cerca de 1.300 obreros se congregaron en Aguas Blancas, cerca de las salitreras de San Gregorio, para protestar por los despidos. Según las fuentes favorables a los obreros, la convocatoria se desarrolló pacíficamente. Después de elegir un comité, a eso de las 5:30 de la tarde, todos los asistentes, encabezados por el comité y seguidos por mujeres y niños, con los hombres en la retaguardia, marcharon hacia la oficina de la compañía. Decidieron exigir liquidaciones por despido equivalentes al salario de quince días. Cerca de la oficina, se toparon con el gerente y unos veinte soldados comandados por el teniente Argandoña, conocido por su reputación de “asesino” entre los obreros, y ocho policías militarizados a cargo de un sargento.

Los testimonios discrepan respecto de quien empezó el tiroteo<sup>306</sup>. Lo cierto es que alguien mató al detestado Argandoña e infligió una herida al gerente, quien más tarde perdería la vida. Otros dos soldados murieron en el enfrentamiento. Sin esperanzas, superados en número y con las instalaciones en manos de los obreros, el sargento solicitó refuerzos a través de un telegrama. Se presume que afirmó que los obreros habían atacado la oficina salitrera con la intención tomársela y establecer un soviét. Esta versión generalmente es aceptada por aquellos que son hostiles a los trabaja-

---

305 Ibid.

306 Para un relato representativo del punto de vista obrero, véase José S. González Vera, “La masacre de obreros de la pampa salitrera”, en *Claridad* (Santiago), 14 de febrero de 1921; para un relato desde el punto de vista contrario, véanse los números de *El Diario Ilustrado* (Santiago) entre el 5 y el 11 de febrero de 1921.

dores y fue la que el intendente de Antofagasta proporcionó al Ministerio del Interior para justificar sus acciones.

Una batalla encarnizada se desató una vez que llegaron los refuerzos. El balance de muertos y heridos nunca se informó con precisión. Algunas fuentes cuentan 100 obreros, entre muertos y heridos. El informe del intendente registró 18 heridos y omitió mencionar a los muertos. También se informó sobre 18 arrestos<sup>307</sup>. Sin embargo, las fuentes cercanas a los trabajadores contradicen esta información, asegurando que había los prisioneros eran muchos más y que fueron brutalmente golpeados por la policía.

La respuesta de Alessandri a estos trágicos eventos resultó profundamente decepcionante para muchos quienes esperaban un enfoque diferente bajo esta administración. En respuesta a las protestas de Enrique Díaz, el secretario de la FOCH, Alessandri expresó: “En momentos de calamidad nacional, como el actual, el deber de todos es ayudar y no agravar la situación. Había necesidad de mantener el orden público y el respeto por la propiedad privada”<sup>308</sup>. Esto llevó a los seguidores de Recabarren a cuestionar dónde radicaba la diferencia entre la actitud del presidente Alessandri y la de sus predecesores más conservadores. Percibieron semejanzas entre el discurso de mayo y el telegrama enviado a la Sociedad Nacional de Agricultura. Este decía:

“Condeno en la forma más categórica la obra de los agitadores y perturbadores del orden y del trabajo y los considero como enemigos del pueblo y enemigos del progreso de la República. Son sembradores de odios que entorpecen la campaña de concordia, de armonía y de amor que vengo predicando para cimentar sobre estas bases la grandeza del país. Invito a todos los hombres de bien que necesitan del trabajo y desean la tranquilidad de sus hogares a que se unan a una acción de propaganda y de solidaridad social en contra de los agitadores, que a veces son elementos indeseables arrojados de otros países y a veces hombres sin conciencia que explotan la buena fe del pueblo”<sup>309</sup>.

En su mensaje a la Sociedad Nacional de Agricultura, Alessandri dejó claro su rechazo a la propaganda en favor de una reforma agraria, argumentando que esta atacaba la base de la prosperidad de la nación e

---

307 *El Socialista* (Antofagasta), 13 de febrero de 1921.

308 *Ibid*, 5 de febrero de 1921.

309 *Claridad* (Santiago) 21 de mayo 1921, p. 8.

incluso su existencia constitucional.

En una carta abierta escrita en mayo de 1921, el Partido Obrero Socialista recordó a Alessandri sus promesas de campaña y aseguró que, si los obreros hubieran seguido su consejo de resignarse, él no sería presidente. La misiva enfatizaba que el Partido Obrero Socialista rechazaba la violencia tanto como él, pero insistía en que la responsabilidad de los actos de violencia recaía en los capitalistas, no en los obreros. Si quería dar con los enemigos del país, debía mirar entre los especuladores: los agitadores más efectivos militaban en las filas de los banqueros y sus secuaces. El Partido Obrero Socialista también criticó su rechazo a la redistribución de tierras y al empleo de la huelga por parte de los trabajadores agrícolas<sup>310</sup>.

Para el 11 de junio de 1921, Recabarren y sus seguidores ya estaban convencidos de que el gobierno de Alessandri era simplemente una “comedia de reacción”, donde el único cambio era “los nombres de los actores y la escenografía”<sup>311</sup>. A lo largo del tiempo, documentaron lo que llamaron “actos hostiles del gobierno de Alessandri”. Aseveraron que mientras Alessandri cautivaba a los obreros con frases atractivas, la policía y el ejército actuaban como rompehuelgas y disparaban a los trabajadores. Además, colaboraban con las compañías del carbón, cobre y salitre al prohibir la distribución de *La Federación Obrera* y otras publicaciones de su índole, y al negar la entrada de dirigentes obreros a los campamentos.

La creciente desconfianza de parte de los líderes obreros representaba una seria amenaza para el gobierno constitucional. En el punto más álgido de la pugna entre Alessandri y el Senado, en 1923, la FOCH recomendaba la neutralidad<sup>312</sup>. Ya se mencionaba la posibilidad de una dictadura militar a fines de ese año. Para contrarrestar esta situación, estudiantes universitarios, profesores normalistas y obreros organizaron una Asamblea por las Reformas Sociales. La FOCH criticó a la Asamblea por la forma antidemocrática en que se eligió el comité ejecutivo, y alegó que a algunos de sus miembros solo buscaban amasar capital político para sus propios sectores.

La crisis estalló a principio de septiembre de 1924. El segundo día de ese mes, un grupo de oficiales jóvenes protagonizó una protesta en las galerías del Senado. Al interrumpir la sesión con gritos y señalamientos, se les ordenó que se retiraran y se exigió que los oficiales fueran disciplinados. El gabinete estuvo de acuerdo, pero el presidente Alessandri se

310 *El Socialista* (Antofagasta), 6 y 7 de junio de 1921.

311 *Ibid*, 11 de junio de 1921.

312 *La Federación Obrera* (Santiago), diciembre de 1923.

opuso. Al día siguiente, se presentaron más oficiales que, a solicitud del ministro de Guerra, se retiraron. Mientras abandonaban la sala, protestaron alegando que no habían realizado nada contrario a sus derechos, y se dirigieron al Club Militar.

El 4 de septiembre, en otra sesión, los oficiales del ejército presentaron y nombraron una comisión de veinticinco miembros que se conoció como la Junta Militar. Sus exigencias incluían: (1) veto al proyecto de ley que remuneraba la labor de los parlamentarios, (2) reformas constitucionales, entre ellas, una reforma que estableciera y regulara la dieta parlamentaria, (3) adopción de un presupuesto, (4) renuncia de tres funcionarios del gabinete, incluyendo el ministro de Guerra, (5) aprobación inmediata del Código del Trabajo y otras legislaciones sociales, (6) estabilización de la moneda, (7) modificación de las leyes tributarias para incluir el impuesto a la renta, (8) cumplimiento de la ley de pensiones para los veteranos de la Guerra del Pacífico, (9) reforma de las normas militares sin aumentar gastos presupuestarios, (10) pago de salarios adeudados a los profesores y otros empleados públicos, (11) aumento de los salarios de todas las fuerzas de seguridad, incluyendo a la Policía, el Ejército y la Marina. Además, buscaban incorporar en las reformas constitucionales una declaración excluyendo al Ejército y la marina de las elecciones y la política de manera total y permanente.<sup>313</sup>

El 5 de septiembre, el presidente se reunió con los representantes de los oficiales y expresó su acuerdo con el petitorio. Gran parte de este coincidía con el programa que él mismo había exigido promulgar al Congreso sin éxito. Sin embargo, ante la amenaza de una revuelta militar, el Congreso actuó de prisa y, en la noche del 8 de septiembre, aprobó la mayoría de las leyes que acumulaban polvo hace cuatro años. Este conjunto de leyes incluía el Código del Trabajo, que fue aprobado con los contenidos originales que el presidente envió al Congreso.

Alessandri pensó que una vez que sus demandas fuesen satisfechas, la Junta Militar se disolvería y el Ejército se apartaría de la política. Al contrario, la Junta anunció su intención de permanecer activa hasta que el programa se implementara por completo. En ese momento, Alessandri se dio cuenta de que era un prisionero de los militares. De inmediato envió su renuncia al Congreso y buscó asilo en la Embajada de Estados Unidos. El Congreso aceptó su renuncia el 10 de septiembre, y al día siguiente partió a un exilio voluntario. Ese mismo día, la Junta Militar ordenó el cierre del Congreso y designó a tres oficiales de alto rango para actuar como una

---

313 Juan Bennet, *La revolución de septiembre de 1924* (Santiago, 1924), pp. 28–29.

junta de gobierno encargada de la administración hasta que un congreso constituyente completara las reformas necesarias y se celebraran nuevas elecciones. La junta original, compuesta por 25 oficiales jóvenes, continuó existiendo con la función de perro guardián.

¿Cómo reaccionaron los obreros ante estos eventos? A excepción de la IWW, la mayoría de trabajadores aceptaron la renuncia de Alessandri y la presencia de la Junta. El 9 de septiembre, durante una conferencia regional, la FOCH declaró que su postura era mantenerse al margen. Solicitó a los dirigentes locales que no convocaran manifestaciones<sup>314</sup>. La Junta tomó medidas para asegurar la buena voluntad de los trabajadores. Envío a algunos de sus miembros a hablar en las reuniones de los sindicatos para explicar sus objetivos. En su explicación a los trabajadores, la Junta explicó la disolución del Congreso así:

“La miseria del pueblo, la especulación, la mala fe de los poderosos, la inestabilidad económica y la falta de esperanza en una regeneración dentro del régimen existente habían producido un fermento que irritaba las entrañas de las clases cuya lucha por la vida es más difícil”<sup>315</sup>.

La Junta se comprometió a deshacerse de las antiguas fuentes de conflicto entre los trabajadores y las fuerzas armadas. Para disipar el resentimiento del pasado, anunció la liberación de todos los trabajadores detenidos por participar en huelgas y protestas, incluidos los encarcelados en San Gregorio.

Recabarren no se alarmó en demasía ante la posibilidad de que el Ejército derrocará al gobierno constitucional. Argumentó que las condiciones bajo un régimen militar, no podían ser peores que bajo el régimen del capitalismo. A su juicio, no podía existir “una dictadura más brutal que la dictadura capitalista, ejercida en nombre de la ley”. En sus comentarios sobre la declaración de la Junta Militar, Recabarren expresó dudas sobre si cumplirían sus promesas. A pesar de ello, recomendó a los obreros aprovechar la situación revolucionaria. Aunque no era demasiado optimista acerca de la posibilidad de crear una república comunista o anarquista, estaba seguro de que, si la Junta permitía elecciones libres, el proletariado dominaría la asamblea constituyente. Expresó su deseo de que los delegados se eligieran funcionalmente y que de las deliberaciones de la asamblea

314 *Justicia* (Santiago), 8 de septiembre de 1924.

315 *Ibid*, 28 de septiembre de 1924.

surgiera una estructura de gobierno descentralizada. La declaración de la Junta Militar demostraba que había nacido, en las palabras de Recabarren, “una nueva generación de idealistas entre los militares de Chile”, y éste exhortaba al proletariado a hacer todos los esfuerzos posibles para que la declaración de la Junta se convirtiese en realidad, “cueste lo que cueste”<sup>316</sup>.

Dos semanas después de la proclamación de la Junta, Recabarren estaba menos seguro de que tuvieran la intención de cumplir sus promesas. Atribuyó esto a la presión de los intereses particulares y del capital extranjero. La Junta aún no cumplía con su palabra de liberar a los prisioneros obreros. De hecho, se volvió hipersensible y comenzó a censurar las críticas, incluso llegó al extremo de deportar al abogado Daniel Schweitzer, conocido por defender a los obreros, especialmente a los anarquistas. En una convocatoria para protestar contra el endurecimiento del régimen, asistieron 4.000 personas, y tanto Recabarren como Cruz pronunciaron discursos<sup>317</sup>.

Hacia finales de octubre, la FOCH se encontraba en completo desacuerdo con el gobierno militar. Varios periódicos obreros fueron clausurados, incluyendo *La Defensa Obrera* de Tocopilla. Aumentaba la restricción de los derechos civiles. El 30 de octubre de 1924, el Comité Ejecutivo Nacional de la FOCH envió una carta abierta a la Junta señalando que la oligarquía vencida por Alessandri en 1920 se encontraba una vez más sentada a la cabecera de la mesa gubernamental. Indicaba que las leyes laborales aprobadas antes de la renuncia de Alessandri no se habían implementado y que la censura y las deportaciones estaban a la orden del día. La carta exigía: (1) reapertura de *La Defensa Obrera* y otros periódicos clausurados, (2) amnistía para todos los presos políticos, (3) expulsión de la oligarquía del control de los ministerios, (4) invitar a los obreros a las juntas de barrio, (5) el cierre de los hipódromos, (6) prohibición de la exportación de cereales, (7) ilegalizar la especulación de acciones, (8) una ley que garantice el pago de salario en una moneda estable, (9) medidas para proteger a los cesantes, (10) adopción de un impuesto a la renta progresivo, (11) cancelación de los contratos asignados a las concesionarias en las tierras de Magallanes, (12) implementación de leyes laborales, especialmente aquellas aprobadas para proteger a los empleados en la industria privada, y (13) la organización de una asamblea constituyente<sup>318</sup>.

---

316 Luis Emilio Recabarren, “Un juicio sobre el manifiesto de la Junta Militar”, en *Justicia* (Santiago), 13 de septiembre de 1924.

317 *Justicia* (Santiago), 30 de septiembre de 1924.

318 *Ibid*, 31 de octubre 1924.

Antes a la publicación de la carta, el Comité Ejecutivo Nacional de la FOCH envió una circular a sus miembros proclamando el fin de su neutralidad. La principal razón dada fue la persecución de los obreros salitreros por parte del Gobierno. Se instó a los federados a prepararse para un paro general<sup>319</sup>.

Mientras tanto, un número de oficiales jóvenes que lideró la revuelta contra el Congreso en septiembre de 1924 también estaba descontento con el desarrollo de los acontecimientos. Sentían que habían sido engañados y obligados a servir como títeres para los enemigos de Alessandri, la Unión Nacional. Este conjunto de oficiales estaba bajo el liderazgo de Carlos Ibáñez del Campo y Marmaduke Grove. En enero de 1925, derrocaron al Gobierno militar y solicitaron a Alessandri que regresara al país para retomar la presidencia. Le garantizaron el restablecimiento de los procesos democráticos y que se emprenderían reformas constitucionales para limitar el poder del Congreso.

Los trabajadores organizados, en particular la FOCH y el Partido Comunista, aceptaron el nuevo giro de los eventos. Formaron un nuevo órgano, conocido como el Comité Obrero Nacional, cuyo objetivo fue facilitar la participación de los trabajadores en las próximas elecciones para la asamblea constituyente. Al respaldar esta nueva sublevación, federados y comunistas creían poder evitar que la oligarquía recobrar el poder. Además, no querían perder el contacto con los oficiales jóvenes, y se engañaron pensando que, en caso de una guerra civil, podrían dirigir la revuelta hacia la una dictadura del proletariado.<sup>320</sup> Por lo demás, el nuevo gobierno revolucionario sí liberó a los presos políticos y obreros, incluidos aquellos detenidos en San Gregorio.

Una nueva ola de paros y actividad obrera acompañó el restablecimiento del gobierno constitucional de Alessandri. Una vez más, los trabajadores del salitre se mostraron especialmente activos. Sin embargo, la violencia reapareció y culminó en junio de 1925 en la tragedia de la oficina salitrera de La Coruña. Como respuesta a esos hechos, se desencadenaron nuevos arrestos y deportaciones, y se dictaminó el cierre de casi todos los periódicos comunistas y de la FOCH en el norte. Desde Antofagasta, nueve líderes fueron deportados bajo cargos de subversión. Pedro Reyes, editor de *El Comunista* de Antofagasta, recibió una condena a tres años de prisión y fue enviado a la Isla Ascensión en la zona austral<sup>321</sup>.

---

319 Ibid, 29 de octubre de 1924.

320 Ibid, 27 de enero de 1925.

321 Ibid, 21 de agosto de 1925.

La revuelta de enero de 1925 introdujo un nuevo “hombre fuerte” en el escenario político de Chile. El teniente coronel Carlos Ibáñez del Campo, que asumió como ministro de Guerra de Alessandri, acabó por convertirse en el miembro más influyente del gabinete. Hacia octubre de 1925, las tensiones entre Alessandri e Ibáñez llegaron a un punto crítico, llevando al presidente a renunciar nuevamente. Tras esta segunda dimisión de Alessandri, el poder de Ibáñez aumentó hasta convertirlo en un dictador de facto. Cuando el presidente Emiliano Figueroa, quien asumió el cargo presidencial en diciembre de 1925, renunció en mayo de 1927, Ibáñez ascendió a la presidencia en diciembre de ese año.

Durante su mandato, Ibáñez gobernó con mano de hierro y no toleró ninguna clase de oposición, tanto de la izquierda como de la derecha. A pesar de que el Código del Trabajo creó nuevos sindicatos “legales”, Ibáñez intentó organizarlos a su favor, para consolidar su poder político. La FOCH y el Partido Comunista fueron proscritos, y los dirigentes obreros y políticos, incluyendo muchos conservadores duros, se encontraron en la clandestinidad, en la cárcel o en el exilio. No quedaba duda de que una dictadura se había apoderado de Chile, aunque difícilmente podía considerarse como una dictadura del proletariado.

## Capítulo X

# El legado de Recabarren

Para cuando Carlos Ibáñez del Campo se consolidó como dictador y llevó a la FOCH y al Partido Comunista a la clandestinidad, Recabarren había muerto hace dos años. El 19 de diciembre de 1924, a las 7:00 a.m., su compañera Teresa Flores escuchó disparos desde su habitación. Corrió y lo encontró muerto, con perforaciones en el corazón y la sien a causa de cinco balazos que él mismo se propinó.<sup>322</sup> No dejó palabra alguna para explicar por qué decidió suicidarse.

Vista desde afuera, su vida parecía seguir el mismo curso de los últimos veinticinco años. Recién había regresado de una agotadora gira de conferencias por las provincias del sur y se preparaba para emprender otra en el norte. Trabajaba en nuevos folletos y en convertir *Justicia* en un diario de 8 páginas<sup>323</sup>. Sin embargo, desde adentro, las cosas no debieron verse igual. Pocos días antes de suicidio, se quejó de graves dolores de cabeza y manifestó su temor a quedar ciego. El médico le había aconsejado que se tomara las cosas con calma. A un amigo le confesó que preferiría poner fin a todo antes de volverse inútil para sí mismo y para el movimiento al que había dedicado toda su vida.

Hay quienes atribuyen su suicidio a su decepción con la realidad con la que se encontró en su viaje a la Unión Soviética<sup>324</sup>. Sin embargo, ni sus charlas ni su libro sobre Rusia sugieren algo así. De hecho, esta idea había circulado mientras vivía, y él mismo la negó con vehemencia en *La Rusia obrera y campesina*. Además, durante un debate en la Cámara de Diputados, resumió su postura afirmando que regresó de la Unión Soviética “encan-

---

322 *Justicia* (Santiago), 20 de diciembre de 1924. Cuando la autora entrevistó a Teresa Flores en 1948, esta le mostró la silla donde estaba sentado Recabarren cuando se disparó.

323 El 24 de agosto de 1924, el boletín de la FOCH, *La Federación Obrera*, fue rebautizado como *Justicia*, y se volvió el boletín conjunto de la FOCH y el Partido Comunista.

324 Virgilio Vergara, *Diccionario histórico y bibliográfico de Chile*.

tado” con su sistema social<sup>325</sup>. Si hubo decepción, no fue por las condiciones de la Unión Soviética sino por las de Chile. Después de tantos años como agitador, las fuerzas para continuar la lucha de clases eran escasas. La FOCH, en lugar de fortalecerse, había perdido influencia y miembros desde que se afilió a la Internacional Roja. Sin la ayuda de los partidos burgueses, los comunistas no fueron capaces de asegurar un solo escaño en la Cámara de Diputados. El Congreso fue disuelto y el gobierno de la Junta Militar se volvió cada vez más tiránico. Tampoco el futuro inmediato prometía ser feliz. Parecía que los conservadores más recalcitrantes pronto triunfarían y elegirían a Ladislao Errázuriz como presidente. Para Recabarren y sus seguidores, Errázuriz personificaba lo peor de la oligarquía.

A Recabarren tampoco le agradaba la dirección que estaba tomando el Partido Comunista. Se había resistido a aceptar la conformación del Comité Ejecutivo nacional, expresando su descontento por la incompetencia y falta de experiencia de sus miembros. Hasta 1924, tanto el liderazgo como la militancia del Partido Comunista habían sido casi exclusivamente de clase obrera. Sin embargo, un nuevo grupo de intelectuales, con Carlos Contreras Labarca como figura prominente, se había unido al partido. Estos organizaron el grupo Espartaco y buscaban asumir el liderazgo de la organización y llevarla en direcciones que Recabarren consideraba perjudiciales.

Sin duda, todos estos factores debieron pesar en su espíritu y contribuir a la depresión que lo impulsó a quitarse la vida. Su suicidio sorprendió tanto a sus amigos como a sus enemigos. El periódico conservador *El Mercurio*, informó que los corazones de los obreros de los campamentos mineros del norte y del sur se llenaron de dolor al enterarse de su muerte. Muchos se resistían a aceptar su suicidio, insistiendo en que debía haber sido asesinado por la policía o los militares. Tras la investigación oficial, el cuerpo fue trasladado de su hogar a la sede de la Federación de Obreros Ferroviarios, escoltado por sesenta banderas de las agrupaciones de la FOCH. Delegaciones de todo el país llegaron una tras otra para rendir homenaje a su vocero más audaz. Más de 7.000 obreros formaron una fila ininterrumpida para despedirse por última vez de su adorado líder. Los tranvías no circularon durante veinticuatro horas. No se había visto algo similar desde el funeral del joven poeta Domingo Gómez Rojas, quien

---

325 La siguiente cita, tomada de *Discursos y poesías* de Recabarren (Santiago, 1925), p. 77, también desmiente la idea: “señalemos aquel gran faro, esplendoroso de luz, que se llama la Rusia Libre, la Rusia Comunista, derrumbadora del capitalismo, la vanguardia de nuestro bello ideal, hagamos que el pueblo aprenda de Rusia la manera de acabar con los sufrimientos”. *Discursos y poesías* contiene una colección de cátedras de Recabarren, que se alistaba a publicar cuando murió.

fue empujado a la locura y finalmente a la muerte por las penurias que enfrentó en prisión durante el año de los “subversivos”. Se estima que la asistencia al funeral de Recabarren alcanzó las 80.000 personas<sup>326</sup>.

Ya en 1907, su nombre resonaba entre los obreros conscientes como un “luchador incansable”, que nunca había “traicionado sus principios” ni se había “rendido a la burguesía dominante”, y cuyos “presidios arbitrarios” eran la más firme prueba de que “vivía entre los obreros y solo para ellos”<sup>327</sup>. Con el paso de los años, su reputación como ferviente revolucionario y persona honesta se fortaleció. Al momento de su fallecimiento, el consenso general era que llevó una vida de entusiasmo y dedicación casi apostólica. *El Mercurio* de Santiago, en su editorial sobre Recabarren, expresaba que, “con fe de apóstol, consagró toda su vida al servicio de las clases obreras del país”, y que consiguió atraerse a “grandes masas de agrupaciones obreras”. Agregaba que era respetado por todos los trabajadores, que se había convertido en “el símbolo” de un ideal social por el cual batallaba sin descanso, y que había esparcido “las semillas de estas doctrinas” de un extremo a otro del país. Su ideal consistía en “la generosa aspiración de modificar la vida del obrero hacia aspectos de mayor equidad y de mayor justicia”. *El Mercurio* reconocía que, en las pampas salitreras, Recabarren había demostrado que su propaganda y obra no se reducían a “un simple lirismo”<sup>328</sup>.

*La Nación*, cuyo editor financió su viaje Rusia, también destacó su sinceridad, la seriedad con la que defendía sus convicciones, su carácter bien intencionado y la tolerancia con sus enemigos. Consideraba que su muerte era una gran desgracia para la clase obrera, la cual “debe los más vigorosos fundamentos de su conciencia social y de su fuerza colectiva a la tenacidad, al talento y al enérgico espíritu organizador de Luis Recabarren”<sup>329</sup>. Santiago Labarca, miembro del Partido Radical y asociado a él en la Cámara de Diputados y en la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, resaltó que la desgracia siempre había seguido sus pasos y que lo habían perseguido “como a perro rabioso, a él que sólo soñó con que todos los hombres fueran hermanos”. “La insidia hirió su alma sensible”, añadió, “insidia lanzada por sus naturales enemigos y que encontraba no poco ambiente entre los propios a quienes pensó redimir. Se le dijo ladrón, se le dijo cobarde, se le llamó traidor. Y muchas veces sus mismos compa-

---

326 *El Mercurio* (Santiago), 21 y 22 de diciembre de 1924.

327 *La Reforma* (Santiago), 5 de enero de 1907.

328 *El Mercurio* (Santiago), 20 y 21 de diciembre de 1924.

329 *La Nación* (Santiago), 20 de diciembre de 1924.

ñeros de miserias, se hicieron eco del cieno y la calumnia”<sup>330</sup>.

Sus elogios, por supuesto, no fueron universales. *El Diario Ilustrado* de Santiago, que había censurado las acciones de Recabarren en el pasado, no fue más generoso con él en su muerte. En distintos momentos de su vida, el periódico se refirió a él con expresiones como “microbio”, “vampiro”, “parásito de cuerpos fuertes y sanos”, “agente pagado” y “sembrador de odio”. Tras la masacre de San Gregorio, una editorial describió a Recabarren como “el asesino de cuarenta hombres”, que merecía ser agarrado de “las solapas del cuello” y recibir una “patada en los calzones”. Concluía la editorial afirmando que era más digno de estar en la cárcel que en el Congreso<sup>331</sup>. En el número del 14 de abril de 1922, se le acusó de apropiarse de una cuota semanal de 5 pesos por cada obrero adulto, 3 por cada obrera y 2 por cada trabajador infantil. También se le imputó vivir como “un príncipe en una casa que no le pertenecía”. Estas acusaciones fueron repetidas con ocasión de su muerte. *El Diario Ilustrado* aseguró que Recabarren murió rico y dejó una herencia de 100.000 pesos<sup>332</sup>. En realidad, Recabarren murió pobre y no dejó nada, ni siquiera para costear los gastos del funeral.

El artículo de M. J. Montenegro publicado en *Justicia* a seis semanas del suicidio de Recabarren, puso el acento en algo que parecía más consistente con los hechos, y que la historia acabó por confirmar. El único legado de Recabarren eran las ideas que sembró en las mentes de las personas trabajadoras, y una imprenta con la cual luchar contra la burguesía. Esta fue la temática recurrente de aquellos camaradas suyos que hablaron en su funeral. Luis Víctor Cruz, probablemente el más cercano de todos y quién trabajo con él por más tiempo, expresó ante su sepulcro que la FOCH había recibido de Recabarren su “orientación revolucionaria”. Ramón Sepúlveda Leal, zapatero de Viña del Mar y secretario del Partido Obrero Socialista desde su fundación, y luego secretario del Partido Comunista, lo consideraba “el director espiritual” de los comunistas chilenos. “En todo momento estábamos en contacto con él y procurábamos seguir sus orientaciones, sus doctrinas, así como su ejemplo de sacrificio y de trabajo”.<sup>333</sup> Según Sepúlveda, Recabarren fue “el iniciador y propulsor de la prensa obrera” en Chile. Aunque era una exageración, dado que la prensa obrera comenzó antes de que Recabarren estuviera activo, hizo grandes contribuciones al desarrollo del periodismo obrero, lo que se le reconocía

---

330 *Justicia* (Santiago), 20 de diciembre de 1924.

331 *El Diario Ilustrado* (Santiago), 9 de febrero de 1921

332 Ibid, 20 de diciembre de 1921.

333 *Justicia* (Santiago), 22 de diciembre de 1924.

ya en 1916. *El Socialista* de Valparaíso, que Recabarren ayudó a organizar, afirmaba que su contribución a la prensa era enaltecida incluso por sus adversarios, y que comenzaban “a poner su nombre al lado del de Vicuña, Irrarrázaval y Palazuelos”, eminencias del periodismo chileno<sup>334</sup>.

Era cierto que Recabarren no soportaba vivir mucho tiempo sin un periódico. Tenía la firme convicción de que ningún movimiento podía prosperar a menos que tuviese uno. En su informe sobre el estado de *La Federación Obrera* para la convención de la FOCH en 1923, escribió: “Nuestro movimiento no crecerá en cantidad ni calidad a menos que aumente el número de lectores de nuestra prensa federada”. Antes, en 1912, cuando dejó el Partido Demócrata, organizó las bases del Partido Obrero Socialista y mencionó, a modo de ejemplo, el fracaso del Partido Demócrata en todos esos años al no ser capaz de publicar un periódico regular. De igual manera, cuando Enrique Díaz Vera y otros lo criticaron por debilitar a la FOCH al convertirla en un títere del Partido Comunista, él señaló que desde que él y su grupo habían tomado el control de su periódico, *La Federación Obrera* se había convertido en un diario. En menos de dos años, imprimieron 3.000.000 de copias y recibieron 565.403,62 pesos<sup>335</sup>.

En 1897, a los 21 años, Recabarren creó *El Demócrata*, con la ayuda de Artemio Gutiérrez, el primer diputado del Partido Demócrata en alcanzar el Congreso. Dos años después, editaría y publicaría *La Democracia*. Tras 1903, cuando fue a Tocopilla para hacerse cargo de *El Trabajo*, el número de periódicos que dirigió o ayudó a organizar aumentó rápidamente. Tan pronto como llegó a Santiago administró el periódico *La Reforma*, que continuó su publicación mucho después de la partida de Recabarren. Entre 1911 y 1916, casi toda la prensa obrera estaba asociada a su nombre, especialmente en la pampa del norte, ya sea como editor o gestor. Gracias a su habilidad para la organización, algunos de estos se convirtieron en diarios en poco tiempo, otros se mantuvieron como semanarios, y algunos se las arreglaron para publicar dos veces por semana. Entre ellos, se cuentan *El Grito Popular*, renombrado como *El Despertar de los Trabajadores* de Iquique; *El Socialista* de Antofagasta, luego *El Comunista*; y *La Comuna* de Viña del Mar. A principios de 1922, cuando la FOCH estaba en su apogeo y el Partido Obrero Socialista recién se había renombrado como Partido Comunista, la prensa obrera había crecido considerablemente. Las agrupaciones publicaban diarios en Santiago, en Iquique, en Arica, en Antofagasta, en la ciudad minera de Coronel y en Punta Arenas. También existían semanarios como ¡*Adelante!* de Talcahuano y *La Jornada* de Concepción.

334 *El Socialista* (Valparaíso), 12 de agosto de 1916.

335 *La Federación Obrera* (Santiago), 18 de diciembre de 1923.

Los obreros tenían periódicos en casi todos los centros industriales de relevancia, a menudo impresos en sus propios talleres. Recabarren siempre recordaba a los obreros que debían comprar su propia imprenta si querían asegurarse de que sus ideas fueran difundidas. También recomendaba a los escritores obreros que se convirtieran en tipógrafos y que aquellos que trabajaban con ellos aprendieran a poner los tipos y a escribir contenidos.

Al momento de su muerte, las dos décadas y media de agitación y organización de Recabarren habían convertido al movimiento obrero en una fuerza política y social que ningún gobierno podría desestimar jamás. Puede sonar extraño atribuirle el mérito de la promulgación del Código del Trabajo a Recabarren, quien al final de su vida tenía poca fe en la legislación “burguesa”. Aun así, fue su constante agitación revolucionaria la que llevó a aquellos que se oponían a pensar que podían calmarla con la aprobación de leyes sociales y laborales. El sesgo anticapitalista de Recabarren estaba tan arraigado en el pensamiento de los obreros chilenos que todavía prevalece en el movimiento obrero.

El movimiento comunista fue el beneficiario directo de las actividades y el talento organizativo de Recabarren. Gracias a él, el Partido Comunista controlaba a la FOCH, la mayor organización sindical. Según Cruz, su militancia alcanzaba los 130.000 para el primer aniversario de la muerte de Recabarren, en diciembre de 1925. Además, gracias a Recabarren, el órgano oficial de la FOCH, rebautizado como *Justicia*, también era el medio oficial del Partido Comunista. La influencia comunista se extendía sobre la mayor parte de la prensa obrera. La ideología, tanto en la organización sindical como en el movimiento comunista, así como sus estructuras organizativas y sus métodos de lucha, eran herencia suya.

Sin embargo, desde el cuartel general en Buenos Aires, el Buró Sudamericano de la Tercera Internacional le dijo al Partido Comunista que se deshiciera de todo ese legado. Si el partido chileno quería ser un verdadero partido bolchevique, debía tirar por la borda el aparataje doctrinario de Recabarren.

El 29 y el 30 de noviembre de 1926, en el periódico fundado por Recabarren, se publicó una carta abierta a todos los miembros del Partido Comunista de Chile por parte del secretario del Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Esta carta fue enviada en vista del anuncio de la próxima convención, que se celebraría en Santiago en diciembre. En ella, la autoridad principal de la Tercera Internacional de Sudamérica criticó el liderazgo, la estructura y los métodos del partido chileno. Esbozó un programa de cambios necesarios antes de iniciar la “bolchevización” del partido.

La carta comenzó con un análisis de las condiciones políticas y económicas. Luego argumentó que el Partido Comunista de Chile no podría hacerles frente sin llevar a cabo una “bolchevización”. El secretariado reconocía que el partido ejercía una notable influencia en las masas, considerablemente mayor que cualquier otro partido obrero en el continente americano, y que su control sobre el movimiento sindical era prácticamente completo. Sin embargo, al mismo tiempo, afirmaba que sus líderes carecían de preparación, denunciaba las disputas personales en las que se involucraban y criticaba la organización del frente unido con otros partidos.

Al abordar las relaciones del partido con los sindicatos, el secretariado ofreció observaciones interesantes. Criticó al partido por no haber establecido una línea claramente definida entre los sindicatos y los órganos del partido, insistiendo en que esto resultaba perjudicial tanto para los sindicatos como para el partido. Ninguno podía cumplir a cabalidad con la tarea para la cual existían. El partido no lograba desempeñar el papel de vanguardia del proletariado, y los organismos sindicales no podían continuar de manera independiente con su propaganda y actividad entre la masa de trabajadores, quienes aún estaban políticamente inmaduros y solo les preocupaba mejorar su situación económica inmediata. La ausencia de demarcación entre el partido y los sindicatos era especialmente peligrosa para el partido, pues podría implicar que sus políticas fueran determinadas por una mayoría ajena a su organización.

Para remediar esta situación, el Secretariado recomendó que las secciones sindicales se organizaran bajo la dirección general del Comité Ejecutivo Nacional (CEN), y que estuvieran bajo el liderazgo directo de un comité nacional de sindicatos. Se mencionó la necesidad de establecer una distinción similar entre la prensa del partido y la de los sindicatos. Además, se propuso que los consejos de la FOCH debían organizarse en sindicatos industriales tan pronto como fuera posible. Aunque teóricamente se había implementado este cambio en 1922, en la práctica se había avanzado muy poco en ese sentido. Respecto a los sindicatos que no eran miembros de la FOCH, se subrayó la responsabilidad de los comunistas de formar “grupos de unidad sindical y la propaganda de los principios de la I.S.R.”, es decir, la Internacional Sindical Roja.

Al partido se le señaló también que no había prestado suficiente atención a las masas del sector agrícola. Era imperativo cambiar esta situación mediante una campaña sostenida centrada en un programa de demandas inmediatas de los campesinos. Se debía organizar a los campesinos pobres y a los obreros agrícolas, fortalecer las uniones de inquilinos y sentar las bases para un congreso agrario nacional. Además, se llamó a

realizar esfuerzos más intensos entre la juventud de la nación y a fomentar la participación activa de las mujeres. Sin embargo, la necesidad más apremiante era elevar el nivel doctrinario del partido y la educación política de sus miembros.

Se planteó a su vez la modernización de la estructura del partido, para poner fin a la doble autoridad vigente en su seno. La fracción parlamentaria no debía presentarse ante la militancia como la fuerza directiva en el partido, evitando así convertirse en una organización socialdemócrata ordinaria centrada en las actividades electorales. En un auténtico partido comunista, el poder debía estar centralizado en el CEN, con representantes de todas las regiones del país. Todas las resoluciones de este Comité debían ser estrictamente acatadas por todos los miembros, incluso aquellos que ocupaban cargos importantes en el Gobierno. El CEN debía evitar los conflictos por nominaciones a las listas del partido, como los que ocurrieron antes de las elecciones parlamentarias. Las cuotas recaudadas de los salarios de los militantes con cargos públicos debían entregarse a una oficina nacional para promover la labor del partido en su conjunto, sin pagarse a las sedes locales de donde provenían los candidatos. Además, se recomendó que el partido organizara de inmediato células para hacer más efectiva su labor política. Aparte del aparato legal, el partido debía preparar una organización clandestina capaz de funcionar en caso de que la dictadura de Ibáñez lo proscibiera junto con la FOCH. El último consejo resultó premonitorio, ya que Ibáñez prohibió el partido y a la FOCH al año siguiente.

Aunque culpaba a los dirigentes de numerosos errores, el Secretariado desaconsejó las expulsiones. Mantenía la esperanza de que el partido pudiera liberarse rápidamente de la herencia “social-demócrata” de Recabarren y que ayudaría a “todos los compañeros sinceros a rectificar sus errores”. Aquellos que persistieran en el antiguo enfoque, y que interfirieran con el avance del partido hacia la “bolchevización”, debían ser combatidos con firmeza.

En resumen, el CEN, compuesto por miembros más jóvenes, salió menos perjudicado que la fracción parlamentaria, integrada por hombres que habían construido el movimiento junto a Recabarren y aún tenían influencia entre los trabajadores. El Secretariado analizó las acciones de cada miembro del Congreso y en cada caso demostró cómo su conducta no se alineaba con la ideología comunista. La carta describía las acciones de Sepúlveda Leal, de Hidalgo y de Cruz como el resultado de una “desviación social-demócrata” (es decir, una desviación derechista) y a los miembros del CEN como afectados por la “enfermedad infantil del comunismo” (es

decir, una desviación izquierdista). Entre estos dos males, el Secretariado consideraba que la desviación de derecha era la más peligrosa. Para acelerar la “bolchevización”, el Secretariado les envió un instructor, el argentino Paulino González Alberdi, el primero de una serie de agentes que la Internacional Comunista enviaría a Chile<sup>336</sup>

Lo que el Secretariado estaba desmantelando era el legado de Recabarren. Las políticas y la estructura organizativa del partido eran las preferidas por Recabarren y de las cuales él mismo fue el arquitecto. Muchos señalaron esto en las discusiones que siguieron a la publicación de la carta.<sup>337</sup> Como es lógico, hubiera sido extremadamente imprudente realizar un ataque frontal a Recabarren en ese momento. Para la mayoría de los miembros y simpatizantes, Recabarren seguía siendo “el alma y guía del Partido y de la FOCH”<sup>338</sup>. Pasaron aproximadamente diez años antes de que se atrevieran a cuestionar directamente lo que Recabarren defendía. Durante parte de esa década, el Partido Comunista fue ilegal; algunos de los que habían ayudado a construir el movimiento obrero, como Sepúlveda Leal y Manuel Hidalgo, fueron expulsados. En Rusia, Stalin consolidó su control sobre el Partido Comunista Ruso, la URSS y los partidos comunistas de todo el mundo.

El CEN del PC chileno escogió el noveno aniversario de la muerte de Recabarren para lanzar su ataque frontal. En una declaración titulada “¿Cómo debemos conmemorar el noveno aniversario de la muerte de nuestro compañero Luis E. Recabarren Serrano?”, publicada en la prensa comunista y dirigida a los militantes, el CEN expresó que Recabarren merecía ser homenajeado por haber afiliado a la FOCH a la Internacional Sindical Roja y por haber defendido a Rusia “contra los ataques de los vampiros imperialistas”. Sin embargo, argumentaron que debía librarse una vigorosa lucha contra el “recabarrenismo” al interior del partido. Sus ideas y tácticas no eran las adecuadas, ni siquiera cuando él estaba vivo; “hoy son un obstáculo incluso mayor en el proceso de transformación del Partido Comunista en la verdadera vanguardia del proletariado, en un partido bolchevique, capaz de lograr el triunfo de la revolución agraria y antimperialista”. A pesar de “su sentimiento y su abnegación revolucionaria”, Recabarren nunca se desprendió de las ideas “burguesas”. Es por eso que no pudo construir “un verdadero partido proletario”. Nunca se liberó

---

336 Frente Democrático de Latino-América, *Historia del Partido Comunista de Chile* (Santiago, s. f.).

337 Véanse los números de *Justicia* (Santiago) desde el 11 de diciembre de 1926 hasta fines de enero de 1927.

338 *Justicia* (Santiago), 20 de diciembre de 1925.

realmente del principio de “colaboracionismo”<sup>339</sup>.

Este llamado a la militancia para librarse de las ideas que defendía Recabarren fue consecuencia de las acciones tomadas en julio de 1933, durante el congreso nacional del Partido Comunista. Una resolución adoptada allí expresaba la misma orientación, indicando que “la ideología de Recabarren es la herencia que el Partido debe superar rápidamente. Recabarren es nuestro, pero, sus concepciones sobre patriotismo, sobre la revolución, sobre la edificación del partido, etc. son, al presente, una seria traba para cumplir nuestra misión”<sup>340</sup>.

¿La idea de liberar al partido del “recabarrenismo” se originó en el Partido Comunista de Chile o fue introducida por el Buró Internacional Sudamericano de la Internacional Comunista? A partir de una carta del Buró enviada al partido chileno encomendándole la acción tomada en su conferencia nacional, pareciera que la iniciativa provino del CEN local. No obstante, es plausible que este haya sido influenciado para tomar dicha decisión por las críticas del Buró Sudamericano en 1932, después de la revuelta de los marinos de ese año en Chile. Estas críticas evidenciaron que el partido fue pillado desprevenido, especialmente por no haber realizado una distinción clara entre él y la FOCH. En cualquier caso, ¿habría tenido lugar la ruptura si el Secretariado se oponía? Lo concreto es que la opinión del Buró Sudamericano manifestó que atribuía una “gran importancia a la discusión iniciada por el Partido Comunista de Chile para su liberación del lastre ideológico de Recabarren”. Como lo indicaba la resolución original, en su carta, el Buró Sudamericano dio a Recabarren crédito por su “abnegación y sentimiento revolucionario”. Elogió el gran servicio que había brindado al movimiento chileno, sin embargo, luego condenaba “sus ilusiones democráticas, su fe en el sufragio universal, su patriotismo burgués, su concepción del partido como un partido de reformas sociales [...] su ignorancia y absoluta falta de comprensión de la revolución obrero-campesina como etapa necesaria impuesta por el desarrollo, su idea abstracta de la “revolución social” como ideal remoto, y finalmente su colaboración con la burguesía”. Todo este “bagaje ideológico” legado por Recabarren al Partido Comunista de Chile resultó ser una carga pesada, como una soga al cuello, insistía la carta. Había frenado su desarrollo. Debido a esto, el partido no logró convertirse “en un genuino guía del proletariado, una vanguardia capaz de liderar y concluir exitosamente la revolución de los obreros y campesinos de Chile”.

---

339 *El Comunista* (Antofagasta), 19 de diciembre de 1933.

340 Buró Sudamericano de la Internacional Comunista, *Las grandes luchas revolucionarias del proletariado chileno* (Santiago, 1932), pp. 35–36.

¿Cuál habría sido la reacción de Recabarren ante las críticas arrojadas contra su partido y su liderazgo? ¿Su “yo”, como alguna vez se refirió a su individualidad, se habría sentido ofendido de la misma manera que cuando lo criticaron en 1904? En aquella ocasión, Recabarren estuvo en la cárcel, en relación con el incidente de su periódico *El Trabajo*. Alejandro Escobar y Carvallo, uno de los iniciadores del movimiento obrero y anarquista, sostuvo un intercambio de cartas con Recabarren en el que tildó a otros dirigentes obreros de oportunistas, acusándolos de vivir a costa de los pobres y de venderse al enemigo, al Gobierno. Aunque Recabarren fue eximido de estos cargos, Escobar fue de todos modos ácido con él, ya que Recabarren, en una circular a los trabajadores, había aconsejado no recurrir a la violencia. Recabarren se enteró de que algunos obreros planeaban usar dinamita e intentó disuadirlos. “¿Es usted socialista? ¿Es usted anarquista? ¿O es demócrata?”, le preguntó Escobar de manera retórica, y respondió a su propia interrogante diciendo que le parecía que Recabarren era, o intentaba ser, “las tres cosas a la vez”<sup>341</sup>.

La carta que Recabarren escribió en respuesta mostró la grandeza del hombre. Este carácter que reveló lo mantuvo hasta el fin de su vida, ya que era su forma de ver la vida en general. Recabarren comenzó su respuesta coincidiendo con Escobar en que existían prácticas malignas dentro del movimiento obrero y que debían combatirse. No obstante, discrepaba respecto del método propuesto por Escobar. Recabarren señaló que él no se oponía a la violencia en sí misma. Si la violencia podía traer el resultado deseado, él recomendaría su uso. Sin embargo, no creía en los sacrificios pueriles o en los ataques personales en los periódicos obreros. Consideraba que el espacio era demasiado valioso para desperdiciarlo en recriminaciones y luchas de egos. Afirmaba que los males debían ser señalados y combatidos, pero no había razón para mencionar nombres a menos que la política pusiera en peligro al movimiento. En su opinión, los insultos y la falta de cortesía nunca se justificaban.

Tampoco le veía sentido pelear sobre métodos. Para Recabarren, tanto el socialista como el demócrata o el anarquista compartían un mismo fin: la felicidad del proletariado. Por lo tanto, consideraba que cada uno debía elegir el método que considerara más efectivo para alcanzar ese sueño, y el resto podría seguir su ejemplo. “Soy socialista revolucionario”, afirmó, añadiendo: “Y creo facultativo de mi yo individual y consciente escoger las armas que a mí me plazcan, si son armas para hacer la revolución; nadie debe insultarme por esto [...] ¿Quieren Uds. imponer un ideal que se llama libertario [...] por medio de una crítica despótica? ¿Dónde dejan

---

341 *Tierra y libertad* (Casablanca), julio de 1904.

entonces el yo de las personalidades? ¿Dónde el individualismo? [...] Con críticas grotescas no se prestigia ni se recomienda un ideal que es todo poesía. Ya lo sabe, soy socialista revolucionario, libre de llevar las armas que a mí me plazca para hacer la revolución y libre a mi vez de deshacerme de las que vaya estimando inútiles o gastadas, o ineficaces, o inofensivas, a mi debido tiempo”<sup>342</sup>.

En sus voluminosos escritos, que incluyen hasta mediocres poemas sobre asuntos sociales, Recabarren dejó un completo registro de sus ideas teóricas y de su evolución. Aunque era esencialmente un activista y no un pensador teórico, su educación, truncada al abandonar la escuela a los 11 años, no lo capacitó para el pensamiento teórico riguroso. Aunque, como joven, mostró una preferencia por la lectura seria. Se dice que durante su juventud leyó algunas de las obras clásicas de los anarquistas del período. Es dudoso, eso sí, que hubiera leído mucho de Marx y Engels, excepto de segunda mano, en los escritos sobre ellos. Sus ideas éticas estaban fuertemente influenciadas por Francisco Bilbao, quien, a su vez, había sido inspirado por Lammenais y los socialistas utópicos. En gran medida, las ideas teóricas de Recabarren compartían un carácter utópico.

La primera obra significativa de Recabarren con un carácter relativamente teórico fue *El pensamiento y la acción*, publicada en 1911. El folleto fue concebido como respuesta al discurso pronunciado el 1 de mayo de 1910 por el conservador Francisco Valdés Vergara, quien sostenía que, debido a la desigualdad natural entre los seres humanos, no había razón para protestar contra ella. En su respuesta, Recabarren insistió en que en gran medida la desigualdad era producto de factores ambientales y que, con la mejora de estas condiciones a través del socialismo, muchas diferencias desaparecerían. “Los socialistas”, escribió Recabarren, “no buscamos, ni pretendemos, en realidad, la igualdad, como se estima esta palabra en su sentido vulgar [...] Lo que buscamos, lo que queremos, es la mayor suma de felicidad, de comodidad, de instrucción, de completo bienestar para cada ser humano [...] Queremos que la felicidad la disfrute cada ser humano, a su propio sabor”. Además, agregó que los socialistas no estaban pensando “en usurpar goces y riquezas a los poderosos. Lo que el pueblo anhela es llegar a disfrutar del agradable bienestar que enaltece la existencia misma del ser humano y que es signo real, evidente de civilización y de cultura”. Argumentó que la burguesía restringe las esperanzas de los obreros, y por lo tanto, el sistema presente debía ser modificado radicalmente mediante los esfuerzos de los propios trabajadores<sup>343</sup>. Estos ideales per-

---

342 Ibid, agosto de 1904.

343 Luis E. Recabarren, *El pensamiento y la acción* (Santiago, 1911), pp. 38–39.

manecieron siendo el motor de sus actividades hasta el día de su muerte.

Sus ideas más destacadas están recogidas en su libro titulado *Socialismo*, aunque la obra tiene pocas contribuciones originales. Algunas de las ideas parecen haber sido tomadas del socialista argentino Juan B. Justo. En este trabajo, Recabarren muestra la misma clase de optimismo utópico presente en sus escritos tempranos. Sostenía que una vez que los medios de producción fueran socializados, la naturaleza, el hombre y la máquina producirían “de sobre todo lo que se necesita, y entonces todos pueden vivir a sus anchas”<sup>344</sup>. Para Recabarren, el socialismo “no es otra cosa que la perfección en progreso incesante para multiplicar los goces de todos los seres humanos”. En esta etapa de su desarrollo, creía que el socialismo podía alcanzarse de manera pacífica. Recabarren afirmaba que, a medida que los socialistas se organizaban, la “violencia sangrienta” se volvía menos frecuente. El socialismo, en sus palabras, estaba destinado a crear “un verdadero paraíso de felicidad y goce”. La acción socialista ya había aumentado los salarios, reducido los precios y mejorado el estándar general de vida. La riqueza en manos de los grandes propietarios pasaría gradualmente a manos de la sociedad, beneficiando a todos por igual<sup>345</sup>.

¿Qué métodos usaría para inducir la transformación al socialismo? Las tácticas, escribió, no estarían condicionadas por las circunstancias específicas de cada país. Los medios serían los mismos en todas partes. Abogaba por dos enfoques fundamentales: educación y organización. El ámbito educativo comprendía libros, panfletos, periódicos, conferencias, foros, teatro y artes, con el propósito de inculcar ideas y principios éticos. En paralelo, la organización debía extenderse en el ámbito político, los sindicatos y las cooperativas. “No somos nosotros los que aseguramos nuestro próximo triunfo”, insistía, “es la historia de hechos consumados, quien se encarga de garantizarnos de ese éxito”. A largo plazo, los medios económicos podían ser más importantes que los políticos<sup>346</sup>.

Consciente de las objeciones anarquistas a la acción política, Recabarren la defendía argumentando que los socialistas deseaban utilizar la política para orientar al Estado hacia el servicio de sus causas sociales. En situaciones en las que los socialistas eran minoría en el Congreso, debían ser críticos de las instituciones existentes, proponer leyes que ayuden “a salvar al proletariado de la rapacidad burguesa” y, siempre que fuera posible, impulsar legislaciones que contribuyeran a materializar el socialismo.

---

344 Luis E. Recabarren, *El socialismo* (Iquique, 1912), p. 6.

345 Ibid, p. 53.

346 Ibid, pp. 59–60.

En los países donde los socialistas habían obtenido representación parlamentaria, habían incorporado elementos del pensamiento socialista en las leyes promulgadas. Por supuesto, el socialismo no nacería el día que fueran mayoría, sino que la acción de conjunta de legisladores, sindicatos, cooperativas y escuelas forjarían gradualmente una auténtica sociedad socialista. La misma voluntad e inteligencia que ayudaba a perfeccionar todas las facetas de la vida material también mejoraría a los seres humanos. Una vez arraigado el socialismo, se requerirían menos jueces, policías y ejércitos, ya que el sistema fomentaría el respeto por los derechos de los demás.

En dos obras posteriores, escritas en la época en que Recabarren ya había aceptado los 21 puntos de Lenin, y se esforzaba en transformar el Partido Obrero Socialista en el Partido Comunista, persistía la misma propensión a pensar la realidad en función de los tiempos venideros. En aquel entonces, Recabarren sostenía que cuando la propiedad privada se aboliera, resultaría en una “mejoría en todo; nadie será dañado, ni siquiera los dueños, y todos, ricos y pobres, tendrán que aportar sus mejores ideas para seguir perfeccionando las nuevas condiciones de vida”<sup>347</sup>. Su descripción de cómo sería la industria y el gobierno bajo el socialismo fue calificada de utópica por el editor del periódico socialista argentino *La Vanguardia*. Tanto el método como la estructura de la sociedad que Recabarren proyectaba en su folleto “Si triunfa el socialismo” (más tarde modificado a “Si triunfa el comunismo”) se asemejaban más a ideas sindicalistas que a planteamientos socialistas o bolcheviques. Recabarren defendía la utilización de huelgas generales para forzar a los industriales a ceder a los deseos de los obreros. La administración de fábricas, haciendas, minas y salitreras correría a cargo de asambleas industriales, las cuales se organizarían en cualquier sitio donde trabajaran 10 o más personas de 18 años. Cada asamblea industrial escogería a su gerente y demás funcionarios administrativos, y determinaría salarios, horas de trabajo, condiciones laborales y precios después de recibir el consejo del personal técnico.

Los delegados seleccionados por las asambleas industriales compondrían el gobierno municipal. Estas asambleas municipales incluirían a todos los habitantes, nativos y extranjeros mayores de 18 años que trabajaran. Antes de que cualquier decisión de la asamblea municipal tuviera validez legal, requeriría de una aprobación mediante un voto general. Aquellas propiedades de carácter social que no fueran administradas directamente

---

347 Luis E. Recabarren, *Si triunfa el socialismo* (manuscrito inédito), pp. 16–17. Vi el manuscrito original, de puño y letra de Recabarren. Dondequiera que este había escrito originalmente la palabra “socialismo”, la había reemplazado después por “comunismo”. Aparte de ello, no había realizado otros cambios.

por la asamblea industrial estarían bajo el control de la asamblea municipal.

El gobierno nacional se compondría de una asamblea electa por elección directa en cada municipalidad, con un delegado por cada 10.000 habitantes. Como las leyes de la asamblea municipal, las decisiones nacionales también requerirían el concurso general del pueblo. La asamblea nacional se reuniría al menos una vez al año para considerar cuestiones tales como la política de ferrocarriles, servicios nacionales, relaciones exteriores, navegación, estadísticas y la organización de la producción. La agenda de la asamblea nacional sería preparada por un comité administrativo nacional e incluirá temas presentados por las asambleas municipales e industriales.

El control sobre la educación se distribuiría entre todas las unidades básicas de gobierno. La enseñanza primaria quedaba en manos de las asambleas industriales, la enseñanza secundaria y técnica, a cargo las asambleas municipales; las universidades y las escuelas normales, bajo el control del comité administrativo nacional. No podría privarse a los ciudadanos de sus derechos individuales, excepto por ley. Cada persona capaz de trabajar sería forzada a emplearse, aunque cada cual tendría la libertad de elegir su ocupación. Las asambleas industriales o municipales deberían implementar medidas que aseguren suficientes trabajadores para aquellos empleos considerados degradantes o peligrosos. Se eliminarían los trabajos inútiles, y la maquinaria asumiría gran parte de las tareas pesadas que, en el capitalismo, recaen sobre los seres humanos.

Los fundamentos del pensamiento de Recabarren permanecieron inalterados luego de que su partido se uniera a la Internacional Comunista. Aunque modificó su lenguaje, su perspectiva básica se mantuvo constante. Despreciaba las reformas y abogaba por sustituir la dictadura burguesa por la dictadura del proletariado. Al mismo tiempo, creía que “los que hoy son dueños tendrán que trabajar con nosotros de acorde a sus competencias y capacidades”. Su concepción del proletariado nunca fue marxista y, ciertamente, tampoco leninista. Para él, el proletariado era equivalente a los pobres y abarcaba no solo a los obreros industriales y agrícolas, sino también a los pequeños industriales, comerciantes y profesionales. De hecho, el 90% del pueblo constituía el proletariado. Así, la dictadura del proletariado, en su mente, significaba que el 90% de la población ejercería una dictadura sobre una minoría muy pequeña, del 10%. Esta dictadura se ejercería únicamente para prevenir “la explotación y la tiranía”. En esencia, “la dictadura del proletariado es la libertad definitiva de todos los oprimidos, que otorgará a todos los pobres bienestar progresivo; construida por todos [...] no significa esclavitud para nadie. La dictadura del proletariado, en consecuencia, representa la firme voluntad de todo

el proletariado organizado de poner fin a la brutalidad burguesa, que una vez terminada [...] terminará también con toda dictadura, ya que no habrá razón que la justifique”<sup>348</sup>.

El Buró Sudamericano de la Internacional Comunista tenía razón en gran medida. El legado ideológico de Recabarren se oponía a todas las formas de tiranía, y el núcleo de su pensamiento estaba arraigado en la democracia. Por supuesto, especular sobre qué hubiera hecho Recabarren después de muerto es pura conjetura. ¿Habría aceptado el comunismo al pie de la letra? ¿Se habría sometido a la tiranía de Stalin? Luis Víctor Cruz y Elías Laferte, con quienes colaboró codo a codo, así lo hicieron; otros no estuvieron dispuestos y fueron expulsados del Partido Comunista, incluida su compañera Teresa Flores.

Respecto a los comunistas, las ideas “burguesas” de Recabarren resultaron útiles una vez que concluyó el llamado “tercer período”. Durante los días del Frente Popular en la última mitad de la década de 1930 y en el período del Frente Nacional que siguió a la invasión de Hitler de la Unión Soviética, los comunistas olvidaron sus críticas al “colaboracionismo” de Recabarren y establecieron alianzas con grupos de clase media y burgueses. Desde entonces, el nombre de Recabarren permanece inscrito incondicionalmente en el estandarte comunista, siendo destacado por las mismas cualidades que alguna vez fueron motivo de críticas.

---

348 Ibid, pp. 90–91.

## Capítulo XI

# El movimiento obrero después de Recabarren

La crisis constitucional, iniciada cuando Recabarren aún estaba vivo, se extendió por casi una década. Para cuando finalizó, Alessandri volvía a ser presidente de Chile. Durante esos años turbulentos, se construyó un nuevo marco institucional en el cual los sindicatos debían operar<sup>349</sup>. También surgió una nueva fuerza política obrera que desafió el control comunista.

Se promulgaron seis leyes laborales, numeradas del 4053 al 4059, que abordaron un amplio rango de problemas laborales. Estas leyes se aprobaron en la famosa noche del 8 de septiembre de 1924. Trataron materias como contratos de trabajo, seguridad social, indemnizaciones laborales, conciliación y mediación en conflictos, organización de sindicatos, cooperativas y derechos de empleados profesionales y dependientes en industrias privadas. Estas medidas se implementaron inicialmente durante la dictadura de Ibáñez, y durante ese período también se afinaron los procedimientos administrativos. En 1930, Ibáñez asignó a un comité la codificación de leyes y poco antes de ser derrocado, emitió un nuevo código del trabajo por decreto el 28 de mayo de 1931. Este código, junto con las nuevas adiciones y modificaciones aprobadas desde entonces, rigen el movimiento obrero hasta el presente. Con todo, su espíritu no difiere del proyecto original que Alessandri presentó al Congreso en 1921.

Las leyes más importantes para el crecimiento del movimiento obrero fueron la N°4056 y 4057. Aunque pueda sonar paradójico, estas leyes promovían la formación de sindicatos y, al mismo tiempo, obstaculizaban el desarrollo de un movimiento obrero fuerte e independiente. Conferían al gobierno un poder inmenso sobre los sindicatos, pero no consiguieron

---

349 Para un análisis de los cambios sociales que acontecieron durante este período, véase Eduardo Frei Montalva, *Chile desconocido* (Santiago, 1937).

eliminar sus inclinaciones revolucionarias, como habían esperado los redactores de las leyes. Los sindicatos siguieron siendo dirigidos por fuerzas de izquierda, una tendencia que caracterizó al movimiento obrero chileno desde el principio y que se había fortalecido con las actividades de Recabarren.

La ley 4057 (ahora incorporada como el Libro III del Código del Trabajo) regulaba la organización de sindicatos<sup>350</sup>, estableciendo requisitos pormenorizados para su reconocimiento legal. Las leyes no reconocían (ni reconocen todavía hoy), federaciones centrales del tipo de la American Federation of Labor - Congress of Industrial Organizations (AFL-CIO). La ley introdujo un nuevo tipo de unión legal, inexistente en los movimientos obreros de otros países: el sindicato industrial, que agrupa a los trabajadores de una sola planta. En empresas con múltiples plantas, como Braden Copper y la mayoría de las grandes mineras, cada planta debe organizarse por separado. Solo los obreros fabriles pueden organizar sindicatos de planta, excluyendo a los trabajadores de cuello blanco y empleados profesionales, quienes solamente pueden organizar sindicatos profesionales. Los requisitos legales para este último tipo son similares a los de los sindicatos de planta.

Los sindicatos industriales disfrutaban de privilegios legales que se les niegan a otros sindicatos. Los obreros industriales pueden, si así lo desean, organizar sindicatos profesionales, pero en ese caso no tendrían derecho a la participación en las ganancias. El derecho a una parte de las ganancias de la empresa donde trabajan es un fuerte incentivo para que los obreros formen sindicatos de planta. Estos sindicatos de planta tienen prohibido unirse entre sí para formar federaciones, un privilegio reservado a los sindicatos profesionales. De acuerdo con la Constitución de la República de Chile cualquier grupo puede formar cualquier tipo de agrupación, pero estas, si no se constituyen conforme a las leyes laborales, no pueden utilizar la maquinaria legal para hacer valer sus demandas.

Solo se consideran sindicatos a las entidades que tienen el derecho a huelga; si se les niega este derecho, se clasifican como asociaciones y no verdaderos sindicatos. Los funcionarios públicos, por lo tanto, no tienen permiso para formar sindicatos. Si esta restricción también se aplicaba a los trabajadores de los ferrocarriles estatales y otras empresas públicas, fue objeto de un extenso debate. Los obreros, especialmente los de los ferrocarriles públicos, que se cuentan entre los más organizados, han impugnado esta interpretación.

---

350 El breve recuento sobre el Código del Trabajo de este capítulo se basa en Francisco Walker Linares, *Nociones elementales de derecho del trabajo* (cuarta edición, Santiago, 1947).

La marcada brecha que divide a los trabajadores manuales y no manuales ha dado lugar a leyes laborales que protegen específicamente a estos últimos. Mediante leyes diseñadas para su beneficio, los empleados han obtenido más privilegios que los obreros industriales. Entre estos, destaca el derecho al reajuste automático de los salarios en relación con el aumento del costo de la vida.<sup>351</sup> Como resultado, muchos grupos que bajo cualquier definición, podrían considerarse obreros manuales, han luchado y logrado obtener la denominación de empleados<sup>352</sup>.

El control gubernamental sobre los sindicatos, conferido por las leyes laborales, se ha fortalecido gracias a los procedimientos administrativos que se han adoptado para su implementación. De hecho, este control es tan pronunciado que un estudioso de la legislación laboral chilena afirma que la libertad de organización no existe realmente en Chile<sup>353</sup>. El presidente de la República tiene la potestad de disolver cualquier sindicato local o nacional si se prueba que sus acciones contravienen la legislación o los estatutos del sindicato. Cualquier sindicato legalmente reconocido cuya afiliación descienda por debajo de las 25 personas durante un año completo automáticamente deja de existir. En la misma línea, si los estatutos no especifican cómo disponer de los fondos después de la liquidación del sindicato, el presidente tiene la facultad de determinar su destino.

No es la voluntad de los miembros, sino el permiso del Estado lo que determina la existencia de un sindicato. Para que un sindicato se constituya legalmente, un inspector del trabajo debe estar presente en la reunión organizacional. Este debe ingresar una solicitud en el Ministerio del Trabajo, y solo después de obtener la venia del presidente o su representante, se reconoce su existencia legal. El sindicato queda sujeto a la regulación del Ministerio del Trabajo, y sus inspectores interfieren con frecuencia en la administración interna de estos organismos.

El derecho determina quienes pueden ser miembros de un sindicato; en general, cualquier hombre o mujer mayor de 18 años que trabaje en una planta o industria. La ley exige que el sindicato sea dirigido por una junta de cinco personas, compuesta por chilenos mayores de 21 años, o extranjeros que hayan vivido en Chile por diez años. En el caso de residencia de cinco años, se exige el matrimonio con chilenos o chilenas y el nacimiento de hijos en Chile. Los requisitos de un miembro de la junta directiva

---

351 En 1956, el gobierno modificó la ley con la esperanza de frenar la inflación galopante.

352 Francisco Walker Linares, op. cit., pp. 251, 289 y 467.

353 Ibid, p. 370.

incluyen habilidades de lectura y escritura, buen carácter, ausencia de antecedentes penales, cédula de identidad, y haber completado o excusado el servicio militar. Para la junta de un sindicato industrial, se necesita un mínimo de un año de trabajo en la planta.

La ley, y no los estatutos del sindicato, determinan el procedimiento para votar. La elección de miembros de la junta directiva y los funcionarios administrativos se realiza de manera secreta. En los sindicatos industriales, aquellos con tres o más años de servicio en la planta tienen derecho a emitir dos votos. La ley protege a los trabajadores electos de ser despedidos durante el ejercicio de su cargo y los seis meses posteriores a su fin. Una copia de la lista de los funcionarios registrados debe enviarse al empleador y a la oficina del inspector del trabajo local.

Se requiere que al menos el 55% de los obreros de una planta voten en favor de la formación de un sindicato para que este se considere válido. Como se mencionó antes, la membresía del sindicato industrial no puede ser menor a 25. Sin embargo, una vez que la mayoría de los trabajadores de la planta ha votado a favor, todo el resto debe afiliarse. El sindicato posee el derecho a demandar y el empleador está obligado proporcionar la lista de los pagos de las cuotas. Además, los sindicatos industriales pueden establecer alianzas para beneficio mutuo, como actividades culturales y educativas, y la organización de cooperativas, pero no para llevar a cabo actividades propiamente sindicales, como la negociación colectiva o la huelga. Cada sindicato es responsable de la negociación colectiva de sus propios miembros; no hay tal cosa como una negociación colectiva que abarque toda la empresa. Sin embargo, la organización central suele desempeñar un papel de liderazgo, aunque sin la capacidad de representar directamente a los obreros<sup>354</sup>.

El Gobierno decide cómo se distribuyen las ganancias a las que el sindicato y sus miembros tienen derecho: la mitad se destina directamente a los trabajadores y la otra mitad al sindicato. El manejo de los fondos por parte del sindicato está precisado por ley, y ninguna porción puede destinarse a la organización o actividades sindicales en sentido estricto. Un comité, compuesto por el presidente del sindicato, el gerente de la empresa o su representante, y un delegado del Gobierno, asesora sobre la inversión de los fondos obtenidos como porcentaje de las ganancias de la empresa. La junta ejecutiva administra el dinero con la aprobación de los afiliados. Los miembros de la junta son responsables individual y conjuntamente por el uso adecuado de los dineros. Todos los fondos del

---

354 Ha habido una discrepancia bastante amplia entre la ley y la práctica. En muchos casos, el gobierno ha negociado con federaciones que no tienen reconocimiento legal.

sindicato, ya sea que provengan de la distribución de las ganancias o de las cuotas, deben depositarse en la sucursal más cercana del Banco del Estado. El sindicato no puede guardar más de 500 pesos en efectivo en su caja fuerte. El presidente y el tesorero del sindicato pueden realizar retiros de la cuenta bancaria del sindicato para fines aprobados previamente por los miembros. Sin embargo, cualquier gasto superior a 2000 pesos requiere la aprobación de un inspector del trabajo. A pesar de estas regulaciones, se presentan con frecuencia acusaciones por el mal uso de fondos por parte de funcionarios, especialmente cuando distintos grupos políticos compiten por el control de un sindicato.

Dado que el país había experimentado diversas huelgas desestabilizadoras, era inevitable que la regulación de las mismas concentrara la atención de quienes buscaban establecer relaciones industriales pacíficas. La ley insiste en la conciliación obligatoria, permitiendo las huelgas solo después de agotar todos los medios para resolver las disputas<sup>355</sup>. Cuando surgen diferencias entre la gerencia y sus trabajadores, la junta ejecutiva del sindicato debe presentar una petición por escrito que explique las razones del descontento, entregándola a la gerencia en un plazo máximo de 24 horas. La gerencia debe responder en cinco días. El sindicato puede designar un comité especial de reclamos, obligado a reunirse con ambas partes y discutir los desacuerdos. Durante estas discusiones, la compañía no puede desvincular a ningún trabajador sin la aprobación del juez del tribunal laboral. Las diferencias deben presentarse a la conciliación, realizada por una junta tripartita de seis miembros que representan a los trabajadores, la gerencia y el Gobierno, con un plazo de 15 días para emitir su opinión.

Si la conciliación no genera acuerdo, ambas partes pueden someter el caso a mediación. Los trabajadores deben regresar al trabajo antes de que la junta mediadora considere el caso. Los mediadores, designados por el ministro del Trabajo, deben emitir un fallo en 30 días. Las partes de la disputa no están forzadas a someter su caso a mediación, pero si lo hacen, deben aceptar el fallo por al menos seis meses. Si optan por no ir a mediación y agotan todos los medios pacíficos sin conseguir acuerdo, la ley permite la huelga, siempre que se cumplan condiciones como el aviso reglamentario sobre si se trata de un acuerdo colectivo, y una votación con voto secreto, con al menos dos tercios de participación y mayoría absoluta a favor de la huelga. Además, un miembro de la junta de conciliación permanente debe certificar que todas las obligaciones se hayan cumplido<sup>356</sup>.

---

355 Aunque los empleados públicos tenían prohibido organizar sindicatos, el derecho a la huelga no fue prohibido expresamente sino hasta 1937.

356 Dado que solo los miembros de un sindicato podían votar y decidir irse a huel-

Una vez declarada la huelga, los trabajadores deben designar un comité de huelga compuesto por cinco miembros. Este comité debe ejercer la autoridad para dirigir la huelga y emprender negociaciones destinadas a alcanzar un acuerdo. La decisión de ir a huelga recae en cada sindicato, sin que ninguna federación de sindicatos tenga la facultad de ordenar una paralización. Esta medida fue adoptada, como es evidente, para prevenir paros generales. Asimismo, el sindicato individual carga con la responsabilidad de los posibles daños ocasionados por una huelga ilegal. Cualquier intento de amenaza o actos de violencia contra los trabajadores que deseen trabajar cuando se haya declarado ilegal una huelga, es punible con sesenta días de cárcel. También es motivo de presidio, expulsión o multas la incitación a perseverar en una huelga que el Gobierno haya declarado ilegal. Un castigo similar aguarda a quienes insten a los trabajadores a paralizar el trabajo con el propósito de subvertir el orden público<sup>357</sup>.

A pesar de estas disposiciones, las huelgas ilegales ocurren con frecuencia sin que se emitan sanciones contra los responsables. Desde la perspectiva del derecho, los sindicatos existen con el propósito de fomentar la colaboración mutua entre los sectores productivos. Por lo tanto, se considera ilegal la acción o ideología revolucionaria. Esta disposición se cita a menudo en casos de incumplimientos. No podría ser de otra manera, dado el contexto que dio forma al movimiento obrero en Chile.

En 1925, cuando estas leyes se implementaron por primera vez, los anarcosindicalistas, que para entonces se habían dividido en dos grupos, la IWW y la FORCH, insistieron en rechazarlas. Los herederos de Recabarren siguieron una política más oportunista. Luis Víctor Cruz, quien había sido diputado por Tarapacá y había seguido el liderazgo de Recabarren en las leyes laborales, olvidó que anteriormente se había opuesto vigorosamente a ellas por considerarlas reformistas. En 1925, argumentó que los comunistas no deberían oponérselas ciegamente a ellas. La intervención gubernamental en los sindicatos no los convertía automáticamente en reformistas. De hecho, las reformas podían utilizarse para construir agrupaciones revolucionarias más fuertes<sup>358</sup>. Los comunistas demandaban

---

ga, en un momento se interpretó dicha normativa en el sentido de que los trabajadores no sindicalizados no podían irse a huelga. Esta interpretación ya no rige. Véase Francisco Walker Linares, *op. cit.*, pp. 338–339.

357 Estas disposiciones se fortalecieron con la Ley de Defensa Permanente de la Democracia aprobada en 1948. Para las razones que conllevan a la aprobación de esta ley, véanse las páginas siguientes.

358 Luis V. Cruz, “Orientación doctrinaria sobre las reformas sociales”, en *Justicia* (Santiago), 8 de abril de 1925.

el rechazo de algunas leyes y solicitaban la modificación de otras para beneficiar verdaderamente a los trabajadores. El 26 de marzo de 1926, una FOCH predominantemente comunista convocó a una paralización de 24 horas para protestar contra la Ley de Seguridad Social y, en octubre de ese mismo año, denunciaron la mediación obligatoria con el argumento de que los sindicatos enfrentaban la amenaza de ser disueltos por el Gobierno si se negaban a aceptar los fallos.

Al principio, los sindicatos industriales crecieron de forma más o menos lenta. Durante 1925, la mayoría de los líderes, en especial aquellos que no eran comunistas ni anarquistas, estaban pendientes de las próximas elecciones presidenciales. Para finales de ese año, ya habían creado una nueva organización: la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH). Esta nueva entidad, además de incluir a trabajadores manuales e intelectuales, contaba con la participación de ligas de estudiantes y de inquilinos. Su razón de ser era la elección de un candidato presidencial, y sus plataformas eran similares en muchos aspectos a las de los viejos partidos Demócrata y Socialista. El nuevo grupo aspiraba a la emancipación espiritual, social, económica y política, proponiendo la organización de una sociedad basada en la cooperación, la justicia y la solidaridad. Abogaban por alcanzar estas metas mediante la educación técnica y moral, teniendo como objetivo final la socialización de los medios de producción<sup>359</sup>. La USRACH nominó a José Santos Salas como su candidato presidencial, que compitió contra el más conservador Emiliano Figueroa.

La primera reacción de los comunistas ante la USRACH fue de hostilidad. Denunciaron la “mistificación” de los obreros, argumentando que el Partido Comunista era el verdadero vehículo de la clase obrera y no había necesidad de un nuevo movimiento político<sup>360</sup>. El nuevo movimiento, insistían, era pequeñoburgués, parecido al movimiento de La Follette de los Estados Unidos y seguramente compartiría el mismo destino<sup>361</sup>. Estaban seguros de que la USRACH sería un “juguete en las manos de los partidarios de la dictadura militar”<sup>362</sup>. Sin embargo, los comunistas consideraron que sería digno de “infantilismo revolucionario” exigir su destrucción y acabaron respaldando a su candidato presidencial.

---

359 Oscar Álvarez Andrews, “Apuntes históricos del movimiento sindical”, en *La Hora* (Santiago), 4 de octubre de 1938.

360 *Justicia* (Santiago), 2 de enero de 1926.

361 S. S., “Los fenómenos sociales y la USRACH”, en *Justicia* (Santiago), 15 de junio de 1926. Véase también la declaración del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Comunista, 9 de octubre de 1926.

362 *Justicia* (Santiago), 23 de octubre de 1926.

Frente a la posibilidad de otra dictadura, quizás peor, el PC decidió que la democracia parlamentaria era el mal menor<sup>363</sup>. El partido estaba convencido de que la crisis política reflejaba la crisis económica y que ambas podrían resolverse mediante la organización de un gobierno de obreros y campesinos. Pero como esta posibilidad no se barajaba en ese momento, se alió con otros para formar el Comité Único de Defensa Constitucional. Asimismo, el partido instó a los obreros a formar comandos antifascistas en fábricas, minas y barrios de clase obrera. Para coordinar el trabajo de estos comandos locales, los comunistas propusieron la creación de un Comité Nacional Contra el Fascismo, cuyos objetivos principales fueron los siguientes: (1) destituir a Ibáñez y sus cómplices, (2) crear una milicia antifascista, (3) hacer un llamado a los soldados a no seguir las órdenes de sus superiores y (4) resolver la crisis económica.

Sin embargo, ninguna de estas iniciativas dio resultados. Ibáñez, beneficiado por la recuperación económica, cumplió su primer año como presidente con un control dictatorial de la nación<sup>364</sup>. La USRACH dejó de existir; la mayoría de la FOCH y las agrupaciones anarquistas habían sido destruidas o estaban desorganizadas y sus líderes en el exilio o en prisión. Fue entonces cuando algunos dirigentes obreros vieron la oportunidad de continuar sus labores en los sindicatos industriales, los cuales experimentaron un crecimiento inesperado, acelerado además por los privilegios que la ley otorgaba a aquellos que se organizaban de esa manera. Asimismo, Ibáñez hizo un esfuerzo exagerado por ganarse la confianza de los obreros. Con su ayuda se fundó la Casa del Pueblo y una nueva central obrera; La Confederación Republicana de Acción Cívica (CRAC) se componía de sindicatos industriales. Más adelante, algunas agrupaciones libres, la Unión de Empleados de Chile y la Asociación de Profesores, se unieron a la CRAC, que sumó un total de aproximadamente 120.000 miembros. El principal servicio de la CRAC para con el presidente Ibáñez fue su rol en

---

363 Ibid, 21 de noviembre de 1926.

364 Los siguientes datos reflejan la mejora de las condiciones económicas: la producción salitrera aumentó de 1.641.000 de toneladas en 1927 a 3.165.000 toneladas en 1928, y era de 3.233.000 toneladas en 1929, punto desde el cual cayó a 2.446.000 toneladas en 1930, alcanzando su punto más bajo en 1933, cuando la producción fue de 438.000 toneladas. La producción de cobre se recuperó de la depresión tras la Primera Guerra Mundial, siendo la producción de 59.000 toneladas en 1921. Tras 1923, el aumento de la producción fue lento, creciendo a 203.000 en 1926. Tras 1927, el aumento fue más rápido, hasta que comenzó la depresión de 1930. En 1927, la producción alcanzó las 243.000 toneladas, y fue de 321.000 toneladas en 1929, cayendo a 220.000 toneladas en 1930. Era alrededor de la mitad de esa cifra el año que comenzó la Revolución Socialista, que se inició el 4 de junio de 1932. La información proviene de United Nations Economic Commission for Latin America, *Economic Survey of Latin America*, 1949, p. 381.

las elecciones parlamentarias; su contribución al movimiento obrero fue su ayuda con la codificación de las leyes<sup>365</sup>.

La CRAC, una criatura de la dictadura, duró tanto como esta. Cuando Ibáñez fue desafiado por un paro que empezó con los médicos y fue seguido por otros grupos sociales, la CRAC colapsó, pero los sindicatos industriales afiliados a ella subsistieron. Al momento del derrocamiento de Ibáñez, había cerca de 250 sindicatos industriales con un total de 50.000 miembros<sup>366</sup>. El fin de la dictadura también marcó el alza de un nuevo movimiento socialista, estrechamente vinculado a los sindicatos industriales. Aunque antes de analizar la formación del nuevo partido, puede ser conveniente examinar qué sucedió con el partido de Recabarren durante los años de la dictadura.

Los altos mandos del Partido Comunista fueron de los primeros en ser arrestados y exiliados por Ibáñez. Luis Víctor Cruz y Salvador Barra Woll pasaron el grueso de su exilio en México; Manuel Hidalgo, el primer senador elegido por el Partido Comunista, estuvo en Lima; Elías Lafertte, quien eventualmente heredó el papel de Recabarren, residió un tiempo en la Unión Soviética y regresó allí de nuevo en noviembre de 1931, donde permaneció hasta marzo siguiente<sup>367</sup>. Los exiliados regresaron con el fin de la dictadura. Otros retornaron de Aisén, Isla de Pascua y Más Afuera. Descubrieron que la dictadura no había logrado derrumbar por completo la estructura que Recabarren y otros cimentaron con tanto esfuerzo. Aunque la FOCH se desarticuló, no fue destruida completamente. Con el tiempo, las imprentas del partido y otros bienes de la FOCH se pudieron recuperar.

En algunos aspectos, el partido salió fortalecido de este período<sup>368</sup>. La clandestinidad ocultó la pugna interna entre los seguidores de Stalin y los de Trotsky, que en otros partidos comunistas del mundo se manifestó de forma pública. Apenas el partido retomó su actividad de forma legal, quedó en evidencia que el partido chileno no estaba exento del conflicto entre Stalin y Trotsky. Una de las primeras acciones fue expulsar a muchos de los antiguos camaradas de Recabarren, aquellos que habían fundado el movimiento. Estos incluían a Ramón Sepúlveda, Juan Luis Carmona, Abraham Quevedo, Pedro Reyes, José S. Córdova y Manuel Hidalgo. Hi-

365 Oscar Álvarez Andrews, op. cit., en *La Hora*, 6 de octubre de 1938, p. 16.

366 Julio César Jobet, "Breve bosquejo histórico del movimiento obrero chileno", en *Rumbo* (Santiago), agosto de 1939, p. 15.

367 *Bandera Roja* (Santiago), 29 de marzo de 1932.

368 Esta perspectiva la expresa Eduardo Frei Montalva, *Historia de los partidos políticos chilenos* (Santiago, 1949), p. 231.

algo fue acusado de querer liquidar al partido; a otros, de tratar de vender el proletariado al imperialismo<sup>369</sup>. En ciertos casos, las diferencias ideológicas eran una mera pantalla; la verdadera razón era la actitud de algunos hacia Ibáñez.

El liderazgo del partido concebía como su misión inmediata su bolchevización total. Por supuesto, esto significaba purgar al “recabarrenismo”<sup>370</sup>. La burocracia comunista ya había sido minuciosamente “bolchevizada”. Sus miembros estaban deseosos de servir a Stalin. Para ayudar a bolchevizar el partido, la Internacional Comunista envió un instructor ruso llamado Guralsky. Hablaba español perfectamente y lograba pasar desapercibido como un latinoamericano que respondía al nombre de Juan de Dios<sup>371</sup>. Bajo su liderazgo, y luego el del peruano Eudocio Ravines, el Partido Comunista de Chile se transformó en un dócil instrumento de Moscú. Sus eslóganes y tácticas eran los mismos.

El 29 de julio de 1931, el antiguo Consejo Ejecutivo de la FOCH, que estaba a cargo antes de que Ibáñez suprimiera la federación, se reunió y decidió permanecer en funciones hasta la siguiente convención, agenda para septiembre. La junta hizo un llamado a los obreros a organizar o reorganizar los consejos industriales y formar “un Frente Único Obrero”, cuya misión sería luchar por liberar a todos los presos políticos y recuperar el patrimonio de los sindicatos<sup>372</sup>. El Consejo denunció muchas de las leyes laborales y exigió lo siguiente: (1) cambios fundamentales en los sistemas de jubilación, (2) la revisión del sistema tributario, (3) la aprobación de una ley de congelación de alquileres, (4) la adopción de leyes que favorecieran a los inquilinos, (5) la expropiación estatal de las propiedades de la compañías salitreras y mineras, y (6) el repudio de la deuda externa<sup>373</sup>.

La reunión fue seguida por la conferencia regional del Partido Comunista del 25 de agosto. Además de los representantes del partido, estuvieron presentes miembros de los consejos provinciales de la FOCH. Esta conferencia reveló hasta qué punto la ideología y la fraseología del partido se habían bolchevizado. Por supuesto, la conferencia adoptó una serie de demandas, algunas de las cuales fueron disputadas por los pocos líderes

---

369 *Justicia* (Santiago), 4 de noviembre de 1931.

370 Véase el capítulo X.

371 Frente Democrático de Latinoamérica, op. cit., pp. 12–13. Guralsky debe haber tenido un sentido del humor sarcástico para elegir ese seudónimo. Véase también Eudocio Ravines, *The Yenan Way* (Nueva York, 1951), pp. 164–170.

372 *El Mercurio* (Santiago), 30 de julio de 1931.

373 *Justicia* (Santiago), 15 de agosto de 1931.

obreros no comunistas. Entre ellas: (1) la jornada de siete horas, (2) el descanso de seis semanas con remuneración para las mujeres antes y después del nacimiento de un hijo, (3) el aumento en los salarios, (4) los subsidios para los desempleados, (5) oposición al desalojo del desempleado incapaz de pagar un alquiler, (6) la prohibición del cese de funcionamiento de las fábricas, (7) la división de los latifundios, (8) la expropiación de industrias importantes en manos de intereses extranjeros y el patrimonio de la Iglesia, (9) el rechazo al Código del Trabajo, (10) la liberación de presos políticos y (11) el reconocimiento diplomático de la Unión Soviética. Además, se acordaron exigencias puramente bolcheviques como: (1) que Ibáñez fuera sometido al juicio de un Jurado de Obreros y Campesinos, (2) que los carabineros fueran reemplazados por guardias de obreros, (3) que a los indígenas se les otorgara el derecho a la libre determinación y la organización de su propio estado y (4) que se formara un gobierno de obreros y campesinos<sup>374</sup>.

El pensamiento bolchevique también se incorporó en los nuevos estatutos de la FOCH. Según el artículo 2, la misión de la FOCH era “defender los derechos de los obreros, campesinos, soldados, marineros, indígenas, pequeños comerciantes y empleados públicos y privados”. Otro objetivo de la FOCH era luchar contra el imperialismo (artículo 6)<sup>375</sup>. Las condiciones inciertas tras la caída de Ibáñez hicieron que los comunistas se engañaran a sí mismos y creyeran que la situación del Chile en 1931 era similar a la de Rusia en 1917. Las tácticas correctas los llevarían al poder como había sucedido con los bolcheviques. Hay quienes argumentan que el ataque de diciembre de 1931 al cuartel general de un batallón militar apostado en Copiapó fue un intento de llevar estas ideas a la práctica por parte de los comunistas. Sin embargo, el resultado no fue el inicio de una revolución proletaria exitosa. En su lugar, condujo a una trágica masacre de obreros en Nochebuena y en la ciudad aledaña de Vallenar<sup>376</sup>.

A los comunistas también se los acusó de haber instigado el levantamiento de los marineros de Coquimbo y Talcahuano, ocurrido dos meses antes. Los comunistas jamás realizaron tal cosa, a pesar de que no solían mostrar recato a la hora de llevarse el crédito. Su crónica del acontecimiento relata un movimiento espontáneo en contra de la intención del gobierno de reducir los salarios<sup>377</sup>. Quizás la amonestación del Buró Sudamerica-

---

374 *Bandera Roja* (Santiago), 27 de agosto de 1931.

375 *La Jornada Comunista* (Valdivia), 7 de noviembre de 1931.

376 Oswaldo Quijada Cerda, *La Pascua trágica de Copiapó y Vallenar* (Santiago, 1932), pp. 4-7.

377 *La Jornada Comunista* (Valdivia), 5 de septiembre de 1931.

no de la Internacional Comunista corrobora este planteo. El Buró criticó a los comunistas chilenos por no convertir el levantamiento en una victoria revolucionaria. Las condiciones estaban en su punto, afirmó el Buró. El partido fracasó en aprovechar la confusión en los círculos burgueses y el descontento generalizado entre los obreros, así como la solidaridad que la FOCH podrían haber brindado a los marineros. Era cierto que los marineros no tenían “idea alguna de la naturaleza profundamente política [...] ni de la enorme importancia de la acción revolucionaria” en la que se habían involucrado. Pero era justamente el trabajo del partido convencerlos<sup>378</sup>.

La crítica del Buró no era del todo justificada. Los líderes del partido chileno trataron de canalizar el levantamiento hacia una revolución, pero sin éxito. Los comunistas propusieron la formación de consejos de obreros, marineros y soldados, pero esta sugerencia fue desestimada por los marineros. Los comunistas obtuvieron mejores resultados cuando instaron a los obreros a apoyar a los marineros con un paro general. Incluso aquí la respuesta fue dispareja. En Valparaíso, la mayoría de los trabajadores adhirió al paro y no se presentó a trabajar en varios días. Los trabajadores tranviarios, sin embargo, ignoraron el llamado. En Santiago, el corazón de la política, los comunistas no consiguieron más que una manifestación simbólica<sup>379</sup>.

Su fracaso subrayó la diferencia entre los chilenos y los rusos, y que la nueva política del comunismo internacional hacia los sindicatos no estaba funcionando. El derrocamiento de Ibáñez ocurrió durante el “tercer período” del comunismo internacional, caracterizado por los llamados “frente únicos” por la base, de denuncia del social fascismo y en apoyo del sindicalismo paralelo. Los líderes comunistas de Chile, fieles seguidores de la nueva línea política, dividieron a los profesores, empleados, ferroviarios y otras agrupaciones fuera de su control. Estas tácticas sirvieron para aislarlos de la corriente principal de trabajadores, en especial de los sindicatos industriales. En distintas ocasiones, el partido incluso admitió este hecho. En el decimosegundo pleno del partido, se tomaron medidas para fortalecer su influencia, como establecer células comunistas en los sindicatos industriales y en las organizaciones reformistas, como las llamaban. Ahora bien, esto no significaba que hubieran renunciado a la política de sindicatos duales.

Aunque el Partido Comunista y la FOCH no eran lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo una revolución, poseían una notable capa-

---

378 Buró Sudamericano de la Internacional Comunista, op. cit., pp. 16–17.

379 *La Jornada Comunista* (Valdivia), 16 de septiembre de 1931.

..... S. FANNY SIMON

ciudad de recuperación. Fue gracias a la labor de Recabarren y sus colegas que, tras años de clandestinidad y persecución, la FOCH recuperó casi de un día para otro la fuerza que tenía entre los obreros del salitre del norte y los mineros del sur. En menos de un año, la FOCH recuperó el control sobre un centenar de consejos sindicales distribuidos por casi todo el país, de Arica a Chiloé<sup>380</sup>.

Pero en la medida que se desplegaban las políticas comunistas, aumentó la oposición a estas. Los anarcosindicalistas, enemigos históricos de los comunistas desde antes de la dictadura de Ibáñez, se oponían más que nunca a las tendencias centralizadoras del comunismo. De inmediato tras la caída de Ibáñez, los anarquistas reconstruyeron sus sindicatos. El 31 de octubre de 1931, organizaron una nueva federación, la Confederación General del Trabajo (CGT). En su estructura, la nueva federación se acercaba más a la antigua FORCH que a la IWW. Se basaba en agrupaciones regionales más que industriales y daba plena autonomía a cada federación regional. Si la CGT no hubiese insistido en incluir en su declaración de principios que el objetivo principal de la organización era llegar al comunismo anarquista, se habría convertido en la nueva organización aglutinante. Su insistencia en la filosofía anarquista redujo su utilidad y se volvió un pequeño grupo sectario. Aunque atrajo a grupos de trabajadores marítimos, de imprenta y de la construcción, la cantidad de sus miembros nunca superó los 10.000<sup>381</sup>.

Para 1932, una fuerza rival tanto para el comunismo como para el anarcosindicalismo apareció en el movimiento obrero chileno. Se la bautizó en la Revolución Socialista del 4 de junio de 1932. Aunque descendía de las otras dos ideologías más antiguas, contenía nuevos elementos. En su origen, sus miembros eran esencialmente de clase media, en su mayoría profesionales y empleados no manuales. Nació del germen que se apoderó de los estudiantes universitarios tras la Primera Guerra Mundial. Entre sus líderes estaban Eugenio Matte, Oscar Schnake y Eugenio González. A Schnake y González los atrajo el anarquismo en 1920. Había líderes docentes como César Godoy Urrutia y viejos dirigentes obreros como Carlos Alberto Martínez. Muchos eran excomunistas. En ciertos aspectos, la nueva fuerza se acercaba más a las ideas de Recabarren de los días anteriores a la Revolución Bolchevique.

El primer indicio de esta nueva agrupación apareció a principios de agosto de 1931 en una reunión auspiciada por un grupo de docentes y

---

380 *La Opinión* (Santiago), 1 de mayo de 1932.

381 Luis Muñoz Hórz, “El sindicalismo revolucionario chileno”, en *Rumbo* (Santiago), febrero de 1940, pp. 11–12.

otros profesionales. Presidiendo la reunión estaba Eliodoro Domínguez, activo en el movimiento docente. Durante el encuentro, los presentes decidieron fundar el Partido Socialista de Chile y adoptaron el siguiente programa: (1) rechazo a reconocer las deudas contraídas por Ibáñez, (2) distribución de las fortunas amasadas por los partidarios del dictador, (3) división de los latifundios, (4) nacionalización de las industrias esenciales, (5) cierre de la escuela militar y naval, (6) igualdad política y social de la mujer, (7) rechazo de las leyes laborales y revisión de la legislación social. Su objetivo último era, por supuesto, establecer un Estado socialista<sup>382</sup>.

Una ola de grupos socialistas surgió rápidamente en consecuencia. El principal de ellos fue la Nueva Acción Pública, liderada por Eugenio Matte<sup>383</sup>. Matte, un abogado y periodista connotado, también era líder de la Orden Masónica. Era amigo de Marmaduke Grove, en ese entonces comandante de la Fuerza Aérea de Chile y también masón. Grove había sido cercano a Carlos Ibáñez y desempeñó un papel importante en el golpe de estado de enero de 1925, que devolvió la presidencia a Alessandri. Sin embargo, rompió relaciones con Ibáñez cuando este se convirtió en dictador. Los vínculos de Grove con hombres como Matte cobrarían importancia luego en el ascenso del socialismo chileno.

Tras el derrocamiento de Ibáñez, Juan Esteban Montero asumió la presidencia. No fue capaz de resolver la crisis económica, lo que exacerbó el descontento obrero. Muchos líderes con inclinaciones socialistas pensaban que la situación era propicia para instaurar un régimen socialista con la ayuda de Grove y el Ejército. El 4 de junio de 1932, llevaron a cabo un golpe incruento contra Montero. Los promotores del golpe denominaron su gobierno como la República Socialista. El eslogan de los revolucionarios, “pan, techo y abrigo”, sacudió a las masas obreras de su apatía, reviviendo el fervor que habían mostrado en 1920 durante la primera campaña de Alessandri.

En el manifiesto emitido el día del golpe, el 4 de junio, los revolucionarios exigieron: (1) monopolio gubernamental sobre el crédito, (2) medidas para prevenir el cierre de las industrias importantes, en especial la salitrera, (3) control gubernamental del comercio exterior e interior, (4) liquidación de la COSACH, la agencia comercial a cargo del mercado del salitre, (5) monopolio gubernamental del petróleo, yodo, fósforo, tabaco, alcohol y azúcar, (6) indulto a los marineros que participaron de la sublevación de la Escuadra, (7) expropiación de todas las monedas extranjeras

---

382 *El Mercurio* (Santiago), 5 de agosto de 1931.

383 Alejandro Escobar y Carvallo, “Nacimiento del socialismo en Chile”, cap. V, pp. 25–29 (texto inédito en posesión de Escobar).

en manos de ciudadanos chilenos, (8) permiso para que las personas sin techo se muden a casas desocupadas, y (9) cultivo de tierras sin uso para los campesinos sin tierra. A su vez, el nuevo gobierno prometió tomar medidas para asegurar la alimentación, abrigo y vivienda para todos, para lo que designó a un comité de obreros y soldados<sup>384</sup>.

Quince sindicatos centrales y agrupaciones políticas de izquierda se fusionaron en la Alianza Socialista Revolucionaria de Trabajadores (ARS) para salvaguardar la revolución del 4 de junio<sup>385</sup>. La ARS instó al nuevo gobierno a establecer un consejo económico nacional para supervisar la producción y la distribución. Las políticas del consejo debían orientarse a transferir el control de la economía de manos extranjeras al Estado, promover la organización de cooperativas de consumo y agrícolas. La ARS sugirió que el sistema tributario se revisara y que los impuestos indirectos fuesen reemplazados progresivamente por impuestos directos. También esperaba una mayor eficiencia en la administración pública, la eliminación de los burócratas inútiles y un sistema penal más progresista. Para aumentar el nivel cultural de la población, proponía una refundación total del sistema educativo. Insistía en la necesidad de modificar el sistema de asistencia pública y bienestar social, así como la adopción de un sistema íntegro de medicina socializada para mejorar la salud de las masas<sup>386</sup>.

Tras doce días en el poder, el gobierno “socialista” de Matte y Grove cesó de existir. Fue derrocado por traiciones internas. Matte, Grove y algunos otros líderes fueron exiliados y encarcelados. Quedó demostrado que el fervor popular sin un partido fuerte y organizado solo conduce a un callejón sin salida y a la frustración. Lo único que el Gobierno pudo lograr antes de su caída fue distribuir los bienes domésticos empeñados en la agencia estatal.

Cuatro meses después del estallido de la llamada “Revolución Socialista”, la crisis constitucional terminó con la elección de Arturo Alessandri en octubre de 1932. Una vez más, Alessandri asumió la presidencia con la determinación de asegurar que la Constitución aprobada en su gobierno anterior fuese respetada. Para prevenir una nueva revuelta, supuestamente por las fuerzas que habían orquestado la revolución de junio, Alessandri dio su bendición a la Milicia Republicana, una organización paramilitar de 50.000 hombres, la mayoría de ellos en buena situación económica.

Los círculos obreros y de izquierda insistían en que esta fuerza ha-

---

384 Suplemento de *La Opinión* (Santiago) 4 de junio de 1932.

385 *Nuevos Rumbos* (Santiago) 10 de septiembre de 1932, p. 6.

386 *Ibid*, 1 de octubre de 1932, pp. 4-5.

bía surgido para preparar un gobierno de tipo fascista. Sus alegatos parecían tener fundamento. La Milicia escogía como objetivos especiales a los grupos obreros y socialistas. Las riñas callejeras entre los simpatizantes obreros y socialistas y la Milicia Republicana se tornaron frecuentes. El gobierno de Alessandri pidió y obtuvo facultades extraordinarias del Congreso para lidiar con los desmanes. Con el pretexto de mantener el orden, el gobierno clausuró periódicos obreros, ordenó redadas en los puntos de reunión de la clase obrera y encarceló a dirigentes sindicales y políticos obreros. Los desmanes aumentaron su frecuencia y las peleas callejeras se intensificaron tras la organización del Partido Nacista en 1932 por Jorge González von Marées, un extremista de ideas nacionalistas y admirador de Hitler y Mussolini.

La elección presidencial de octubre de 1932 dejó en claro que la Revolución Socialista del 4 de junio respondía a una necesidad política fundamental. Aunque Grove se encontraba preso en la Isla de Pascua cuando la elección se llevó a cabo, recibió 60.000 votos y se posicionó en segundo lugar. Además, las fuerzas que respaldaron a la Revolución también tuvieron éxito en las elecciones parlamentarias, con 40.000 votos a su favor. Estos y otros factores llevaron a los líderes de los diversos grupos socialistas a sentir la necesidad de organizar un partido capaz de implementar un programa socialista. La iniciativa la tomó Matte y su Nueva Acción Pública, y fue seguida por la Alianza Socialista Revolucionaria, la Orden Socialista y varios otros grupos. El 19 de abril de 1933, el Partido Socialista de Chile se proclamó oficialmente.

Para aquellos que ayudaron a formar el Partido Socialista de Chile, este no era simplemente un partido más, sino un tipo completamente nuevo de partido, tanto en su composición como en su ideología. Su fundamento teórico se basaba en Marx y Lenin, con una inclinación quizás más cercana a Lenin que Marx. Su principal discrepancia con los comunistas no residía tanto en la teoría básica, sino en las tácticas y lealtades a la tradición nacional. La declaración de principios del Partido Socialista de Chile hablaba de interpretar la situación chilena y mundial sobre la base de un marxismo “enriquecido y rectificado” por los cambios científicos y sociales acontecidos desde los días de Marx. Consideraba al Estado como un “órgano de opresión” de una clase sobre otra, y afirmaba que la evolución democrática era imposible porque la clase capitalista se había organizado en “cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación.”<sup>387</sup> Por lo tanto, se argumentaba que un cambio total en la

---

387 Declaración de principios del Partido Socialista, reproducida en la parte trasera

estructura social, como contemplaba el socialismo, solo podría realizarse bajo una dictadura temporal del proletariado.

Desde sus inicios, el partido se opuso a afiliarse a la Internacional Socialista, dominada por los socialistas europeos. En su lugar, abogaba por estrechar lazos con los partidos socialistas y democráticos de América Latina. Tenía la esperanza de ver nacer una “Confederación Socialista” en el hemisferio occidental, en la que todas las naciones latinoamericanas participaran.

El Partido Socialista de Chile se distinguía del Partido Comunista en su aproximación a los problemas nacionales e internacionales. Los líderes socialistas no consideraban que las tácticas y la orientación de los comunistas en 1933 fueran realistas, y las condenaban por no aprovechar lo mejor del pasado nacional. Denunciaron abiertamente la demagogia comunista, su fantasía revolucionaria, su utopismo e izquierdismo infantil. Según una de las mentes más lúcidas del Partido Socialista, tales actitudes no podían atraer a las masas ni generar la anhelada “Segunda Independencia Nacional, la Independencia Económica de Chile”<sup>388</sup>. Para liberar a la nación de “la explotación económica y política del capitalismo internacional y la oligarquía nacional”, se necesitaban políticas adaptadas a las condiciones criollas.

En efecto, muchos estuvieron de acuerdo con la crítica, ya que el crecimiento del partido fue meteórico. Al cabo de cinco años, el nuevo partido se había convertido en una fuerza política importante. Su rápido ascenso, sin embargo, resultó ser un arma de doble filo. Distintos elementos, que iban desde los liberales de clase media hasta ex trotskistas, ex estalinistas y ex anarquistas, fueron los principales impulsores en el nacimiento del partido. No obstante, su éxito electoral atrajo a personas que se unieron al nuevo partido únicamente por los beneficios que podía ofrecerles. La estabilidad futura del partido dependía de hacer de estos elementos miembros leales y bien disciplinados. De lo contrario, no habría posibilidad de que el partido enfrentara los desafíos que presentaban las condiciones políticas, sociales y económicas de Chile, ni las artimañas y políticas de infiltración y subversión que pronto adoptarían los comunistas bajo órdenes de Moscú.

Antes de que las fuerzas desintegradoras hicieran su aparición, el Partido Socialista contribuyó a fortalecer el movimiento sindical de Chile.

---

de *Estatuto y reglamento del Partido Socialista, aprobado por el VIII Congreso General Ordinario* (Santiago), 15 de marzo de 1942.

388 Oscar Schnake, *Política Socialista* (Santiago, 1938), pp. 79–81.

Bajo la influencia y guía socialista, algunos de los sindicatos industriales comenzaron una campaña para unirse con otros sindicatos. En noviembre de 1931, treinta sindicatos industriales de Santiago, con un total de 12.000 miembros, organizaron la Confederación de Sindicatos Industriales de Santiago. En abril de 1932, algunos de los sindicatos libres se les unieron para formar la Federación Nacional Sindical y Organizaciones de Trabajo. En total, los miembros de la nueva federación ascendían a 50.000<sup>389</sup>. El nombre de la organización se cambió en su convención de marzo de 1934 al de Confederación Nacional de Sindicatos de Chile. La influencia de los socialistas en la nueva organización quedó clara en la declaración de principios que la Confederación abrazó. Esta sostenía que:

[El actual régimen social del capitalismo está en crisis porque se basa en la propiedad privada de los medios de producción e intercambio, y porque la minoría propietaria es absolutamente inepta y carece de moralidad y de justicia.

Mientras que la clase explotadora, gracias a su influencia económica y a la complicidad de las fuerzas reaccionarias, vive en la abundancia y detenta el poder público para su exclusivo beneficio, la gran mayoría del pueblo vegeta en la carencia y la miseria. Estas condiciones detestables pueden transformarse mediante el esfuerzo combinado de todos los trabajadores, sean industriales o intelectuales, hombres o mujeres, quienes conscientes de sus obligaciones y derechos actúen en concordancia con la orientación revolucionaria de la lucha de clases.

El objetivo de este movimiento emancipatorio es destruir el antagonismo de clase existente mediante la instauración de un nuevo régimen económico, caracterizado por una mayor moralidad social y basado en la propiedad colectiva de los medios de producción e intercambio]<sup>390</sup>.

La Confederación Nacional de Sindicatos de Chile se propuso unir a todo el movimiento sindical. Aunque un amplio segmento de los obreros todavía pertenecía a sindicatos de orientación anarquista y un número aún mayor estaba afiliado a la FOCH, controlada por los comunistas. En muchos casos, especialmente entre los profesores, los ferroviarios y los panaderos, existían sindicatos duales, fruto del “frente único” por la base.

---

389 Oscar Álvarez Andrews, op. cit., en *La Hora* (Santiago), 9 de octubre de 1938, p. 24.

390 Citado en Luis Muñoz Hórz, op. cit., p. 13.

Sin embargo, para 1934, la necesidad de unidad se tornaba cada vez más urgente. El gobierno de Alessandri y, específicamente, las políticas fiscales de su ministro de Hacienda, Gustavo Ross, generaban un creciente malestar, lo que desencadenó huelgas tanto entre los trabajadores del Estado como de la industria privada.

En 1934, los profesores de enseñanza primaria de Santiago se declararon en paro en demanda de aumentos salariales. El paro recibió el respaldo de la Unión de Profesores, de orientación socialista, y la Federación de Profesores, de tendencia comunista. La respuesta del gobierno fue una ola de despidos y arrestos indiscriminados. No solo se detuvo a los dirigentes docentes, sino también a los líderes socialistas. El descontento entre los trabajadores ferroviarios llevó al masivo abandono de sus puestos de trabajo, lo que ocasionó más arrestos. Los enfrentamientos con la Milicia Republicana se volvieron más frecuentes, lo que resultó en derramamiento de sangre en las calles de Santiago.

En enero de 1934, los líderes de la Federación Nacional Sindical y las Organizaciones del Trabajo de Chile señalaron que la difícil situación de los obreros ameritaba nuevos esfuerzos, nuevos métodos y la organización de una nueva agencia para estudiar los problemas y preparar el terreno para un congreso de unidad<sup>391</sup>. Enviaron invitaciones a los sindicatos anarquistas y comunistas para unirse en el Frente Sindical Proletario, cuya misión sería coordinar actividades con miras a la unidad orgánica de todas las fuerzas obreras. Sin embargo, la FOCH, de tendencia comunista, todavía influenciada por las tácticas divisorias del Tercer Período, respondió que solo se uniría si se adoptaba su programa antifascista.

Ante el rechazo de este ultimátum, la FOCH anunció que celebraría una Conferencia Nacional de Unidad Sindical el 29 de junio de 1934. Solicitó a todos los trabajadores a organizar comandos mixtos de unidad sindical y convocó a una conferencia regional preliminar para el 9 de junio, una especie de ensayo general para la reunión mayor. Los comunistas reconocieron que fue un fracaso y culparon a los dirigentes del Frente Sindical Proletario, al que anteriormente habían tildado de “cadáver”, por la falta de éxito de la conferencia<sup>392</sup>.

La unidad de los sindicatos avanzó cuando la Internacional Comunista cambió su postura y adoptó la política de los frentes populares. Los comunistas de Chile dieron un giro y comenzaron a acercarse a quienes antes motejaban de “social-fascistas”. La infiltración, y no la división, era

391 *El Proletario* (Arica), 5 de enero de 1934.

392 *Justicia* (Santiago), 9 de junio de 1934.

la nueva táctica. A los comunistas se les indicó que su misión aún era “desenmascarar” a sus enemigos, pero que ahora debían hacerlo “no con adjetivos estridentes” como en el pasado, sino presentando pruebas<sup>393</sup>.

Los primeros signos de esta nueva postura de los comunistas comenzaron a notarse hacia fines de 1934. Tras la huelga de profesores, la Federación de Profesores de orientación comunista se fusionó con la Asociación para formar la Unión de Profesores de Chile. Se establecieron comandos únicos para los panaderos y otros grupos. En abril de 1935, el Partido Comunista envió una comunicación al Partido Socialista sugiriendo la acción conjunta entre ellos y anunciando que no considerarían actividades en un frente unido hasta el congreso de unión sindical, fijado para el 1 de junio de 1935 en Valparaíso<sup>394</sup>.

La Confederación Nacional de Sindicatos Legales anunció la convocatoria a un congreso del cual se esperaba que surgiera una nueva federación compuesta por todos los sindicatos. Los comunistas, no obstante, se oponían a la formación de una nueva federación en ese momento. En su lugar, proponían designar un comité cuya misión sería preparar el terreno para un nuevo congreso. Su excusa era la falta de un planeamiento democrático en los preparativos para el congreso de Valparaíso.

Sin embargo, las verdaderas razones eran menos nobles. En una editorial en *Justicia*, titulada “Un nuevo camino a la unidad”, los comunistas revelaron la causa de su reticencia a crear una nueva organización conjunta en Valparaíso. “El Congreso de Valparaíso”, indicó la editorial, “se efectuó en una situación en la que el movimiento de unificación estaba siendo liderado por los sindicatos de la Confederación y el Partido Socialista”<sup>395</sup>. Las tácticas comunistas los habían aislado de la corriente principal del movimiento sindical, y el cambio de postura no les dio tiempo suficiente para infiltrarse en estos sindicatos. Temían que el control de la nueva organización pasara, por ende, a sus rivales socialistas. De ahí su intención de ponerle freno.

La Convención de Valparaíso tuvo su apertura en la fecha establecida con una asistencia de 70 delegados. A pesar del deseo entre los delegados de que una organización unida se formase allí mismo, se adoptó la resolución sugerida por un delegado de Aconcagua, representante de la postura comunista. Los comunistas alabaron la decisión por estar en la línea con una verdadera democracia sindical. Su órgano de prensa proclamó, en

---

393 Ibid, 2da semana de junio de 1935.

394 Carta reproducida en Oscar Schnake, op. cit., pp. 85–89.

395 *Justicia* (Santiago), noviembre de 1935.

tono moralizante, que “la democracia sindical es una de las piedras angulares de nuestras organizaciones; seamos fieles al mandato de la mayoría”<sup>396</sup>.

Mientras tanto, se precipitaron los eventos en Chile y se apresuró el proceso que llevó a la formación del Frente Popular. Esto fue seguido por la unidad sindical. El 2 de febrero de 1936, tras esfuerzos fútiles por conseguir un aumento de salarios, 12.000 trabajadores de los ferrocarriles estatales abandonaron sus puestos. Otros obreros paralizaron en solidaridad y el movimiento amenazó con crecer como una bola de nieve. El gobierno declaró ilegal la huelga; el ejército tomó el control de los ferrocarriles y suprimió por la fuerza todas las manifestaciones. El 8 de febrero, Alessandri declaró estado de sitio en todo el país, disolvió el Congreso, clausuró la prensa opositora y encarceló o sometió a arresto domiciliario a muchos líderes de izquierda. Los más militantes de ellos, políticos y sindicalistas, fueron exiliados<sup>397</sup>.

Tras el paro ferroviario, el Comando creado en el Congreso de Valparaíso se reorganizó y creció en importancia. En septiembre de 1936 se había organizado el Frente de Unidad Sindical, que incluía representantes de la FOCH, de la CGT anarquista y de la Confederación de Sindicatos, al igual que del Frente Unido de Trabajadores Ferroviarios, la Asociación de Empleados, la Federación de Panaderos, la Asociación de Trabajadores Metalúrgicos, la Unión de Profesores, la Asociación Central de Choferes, los zapateros, la Liga de Campesinos Pobres, los carpinteros y otros. Representaba prácticamente a todo el movimiento sindical de Chile. El Congreso de Unidad Sindical marcó el paso definitivo hacia la creación de una nueva organización, cuando representantes de unas 300 agrupaciones se congregaron en Santiago el 26 de diciembre de 1936<sup>398</sup>.

En el Congreso de Unidad Sindical se encontraron representadas las tres principales ideologías políticas: los socialistas, los comunistas y los anarquistas. Sin embargo, los delegados anarcosindicalistas de la CGT abandonaron el Congreso al no lograr que se adoptara su perspectiva. Esto dejó a los socialistas y a los comunistas en una disputa por el control. Aunque los socialistas superaban ligeramente en número a los comunistas, algunos de sus delegados se retiraron antes de la votación para el consejo ejecutivo, lo que dio a los comunistas una pequeña ventaja. Salvador Ocampo, el candidato comunista para la secretaría general, recibió un voto

---

396 *Justicia* (Santiago), junio de 1935.

397 John Reese Stevenson, *The Chilean Popular Front* (Filadelfia, 1942), p. 64.

398 José Castro, “Cómo se generó la C. T. Ch.,” en *C. T. Ch.* (Santiago), 10 de septiembre de 1943.

más que Juan Díaz Martínez, el candidato preferido por los socialistas. No obstante, tras un acuerdo entre los líderes de ambos partidos, Díaz fue elegido secretario general y Ocampo subsecretario. Esta distribución se replicó en otros cargos, lo que resultó en un equilibrio entre las dos fuerzas dominantes en la Confederación de Trabajadores (CTCH).

Dada la composición del congreso, no sorprende que la declaración de principios de la CTCH tuviera como objetivo principal la destrucción del capitalismo y la implementación del “socialismo integral”. Esto se lograría mediante la organización de todos los trabajadores, urbanos y rurales. La CTCH prometía luchar “para liberar a Chile del yugo imperialista y de la oligarquía nacional”. Adoptó como propios los lemas de Karl Marx: “trabajadores del mundo, ¡uníos!” y “la emancipación de los trabajadores debe ser obra de ellos mismos”<sup>399</sup>. Tenía además la intención de utilizar cualquier método que ayudara a mejorar la situación económica, técnica, cultural y política de los obreros. Se comprometía a velar por el cumplimiento de leyes que ya figuraban en los reglamentos, así como a trabajar por leyes nuevas y mejores, y a proteger el derecho a la organización y la huelga.

En la estructura que adoptó la CTCH se reconocía la importancia de los sindicatos industriales. De acuerdo con su constitución y estatutos, un principio básico de la organización era “en cada fábrica o en cada empresa un Sindicato; en cada industria una Federación; en cada provincia, un Consejo Provincial; más los organismos profesionales de obreros y empleados que las necesidades exijan”<sup>400</sup>.

La CTCH se erigió como un símbolo de la creciente cooperación tras el cambio en la orientación comunista, siendo una consecuencia directa de la formación del Frente Popular en mayo de 1936. El Partido Socialista de Chile siempre había defendido la cooperación política y económica de la clase obrera. Para enfrentar la amenaza de la Milicia Republicana y sus actividades pseudofascistas, en 1934 el Partido Socialista organizó el Bloque de Izquierda con los trotskistas (conocidos en Chile como la Izquierda Comunista) y al ala progresista del Partido Demócrata, encabezada por Pradenas Muñoz, dueño y editor del periódico *La Opinión*. Ni el Partido Radical ni el Comunista estaban dispuestos a unirse al Bloque de Izquierda. Pero para 1936, el escenario político cambió considerablemente. El Partido Radical había roto con Alessandri, a quien ayudó a alcanzar la presidencia, y los comunistas ahora abogaban fervientemente por el

---

399 Juan Díaz Martínez, *Treinta meses de acción en favor del proletariado de Chile* (Santiago, 1939), pp. 23–24.

400 *Ibid.*, p. 25.

Frente Popular. La cercanía de las elecciones parlamentarias y presidenciales actuó como un catalizador adicional para la consumación del Frente Popular.

Aunque generalmente se atribuye el mérito a los comunistas por el Frente Popular, los primeros pasos concretos hacia su realización fueron dados por el Partido Socialista. Cuatro días después del inicio de la huelga de los ferrocarriles estatales, el Partido Socialista se reunió en una convención en Concepción. Entre las resoluciones adoptadas se encontraba un llamado a los partidos Comunista y Radical para que se unieran en un bloque de izquierda más amplio. Asimismo, el Frente Popular nunca habría despegado si no fuera porque el Partido Socialista retiró a su propio candidato y aceptó a Pedro Aguirre Cerda como el candidato del Frente Popular<sup>401</sup>. La contribución del partido a la victoria final del Frente Popular es reconocida de forma transversal.

Los sindicatos participaron directamente en la elección de Aguirre Cerda y del Frente Popular a través de la CTCH. La CTCH se integró como miembro del Frente Popular en junio de 1937 y participó en la convención que nominó a Pedro Aguirre Cerda. Sus delegados se dividieron en partes iguales por la postura comunista y la socialista, como evidencian las votaciones. La mitad de los delegados votaron por Marmaduke Grove, líder de los socialistas, siguiendo las directrices de su partido. Cambiaron de parecer cuando el partido lo indicó. La otra mitad votó con los comunistas.<sup>402</sup>

Cuando Pedro Aguirre Cerda asumió la presidencia en 1938, se inauguró un nuevo capítulo para los trabajadores organizados. En lugar de parias perseguidos, los obreros se convirtieron en una fuerza política importante, con acceso cercano al sillón presidencial. A los líderes de los dos partidos que compartían el control de la CTCH se les invitó a participar en el gobierno. Mientras que los comunistas se negaron, los socialistas aceptaron y se les otorgaron tres ministerios: Fomento, Previsión y Asistencia Social, y Tierras y Colonización. El Ministerio del Trabajo lo asumió Pradenas Muñoz del Partido Demócrata, cuyas raíces en el movimiento sindical se remontaban a los días de Recabarren. Aunque los comunistas se negaron a formar parte del gabinete, a muchos de sus miembros se les otorgaron cargos administrativos tanto en la capital como en las regiones. Con el Ministerio del Trabajo en manos amigas, se garantizó a los obreros que sus quejas y conflictos recibirían su debida atención que y que, en ge-

---

401 Juan F. Fernández, *Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular Chileno* (Santiago, 1938), pp. 46–50, 63–65.

402 Ibid.

neral, los resultados serían favorables.

Las cifras así lo demuestran. Durante los primeros seis meses luego de que el Frente Popular asumiera la presidencia, se registraron 267 conflictos que involucraron a 32.364 trabajadores. Salvo uno, todos fueron resueltos de forma satisfactoria para los obreros y esa excepción solo implicó a diez trabajadores<sup>403</sup>. Para 1940, los salarios nominales de los trabajadores industriales habían aumentado en un 42,86%; mientras que el de los trabajadores no manuales lo hicieron en un 24,13%<sup>404</sup>. Esto significaba también un aumento considerable en los ingresos reales, especialmente para los trabajadores industriales<sup>405</sup>. El crecimiento en el número de sindicatos y la afiliación a estos también reflejaba el cambio en el clima político. Antes del gobierno del Frente Popular, había en total 125.978 miembros repartidos en 932 sindicatos; tras el cambio de gobierno, estas cifras aumentaron a 172.609 miembros y 1.919 sindicatos, respectivamente<sup>406</sup>.

Aunque estas victorias eran importantes, los líderes de la CTCH sabían que todavía quedaba un largo camino por recorrer. Tenían la impresión de que el gobierno del Frente Popular no había hecho todo lo que estaba a su alcance. Por ejemplo, no había mejorado la situación de los trabajadores rurales. Tampoco estuvo dispuesto a legalizar los sindicatos agrícolas ni a modificar las leyes laborales. De hecho, ninguna de las demandas fundamentales de los obreros se había satisfecho y los proyectos que se lograron se desvanecieron con el inoportuno fin del Frente Popular el 15 de enero de 1941, cuando se lo sacrificó en el altar del Pacto entre Hitler y Stalin.

Como todos los conglomerados políticos, el Frente Popular nunca alcanzó una verdadera unidad de propósitos. Las fricciones y rencillas internas por el poder fueron inevitables. Los dos componentes principales, los radicales y los socialistas, se habían enfrascado en una intensa batalla por la influencia desde el principio. Los radicales temían ser superados por el Partido Socialista. Para 1940, la rivalidad entre ambos partidos fue eclipsada temporalmente cuando la disputa entre socialistas y comunistas salió a la luz. Fue esta última pugna la que finalmente destruyó el Frente Popular.

La verdad es que los líderes socialistas y comunistas nunca se quisieron mucho. Los socialistas desconfiaban de las buenas intenciones de

---

403 Juan Díaz Martínez, *op. cit.*, p. 38.

404 John Resse Stevenson, *op. cit.*, p. 126.

405 Francisco Walker Linares, *op. cit.*, p. 214.

406 John Reese Stevenson, *op. cit.*, p. 129.

los comunistas, mientras estos últimos no olvidaron ni por un instante el consejo de Lenin de sostener a los socialistas como “la sogá sostiene al ahorcado”. La política de los comunistas, incluso durante el auge del Frente Popular, era crear divisiones entre los mandos y las bases socialistas para algún día liquidar a sus rivales.

Luego del pacto entre Hitler y Stalin y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la presencia de los comunistas dentro del Frente Popular tambaleaba. El conflicto se convirtió abiertamente en una crisis con los ataques de los comunistas contra Oscar Schnake, socialista y ministro de Fomento de Chile. Este había sido designado por el gobierno para representar a Chile en la Conferencia de La Habana, convocada por el presidente Roosevelt en el verano de 1940, para lidiar con los problemas ocasionados por la guerra. Desde Cuba, Schnake viajó a los Estados Unidos a principios de agosto y permaneció allí hasta diciembre. Schnake quería convencer al Export-Import Bank de darle un préstamo a Chile y obtener una promesa de compra del salitre y cobre chileno para compensar la pérdida de mercados durante la guerra. Su trabajo también era evitar que los funcionarios de las compañías cupríferas estadounidenses restringieran la producción, lo que llevaría a despidos de trabajadores con consecuencias trágicas para la economía nacional. Después de meses de negociaciones, consiguió el cometido principal de la visita.

En el verano de 1940, los comunistas adoptaron una actitud de neutralidad absoluta. Cualquiera que apoyara a los aliados eran tildado de belicista. Roosevelt, que antes había sido el regalón de los comunistas, ahora era considerado el militarista máximo. La cooperación con los Estados Unidos era denunciada. Así, desde la óptica comunista, Schnake se había vendido al imperialismo. Durante su estadía en los Estados Unidos, los comunistas no cesaron de insultarlo.

Schnake regresó convencido de que los socialistas no podían continuar su alianza con los comunistas. Había llegado la hora de romper, le dijo al Comité Central de su partido. El Comité decidió que Schnake anunciara la disolución en la reunión pública organizada en principio para darle la bienvenida. Grove, el secretario general del partido y quien encabezaba la reunión, preparó el terreno. Hizo un repaso de la historia del socialismo chileno y las diferencias que los separaban de los comunistas. Felicitó públicamente a Schnake por “la forma provechosa y brillante en la que había cumplido la misión que le había asignado el gobierno”, dejando en claro la postura oficial del partido respecto de Schnake. También indicó que el Partido Socialista, aunque se oponía a la sugerencia de la derecha política de remover a los parlamentarios comunistas de sus cargos, no simpatizaba

con su programa a nivel nacional ni internacional. Cuando llegó el turno de Schnake, despotricó contra el Partido Comunista, tildándolo de ser una “quinta columna” y un “traidor de la clase obrera”. Luego, expresó la postura socialista de la siguiente manera:

“seguiremos apoyando y ayudando al gobierno del Frente Popular, pero tenemos la intención de retomar nuestra independencia de acción, porque no deseamos estar en alianza con un partido que nos ha traicionado<sup>407</sup>.”

El discurso de Schnake del 15 de diciembre confirmó el quiebre. El término oficial del Frente Popular ocurrió el 15 de enero. Los socialistas solicitaron a los otros partidos en el Frente Popular que se aliaran sin los comunistas para las elecciones parlamentarias. Sin embargo, los radicales hicieron caso omiso a la petición. Por consiguiente, el Partido Socialista anunció su retiro del Frente Popular.

Al día siguiente, la CTCH siguió los pasos socialistas al salirse del Frente Popular. Esto, por supuesto, significaba que los socialistas, y no los comunistas, controlaban su consejo ejecutivo. Si los comunistas hubieran sido mayoría, seguramente no lo hubieran permitido. Parecía que la tensión entre ambas fuerzas políticas terminaría por destruir a la CTCH.

Dentro del marco legal en el que debían operar, estas divisiones paralizaban a los sindicatos, llegando al punto de que incluso el arma más poderosa de los obreros, la huelga, se volvía ineficaz. Los sindicatos se salvaron de este destino gracias al ataque de Hitler a la Unión Soviética. La nueva línea que siguió a la invasión de Rusia pospuso la división y les dio a los comunistas una oportunidad para completar su misión de infiltración y convertirse en la fuerza dominante en los sindicatos. Cuando finalmente se concretó la división en febrero de 1946, se llevaron consigo el mayor botín.

La fortuna fue menos generosa con el Partido Socialista. Como Minerva, de quien los mitos dicen que nació adulta, el Partido Socialista no había tenido una infancia y una juventud que permitiera desarrollar entre sus miembros esa lealtad era posible con un desarrollo gradual. El partido tuvo muchos cargos lucrativos antes de tener la oportunidad de constituir bases locales que funcionaran bien. Esto atrajo a aquellos cuya lealtad era, a lo más, superficial. Cuando parecía que el partido podría adoptar políticas que pondrían en peligro sus trabajos, estas personas se rehusaban a

---

407 Carta reproducida en *La Crítica* (Santiago), 27 de diciembre de 1941, pp. 1–2.

aceptar las decisiones y la disciplina del partido. Y si estas mismas personas tenían cierta cantidad de seguidores, el resultado solía ser la salida del partido. La situación se agravaba con las envidias personales y la competencia sucia de los líderes para granjearse votos e influencias. Toda batalla electoral estaba condenada a traer una crisis del partido que llevaba a la pérdida de miembros y a la disminución de la confianza de las masas en el PS.

Al poco tiempo de que el partido hubiera obtenido su primera victoria parlamentaria en 1937, con la elección de 20 miembros en el Senado y la Cámara de Diputados, presencié la primera división en sus filas. Un grupo pequeño, encabezado por el escritor Ricardo Latcham, quería que el partido apoyara al exdictador, el general Carlos Ibáñez del Campo, como candidato a la presidencia en 1938. Cuando el partido se negó a seguir esta postura, se separaron y formaron la Unión Socialista. La pérdida de miembros fue mínimo en esta ocasión. Pero si el partido hubiera mirado en una bola de cristal, habría sido un buen momento para detenerse a reflexionar. Latcham y sus seguidores presagiaron cómo se desarrollarían las cosas más adelante.

La segunda división fue mucho más grave. Ocurrió a principios de 1940 y surgió de la decisión de permanecer en el gobierno. El líder de esta división fue el maestro primario César Godoy Urrutia. Si bien la división parecía responder a cuestiones políticas, en realidad, se trató de una lucha por el poder. Cuando Godoy perdió ante Marmaduke Grove como secretario general, llegó a la conclusión de que no había esperanza para implementar las políticas que le interesaban. Por lo tanto, se retiró del partido y se llevó consigo aproximadamente a un tercio de los miembros. En junio de 1940, él y sus seguidores fundaron el Partido Socialista de los Trabajadores. Cuatro años más tarde, en 1944, Urrutia y su grupo se fusionaron con los comunistas después de que él y otros miembros de su grupo no lograran ser reelegidos para el Congreso. La escisión liderada por Godoy le costó al Partido Socialista su control sobre la Unión de Profesores.

Si no fuera por la enfermedad y muerte del presidente Aguirre Cerda al año siguiente (1941), el Partido Socialista habría podido afrontar de mejor manera la desertión de Godoy. En vez de mantener la disciplina entre sus miembros, la atención del partido se desvió hacia las nuevas elecciones programadas para febrero de 1942. Una convención especial, convocada debido a la situación causada por la muerte de Aguirre Cerda, nominó a Oscar Schnake como candidato, el otrora secretario del partido y ministro de Fomento. Hubo un gran entusiasmo en el partido por la candidatura de Schnake, y se tenían ilusiones de que otras fuerzas políticas lo apoyarían,

lo cual no se concretó. No se podía esperar el apoyo de los comunistas, ya que lo consideraban el principal obstáculo para sus planes de debilitar al Partido Socialista. Tampoco el Partido Radical mostraba un gran entusiasmo por su candidatura. Ya que, después de todo, este partido, y no el Socialista, era el más antiguo y con mayor número de seguidores entre los partidos de izquierda.

Se mencionaron varios nombres como posibles candidatos, pero uno en particular, resultaba especialmente inquietante para los socialistas y otros interesados en la preservación de la democracia política: el exdictador, el general Carlos Ibáñez del Campo. Entre los principales candidatos posibles propuestos por el Partido Radical figuraron Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla. Este último fue el primer líder del Frente Popular y tenía la reputación de ser amigable con los comunistas. Ríos, en cambio, era dueño de un fundo de considerable tamaño y no resultaba tan afín a los comunistas. Pertenecía al ala derecha del Partido Radical y sus ideas no eran tan progresistas como las de Aguirre Cerda.

Aparecían todo tipo de rumores sobre acuerdos políticos. Uno de ellos sugería que Schnake estaba negociando con otro candidato, mientras que otro rumor afirmaba que el Partido Socialista tenía la intención de retirar la candidatura de Schnake. El Comité Central del partido negó categóricamente esto. El 26 de diciembre de 1941, el Comité Central del Partido Socialista recibió una carta de Schnake en la que analizaba la confusa situación chilena, incluyendo el hecho de que su nombre no había generado el apoyo nacional que él y otros esperaban. En cambio, su nombre era asociado al intento de hacer acuerdos con otros candidatos, algo que él desmintió. Sugirió que el partido reconsiderara su candidatura en vista de la gravedad del momento político<sup>408</sup>. Sin embargo, tras una reunión, el Comité Central rechazó la idea y anunció que no retiraría su nombre, ya que consideraban que Schnake tenía buenas posibilidades de ganar.

Casi dos semanas después de esta afirmación, el partido efectivamente retiró su apoyo a Schnake y se unió a la llamada Alianza Democrática, que estaba compuesto por los mismos partidos que integraban el Frente Popular, incluidos los comunistas. El candidato de la Alianza Democrática fue Juan Antonio Ríos. Los comunistas ejercieron fuertes presiones en favor de González Videla<sup>409</sup>. ¿Por qué el Partido Socialista prefirió a Ríos en lugar de Schnake? ¿Era la posibilidad de la elección de Ibáñez en 1942 (y no dentro de diez años) una amenaza tan grande como lo percibía el

---

408 Para detalles de este período y para la campaña que le siguió, véase *La Crítica* (Santiago) de diciembre de 1941 y enero de 1942.

409 Partido Socialista, *Una etapa de clarificación socialista* (Santiago, s. f.), pp. 11–12.

partido? No podemos saberlo con certeza. Sin embargo, una cosa es clara: el respaldo a Ríos y la decisión posterior de seguir en el gobierno fueron catastróficos para el partido. En la convención de Rancagua de 1942, la pugna interna entre los opositores y los partidarios de la participación en el gobierno fue tan feroz que desmembró el partido.

Enredada con esta cuestión estaba la elección del secretario general del partido. La situación era similar a la de 1939, antes de que Godoy dejara el partido, pero en una escala mucho mayor. Los dos candidatos eran Grove, el líder espiritual y secretario del partido, y Schnake, quien generalmente tenía la reputación de ser el más capaz de los líderes. El primero favorecía la participación en el gobierno; el último se oponía. La contienda dejó una herida mortal en el partido, de la cual nunca se recuperó. Las tensiones eran tan altas que la convención no pudo elegir un secretario. Se designó un comité encabezado por Salvador Allende, quien alguna vez ocupó el cargo de ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social, y que representaba ambos puntos de vista, para hacerse cargo de los asuntos de la organización hasta que las condiciones se normalizaran<sup>410</sup>.

El grupo liderado por Grove ganó temporalmente en la cuestión de permanecer o retirarse del gobierno. Sin embargo, esta victoria fue pírrica, ya que se logró a un alto costo para la paz interna del partido. Además, la decisión de mantenerse en el gobierno fue deshecha durante la convención especial celebrada en Valparaíso en agosto de 1942. A partir de entonces, la fortuna del partido comenzó a declinar y alcanzó su punto más bajo en las elecciones presidenciales de diciembre de 1946. Por primera vez en su historia, el partido se presentó solo, sin alianzas de ningún tipo, nominando a uno de sus propios miembros, Bernardo Ibáñez, quien había sido secretario general de la CTCH desde 1939. Solo obtuvo 12.000 votos.

Entre la elección de Ríos y su muerte en 1946, el partido perdió miembros debido a salidas y divisiones. Un sentimiento de decepción se apoderó de la colectividad e incluso figuras incondicionales como Schnake optaron por tirar la toalla y renunciar a asumir roles activos. Schnake abandonó el país para convertirse en embajador, primero en México y luego en Francia. Marmaduke Grove, el líder espiritual que había anunciado en la convención de Valparaíso que en adelante sería simplemente un soldado leal que seguiría las decisiones de la mayoría, abandonó el partido en 1944 y fundó lo que denominó el Partido Socialista Auténtico. Este grupo, al igual que el liderado por Godoy, terminó siendo absorbido por los comunistas. Una nueva fragmentación ocurrió en 1948, esta vez respecto a la

---

410 Oscar Schnake, op. cit., pp. 91–93.

postura del partido frente a la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. A pesar de su reducida cantidad de miembros, el partido se dividió de nuevo en tres facciones antes de la elección presidencial de 1952. La facción más grande, liderada por Raúl Ampuero, se llamó a sí mismo el Partido Socialista Popular, mientras que la siguiente en importancia fue el Partido Socialista de Chile liderado por Salvador Allende.

En la medida que se apagaba la estrella socialista, se alzaba la del comunismo. Para 1943, los comunistas habían logrado infiltrarse exitosamente en muchas organizaciones, especialmente en los partidos Radical y Socialista. Consideraban que había llegado la hora de absorber definitivamente al Partido Socialista. Este intento ya se había gestado en 1937, pero tras la invasión de Hitler a la Unión Soviética, los comunistas renovaron sus esfuerzos en esta dirección. En 1937, el Partido Socialista rechazó la maniobra de forma categórica<sup>411</sup>. Sin embargo, para 1943, el proceso de sabotaje había avanzado considerablemente y la situación interna del Partido Socialista era tan precaria que no pudo rechazar la idea de plano. Los líderes socialistas, para ganar tiempo, informaron al Partido Comunista que estaban dispuestos a explorar la posibilidad de una fusión orgánica, aunque se negaban a aceptar comandos de unión locales. Por su parte, el Partido Comunista insistió en que eran esenciales. Los líderes socialistas eran conscientes del uso que los comunistas hacían de estos comandos para sembrar la discordia entre las bases socialistas y sus líderes<sup>412</sup>. A pesar de que en la convención de Valparaíso se votó por prohibir la colaboración de las unidades locales con los comunistas, el hecho de que aún existieran demostraba el éxito de la campaña del Partido Comunista por un “Nuevo Partido”.

El éxito de las tácticas de infiltración y control de los sindicatos por parte de los comunistas fue significativo, pero su impacto a largo plazo fue aún mayor. En la segunda convención de la CTCH, celebrada en Santiago el 11 de septiembre de 1943, los comunistas eran claramente la fuerza predominante. Estaban decididos a derrotar la resolución presentada por los socialistas, que proponía retirarse de la Alianza Democrática y promover en su lugar la formación de un nuevo partido que representara a todos los trabajadores y elementos progresistas<sup>413</sup>. Incluso intentaron imponer que socialistas debían integrar el consejo ejecutivo de la CTCH, renegando así del acuerdo previamente alcanzado con los socialistas. Estos se vieron

---

411 Partido Socialista, *Una etapa de clarificación socialista*, op. cit., pp. 137–138.

412 C. T. Ch., *Resoluciones del II Congreso Nacional de la C. T. Ch.* (Santiago, 1944), p. 17.

413 Partido Socialista, *Una etapa de clarificación socialista*, op. cit., p. 27.

forzados a organizar un escuadrón de choque para protegerse de posibles ataques de los comunistas<sup>414</sup>. Aunque los socialistas aún mantenían el cargo de secretario general, ya no contaban con la mayoría en el consejo ejecutivo.

Mientras la guerra continuara, había pocas probabilidades de que los comunistas tomaran medidas que forzaran una división. Sin embargo, cuando la guerra contra Hitler llegó a su fin, y una vez comenzada la Guerra Fría, los comunistas adoptaron una postura similar a la que mantuvieron durante el pacto entre Hitler y Stalin. Esta nueva posición puso en peligro la unidad de los sindicatos, y la división se materializó en febrero de 1946.

La crisis se desencadenó por la imprudencia del Gobierno. El 23 de enero de 1946, el Gobierno ordenó la disolución de dos sindicatos en las sedes de la Compañía Salitrera de Tarapacá, alegando que los sindicatos habían adherido a huelgas ilegales. Al día siguiente, el consejo ejecutivo de la CTCH se reunió y decidió de forma unánime convocar a una paralización nacional por un período de 24 horas, a efectuarse el 30 de enero, en protesta contra la acción del Gobierno y en apoyo al derecho a huelga<sup>415</sup>. También se acordó llamar a una reunión para la noche del 28 de enero.

En Santiago, alrededor de 10.000 personas se congregaron en la Plaza Bulnes el 28 de enero. El número de policías y carabineros era inusualmente alto, y apenas había comenzado la reunión cuando se escucharon disparos que continuaron durante unos minutos, resultando en la muerte de 6 trabajadores y dejando a 80 heridos. Casi de inmediato, muchos de los presentes, liderados por el secretario de la CTCH, organizaron una marcha a través de las calles principales de Santiago exigiendo el castigo de los responsables de la masacre. Esa misma noche, todo el gabinete gubernamental renunció, se declaró estado de sitio y se suspendieron las garantías constitucionales.

La situación política del país ya era bastante confusa para cuando ocurrieron los eventos del 28. El presidente Ríos estaba enfermo de gravedad, aunque entonces no se sabía con certeza. Había cedido el gobierno al vicepresidente Alfredo Duhalde, quien enfrentaba dificultades tanto con los miembros de su propio Partido, el Radical, como con el gabinete que había heredado.

---

414 La crónica que sigue se basa en el testimonio de Bernardo Ibáñez, el secretario de la C. T. Ch., en *Memoria de la Confederación de Trabajadores de Chile presentado por su secretario general, Bernardo Ibáñez, 1943–1946* (Santiago, 1946), pp. 16–29. Otros testimonios no distan demasiado del de Ibáñez.

415 Ibid, pp. 28–29.

Instigada por los acontecimientos del 28 de enero, la paralización del 30 fue absoluta en toda la nación. En Santiago, el día cobró un grado de solemnidad adicional con el funeral de los mártires. En sus discursos fúnebres, los secretarios de la CTCH exigieron el castigo de los culpables, la suspensión del estado de sitio, la formación de un gobierno compuesto por elementos democráticos y la restauración de los derechos legales de los sindicatos. El 1 de febrero, el consejo ejecutivo, junto con los dirigentes de distintas federaciones afiliadas a la CTCH, decidió un paro indefinido que comenzaría el 4 de febrero; el propósito era presionar al gobierno para que aceptara el programa de doce puntos de la CTCH.

Con el paso de los días, el programa devino en la demanda por un nuevo gobierno, aunque existían diferentes visiones sobre qué tipo de gobierno sería aceptable. Los comunistas insistían en que la huelga debía continuar hasta que se instalara una administración compuesta por representantes de todos los partidos de la Alianza Democrática, lo que incluía a los comunistas, pero no a los socialistas. Por otro lado, los socialistas del consejo ejecutivo opinaban que el paro debía terminar tan pronto como se levantara el estado de sitio y se formara un gobierno democrático, capaz de restaurar los derechos civiles. Se entendía, por supuesto, que dicho gobierno restablecería la personalidad jurídica de los dos sindicatos y se encargaría de que los responsables de los crímenes del 28 de enero fueran llevados ante la justicia.

El 2 de febrero, el presidente interino Duhalde intentó formar un gabinete con los partidos de la Alianza Democrática, similar en composición al anterior a la crisis, pero inexplicablemente no lo logró. A estas alturas, los socialistas, que no habían sido parte del Gobierno desde 1943, intervinieron y accedieron a unirse al gabinete. Se les otorgaron cuatro cargos, incluido el Ministerio del Trabajo, y se les prometió que el estado de sitio se levantaría y que se restauraría la personalidad jurídica de los sindicatos inmediatamente después de que jurasen en sus puestos.

Para Bernardo Ibáñez, la participación de los socialistas en el Gobierno era garantía suficiente, por lo que insistió en poner fin a la paralización. Sin embargo, los comunistas se rehusaron y, al ser mayoría, lograron imponer su voluntad. Los socialistas, por su parte, estaban convencidos de que la huelga traería una guerra civil y, con ella, una dictadura militar. Por eso, en vísperas del paro, Ibáñez habló en la radio instando a los obreros a no hacer caso al llamado de los comunistas. Estos acusaron a Ibáñez de traición a la CTCH y lo destituyeron como secretario general, siendo reemplazado por Bernardo Araya. Ibáñez y sus seguidores se negaron a reconocer la legitimidad de esta acción.

Según Ibáñez, solo 60.000 trabajadores respondieron al llamado de huelga del 4 de febrero, mientras que fuentes comunistas afirman que al menos 200.000 participaron. La huelga fue absoluta en las minas de carbón y casi lo mismo aconteció entre los obreros del salitre y el cobre. Duró hasta el 9 de febrero. A pesar de ello, los comunistas no lograron obtener un Gobierno favorable a sus intereses, y en el que su partido estuviera representado. Sí se las ingeniaron para dividir la CTCH y demostrar su control sobre el movimiento sindical. Por lo tanto, dos facciones de la CTCH, una controlada por el comunista Bernardo Araya y la otra por el socialista Bernardo Ibáñez, lucharon entre sí. Estas fuerzas estaban más o menos equilibradas; la lucha fue encarnizada y resultó incluso en la muerte de algunos militantes. En aquellos lugares donde los comunistas tenían un control absoluto, no toleraban la existencia de oposición, y esto a menudo desencadenó actos de violencia, incluyendo asesinatos<sup>416</sup>.

Mientras los socialistas formaran parte del gobierno y, en especial, dirigieran el Ministerio del Trabajo, se morigeraba en cierta medida la capacidad de los comunistas para imponer su voluntad. Con el respaldo del Gobierno, los socialistas podían despojar a los comunistas del control de algunos sindicatos, como fue el caso de los trabajadores del cemento de La Calera. Además, pudieron recuperar la sede y hacer uso de los fondos que tenía la CTCH antes de su división<sup>417</sup>. Sin embargo, no había duda de que los comunistas controlaban los sindicatos de las principales industrias de Chile, como el carbón, el salitre y el cobre. También tenían una influencia considerable en los sindicatos de los trabajadores ferroviarios y textiles. Los únicos rubros importantes en los que su influencia era más débil era el transporte marítimo y el empleo público.

La muerte de Ríos en junio cambió el panorama político en favor de los comunistas. Gozaban de una buena racha que culminó con la victoria de Gabriel González Videla el 4 de septiembre. Cuando González Videla regresó del sur tras ser oficialmente nombrado presidente, los comunistas manifestaron su apoyo organizando una multitudinaria recepción en la estación de ferrocarril y llevándolo en hombros a través de más de dos kilómetros de las calles de Santiago. González Videla reconoció públicamente la contribución del PC a su victoria, primero en una carta a su presidente, invitando a su partido a integrarse al Gobierno, y luego en un

---

416 Los comandos controlados por los comunistas reclamaban al gobierno y exigían la restitución de las sedes y el uso de fondos del grupo de Araya. Véase su número del boletín *C. T. Cb.* (Santiago), 1 de mayo de 1946, p. 6.

417 La carta y el discurso se reproducen en Ricardo Fonsaca, *Defensa del triunfo y cumplimiento del programa* (Santiago, 1946), pp. 5–7 y 17–21.

discurso ante la conferencia nacional convocada por el Partido Comunista para definir su postura y medidas futuras<sup>418</sup>.

En 1938, tras la victoria del Frente Popular, Aguirre Cerda ofreció cargos ministeriales al Partido Comunista, pero este los rechazó. Ahora, su postura había cambiado y estaban ansiosos de ser parte del gabinete presidencial. De hecho, por eso habían insistido en la huelga del 4 de febrero de 1946. Ricardo Fonseca, secretario del partido, instó a los delegados de la conferencia nacional del 11, 12 y 13 de octubre que el partido participara del Gobierno, argumentando que era lo que el pueblo deseaba: “un gobierno con ministros comunistas”<sup>419</sup>. En 1938, los comunistas habían rechazado la inclusión en el gabinete porque creían que su presencia daría argumentos a los enemigos del Frente Popular; en 1946, ya no le temían a los “designios, calumnias e intrigas del enemigo”. Ni siquiera sentían aversión por ser parte de un Gobierno en el que también participarían miembros del Partido Liberal, un partido de derecha. Estaban seguros de que el pueblo quería que se implementara el programa de la campaña presidencial de González Videla, y juzgaban que su presencia serviría como garantía, como afirmó el propio González Videla

¿A qué fueron a la Moneda? La oposición insistía en que los comunistas estaban usando su posición en el gobierno para hacer proselitismo. Los comunistas no lo negaron; argumentaron que esto era perfectamente válido<sup>420</sup>. Durante este período, el partido experimentó un notable aumento de miembros, de todos los estratos sociales. El incremento más significativo provenía de las zonas agrícolas, lo que parecía ser una consecuencia directa del control de los comunistas sobre el Ministerio de Agricultura, dirigido por uno de sus ministros. Casi tan pronto como Gabriel González Videla asumió la presidencia, el ministro del Trabajo anunció que primaba una mala interpretación de las leyes laborales que prohibían la

418 Ibid, p. 42.

419 Luis Reinoso, “La jornada electoral de 6 de abril y la crisis política”, en *Principios*, mayo de 1947, pp. 10–12.

420 Ibid, pp. 7–10. Abajo, algunas de las zonas agrícolas en las que los comunistas obtuvieron un incremento significativo de votos:

Comuna o provincia	1944	1947
Aconcagua	989	1.758
O'Higgins	1.770	4.064
San Fernando	312	1.444
Valdivia de Lontué	0	255
Linares	511	1.095
Longaví	13	146
Biobío	278	1.522
Malleco	184	726

sindicalización de los trabajadores agrícolas. A esto le siguió una fiebre de sindicalización bajo auspicio comunista, lo que los puso en conflicto con sus compañeros de gobierno, especialmente con aquellos del partidos Radical y Liberal, que incluían a latifundistas entre sus filas. Estos últimos presentaron un proyecto de ley en el Congreso que, aunque permitía la sindicalización de los trabajadores agrícolas, imponía tantas restricciones que en realidad imposibilitaba la viabilidad sindical.

La prueba del crecimiento de la influencia comunista durante este período se reflejó en las elecciones locales del 6 de abril de 1947. Los comunistas obtuvieron 90.000 votos y se convirtieron en el segundo partido más grande de Chile. Lo más notable fue que el aumento de votos en las comunidades agrícolas superó con creces al de las zonas industriales. Los votos del partido mostraron grandes avances en los llamados “bastiones feudales”. No hubo una sola provincia agrícola de importancia en la que el aumento no fuera considerable, e incluso en algunos casos, se logró la elección de concejales del partido por primera vez<sup>421</sup>. Además, el partido consiguió el control mayoritario de provincias industriales importantes, incluyendo los centros mineros de Potrerillos, Chañaral y Sewell. El incremento neto de su representación a lo largo del país fue del 10%. En Santiago, el corazón político del país, duplicó sus votantes de 12.892 a 25.939, convirtiéndose así en el partido principal de la ciudad<sup>422</sup>.

Aunque la estrategia del Partido Comunista era mantener la olla a presión en el sector agrícola, trató de mitigar el descontento entre los trabajadores industriales mediante huelgas solo en casos “extremos y excepcionales”. Los trabajadores debían coordinar sus actividades con las del Gobierno. Los comunistas hacían hincapié en aumentar la producción y abogaban por la organización de comandos representativos de obreros, gerentes y técnicos gubernamentales en todas las fábricas y minas. Denunciaban las huelgas de panaderos, funcionarios públicos, trabajadores del tranvía y marítimos como “irresponsables” y favorables a elementos reaccionarios. Calificaban a las huelgas, especialmente las lideradas por los trabajadores de los ferrocarriles estatales y el Ministerio de Salubridad, bajo liderazgo socialista, como políticas y subversivas<sup>423</sup>.

Los paros estaban relacionados directamente con el descontento de

---

421 Ibid. Para información sobre las fuerzas del Partido Comunista, según datos de una persona que no pertenece a este, véase Sergio Vergara, *Decadencia o recuperación* (Santiago, 1945), p. 224.

422 Ricardo Fonseca, “Solución popular a la crisis”, en *Principios*, febrero-marzo de 1947, pp. 5–6.

423 Ibid, p. 7.

los trabajadores por la escalada de precios, incluyendo los del pan, la mantequilla, la harina y otros insumos básicos. Los comunistas se oponían a los paros liderados por los socialistas, a quienes insistían en llamar trotskistas, pero fomentaban la agitación social mediante la organización de la Central Nacional de Defensa de los Consumidores (CENADECO). Esta organización, una fachada comunista, se dedicaba a protestar contra el alza de precios y a castigar la especulación. Los comunistas querían que el gobierno utilizara la CENADECO, al igual que otras organizaciones afines, para “modificar la correlación de fuerzas a su favor y aislar a sus enemigos”<sup>424</sup>. Sin embargo, estas tácticas cínicas generaron rechazo. Lo ganado por los comunistas en las elecciones municipales ya había despertado incomodidad entre los radicales y los liberales. Los liberales tomaron la primera medida, retirando a sus ministros del gabinete y precipitando una crisis. Luego, renunciaron los radicales y los democráticos. Solo permanecieron los comunistas en el Gobierno. González Videla se enfrentaba a una crisis para la cual no veía otra solución que el sacrificio de los comunistas. Y eso fue lo que hizo.

Los comunistas denunciaron la crisis como una maniobra de los enemigos del régimen y predijeron terribles consecuencias, incluida la guerra civil. Alegaron que un gabinete sin comunistas aislaba al gobierno de las masas obreras. Aunque todavía no atacaban al presidente. Intentaban seducirlo y alejarlo de su propio partido —el Radical—, pero no tuvieron éxito. Por el contrario, cada día surgían nuevos indicios de que el matrimonio entre los comunistas y el presidente se deslizaba hacia el divorcio.

Cuando ya no quedaba ningún plan de reincorporación al Gobierno, los comunistas cambiaron su táctica una vez más. Ya no hablaron de la necesidad de aumentar la producción. Ahora, sus esfuerzos se centraban en forzar un enfrentamiento con el gobierno mediante el uso del poder de los trabajadores en las industrias principales. Para esto, no había un sector más estratégico para servir a los intereses del comunismo que los mineros del carbón. Había 12 sindicatos mineros con un total de 23.000 miembros cuyos objetivos estaban bajo el control absoluto de los comunistas<sup>425</sup>. Una

---

424 En 1945, los ingresos de los dos sindicatos más grandes en Schwager y Lota eran de 3.819.988,87 pesos y 2.697.857,84 pesos, respectivamente. De sus ingresos, el sindicato de Schwager gastó 4.715 pesos en su biblioteca y en otras actividades educacionales y culturales, 109.118 pesos en salarios y otros desembolsos de dirigentes, y 156.433 pesos en expansión sindical. El sindicato de Lota gastó un monto mayor en actividades educacionales, un total de 35.442 pesos. Los salarios y desembolsos de los dirigentes ascendían a un total de 119.860,50 pesos, y los de expansión sindical a 243.797,90 pesos. Los datos provienen de Silvestre Molina Urrea, op. cit., p. 96.

425 Citado por Silvestre Molina Urrea, op. cit., pp. 111–112.

huelga simultánea de todas las minas, si duraba lo suficiente, paralizaría la economía entera. Además, los mineros estaban listos para iniciar nuevas negociaciones contractuales. La negociación que terminó con el paro de febrero de 1946 expiraba en octubre. Los mineros obtuvieron aumentos ridículamente pequeños en sus salarios por la mediación. Sus condiciones eran miserables y el aumento sostenido de los precios durante los últimos 18 meses hacía que la idea de una huelga fuera tentadora para los mineros. No había posibilidad de que las compañías accedieran a las nuevas demandas sin luchar.

Tras agotar todos los requisitos legales del Código del Trabajo, los sindicatos emitieron la orden de huelga el 4 de octubre. Se habían negado con anterioridad a la sugerencia de someter las diferencias a mediación. Tan pronto como se declaró el paro, el gobierno tomó medidas para evitar el daño que podría causar al país. Emitió un decreto que ordenaba a los mineros regresar al trabajo. Al mismo tiempo, ordenó a las compañías aumentar los salarios de todos aquellos que trabajaban bajo tierra en un 40%, y en un 30% para los que trabajaban en la superficie. También ordenó un aumento del 33% en las viviendas familiares, y una asignación adicional de 75 pesos para los obreros con familias que no residían en casas de la empresa. Además, el decreto estipulaba que cada trabajador recibiría un día extra de pago por cada seis días de empleo<sup>426</sup>.

Los líderes comunistas de los mineros se negaron a bajar la huelga y, dos días después de la emisión del decreto, las minas seguían cerradas. Como resultado, el presidente de la República solicitó al Congreso el derecho a suspender las garantías constitucionales y declarar un estado de sitio. El Congreso lo concedió y el Ejército se encargó de la operación de las minas. Los mineros fueron inducidos por el Ejército y se les ordenó volver al trabajo. En tanto, los líderes comunistas fueron arrestados y puestos en custodia. Se realizaron redadas, se cerraron las sedes del Partido en las zonas mineras y se confiscaron sus publicaciones.

El estado de sitio se extendió a las zonas mineras del norte, donde los comunistas también controlaban los sindicatos. Se otorgó poder a las compañías para despedir a los comunistas que amenazaran con interferir en la producción, lo que resultó en despidos masivos. Muchos trabajadores, aunque no fueran comunistas, a menudo eran etiquetados como tales por las compañías. No solo eran despedidos, sino que también podían ser encarcelados o expulsados de la zona en la que habían vivido, quizás, toda su vida.

---

426 Véase el artículo 2 de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia publicada en el *Diario Oficial*, 18 de octubre de 1948.

Después de que el Gobierno acabara con la huelga de los mineros, Gabriel González Videla, quien seguramente no habría llegado a la presidencia de no ser por los comunistas, se convirtió en el hombre más aborrecido por estos. En un acto de hostilidad recíproca, insistió en la destrucción del Partido Comunista. Presionado por él, el Congreso aprobó en octubre de 1948 la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. La ley declaró ilegal al Partido Comunista y a cualquier asociación cuyo objetivo fuera establecer un régimen antidemocrático o atacar la soberanía de la nación. En consecuencia, a los miembros del Partido Comunista se les negó el derecho a inscribirse en el padrón electoral. Si ya estaban inscritos, sus nombres debían ser tachados. La negación del derecho a votar se extendía a las elecciones locales y nacionales. Cualquier ciudadano cuyo registro hubiese sido cancelado tenía que esperar cinco años, incluso después de desafiliarse del Partido Comunista, antes de recuperar sus derechos ciudadanos.

Esta medida generó oposición tanto durante su tramitación en el Congreso como después de su aprobación, incluso entre aquellos que no simpatizaban con los comunistas. Más que una defensa de la democracia, la ley parecía una anulación de la democracia. Por lo demás, se percibía como una amenaza para los sindicatos. La ley proporcionaba a los empleadores una poderosa arma para purgar a sus empresas de sindicalistas militantes. Las sanciones en la ley servían como un freno contra la acción militante destinada a alcanzar demandas en realidad legítimas. Esta ley permitía multas de hasta 50.000 pesos, encarcelamiento, detención, expulsión o incluso forzar a los afectados a residir en sitios muy alejados de su residencia o actividad económica. Estas penas podían imponerse a cualquier persona acusada de planear sabotajes, paralizar la producción industrial o “cualquier otro acto que tenga por objeto alterar dolosamente el normal desarrollo de las actividades productoras del país, con el objeto de perjudicar a la economía nacional o de perturbar un servicio de utilidad pública”<sup>427</sup>. Otras acciones sujetas a las mismas sanciones incluían la organización, el apoyo o la incitación de paros y huelgas en industrias estratégicas y en los servicios públicos, o donde la huelga pudiera amenazar gravemente el orden público. Además, se prohibía a los funcionarios públicos, a nivel nacional y municipal, así como a los empleados de empresas autónomas fiscales y semifiscales, hacer huelgas. Cualquier persona que

---

427 United States Department of Labor, *Notes on Labor Abroad*, agosto de 1950, pp. 39–40. Los aumentos salariales promedio durante 1949 variaron de 16% a 24%. El aumento en el costo de vida en la Provincia de Santiago, del 1 de enero de 1949 al 1 de enero de 1950, era de 20,6%.

abogara, participara o apoyara un paro en estos rubros estaba sujeta no solo a sanciones, sino al también al despido inmediato de su empleo. Los desacuerdos entre los trabajadores y la gerencia de los servicios públicos concesionados debían ser sometidos a mediación por una junta compuesta por un representante de los obreros, uno de la empresa y uno designado por el presidente de Chile.

La Ley de Defensa Permanente de la Democracia causó una nueva crisis en el Partido Socialista. Un grupo encabezado por Bernardo Ibáñez, secretario de la CTCH de orientación socialista, respaldaba la ley, mientras que un grupo mucho más numeroso, liderado por Raúl Ampuero, —antiguo líder de la juventud socialista— se oponía a ella. El saldo de estas diferencias fue una nueva escisión en la que el grupo de Ibáñez logró conservar el nombre del partido para fines electorales, mientras que la facción de Ampuero tuvo que adoptar el nombre de Partido Socialista Popular de Chile. Esta nueva división desacreditó aún más al socialismo chileno, llevando a la apatía a muchos miembros del partido y a desertiones. Esta situación también se reflejó en los sindicatos. La CTCH de Ibáñez controlaba pocos sindicatos importantes. Su mayor fuerza estaba en los sindicatos de funcionarios públicos. Los líderes socialistas entre los ferroviarios generalmente estaban del lado de Ampuero.

La Ley de Defensa Permanente de la Democracia infligió una grave herida al PC, pero no fatal. A pesar de quedar ilegalizado y con algunos de sus líderes en la clandestinidad, el partido encontró formas de continuar con sus actividades mediante organizaciones de fachada. Mantuvo su dominio sobre los mineros del carbón, incluso después de que muchos de sus seguidores fueran despedidos y enviados a sitios remotos como Pisagua. En la siguiente votación de representantes, se eligió a una nueva cohorte de comunistas y los sindicatos mineros siguieron siendo tan comunistas como antes de la promulgación de la ley. Lo mismo ocurrió con los sindicatos de los salitreros. Con el cobre, aunque el control comunista no era tan predominante, seguía siendo importante.

La desunión, la desorganización, la apatía y el miedo a la Ley de Defensa Permanente de la Democracia redujeron la actividad sindical entre los trabajadores industriales durante 1948 y 1949. Se registraron pocas huelgas y pocas victorias. Los incrementos de salarios pronto fueron contrarrestados por el aumento del costo de la vida<sup>428</sup>.

Sin embargo, durante esos años hubo un desarrollo interesante entre

---

428 Arturo Jauregui, "Notes on the Trade Union Situation in Uruguay, Chile, Paraguay and Argentina", en *Inter-American Labor Bulletin* (Washington), julio de 1950, p. 4.

los empleados no manuales. Mostraron una militancia sorprendente, afiliándose y organizando sindicatos en números significativos por primera vez. La Confederación de Empleados Particulares, con sedes en todo el país, y que afirmaba contar con 220.000 miembros para 1950, junto con otros grupos como los empleados bancarios y ferroviarios, crearon la Junta Nacional de Empleados de Chile (JUNECH). Bajo el liderazgo de Edgardo Maass, la JUNECH libró una vigorosa campaña contra la caída del estándar de vida debido al alza de los precios<sup>429</sup>.

Para 1950, los trabajadores industriales, afectados por el aumento del costo de vida, comenzaron a perder la timidez. El número de huelgas ilegales creció de 24 en 1949 a 164 en 1950<sup>430</sup>. Los trabajadores marítimos y del cobre fueron los primeros en reaccionar. No se limitaron a expresar su descontento a través huelgas, sino que se dispusieron a reorganizar federaciones sólidas de todos los trabajadores. Aquellos que trabajaban en la industria del cobre fueron especialmente exitosos en este aspecto.

El primer paso para organizar la Confederación de Trabajadores del Cobre se dio en enero de 1951, cuando los representantes de los empleados se reunieron en La Serena para discutir. Decidieron convocar a una convención que incluyera no solo a los empleados de oficina, sino que a todos los trabajadores de la industria. La convención se reunió por dos días en marzo en Machalí, cerca de Rancagua, donde la Braden Copper Company, una filial de la Kennecott, tenía su casa matriz. Lo más interesante sobre esta convención es que de los 85 delegados presentes, solo tres eran comunistas<sup>431</sup>. Antes de la huelga de los mineros del carbón de 1947, los mineros del cobre estaban afiliados a la Federación de Mineros, donde los comunistas dominaban. La mayoría de las agrupaciones locales de los mineros del cobre habían tenido liderazgo comunista. La convención de Machalí representaba una nueva situación: Los dirigentes presentes querían crear una nueva organización libre del dominio político de cualquier partido. De estas deliberaciones nació la Confederación de Trabajadores del Cobre, fuerte y organizada<sup>432</sup>.

Las elecciones presidenciales que se avecinaban sirvieron como un estímulo adicional para la aceleración del movimiento de trabajadores. De

---

429 United States Department of Labor, op. cit., junio de 1951, p. 14.

430 Carlos Latorre C., "Copper Workers of Chile Organize Federation", en *Inter-American Labor Bulletin*, septiembre de 1951.

431 Para una discusión del estado de la organización sindical desde la perspectiva del sindicalismo estadounidense, véase Paul Reed et al., "Report of the U. S. Labor Delegation", en *Inter-American Labor Bulletin*, septiembre de 1952, p. 2.

432 *Mundo* (Santiago), noviembre de 1952.

hecho, a medida que se acercaban las elecciones, más militantes se volvían hacia los sindicatos. En 1948, cuando aún quedaban cuatro años para la elección presidencial, el Partido Comunista ya había empezado a bajar la posibilidad de postular al exdictador, el general Carlos Ibáñez del Campo, como su candidato. Sin embargo, cuando la fecha se aproximaba, fue el Partido Socialista Popular de Ampuero el que se convirtió en el principal impulsor de su candidatura. El Partido Comunista, al menos públicamente, respaldaba a Salvador Allende, un socialista y exministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social durante el gobierno de Aguirre Cerda con el Frente Popular. Allende se distanció del grupo de Ampuero por su apoyo a Ibáñez, al que denunció como el candidato de los fascistas y del dictador argentino Juan Domingo Perón. Otros 60 miembros importantes se unieron a Allende en su oposición a Ampuero; se retiraron del Partido Socialista Popular y se unieron al Partido Socialista de Chile, del cual Allende se convirtió en candidato<sup>433</sup>.

Muchos pensaron, incluido el Partido Socialista Popular, que la elección de Carlos Ibáñez del Campo como presidente podría frenar la espiral inflacionaria y estabilizar la economía. Además, Ibáñez del Campo prometía derogar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. La victoria de Ibáñez naturalmente aumentó el prestigio del Partido Socialista Popular, lo que se reflejó en las siguientes elecciones parlamentarias, donde obtuvieron 19 diputados y 5 senadores.

Tras la victoria de Ibáñez, el Partido Socialista Popular emitió una declaración en la que aseguraba que los trabajadores habían sido “un factor decisivo en la batalla electoral”. Debían ser “la fuerza principal del nuevo régimen”. También llamó a “consolidar la unidad en una única y poderosa Confederación de Trabajadores, que respete todas las tendencias políticas de los trabajadores”, desarrollase “plena democracia interna” y fuese lo suficientemente fuerte para “defender su autonomía ante el gobierno y los partidos políticos”. La declaración también afirmó que en la confederación habría un lugar para todos los trabajadores, incluso para aquellos que estaban bajo dominio comunista, a los que “la camarilla” que dirigía a este partido había “traicionado vilmente”<sup>434</sup>.

Unos meses después de que Ibáñez asumiera la presidencia, la urgente necesidad de unidad, mencionada en la declaración del Partido Popular

---

433 Citado por Luis López Aliaga, “The Triumph of General Ibañez”, en *Inter-American Labor Bulletin*, octubre de 1952.

434 El análisis de la composición política del Consejo Ejecutivo fue realizada, a petición de la autora, por Jorge Barría, miembro del Partido Socialista Popular y autor de varios estudios del movimiento obrero y social de Chile.

Socialista, se materializó. Delegados representantes de todas las tendencias políticas e ideológicas se reunieron el 12 de febrero de 1953 en Santiago. El congreso se prolongó por cuatro días y de él emergió, por primera vez en la historia de Chile, una organización central que agrupaba a todos los grupos importantes. El consejo ejecutivo, compuesto por 25 miembros, incluía representantes de todo el espectro obrero. Había cinco comunistas, todos funcionarios del partido, entre los que se incluía a Bernardo Araya, el antiguo líder de la CTCH comunista; seis socialistas populares; dos socialistas independientes; tres miembros del Partido Socialista de Chile; dos falangistas; dos radicales; tres anarquistas; y dos católicos independientes, uno de los cuales, Clotario Blest, resultó presidente de la Central Única de Trabajadores de Chile. En realidad, presentaron tres listas: una de los comunistas, otra de los socialistas populares, y una tercera de los anarquistas. La lista encabezada por los comunistas y sus aliados —los Socialistas de Chile, uno de los socialistas independientes, los falangistas, los radicales y Clotario Blest—, sumando trece personas en total, obtuvo la mayoría real del Consejo<sup>435</sup>.

Un análisis de las agrupaciones del Consejo Ejecutivo revela que las alianzas entre socialistas populares y anarquistas representaban a dirigentes de los ferroviarios, los marítimos, los mineros del cobre, los trabajadores de la telefónica, los trabajadores de la industria química, los trabajadores de los molinos de harina, los panaderos, los zapateros, los obreros de la construcción, los empleados bancarios y los profesores. Por supuesto, los comunistas, aunque representados, tenían a sus espaldas agrupaciones de sectores económicos claves de la nación tales como el carbón, la metalurgia, el salitre y los textiles. Todavía mantenían una influencia considerable entre los trabajadores del cobre, siendo mayoría en las minas de Potrerillos y contando con una fuerza significativa entre los obreros de Chuquicamata, ambas pertenecientes a Anaconda. De hecho, el intento comunista de desacreditar a los liderazgos no comunistas dentro de la Confederación de los Trabajadores del Cobre de Chile fue lo que llevó a esta última a respaldar una huelga de todos los trabajadores del cobre en mayo y junio de 1952, a pesar de estar convencida de que el momento no era propicio<sup>436</sup>.

La esperanza de que Ibáñez pudiera estabilizar la economía se desvaneció antes de que su administración cumpliera un año. El 15 de enero de 1953, la Cámara de Diputados aprobó un proyecto de ley para otorgar al Gobierno facultades económicas y administrativas de emergencia para “paliar la inflación, equilibrar el presupuesto y proteger a la economía sin

---

435 *Mundo* (Santiago), diciembre de 1951, pp. 8–9.

436 *Hispanic-American Report*, VI, 1, febrero de 1953, pp. 31 y 32.

destruir la democracia”<sup>437</sup>. Sin embargo, para finales del año, la situación estaba aún peor que en 1952, con un aumento del costo de la vida de 50%. Respecto de la situación de Chile, el *Christian Science Monitor* se expresaba de la siguiente manera:

“La inflación aumenta más rápido que nunca [...] ni un solo problema presupuestario fiscal o privado ha sido resuelto aún, por lo que, en general, el capital político de Ibáñez ha declinado de forma considerable”<sup>438</sup>.

Entonces, Ibáñez también se retractó de su promesa de campaña de derogar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. De hecho, en su mensaje al Congreso, denunció a los comunistas como el principal motor de las manifestaciones y huelgas. Esto les otorgaba a los comunistas mucho más crédito del que realmente merecían. La mayoría de las huelgas se llevaron a cabo en sectores donde los dirigentes pertenecían a otras militancias.

La actitud del Gobierno hacia las demandas de los trabajadores, y el fracaso en derogar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, agrió las relaciones entre los socialistas populares e Ibáñez. Dado que había desempeñado un papel importante en su elección, el Partido Socialista Popular recibió la invitación a formar parte del gobierno. Hasta noviembre de 1953, el partido contaba con tres o cuatro representantes en el gabinete. Había presentado un plan para afrontar las dificultades económicas y su interés principal en el gobierno era llevar a cabo este diseño. Hacia finales de 1953, el presidente Ibáñez notificó a los líderes del partido que, a su parecer, su plan económico había fracasado. Al mismo tiempo, restringió la libertad con la que los sindicatos operaban. Cuando Ibáñez declaró estado de sitio en la Región de Antofagasta como resultado de una huelga de la Anglo-Lautaro, el Partido Popular Socialista retiró su apoyo. Para fines de 1954, el quiebre era total y el Partido Socialista Popular ahora era abiertamente hostil al gobierno. Se vio forzado a tomar esta postura debido a las acciones del gobierno contra los sindicatos, el arresto de los dirigentes sindicales, y el uso más frecuente del estado de sitio<sup>439</sup>.

437 Citado en *Hispanic-American Report*, VII, febrero de 1954, p. 31.

438 Raúl Ampuero, “Informe de la delegación del Partido Socialista Popular de Chile”, en *Boletín del secretariado latinoamericano de la Internacional Socialista* (Montevideo), mayo de 1956, p. 92.

439 *Hispanic-American Report*, VI, 9, 10, 11, octubre-diciembre de 1953.

Con la organización de la Confederación de los Trabajadores del Cobre, de la CUT, y la tolerancia inicial del gobierno, en 1953 comenzó una ola de huelgas. Hubo paralizaciones prácticamente todos los meses. En marzo, una huelga de inspiración comunista en la mina de Chuquicamata se extendió a Potrerillos. Estas fueron seguidas por las huelgas de los trabajadores textiles, ferroviarios, siderúrgicos y de aseguradoras. En noviembre, 20.000 profesores de todos los niveles de enseñanza (desde el nivel primario hasta el universitario), realizaron un paro en protesta por los bajos salarios. El paro terminó tan rápido como empezó, sin que los profesores obtuvieran nada. La más seria de las paralizaciones fue en las salitreras de Anglo-Lautaro, en la provincia de Antofagasta. Unos 10.000 trabajadores abandonaron sus puestos de trabajo tras exigir un salario diez veces superior a lo que la compañía tenía intención de ofrecer. Duró 55 días e implicó sabotaje, lo que llevó al gobierno a declarar estado de sitio, con el resultado antes mencionado del alejamiento y ruptura del Partido Socialista Popular con Ibáñez<sup>440</sup>.

El año 1954 resultó ser aún peor. El deseo de las compañías de despedir trabajadores generó malestar entre los obreros del cobre. Como había grandes excedentes de cobre, las compañías solicitaron permiso al Gobierno para disminuir la producción y recortar personal. La Braden Copper buscaba una reducción del 30% de su mano de obra, mientras que la Chilean Exploration pretendía una disminución del 50% en sus minas de Chuquicamata y Potrerillos. En febrero, los empleados del Banco del Estado abandonaron sus puestos. Dado que se trataba de un banco estatal, la huelga fue declarada ilegal conforme a la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. En respuesta, los trabajadores convocaron a un paro nacional de todos los bancos, lo que llevó al Gobierno a imponer estado de sitio en las regiones de Santiago y Valparaíso. El paro duró cuatro días. Los obreros obtuvieron un aumento mensual de 2%, y el Gobierno prometió que no habría represalias. Hacia fines de marzo, alrededor de 4.000 trabajadores de servicios también se declararon en huelga. Ante esta situación, el Gobierno envió a la Armada para operar cuatro de las principales centrales energéticas y arrestó a trece de los líderes sindicales. Durante ese mes, el país enfrentó también un paro de los trabajadores marítimos. Una vez más, puso en estado de sitio a todos los puertos<sup>441</sup>.

La CUT convocó a una movilización para el día 17 de mayo, en la que participaron mineros del carbón y del cobre. El transporte, con excepción de los buses y taxis privados, quedó paralizado. La movilización

---

440 Ibid, VII, 3, abril de 1954, pp. 34–35.

441 Ibid, VII, 5, junio de 1954, p. 31.

apoyaba la demanda sindical de abolir la Ley de Defensa Permanente de la Democracia y de indultar a todos los presos políticos. La causa directa de la paralización fue el arresto de Clotario Blest, secretario general de la CUT, quien fue encarcelado por un discurso que pronunció el 1 de mayo, considerado subversivo y calumnioso por las autoridades. Entre otras cosas, se le atribuye haber dicho lo siguiente:

“Compañeros, el panorama del país es demasiado trágico. Hombres irresponsables e incapaces nos han llevado a esta situación [...] La clase trabajadora, con su intuición admirable, sabe ya señalar, con su índice acusador, a todos estos traidores y “vende patrias”. Ahí están sentados en La Moneda, presidente y ministros; ahí están, compañeros, muchos traidores a la patria, sentados en el propio Congreso Nacional”<sup>442</sup>.

Dado el precario estado de salud de Blest y la reticencia del Gobierno a tener un mártir en sus manos, fue liberaron a los pocos días. Sin embargo, la movilización continuó según lo planeado. En los meses siguientes, los trabajadores del cobre una vez más asumieron la iniciativa. La huelga comenzó el 17 de agosto e involucró tanto al personal de oficina como a los obreros, abarcando a casi toda la industria. Demandaban salarios más altos y prestaciones complementarias. Las compañías argumentaron incapacidad financiera para cumplir con las exigencias de los trabajadores<sup>443</sup>. El 20 de septiembre, el gobierno declaró estado de sitio en las regiones de O’Higgins (donde se encontraban las minas Braden), Antofagasta (donde estaban las minas de Anaconda), Metropolitana y Valparaíso. La imposición de la ley marcial fue seguida por desórdenes en Potrerillos. Según fuentes gubernamentales, quince huelguistas arrancaron una bandera chilena y supuestamente se les escuchó gritar: “Somos comunistas, no chilenos”<sup>444</sup>.

Ya en 1953, el Gobierno culpaba a los comunistas por las huelgas. El 28 de abril, el periódico comunista *El Siglo* fue suspendido y su editor arrestado por publicar propaganda partidaria, infringiendo la Ley de Defensa Permanente de la Democracia<sup>445</sup>. En abril de 1954, el Gobierno ordenó la suspensión por cinco días de *El Tarapacá* de Iquique por per-

442 *Noticiero Obrero Inter-Americano* (Ciudad de México), 1 de septiembre de 1954.

443 *Hispanic-American Report*, VII, 9, octubre de 1954, p. 28.

444 *Ibid*, VI, 4, mayo de 1953, p. 31.

445 *Ibid*, VII, 4, mayo de 1954, p. 33.

mitir la publicación de propaganda comunista. Se encarceló al editor del periódico al día del cierre y permaneció tras las rejas durante el tiempo de la suspensión. *Las Noticias Gráficas* fue clausurado por completo y tres de sus editores exiliados a la remota provincia de Aysén por períodos de uno, dos y tres años<sup>446</sup>. En noviembre, se ordenó una nueva suspensión de *El Siglo* por treinta días y se deportó a más comunistas. El gobierno llegó al extremo de allanar la casa de un diputado para capturar a un comunista que se escondía allí<sup>447</sup>.

Sin embargo, las huelgas continuaron. Las condiciones que causaban el malestar, en lugar de mejorar, empeoraban con cada día que pasaba. El índice del costo de vida aumentó en un 37% en la primera mitad de 1955 y era un 78% más alto que en junio de 1954<sup>448</sup>. El 30 de junio, 60.000 trabajadores del transporte y las comunicaciones realizaron una huelga. El gobierno declaró estado de sitio una vez más. La CUT amenazó con llamar a un paro general en julio si el gobierno no modificaba la estructura económica y financiera<sup>449</sup>.

La paralización se concretó el 7 de julio, duró un día y contó con la participación de un millón de trabajadores a lo largo de Chile. Fue la manifestación más grande de la historia del país. Una paralización absoluta. En Santiago, el paro comenzó y terminó sin mayores incidentes. La CUT exigió un aumento del 60% en los salarios y un bono de 25.000 pesos por cada trabajador, amenazando con renovar el paro si estas demandas no se cumplían. El paro finalizó cuando el Gobierno prometió liberar a todos los arrestados y reunirse con los líderes de la CUT para considerar la cuestión salarial. El comité se reunió en múltiples ocasiones con el presidente de la república. Al final, el Gobierno descartó la única propuesta sugerida por los trabajadores y la inflación siguió su rumbo.

Una nueva ola de paros, protagonizados principalmente por los funcionarios públicos, se desató en agosto. A pesar de la ilegalidad de estas huelgas, prácticamente todos los ministerios se sumaron. Esto incluía a empleados del Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social, la Tesorería General de la República, el Servicio Nacional de Aduanas y el Banco Central. A pesar de que el Gobierno ofreció un aumento salarial del

---

446 Ibid, VII, 10, noviembre de 1954, p. 30.

447 Chase Manhattan Bank of New York, *Latin American Business Highlights*, septiembre de 1955, p. 15.

448 *Hispanic American Report*, VIII, 6, julio de 1955, p. 280.

449 Ibid, VIII, 7, agosto de 1955, p. 328.

35%, los trabajadores se negaron a aceptarlo<sup>450</sup>. Muchos fueron arrestados y catorce líderes fueron procesados. La CUT amenazó con convocar otro paro general si los arrestos no cesaban. Los huelguistas regresaron el 5 de septiembre, pero las condiciones que los habían impulsado a movilizarse seguían presentes.

En octubre y los meses siguientes, el Gobierno comenzó a implementar un programa antiinflacionario que se convertiría en una nueva fuente de conflicto. La administración de Ibáñez del Campo contrató a una empresa estadounidense de expertos financieros para llevar a cabo un estudio de la economía y recomendar medidas para estabilizarla. Sin embargo, las recomendaciones de estos expertos no fueron bien recibidas por los trabajadores y las agrupaciones de izquierda que controlaban los sindicatos. Entre estas medidas se encontraban recortes de personal, la privatización de algunos servicios públicos y empresas estatales con déficit para facilitar la entrada de capital privado (que en realidad era el capital extranjero), la explotación de los recursos petrolíferos y la restricción de aumentos salariales a no más del 50% del alza del costo de vida por un año<sup>451</sup>.

La última de estas propuestas fue la que más indignó a los trabajadores. Se planeaba implementarla junto con medidas preventivas contra las alzas de precios. Los obreros, no obstante, estaban convencidos de que esta última medida no sería efectiva y, hasta cierto punto, tenían razón. El proyecto de ley presentado por Gobierno en diciembre limitaba los aumentos salariales, pero dejaba a discreción del Ejecutivo la aplicación de controles de precios. Ante esto, la CUT reaccionó de inmediato y convocó a un paro general de duración indefinida a partir del 9 de enero de 1956.

Cuando la CUT tomó esta decisión, el país ya agonizaba por un paro de la industria del cobre, dirigido más contra el Gobierno que contra las compañías. En un intento por garantizar una mayor expansión de la producción y nuevas inversiones de capital, el gobierno del General Ibáñez flexibilizó los términos bajo los cuales las compañías de cobre estadounidenses operaban (que producían más del 90% del volumen total de cobre en Chile. Esta medida incluía la designación de una comisión tripartita para redactar un nuevo estatuto que rigiera las relaciones en la industria del cobre. El estatuto entraría en vigor a los 180 días de ser adoptado. Sin embargo, la comisión, compuesta por representantes de las compañías de cobre, la Confederación de Trabajadores del Cobre y el Gobierno, se estancó. Los representantes de los trabajadores objetaban algunas pro-

---

450 Ibid, VIII, 8, septiembre de 1955, p. 377.

451 Raúl Ampuero, op. cit., p. 95.

puestas alegando que reducían los beneficios conquistados por los obreros y que otras tenían como objeto debilitar a los sindicatos. A pesar de estas objeciones, el estatuto se aprobó, ya que los representantes gubernamentales votaron en línea con los empleadores. Además, el Gobierno insistía en que el estatuto entrara en vigor en la fecha acordada, rechazando la solicitud de la Confederación de Trabajadores del Cobre de realizar un estudio más exhaustivo y hacer modificaciones según las preocupaciones de los trabajadores. Así las cosas, la Confederación ordenó abandonar los puestos de trabajo. El paro comenzó el 14 de diciembre de 1955 y duró tres semanas. Los obreros regresaron a las minas el 5 de enero, solo luego de que el Gobierno accediera a no implementar el controvertido estatuto<sup>452</sup>.

Tras sufrir grandes pérdidas tributarias debido al paro en la industria del cobre, el Gobierno de Ibáñez no estaba dispuesto a tolerar otra parálisis de la vida económica del país. Veinticuatro o 48 horas antes del inicio programado del paro, el Gobierno arrestó a los dirigentes sindicales, declaró estado de sitio y movilizó su poderío militar para sofocar las manifestaciones. A pesar de los esfuerzos, el paro no fue generalizado, incluso durante el primer día, y para el segundo día se desintegró. Algunos culpan a las medidas represivas, mientras que otros sostienen que no fue la única razón de su fracaso. Demasiados obreros, incluidos aquellos de la industria del cobre que acababan de regresar al trabajo después de tres semanas en huelga, habían perdido la fe en el liderazgo de la CUT y simplemente no respondieron al llamado<sup>453</sup>. A pesar de ello, el Congreso aprobó la ley. La inflación no se detuvo en 1956; simplemente se aminoró su ascenso.

Mientras tanto, el descontento entre los trabajadores siguió en aumento. En enero de 1957, con las elecciones parlamentarias a menos de dos meses de distancia, el Congreso votó por aumentar los salarios para los empleados públicos y privados en un promedio de 36%<sup>454</sup>. Los obreros industriales obtenían aumentos del mismo porcentaje cuando se renovaban sus contratos. No obstante, ningún grupo quedó satisfecho con lo que recibió. Los precios de bienes básicos como el pan, el azúcar y el aceite habían aumentado y superaban el incremento salarial. Esto desencadenó protestas contra el alza de los precios lideradas por estudiantes universitarios. Aunque el gobierno estaba convencido de que detrás de los estudiantes estaba el Partido Comunista, testigos imparciales lo niegan, señalando

---

452 Robert J. Alexander, "The Copper Workers' Strike in Chile", en *Inter-American Labor Bulletin*, febrero de 1956, p. 5.

453 *¡Ahora! Trabajadores* (Santiago), 27 de febrero de 1957, pp. 6-7.

454 Algunos trabajadores recibieron aumentos del 50%; otros solo del 10%. Los profesores percibieron un aumento salarial del 15%.

que las manifestaciones estudiantiles son más antiguas que el surgimiento del PC en Chile, como lo evidencian las protestas de 1918 iniciadas por los universitarios contra el alza del costo de vida.

Hacia finales de marzo, un aumento en los pasajes de bus fue la gota que rebalsó el vaso. El 2 de abril, el resentimiento acumulado estalló en cuatro días de manifestaciones y represión violenta por parte del Ejército en las ciudades de Santiago, Valparaíso y Concepción. Más de veinte personas perdieron la vida, cientos resultaron heridas, y muchos cientos más fueron arrestadas. Entre los arrestados figuraban casi todos los miembros del consejo ejecutivo de la CUT, la mayoría integrantes de los consejos regionales y muchos sindicalistas activos. Además, el comité ejecutivo completo del Partido Comunista fue procesado bajo el cargo de subversión, debido a un llamado a los soldados a hacer causa común con los manifestantes.

Estos eventos de abril empeoraron una situación ya tensa, tanto para la CUT como para los partidos de izquierda. La Central ya había afrontado una crisis menor en octubre de 1956, cuando los comunistas en el consejo ejecutivo exigieron que la organización protestara contra la represión soviética en Hungría. La revuelta húngara estalló unas semanas antes de la invasión de Egipto por Israel, Francia y Gran Bretaña. La Unión Soviética denunció a gritos la agresión, al igual que los comunistas chilenos, quienes se aseguraron de que la CUT se mostrara abiertamente en contra de los “imperialistas”. Sin embargo, cuando se trataba de condenar la agresión de la Unión Soviética, los comunistas vacilaban y abandonaban las reuniones. Por un momento, parecía que se repetiría la división de la Confederación de Trabajadores de Chile ocurrida en 1946. La crisis se superó y los comunistas regresaron al consejo con la condición de que su crítico más acérrimo, el sindicalista Héctor Durán, fuera suspendido del consejo. Durán fue acusado de proporcionar información no autorizada a un reportero, aunque él lo negó<sup>455</sup>.

La influencia comunista en la CUT recibió un impulso adicional cuando el Partido se afilió al Frente Revolucionario de Acción Popular y cuando la Central aceptó ayuda financiera de la Federación Sindical Mundial. Clotario Blest, presidente de la CUT, reveló en su informe a los delegados de la segunda conferencia nacional celebrada en Santiago el 16 de febrero de 1957, que la organización había tenido que recurrir a la Federación Sindical Mundial para ayudarla a reducir su déficit. Blest se quejó de que las federaciones industriales y regionales no pagaban sus cuotas de

---

455 *¡Abora! Trabajadores* (Santiago), 27 de febrero de 1957.

forma regular y con frecuencia ignoraban las directivas de la CUT<sup>456</sup>.

La conferencia nacional fue convocada bajo la premisa de evaluar las posturas pasadas y planificar el futuro, aunque su verdadero propósito era lograr la adhesión de la CUT al FRAP. Desilusionado por la ruptura de su alianza con el presidente Carlos Ibáñez, Ampuero y su grupo de socialistas populares abogaron por la formación de un frente unido que incluyera a diversos partidos y grupos obreros. Así nació el FRAP, unos meses antes de las elecciones municipales de abril 1956. En febrero de ese mismo año, durante el XII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Kruschev, primer secretario del partido, pronunció su famoso discurso en el que atacaba y desacreditaba a Stalin. En esa misma ocasión, Kruschev enunció la nueva línea que regiría las relaciones entre comunistas y socialistas. El Partido Socialista Popular, cuya orientación desde 1948 había sido más titoísta que socialista, interpretó que esta nueva política permitía la formación de un nuevo Frente Popular en 1956, excluyendo al Partido Radical<sup>457</sup>. Invitaron al Partido Comunista a unirse al FRAP, y este aceptó con gran entusiasmo. La proximidad de las elecciones parlamentarias aceleró este proceso de incorporación. Una vez que comunistas y socialistas populares se unieron, obtener la afiliación de la CUT al FRAP se convirtió en una tarea relativamente sencilla.

La propuesta generó una grave crisis en la Central. Los sindicalistas se opusieron firmemente a la idea de afiliarse al FRAP. Recordaron a los delegados que la declaración de principios pregonaba la independencia absoluta de “toda política partidista” y la acción política autónoma de los partidos políticos, disposiciones redactadas para mantener la unidad. Cuando se tomó la decisión de unirse al FRAP, los tres miembros sindicalistas renunciaron en protesta y formaron el Movimiento de Rectificación Sindical, con el objetivo de que la CUT regresara al camino del sindicalismo, sin verse influenciada por cálculos partidistas o el control comunista<sup>458</sup>. Al final, los sindicalistas y otros grupos se retiraron, dividiendo una vez más al movimiento sindical en facciones enfrentadas.

¿Qué lograron los socialistas con esta nueva maniobra? Los resultados electorales demostraron una vez más que, en actividades de frente unido, los comunistas se fortalecían mientras que sus aliados se debilitaban. Exceptuando a los comunistas, los candidatos del FRAP no obtuvieron

---

456 Ibid.

457 Véase “Conclusiones del debate político del Comité Ejecutivo del Partido Socialista Popular de Chile”, reproducido en *Boletín del Secretariado Latino-americano de la Internacional Socialista* (Montevideo), septiembre de 1956, pp. 245–246.

458 ¡Abora! *Trabajadores* (Santiago), 16 de marzo de 1957, p. 2.

buenos resultados. Los socialistas populares fueron los más afectados, ya que su representación en la Cámara de Diputados se redujo de 19 a 8. El Partido Socialista de Allende perdió un diputado, mientras que los comunistas duplicaron su representación<sup>459</sup>. La alianza del Partido Socialista Popular con los comunistas comprometió su futuro y dividió a los sindicatos.

El 20 de julio de 1952, una delegación de sindicalistas estadounidenses llegó a Santiago invitados por la Confederación de Trabajadores del Cobre. En el informe de su visita, la delegación describió el movimiento obrero de Chile en los siguientes términos:

“El movimiento obrero de Chile, con la excepción de la Confederación de Trabajadores del Cobre y un puñado de sindicatos, está permeado por tendencias y facciones políticas. Cada partido político tiene un supuesto “Departamento Sindical”, que, en la práctica, actúa como si fuese un movimiento sindical autónomo [...]

A grandes rasgos, nos parece que el movimiento obrero de Chile es relativamente fuerte a nivel unitario o de empresa. Carece, sin embargo, de la coordinación necesaria a nivel industrial o nacional<sup>2460</sup>.

Cinco años después, el panorama no mostraba muchos cambios. ¿Por qué las agrupaciones chilenas no habían logrado establecer un centro político fuerte y estable? El periódico sindicalista *¡Ahora! Trabajadores*, en su editorial del 1 de abril de 1957, ofrecía la siguiente respuesta:

[Debido a que todas las centrales de trabajadores establecidas hasta ahora han nacido al alero condiciones y aspiraciones políticas, estas han adoptado, en su celo revolucionario, programas demagógicos, declaraciones de principios ultrarrevolucionarias, que en realidad no son otra cosa que teorías románticas y mundos fantásticos, que carecen completamente de cualquier asidero científico, económico y social].

---

459 El Registro Electoral canceló la representación de los comunistas, argumentando que la Ley de Defensa Permanente de la Democracia prohibía que los comunistas fuesen candidatos y que, de salir electos, éstos no podían asumir el cargo. Los comunistas no se candidateaban como comunistas, sino que figuraban en las listas electorales de otros partidos del FRAP.

460 Reed et al., op. cit.

Además, la editorial atribuía la responsabilidad al fenómeno que llamaba el “control remoto” a través del comité central o los departamentos sindicales de los partidos. Una gran parte de la culpa recaía en aquellos que se autodenominaban socialistas. En 1937, el Partido Socialista gozaba de un enorme prestigio entre las masas. Tenían la oportunidad de construir un movimiento sindical fuerte y democrático, pero fracasaron. En su lugar, permitieron que su partido se entrampara en rencillas internas de poder y, desde 1946, en un tipo de izquierdismo infantil que, a su vez, resultaba oportunista<sup>461</sup>. Esta actitud mantuvo a la CUT fuera de la Federación Regional Interamericana, la filial del hemisferio occidental de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, y la llevó a buscar apoyo en la Federación Sindical Mundial.

Sin embargo, algunos sindicatos industriales, como la Confederación de Trabajadores del Cobre, la Federación Marítima, la Federación de Trabajadores Químicos y Farmacéuticos, y la Federación de Trabajadores del Ferrocarril, han demostrado suficiente independencia para unirse o mantener relaciones estrechas con la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT). Con el tiempo, estas y otras agrupaciones similares quizás podrán tener éxito en diseñar una federación nacional autónoma y democrática. Las modificaciones a las leyes laborales propuestas en el Congreso también podrían ser de ayuda en este sentido. Aun así, esperar que el movimiento obrero se desvincule por completo de las tendencias políticas va en contra de la tradición, y significaría borrar más de cincuenta años de historia obrera, incluyendo los años formativos en los que Luis Emilio Recabarren jugó un rol de vital importancia.

---

461 Eduardo Frei Montalva hace la siguiente evaluación del fracaso del Partido Socialista: “Debió tener en la evolución política de Chile un gran papel; su camino en las masas era fácil y más penetrable su misión que los de los comunistas. Captó el sentimiento socialista, que indudablemente late en el mundo obrero, y eso explica su rápido crecimiento; pero las sucesivas divisiones han llevado al pueblo desilusión y escepticismo”. *Historia de los partidos políticos chilenos*, op. cit., p. 238. Para una evaluación similar, de un miembro del Partido Socialista, véase Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, op. cit., p. 201.

## Nota bibliográfica

La autora utilizó una amplia gama de fuentes. Estas incluyen libros de difusión y especializados, pero principalmente periódicos, documentos e informes emitidos por las organizaciones obreras y políticas, discursos de funcionarios políticos, sindicales y gubernamentales, entrevistas e incluso, un largo poema de la vida de Recabarren redactado por Antonio de Undurraga, así como algunos poemas más breves sobre temas sociales escritos de puño y letra por Luis Emilio Recabarren. Además, se emplearon algunos materiales inéditos, y se consultaron y citaron muchos otros trabajos que se detallan en la bibliografía.

Existe una vasta literatura, alguna de carácter altamente académico, escrita por chilenos y extranjeros, sobre el contenido del primer capítulo, “Chile durante la infancia y juventud de Recabarren”. El uso de esta literatura por parte de la autora se refleja en las notas del capítulo. La autora desea hacer una mención especial a uno de los trabajos por su valor académico, pero sobre todo por su interpretación de la historia de Chile. El libro en cuestión es el *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* de Julio César Jobet. Jobet pertenece a un grupo de historiadores jóvenes que son socialistas o han sido influidos por el pensamiento socialista y que intentan hacer en la historiografía chilena lo que Charles Beard y sus seguidores han hecho con la historiografía de Estados Unidos. Algunos, por supuesto, discrepan de la interpretación de Jobet; sin embargo, todos coinciden en que es un trabajo intelectual serio. El *Ensayo* se publicó originalmente como una serie de artículos en la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción en los números de abril, mayo, junio, julio y agosto de 1946, bajo el título “Síntesis interpretativa del desarrollo histórico nacional durante la segunda mitad del siglo XIX”. En 1951, la Universidad de Chile lo publicó en una forma relativamente expandida, con el título actual en sus *Anales de la Universidad de Chile* (CII, 81–82). Luego, fue reeditado en una forma más accesible en 1952 en la Colección América Nuestra de la Editorial Universitaria.

Cuando la autora comenzó su investigación, apenas existía material

de fácil acceso sobre el movimiento obrero y casi nada de valor sobre Recabarren. Sin embargo, la Biblioteca Nacional en Santiago albergaba una rica colección de literatura periódica. Afortunadamente, el interés en el movimiento obrero, e incluso en la figura de Recabarren, está en aumento entre los académicos chilenos, en parte gracias al trabajo de Jobet, quien ha escrito varios artículos sobre el tema. Hasta hace poco, eran principalmente los estudiantes más jóvenes, y no los profesores más experimentados, quienes mostraban un mayor interés en los problemas obreros. La mayoría de los estudios eran presentados por candidatos a grados.

Los problemas obreros, más que el movimiento obrero en sí, captaron primero la atención de los estudiantes. Por ejemplo, en 1873, Daniel Feliú publicó un panfleto interesante titulado *El trabajo y las huelgas de obreros*, basado en una serie de conferencias dadas en la escuela para adultos “Elías Cuevas” en Valparaíso. Luego, en 1899, Juan Enrique Concha publicó *Cuestiones obreras*, la primera tesis escrita por un estudiante universitario sobre los obreros. En 1901, apareció otra tesis titulada *La educación y el trabajo ante la legislación*, por Alejandro Fariña. Sin embargo, uno de los estudios más interesantes y útiles se publicó en 1903. Este estudio proporciona tanto una descripción cualitativa como cuantitativa del estándar de vida de la familia de un artesano en Santiago, junto con información estadística general sobre salarios y condiciones de vida. Fue llevado a cabo por G. Eyzaguirre Rouse y J. Errázuriz Tagle, bajo el título *Estudio social: monografía de una familia obrera de Santiago*. Después, Errázuriz Tagle publicó también su propia tesis en 1906, *El desarrollo histórico de nuestra cuestión social*. En 1905, apareció una obra que condenaba las huelgas, titulada justamente *Las huelgas*, escrita por Héctor Holley. Otra tesis con casi el mismo título que la de Errázuriz Tagle, *Observaciones sobre la cuestión social en Chile*, fue publicada por Javier Díaz Lira en 1904. En 1907, apareció otra tesis que abordaba la necesidad de un código del trabajo: *Sobre la dictación de un código del trabajo y de la previsión social* de Luis Malaquías Concha S. En 1908, Benjamín Vicuña Subercaseaux publicó *El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y en Chile*, seguido en 1909 por el primer estudio que utilizaba estadísticas laborales, *La estadística del trabajo*, por Simón B. Rodríguez.

De esta manera, al finalizar la primera década del siglo XX, ya existía una pequeña producción intelectual sobre los trabajadores, proveniente tanto de universitarios como de otras personas, aunque muy pocos se involucraban directamente en el movimiento obrero y sindical. Si bien no todas estas investigaciones poseen un alto valor, es interesante advertir que reflejan el impacto que el movimiento estaba teniendo en la sociedad.

A los trabajos mencionados debemos agregar aquellos publicados

por militantes del movimiento obrero y sindical. Con la excepción de los libros y panfletos de Víctor Soto Román y un par de obras de Recabarren, y uno o dos más, casi todo el material anterior a 1910 se encuentra en periódicos y revistas. La autora ha estudiado y analizado la mayoría de los periódicos obreros tempranos, comenzando con *El Gutenberg*, cuyo primer número apareció el 24 de septiembre de 1886, y leyó todos los números del *Boletín de la Liga General del Arte de la Imprenta* de Valparaíso y Santiago, publicados a lo largo de 1892. Se consultó también la prensa anarquista y un número significativo de las publicaciones del Partido Demócrata. De los primeros periódicos anarquistas, la autora considera que *La Ajiación* es el más útil, con un total de 28 números desde el 9 de septiembre de 1901 hasta el 28 de enero de 1903. Se revisaron todos los periódicos que Recabarren editó o en los que se involucró directamente en su fundación, indicando en las notas cuáles fueron las principales fuentes utilizadas. Además, se consultaron los debates del Congreso de 1921–1924, durante los años en que Recabarren fue miembro de la Cámara de Diputados. También se estudió toda la obra publicada e incluso inédita de Recabarren en forma de panfletos y libros. Para corroborar la veracidad de las declaraciones de la prensa y publicaciones obreras, se recurrió a la prensa no obrera, principalmente a *El Mercurio* de Santiago. Para eventos específicos que ocurrieron fuera de Santiago, se consultaron periódicos locales.

La primera historia del movimiento obrero apareció en 1926 con el título de *La organización sindical en Chile y otros estudios sociales*, escrito por Moisés Poblete Troncoso. Otro libro, titulado *Compendio de la legislación social y desarrollo del movimiento obrero en Chile*, de Aristódemo Escobar Zenteno, se publicó en 1940. Sin embargo, ambos estudios resultaron de poca utilidad ya que se limitan a mencionar el nombre de Recabarren. En 1938, apareció la biografía de Recabarren redactada por Fernando Alegría, la cual incluye ciertas afirmaciones fantasiosas, y en 1955, se publicó *Recabarren*, escrito por Jobet. Para el período posterior a Recabarren, la autora recurrió exhaustivamente a las publicaciones de los partidos Socialista y Comunista.

El interés creciente de Estados Unidos en los movimientos obreros de América Latina ha redundado en más material en inglés sobre el movimiento obrero de Chile. Antes de la Segunda Guerra Mundial, se publicaban artículos ocasionales por el Ministerio del Trabajo en la revista *Labor Review* y en boletines especiales. En 1928, la Oficina de Estadísticas Laborales emitió el Boletín N°461, que consiste en un estudio de las organizaciones obreras en Chile realizado por Moisés Poblete Troncoso. Tras la Segunda Guerra Mundial, la Oficina publicó, por varios años, las *Labor Notes Abroad*. La filial occidental de la Confederación Internacional

de Organizaciones Sindicales Libres, la ORIT, publica también boletines en inglés y en español.

Hoy en día hay diálogos más frecuentes entre los líderes obreros, y sus informes son fuentes valiosas. La autora encontró muy provechoso el “Report of the Visit to Chile and Peru of the United States Labor Delegation” encabezado por Paul Reed y publicado en el *Inter-American Labor Bulletin* de septiembre de 1952. Para los acontecimientos recientes, también ha sido útil el *Hispanic-American Report*, publicado mensualmente por la Universidad de Stanford y que consiste en información recolectada y resumida de periódicos latinoamericanos.





# RECABARREN Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE

En el año del centenario de la muerte de Luis Emilio Recabarren (1876-1924), nos complace poner al alcance del público nacional la traducción del texto *Recabarren and the Labor Movement of Chile* de la historiadora estadounidense S. Fanny Simon, obra regularmente aludida en la producción historiográfica referida a Recabarren, pero muy escasamente consultada de manera directa.

Como podrá apreciarse a la luz del excelente estudio introductorio del joven historiador Alfonso Salgado, este trabajo fue fruto de la primera investigación académica realizada en torno a la figura del líder sindical y político chileno de inicios del siglo pasado, tarea que tomó a su autora más de una década de contactos y trabajos con personas y fuentes chilenas hasta dar -hacia 1957- con una versión que estimamos como definitiva. Tanto la disponibilidad del original en inglés así como numerosos valiosos antecedentes que nos informan ampliamente de los avatares experimentados por Simon en sus esfuerzos de redacción como de publicación de su trabajo, se deben de igual modo a la valiosa labor investigativa desarrollada por el ya citado A. Salgado.

Sin duda que dar a conocer ahora esta traducción -eficientemente hecha por Nicolás Pérez Ferretti- no sólo importa el rescate de un quehacer que llevaba décadas en el silencio, sino, a la vez, aportar a la construcción del acervo bibliográfico que, con el tiempo, se ha generado sobre la vida y actuación de la señora personalidad de L. E. Recabarren.



FACULTAD DE  
**HUMANIDADES**

[www.ariadnaediciones.cl](http://www.ariadnaediciones.cl)

